Las florecillas de San Francisco; El Cántico del sol

Las florecillas de San Francisco

LAS FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

—

EL CÁNTICO DEL SOL

VERSIÓN CASTELLANA. PREVIO COTEJO DE LOS MÁS ANTIGUOS CÓDICES ITALIANOS. POR FRANCISCO SUREDA BLANES

SEXTA EDICIÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

San Francisco de Asís y sus «florecillas»

Nace San Francisco de Asís en 1181, y después de una niñez vivida en un *palazzo* y de una juventud de hijo de ricos, un día echa de su casa tan coléricamente a un mendigo, que, arrepentido de su ira, decide dejar los devaneos del lujo y ser pobre peregrino caminante. Renuncia a sus bienes y comienza a predicar la pobreza: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». Al primero que convenció y logró que le siguiera fue a un amigo suyo, Bernardo de Quintavalle, «varón de consideración y de caudales». Por fin, rodeado de doce apóstoles, como Cristo, funda en un pobre rincón de las afueras la célebre Porciúncula (Porcioncilla), y de allí saldrá hacia el mundo en viajes que le llevan a peregrinaciones lejanas, entre ellas a España para visitar Santiago y predicar a los moros, pasando por Barcelona. La historia de su alma lírica y mística, de sus fundaciones y de sus viajes está poética y sencillamente descrita en *Las florecillas de San Francisco* y *El Cántico del sol*, ahora incluidas en Colección Austral. Se ve al inspirado *Poverello* en toda su grandeza y asistimos al canto al hermano lobo y al canto a los hermanos pájaros, que al levantar vuelo desde su ventana lo hacían en forma de cruz. Sueños y milagros, la señalada imposición de sus llagas, las heroicidades de sus doce compañeros, la desgracia de fray Junípero y los méritos de fray Egidio, el caso de San Antonio haciendo que asomen la cabeza para oírle los peces, ya que los descreídos se alejaban de su predicación, y muchos pormenores de santidad y gracia llenan de encanto las *Fioretti* de San Francisco. Oía la voz de las conciencias y su tictac silencioso como si fuera relojero del milagro, enderezando salvaciones con la elevación de las almas. Se siente morir y pide ser llevado a la Porciúncula, su primera fundación. Llegó a la agonía cuando divisaba las torres de Asís, muriendo el 3 de octubre de 1226, momento en el que, aun siendo de noche, una bandada de alondras se posó en su ventana y cantó para él como último homenaje de los pájaros a quien tanto los amó.

—15→

Introducción y ofrenda

△▽

Al ilustre académico de la Lengua, excelentísimo señor don Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, respetuosamente.

A fuer de admirador y agradecido a V. E., acudo a vuestra bondad para ofreceros la presente versión castellana de *I Fioretti di San Francesco*, primera edición castellana emprendida después del cotejo de los más antiguos códices de la obra incomparable, teniendo a la vista las ediciones críticas más recientes. Confío que Vuestra Excelencia la recibirá amablemente con el cariño que siento al franciscanismo y aun por ser ofrenda de humildes, entre los cuales es forzoso contarme por derecho propio.

Harto sabido me tengo que, en el curso de los días, mi trabajo ha sido el de la abejuela; porque me sé hasta la hartura y huélgome de confesarlo, que trabajos de erudición y de crítica sin violencia de parte, no son para espíritus caprichosos como el mío, que se sugestionan con demasiado ímpetu, libando de prisa y de prisa ofreciendo cuanta delicia de verdad o de belleza encuéntrase apetitosa en los caminos de la vida; sino para aquellas almas selectas y reposadas que aciertan a frenar a tiempo y vigorosamente los nervios, acertando con ello a uncir heroicamente las propias actividades al yugo del estudio dilatado y profundo. ¿Hice yo tal? A duras penas; mis aptitudes antojadizas y tercas en la delectación literaria, más sabroso encontraron siempre el goce de la lectura que la crítica concienzuda; si es que no entendemos por crítica la que de ojos para dentro desenvuelve uno en la fecundidad deliciosa de sus propios pensamientos. Fuera de mi *Abyla herculana. Introducción al estudio de la Etnogenia berberisca*, de mis ensayos sobre la cuestión de Osio —16→ y de Liberio y de algunos artículos volanderos aparecidos en revistas y periódicos, rara vez me he dedicado ahincadamente al estudio y cotejo de antiguos códices y documentos. En cuanto al presente trabajo, dado se ha el caso de aguijonearme con singular constancia, durante muchos años, los recuerdos deliciosos de *I*

Fioretti, el primero de los libros italianos que manos amigas pusieron cariñosamente en las mías, allá en Roma, cuando la aridez escolar de los estudios metafísicos y la disciplina del Colegio Español reclamaba con urgencia leves remansos para la expansión lírica y más humanidad para el corazón de los rapaces estudiosos entre los cuales me contaba; y desde entonces me propuse la tarea de verter al castellano, con toda justeza, la incomparable obrita italiana. Comencé muy luego a traducir el *Cántico del sol*. Pero, ¡cuánto perdía el himno franciscano! ¡Cuánta galanura de menos! Ni aun doña Emilia Pardo Bazán pudo quedar satisfecha de su versión. Intenté la versión rimada;[1] pero resultó empresa portentosa para mi ingenio de corista admirador de las habilidades misteriosas de los fáciles versificadores. Volví a los *Fioretti*; los releí muchas veces, en distintas ediciones, y pude percatarme de las diferencias existentes en ellas y aun de la falta de fijeza de frases enteras. Por fin, hace pocos años, comenzaron a publicarse en Italia las transcripciones de los antiguos códices y salieron las ediciones críticamente depuradas, con el mismo léxico medieval de que usaba tan sabrosamente el *Amador de la Hermana Pobreza*. Luego el encargo de los directores de la *Biblioteca Universal* me estimuló a retornar a la empresa de antaño, hasta dar por bien terminada la presente versión que corrige más o menos levemente y completa desde luego otras ediciones castellanas.

Las ediciones italianas más recientes son numerosas. Recordemos las siguientes que he tenido a la vista:

1.ª Según la lección del códice *Fiorentino*, editada por A. Manelli y publicada de nuevo por Luis Manzoni (2.ª ed., eu 8.º, páginas 293: Roma, 1902).

2.ª Edición de A. Cesari, *Riscontrati su moderne stampe per cura di R. Fornaciari* (págs. XX-483; Florencia).

—17→

3.ª Edición de L. Amoni, *raffrontati col testo di Biblioteca Angelica e coi codici della Laurenziana e Vaticana* (págs. XI-400; Roma).

4.ª Edición de Passerini, ilustrada por Razzolini (en 16.ª, páginas XI-317; Milán, 1908).

5.ª Quinta edición de Padovan, *annotata, riletta e migliorata* (págs. XXXV-404; Milán, 1927).

6.ª Edición de Della-Torre (en 16.º, págs. 285; Turín, 1909).

7.ª Segunda edición corregida de Passerini, con ilustraciones (Florencia).

8.ª Edición de Gallerati-Scoti, *secondo quella di A. Cesari*, bellamente prologada (págs. XXXIV-484; Florencia, 1925).

9.ª Edición anotada por P. F. Sarri *da un codice della Biblioteca Reale di Torino*, con reproducción discretísima de unas 50 xilografías del siglo XVII (págs. 200; Vallecchi, Florencia).

10.ª *I Fioretti di San Francesco, l'Addio alla Verna e Il Cantico delle creature*. Introducción y nota de A. Mori (*Società Ed. Intern.* Turín).

Desde la versión incunable de Sevilla[2] hasta la más reciente de las ediciones castellanas,[3] todas adolecen de algo, en mayor o menor grado, por cuanto los textos renacentistas que solían utilizarse no eran, ni de mucho, modelos perfectos; ha sido preciso el cotejo de los viejos códices para que resultasen las recientes ediciones depuradas que hoy nos ofrece Italia para gala de su buen gusto y delicia nuestra. Las variantes se han mantenido con tanta insistencia que, aun en la reciente edición del padre Sala, sin duda la más exacta de las ediciones castellanas aparecidas, se han visto los editores en el caso de confesar con lealtad digna de todo encomio, que la versión «corresponde *generalmente* al texto italiano».[4] Nosotros hemos tenido a la vista las ediciones antes citadas y nos hemos valido principalmente de la 5.ª edición de Padovan.[5]

Ni la escuela siciliana, en que alboreó la poesía italiana, ni Ciullo d'Alcamo, ni Folacchiero da Siena, habidos como progenitores, ni los autores del mecénico reinado de Federico II; ni la primitiva escuela toscana con Ciacco dell'Anguilara, la doncella Compiunta, —18→ Dietaiuti, Guido Donati y Brunetto Latino, lograron ver difundidas sus cantilenas deliciosas, como el *Cántico del sol* de San Francisco; es difícil hallar una ciudad, un pueblo, una aldea italiana, donde no sepa recitarse, ni existe lengua culta que no ofrezca versiones más o menos discretas. Este himno, como *I Fioretti*, constituyen verdaderos *testi di lingua*,

justamente apreciados en Italia como los más selectos, y por las culturas de fuera de Italia como incomparables. Sin *I Fioretti* sería incomprensible la vida y los hechos verdaderamente históricos de San Francisco; porque forman el libro de la sinceridad franciscana; y la sinceridad es lo que históricamente personificaron San Francisco y sus frailes; sinceridad que sólo encarna en espíritus arrebatados como los de ellos. Desde el Dante hasta Carducci y D'Annunzio, pasando por todas las literaturas europeas, siempre *I Fioretti* tendrán el lugar excepcional que les corresponde; porque es un hecho incontrovertible que sus condiciones emotivas nunca manifestáronse con tan sugestiva y pulcra suavidad en espíritus esmeradamente educados.

Constituye, desde luego, un hecho indudable la influencia de la poesía franciscana en nuestra literatura. Prescindiendo de las *Crónicas seráficas*, en que aletea el verdadero espíritu franciscano, del *Caballero Asirio* (poema que Gabriel Mata imprimiera tan donosamente en 1589) y de otras muchas obras del mismo género, el espíritu de San Francisco, todo él suavidad, anima las obras de nuestros grandes escritores, desde Raimundo Lulio, el asceta mallorquín; hasta Santa Teresa de Jesús, la Virgen castellana. Así, por ejemplo, revelan su filiación franciscana la *Conserva espiritual*, de Joaquín Romero de Cepeda;[6] el *Cancionero*, de fray Ambrosio de Montesinos,[7] predicador de los Reyes Católicos; las composiciones suavísimas de Damián de la Vega,[8] para no citar más que algunas de las obras maravillosas casi desconocidas, olientes a vino añejo conservado en bien cosidos odres cubiertos de polvo centenario. El espíritu de *I Fioretti* vibra, como antaño y allende el —19→
mar en las rimas de Fra Jacopone, en las de nuestros grandes clásicos. Aquellos sabrosos y lapidarios versos, por ejemplo:

del inferno no temere-ne del celo speme
avere...

vibran con su mismo concepto e idéntica fuerza en las rimas de San Francisco Javier:

No me mueve, mi Dios, para
quererte
el cielo que me tienes
prometido... etc.

Y claramente parece que Santa Teresa de Jesús, la mística avilesa, cuando escribía aquellos deliciosos versos:

Vivo sin vivir en mí...

tenía ante sus ojos profundos aquellas rimas deliciosas de uno de los sermones de San Francisco:

Tanto él il bene chio
aspetto
che ogni pena mi è diletto

San Francisco[9] es considerado como «Padre de la Italia del presente y del porvenir»; y con esto lo es también del mundo entero; porque, recordando lo del Dante, él fue quien supo unirse a la misteriosa esposa que vivió sola en el desierto mil y cien años

y que, después de muerta, retornó, esperando el tiempo en que los innovadores del nuevo siglo la reclamaran. La Humanidad no es ni más ni menos que una mujer infiel, olvidadiza de sus hijos, mientras que los acompaña a la «selva oscura», abandonándolos muy luego. En su egoísmo dinámico pierde de continuo la memoria, y el egoísmo vela demasiado pronto los mismos monumentos que un día fueron su gloria y su orgullo. Por esto el más grande de nuestros paleontólogos y escudriñadores de la «senda oscura», don Manuel Gómez Moreno,[10] pudo escribir, dirigiéndose al investigador de hoy: «Bástate si has acertado a reconocer cadáveres...». Pero he aquí un caso notable: la Humanidad ha hecho una excepción con San Francisco; porque no solamente vive *il Poverello* en la memoria de los hombres, cristianos y no cristianos, sino que, por —20→ raro prodigio, vive «tal cual fue su vida». Él creó su propia leyenda y, también por raro prodigio, esta leyenda es la verdad; la verdad poderosa y fecunda de la imagen de su vida y de la prolongación de su vida en los nuevos avatares, tal cual si viviera en la dulce campiña *d'Ascesi*. Y así dijo el citado Sabatier: «Leed los más eruditos estudios sobre Napoleón I y vereislo menos bien que veis a San Francisco a través de *I Fioretti*. La verdad de San Francisco es la verdad de todas las clases sociales; y por esto ultrapasa la gesta del Dante. San Francisco es tan poderoso y profundamente humano, que su vida constituye un supremo milagro de humanidad; es la simplicidad humana que triunfa, libre de trivialidades, austera, magnánima y fecunda, como cabe concebirla en el Paraíso terrenal. Tanto si se estudia la figura de San Francisco a través de los autores más ortodoxos, como de los más heterodoxos, siempre aparecerá sugestiva, sonriente, irradiando belleza y verdad». Y esta fuerza, única en la historia de los humanos, deriva, sin duda, de la simplicidad y transparencia con que toma puesto en el cuadro histórico de la vida humana. San Francisco y sus *Fioretti*, en una palabra, son absolutamente originales y excepcionalmente originales; San Francisco es el verdadero retrato de la augusta figura de Jesucristo, y su apostolado envuelve la redención de la Humanidad: y tan bien se retrata el Divino Maestro en San Francisco, que casi parece él una

nueva encarnación de Cristo; aquella encarnación o personificación alegórica del consejo redentor: «Sed perfectos»; o aquella otra: «*seas alter Christus*!». Esta noción cristiana de la pobreza contenía el germen de una gran revolución o, si queréis, de una reforma capital de orden político, religioso y social. Era la evocación vibrante del himno glorioso de los ángeles sobre el pesebre de Belén: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; paz a los pobres y a los ignorantes; y también paz a los ricos, a los poderosos y a los sabios, mediante el cumplimiento de las leyes divinas y la aceptación cordial de las pesadumbres de vivir; paz a todos los hombres, sean lo que fueren.

El concepto de la pobreza franciscana es original, porque no tiene por característica la abstinencia, ni la renuncia de la riqueza, sino que implica una verdadera toma de posesión. Si San Francisco y los frailes de *I Fioretti* rechazan las riquezas, no las desprecian con la arrogancia del orgulloso o el estoicismo supersuficiente de los faquires, sino como quien huye de una insidia. Humanamente hablando, —21→ no se halla en el fondo más que una admirable vindicación de la libertad humana; de aquella santa libertad enseñada por el Divino Maestro, que tiene por norma el *nihil habentes et omnia possidentes*: con la victoria de esta libertad líbrase el corazón humano de los angustiosos cuidados, de las fútiles preocupaciones y de la vanidad. Así San Francisco y sus frailes fueron inmensamente ricos; porque pacíficamente todo lo poseían: el hermano Sol, la hermana Luna, el hermano Viento, el hermano Fuego, el hermano Lobo, las hermanas avecillas...; esta posesión no implicaba el poderío, es decir, el señorío insincero y egoísta, sino el afecto cordial a cuanto es bello, amable, tierno, poderoso, suave, fuerte; hermandad suavísima bajo la paternidad del Dios que viste a las flores de pétalos suaves y a las avecillas de plumaje irisado, y da su comida a las bestias y la sabiduría a los hombres y la armonía al Universo. La concepción cristiana de la paternidad, de la filiación y de la procedencia del bien, rima suavemente sus donosuras en la lira de *I Fioretti*. Y con esta verdad, esta santa libertad y esta santa bondad, verifícase, en el mundo y en la historia, aquella divina

finalidad de la creación: «Hizo Dios al hombre a su imagen y semejanza»; esta finalidad constituyó el logro único de San Francisco y de sus frailes. Sus medios redujéronse a uno solo: sustituir la propiedad extrínseca de las cosas y de los hombres por una toma de posesión interna, afectiva, fraternal, de los hombres y de las cosas. Y esto es libertad. Porque la propiedad exterior es forzosamente muy limitada y embarazosos y, sobre serlo en tanto grado, hipoteca todas las facultades del propietario; la verdadera riqueza y la libertad del corazón exigen lo ilimitado; lo ilimitado con respecto al objeto de la propiedad y con respecto al sujeto de la propiedad. Y así no es la pobreza franciscana un medio, sino un fin que se confunde con la felicidad de los *Beati pauperes*...; es que alcanza la soberanía de la virtud, que es alegría, sobre lo pecaminoso, que es tristeza y dolor. Y por esto mismo hemos de considerar antitéticos el comunismo franciscano y el comunismo político de hoy (socialismo o bolchevismo); el primero no busca la riqueza sino la pobreza; dice a los ricos y poderosos: «Haceos pobres; conquistad la libertad de vuestro espíritu; sed inteligentes y virtuosos, porque en esto reside la verdadera riqueza que consiste en la libertad del corazón, mientras la riqueza mundanal importa la esclavitud»: y dice a los pobres: «Ya tenéis la pobreza, que es un don; conquistad el espíritu —22→ de la pobreza, que es libertad». En cambio, el comunismo político de hoy exalta lo vanidoso de la vida y anula el individualismo cristiano para forjar el hombre-pieza, es decir, el ex hombre; luego tiende a la pérdida absoluta de la libertad. Y así también la revolución de San Francisco en el siglo XIII es radicalmente distinta de las reivindicaciones proletarias en boga que, en el fondo, no son sino la explosión de un egoísmo odioso. San Francisco extendía el amor entre sus enemigos; los amantes de la pobreza de hoy extienden solamente el odio: y el odio es siempre ciego e injusto, y poco consciente. La demagogia moderna dice: «Odio a los que fueron ricos y a los hijos de los ricos... Quemad, arrasad... Todos los medios serán legítimos». Decía San Francisco: «Hermanos ladrones: venid a nuestra casa y os haremos parte en nuestro yantar, de nuestro puchero y de nuestro vino». Y como si no bastase esta afectuosa invitación a los hijos del pecado, muy luego

les llevaba a *Borgo Sansepolcro* los huevos y la carne que para ellos habían mendigado. Luego la venganza comunista de San Francisco no va inspirada más que por el amor; el amor a sus hermanos los hombres, sean los que sean.

Desde Wells hasta Spengler, numerosos filósofos tratan más o menos acertadamente de las causas inmediatas del malestar que hoy sufre el mundo; pero ninguno acierta a llegar a las causas capitales. La causa del malestar de hoy (*teste historia*) reside en la ambición desmesurada y la envidia vergonzosa. «¡Tú, injustamente, has llegado!... ¡Déjame! ¡Te odio porque has llegado! ¡Déjame llegar adonde tú has llegado!». Y por esto reina el odio entre aquéllos y éstos: y la hermana *Povertade* llora en el remanso de la historia envilecida por incomprensión.

V. E. ha comentado parte del *Blanquerna*, de nuestro Raimundo Lulio: éste y su *Blanquerna*, más que hermanos son hijos de la sinceridad franciscana; y si ha parecido utópica la narración luliana, su utopía es la misma utopía deliciosa de *I Fioretti*.

Besa respetuosamente al P. A. de V. E.

F. S. B.

4 de octubre de 1932. Festividad de San Francisco de Asís.

Códices cotejados: *Fiorentino*, *Vaticano*, *Laurenciano* y *Angélico*.

Primera parte

Florecillas de San Francisco y de sus frailes

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, y de su Madre la Virgen María. En este libro se contienen ciertas florecillas, milagros y ejemplos del glorioso Pobrecillo de Cristo, Meser San Francisco, y de algunos de sus santos compañeros. A loor de Jesucristo.

Amén.

—24→ —25→

Capítulo I

△▽

De cómo y por qué San Francisco eligió sus 12 compañeros a imitación de Jesucristo; uno de los cuales se ahorcó, como Judas

En primer lugar es de considerar que el glorioso *Meser* San Francisco, en todos los actos de su vida fue conforme a Cristo bendecido; y que, así como Cristo, en los comienzos de su predicación eligió 12 Apóstoles que, despreciando toda cosa mundana, le siguieran en la pobreza y en las otras virtudes, en tal guisa San Francisco eligió, desde el principio del fundamento, a 12 compañeros poseedores de la altísima pobreza; y como uno de los 12 Apóstoles de Cristo, reprobado por Dios, a la fin ahorcose por la garganta, así también uno de los 12 compañeros de San Francisco, cuyo nombre fue de fray Juan de la Capilla, apostató y finalmente se ahorcó a sí mismo por la garganta. Y esto será de gran ejemplo para los elegidos y materia de humildad y de temor; considerando que ninguno puede tener la certeza de perseverar hasta la fin en la gracia de Dios.

Y como aquellos santos Apóstoles tan completamente maravillosos por su santidad y humildad fueron llenos del Espíritu Santo, así aquellos santísimos compañeros de San Francisco fueron hombres de gran santidad; de tal manera que desde los tiempos de los Apóstoles acá, en el mundo no hubo más maravillosos y santos hombres; pues, alguno de ellos, arrobado, llegó hasta el tercer cielo, como San Pablo; y éste fue fray Egidio; alguno de ellos, esto es, fray Felipe Lungo, fue tocado en sus labios por el Cordero, con el carbón de fuego, como Isaías profeta; alguno de ellos, esto es, fray Silvestre, —26→ hablaba con Dios a la manera que un amigo habla con su amigo, a la manera de Moisés; alguno volaba por sutileza del entendimiento hasta la luz de la Divina Sabiduría, como el Águila, esto es, San Juan Evangelista; y éste fue fray Bernardo, humildísimo, quien exponía profundísimamente las Escrituras, alguno de ellos fue santificado por Dios y canonizado en el Cielo, viviendo aún en el mundo; y

éste fue fray Rufino, gentilhombre de Asís; y fueron todos privilegiados con signo singular de santidad, como en el proceso se declara.

Capítulo II

De fray Bernardo de Quintavalle, primer compañero de San Francisco

El primer compañero de San Francisco fue fray Bernardo de Asís, el cual se convirtió de la siguiente manera.

Vistiendo aún San Francisco hábitos seglares, bien que ya había despreciado el mundo y bien apartado de él y mortificado por la penitencia, de modo que era por muchos reputado de necio y como un loco escarnecido y ahuyentando con piedras, y con fastidio apartado por los parientes y los extraños; mas él sufría la injuria y el escarnio con toda paciencia, como si fuese sordo y mudo. *Meser* Bernardo de Asís, que era uno de los más nobles, de los más sabios y de los más ricos de la ciudad, comenzó a estudiar sabiamente la persona de San Francisco, su excesivo desprecio del mundo y su gran paciencia en las injurias, cuando, desde hacía dos años, era abominado y despreciado de toda persona, pareciéndole siempre constante; y así comenzó a pensar y a decir para sí mismo: «No es posible de ningún modo que este fraile no tenga mucha gracia de Dios»; y aquella noche lo convidó a cenar y le ofreció albergue; y San Francisco aceptó y cenó con él y se albergó en su casa.

Y tuvo entonces *Meser* Bernardo el corazón abierto contemplando su santidad; y con el fin de cerciorarse de ella le hizo acomodar una cama en su propio aposento iluminado de noche, pues siempre tenía encendido un velón. San Francisco, para ocultar su santidad, en cuanto entró en el aposento, se echó sobre la cama y aparentó dormirse; *Meser* Bernardo hizo de un modo semejante, echándose poco después en la cama y

comenzado a roncar —27→ fuertemente como si le hubiese rendido el más profundo sueño; por lo cual, creyendo San Francisco que Bernardo dormía en realidad el primer sueño, se levantó de la cama, púsose en oración, elevando los ojos y las manos al Cielo y con grandísima devoción y fervor decía:

-¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Y así diciendo lloraba mucho, permaneciendo de esa suerte hasta el amanecer, siempre repitiendo:

-¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Y no otra cosa decía San Francisco, contemplando y admirando la excelencia de la majestad Divina que se dignaba remediar al mundo que parecía, y por medio de su pobrecillo Francisco disponíase a poner remedio de salud a su alma y a la de los otros; y de esta suerte, iluminado por el Espíritu Santo, o más justamente con espíritu profético, preveía las grandes cosas que Dios había de obrar por medio de él y de su Orden; y considerando la insuficiencia y poca virtud suya, exclamaba y rogaba a Dios que, por su piedad y omnipotencia, sin la cual nada puede la humana fragilidad, supliese, ayudase y cumpliese lo que por sí mismo no podía.

Viendo *Meser* Bernardo, a la luz del velón, los devotísimos actos de San Francisco y considerando devotamente las palabras que decía, fue tocado e inspirado por el Espíritu Santo para que mudase de vida; por lo cual, en cuanto amaneció, llamó a San Francisco y le habló de esta manera:

Fray Francisco, yo tengo bien dispuesto el corazón para abandonar el mundo y seguirte en todo lo que me ordenares.

Mucho holgose San Francisco oyéndole, y se alegró en espíritu, y dijo:

Meser Bernardo, lo que decís es algo tan grande y difícil, que requiere antes buscar el consejo de Nuestro Señor Jesucristo y rogarle que le plazca manifestaros su voluntad sobre esto y enseñarnos cómo podríamos ponerlo en ejecución; y para esto vayamos los dos al obispado, donde hay un buen sacerdote, y haremos decir una misa; después instaremos en la oración hasta la hora de tercia, rogando a Dios que a la tercera vez que abramos el misal nos muestre la vida que quiere que elijamos.

Contestó *Meser* Bernardo que esto era muy de su gusto. De modo que partieron hacia el episcopado, y después de haber oído la Misa e instado en oración hasta la hora de tercia, el sacerdote, a —28→ ruegos de San Francisco, tomó el misal, después de aspersionarlo con la señal de la Cruz santísima, lo abrió en nombre de Nuestro Señor Jesucristo tres veces; en la primera apertura aparecieron aquellas palabras que dijo Cristo en su Evangelio al joven que le interrogaba sobre la vía de perfección: *Si tú quieres ser perfecto, vete, vende lo que tuvieres, dalo a los pobres y sígueme*; en la segunda apertura ocurrieron aquellas palabras que Cristo dijo a los Apóstoles cuando les envió a predicar: *No llevéis cosa alguna para el camino, ni bastón, ni alforjas, ni zapatos, ni dinero*; queriendo significar con esto que debían poner en Dios toda su esperanza de vivir, sin otra intención que predicar el Santo Evangelio; a la tercera apertura del misal, ocurrieron aquellas palabras que Cristo había dicho: *Quien quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame*. Entonces San Francisco dijo a *Meser* Bernardo:

He aquí el consejo que Jesucristo nos da: ve y haz cuanto has oído y sea bendito Nuestro Señor Jesucristo porque se ha dignado enseñaros su vida evangélica.

Habiendo oído esto, partió *Meser* Bernardo y vendió cuanto tenía; y era muy rico, y con alegría distribuyó sus cosas entre las viudas, los huérfanos, los presidios, los ministerios, los hospitales y los peregrinos; y en todo San Francisco fiel y próvidamente le ayudaba. Y viendo uno, llamado *Meser* Silvestre, cómo San Francisco daba tanto dinero a los pobres o hacía darlo, constreñido por su avaricia, dijo a San Francisco:

-Tú no me pagaste enteramente aquellas piedras que me compraste para reparar la iglesia; ahora que tienes dinero, págame.

Entonces San Francisco, maravillándose de su avaricia y no queriendo disputar con él, como verdadero observador del Santo Evangelio, metió las manos en el bolsillo de *Meser* Bernardo y llenas las manos de dinero lo echó en el bolsillo de *Meser* Silvestre, diciéndole:

-Si más quisieras, más te daría.

Contento *Meser* Silvestre con lo que le había dado, partió y fuese a su casa; y en llegando la noche estuvo pensando en lo que había sucedido aquel día y arrepintiéndose de su avaricia y considerando el fervor de *Meser* Bernardo y la santidad de San Francisco: la noche siguiente y otras dos noches tuvo de Dios una semejante visión: de la boca de San Francisco salía una cruz de oro cuya cabeza llegaba al cielo y cuyos brazos se extendían desde levante hasta poniente; —29→ por esta visión diole Dios a entender que quería se hiciese hermano menor; y en la Orden fue de tanta santidad y gracia, que hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo, según muchas veces manifestó San Francisco y más abajo se declarará. *Meser* Bernardo, del mismo modo, tuvo tanta gracia divina que, con frecuencia, era arrebatado durante la contemplación; y San Francisco decía de él que era digno de toda reverencia y que él era quien realmente había fundado la Orden, puesto que fue el primero que dejó el mundo, no reservándose nada, sino dándolo todo a los pobres de Jesucristo. El cual sea bendecido de todos nosotros *in secula seculorum*. Amén.

Capítulo III

De cómo San Francisco, y por su falso juicio contra fray Bernardo, mandó al dicho fray Bernardo que, por tres veces, pasara sobre él, poniendo un pie sobre la garganta y otro sobre la boca

El devotísimo siervo del Crucificado, *Meser* San Francisco, por la aspereza de la penitencia y el continuo llorar, había quedado como ciego, pues poco veía. Una vez, entre otras, partió del lugar en que se hallaba para ir en busca de fray Bernardo, y hablar con él de las cosas divinas; y llegando al sitio, hallole en la selva puesto en oración, todo elevado y unido a Dios. Entonces el santo penetró en la selva y le llamó, diciendo:

-¡Ven y habla a este ciego!

Y fray Bernardo no contestó nada, porque, siendo hombre de mucha contemplación, tenía la mente suspendida y elevada a Dios, y como tenía singular gracia en hablar de Dios, según que San Francisco más de una vez había observado, éste deseaba hablar con él. Pasado un poco de tiempo lo llamó por segunda y por tercera vez, del mismo modo; y como fray Bernardo no le oía por eso no contestó ni fue hacia él. Por lo cual San Francisco se retiró de allí algo desconsolado, maravillándose y quejándose en su interior de que fray Bernardo, llamado por tres veces, no hubiese acudido. Partiéndose con estos pensamientos San Francisco, ya un poco alejado, dijo a su compañero:

—30→

-Espérame aquí.

Y él prosiguió hasta internarse en la soledad donde, poniéndose en oración, rogó a Dios que le revelase la razón por que fray Bernardo no le había contestado; y, estando de esta suerte, oyó una voz de Dios que le decía: «¡Oh, hombrecillo! ¿De qué te turbas? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Cuando tú llamabas a fray Bernardo se hallaba conmigo y por esto no podía ir hacia ti, ni contestarte; no te maravilles, pues, si no te contestó, pues estaba fuera de sí y no oía ninguna de tus llamadas». Cuando San Francisco oyó estas palabras de Dios, con gran presteza y sin detenerse retornó al sitio al sitio donde se hallaba fray Bernardo para acusarse humildemente en su presencia del pensamiento que contra él había tenido. Viéndole venir hacia sí, fray Bernardo saliole al encuentro y se echó a sus pies, pero San Francisco le hizo levantar enseguida, manifestándole con gran humildad su pensamiento, la turbación que había tenido respecto de él y cómo Dios le había contestado, añadiendo luego:

-Mándote que, en virtud de la santa obediencia, hagas lo que te ordenare.

Temiendo fray Bernardo que San Francisco no le mandase alguna cosa excesiva, como solía hacer, quiso honestamente soslayar aquella obediencia, y por esto contestó:

-Aparejado estoy a cumplir vuestra obediencia si me prometéis hacer luego lo que yo os ordenare; y habiéndolo prometido San

Francisco, fray Bernardo dijo: Decidme ahora, padre, qué es lo que queréis que haga.

Y díjole San Francisco:

-Yo te mando, en virtud de la santa obediencia, que, para castigar mi presunción y el ardimiento de mi corazón, al echarme en tierra boca arriba me pongas un pie sobre el cuello y otro sobre la boca, y así pasarás tres veces de un lado a otro diciéndome palabras de sonrojo y vituperio, y especialmente me dirás: «Aguanta, villano, hijo de Pedro Bernardón. ¿De dónde te ha venido tanta soberbia siendo tan vil criatura?».

Oyendo esto fray Bernardo, aunque mucho le resistía el hacerlo, por pura obediencia y con cuanto miramiento pudo, hizo lo que San Francisco le había mandado; y una vez hecho, dijo San Francisco:

-Ahora manda tú lo que quieras que haga, porque te he prometido obediencia.

—31→

-Te mando por santa obediencia que siempre que estemos juntos me reprendas y corrijas ásperamente de mis defectos.

De lo cual se maravilló mucho San Francisco, puesto que fray Bernardo era hombre de tanta santidad que solamente le inspiraba reverencia y no le consideraba digno de reprensión alguna. Por lo cual, de allí en adelante, se guardaba mucho de estar con él, por razón de la dicha obediencia, a fin de no verse obligado a decir ninguna palabra de corrección a quien reconocía como santo. Y cuando quería verle u oírle hablar de Dios, lo más pronto que podía se apartaba de él y se marchaba; y era de grandísima edificación el ver con cuánta caridad, reverencia y humildad el padre San Francisco trataba y hablaba con fray Bernardo, el hijito primogénito. A loor y gloria de Jesucristo y del pobrecito Francisco. Amén.

Capítulo IV

△▽

De cómo el Corderito de Dios propuso una cuestión a fray Elías, custodio de un lugar de Val de Spoleto, y porque fray Elías le

contestó soberbiamente, partió y fuese camino de Santiago, donde halló a fray Bernardo y le contó esta historia

En el principio y comienzos de la Orden, cuando los frailes eran pocos y no tenían lugares fijos, fuese San Francisco, por su devoción, a Santiago de Compostela,[11] llevándose consigo a algunos frailes, uno de los cuales fue fray Bernardo. Andando juntos de —32→ esta suerte por el camino encontró en cierta tierra un pobrecito enfermo, apiadándose del cual dijo el santo a fray Bernardo:

-Hijo mío, quiero que permanezcas aquí para cuidar a este enfermo.

Fray Bernardo se arrodilló humildemente e inclinando la cabeza en señal de obediencia quedose en aquel lugar, y San Francisco y sus compañeros continuaron la peregrinación a Santiago.

Llegados que hubieron allá, y pasando la noche en oración en la iglesia de Santiago, le fue revelado por Dios a San Francisco que debía ocupar muchos lugares en el mundo, porque la Orden suya debía extenderse y crecer en gran multitud de frailes, y por esta revelación comenzó San Francisco a fundar conventos en aquella comarca.[12]

Volviendo San Francisco por el mismo camino[13] encontró a —33→ fray Bernardo y al enfermo con el cual le había dejado, ya del todo curado, por lo cual San Francisco concedió a fray Bernardo que al año siguiente fuese en peregrinación a Santiago. San Francisco volvió al valle de Spoleto y estaba en un lugar desierto con fray Maseo, fray Elías y otros, los cuales cuidaban mucho de no molestar o estorbar a San Francisco en la oración; y esto hacíanlo por la gran devoción en que le tenían y por saber que Dios le revelaba grandes cosas en sus oraciones. Sucedió cierto día que, hallándose San Francisco en la selva orando, llegó a la puerta del convento un joven hermoso vestido de caminante, el cual llamó precipitadamente, con desusado modo de llamar. Fue fray Maseo y abrió la puerta y dijo a aquel joven:

-¿De dónde vienes, hijito, que no parece sino que nunca has estado aquí y has llamado tan desusadamente?

Respondió el joven:

Pues ¿cómo debo llamar?

Dijo fray Maseo:

-Da tres golpes despacio, el uno después del otro, y espera, pues el hermano rezará el Padre nuestro y vendrá a abrirte, y si en este intervalo no viniese, llama de nuevo.

Contestó el joven:

-Llevo mucha prisa y por esto llamé tan fuerte, porque he de hacer un largo viaje y he venido aquí para hablar con fray Francisco; mas como hállase ahora en la selva, haciendo oración, ve y llámame a fray Elías, porque quiero proponerle una cuestión, pues entiendo que es muy sabio.

Fuese fray Maseo y dijo a fray Elías que fuese a verse con el joven; mas éste se escandalizó y no quiso ir. Así las cosas, fray Maseo no sabía qué hacer, ni qué responder al caminante, pues si decía que fray Elías no podía salir, mentiría, y si decía que se había turbado y no quería ir, temía darle un mal ejemplo. Acongojado con estos pensamientos, el joven llamó de nuevo como la vez primera, y poco después volvió fray Maseo a la puerta y dijo al joven:

-No has cumplido mis instrucciones en tu llamada.

Contestó el joven:

-Fray Elías no quiere venir a hablar conmigo, pero vele y di a fray Francisco que yo he venido para hablar con él, y como no quiero impedirle la oración, dile que me envíe a fray Elías.

Entonces fue fray Maseo en busca de San Francisco, el cual —34→ oraba en la selva con la cara vuelta al cielo, y manifestole la embajada del joven y la respuesta de fray Elías, y aquel joven era un ángel de Dios en forma humana. Entonces San Francisco, sin moverse de aquel lugar, y sin bajar la cabeza, dijo a fray Maseo:

-Ve a decirle a fray Elías que, por obediencia, vaya inmediatamente a recibir al joven.

Oyendo fray Elías el mandato de San Francisco fuese a la puerta muy turbado e impetuosamente y con gran ruido abrió aquélla y dijo al joven:

-¿Qué quieres?

Contestó el joven:

-Espera, hermano, que te pase la turbación con que ahora apareces, pues la ira transforma el ánimo y no deja entender la verdad.

Y dijo fray Elías:

-Dime lo que quieres de mí.

Contestó el joven:

-Quiero preguntarte si a los que observan el Santo Evangelio es lícito comer lo que les ponen delante, conforme a lo que Cristo dijo a sus discípulos; y te pregunto también si le es lícito a alguno mandar cosa contraria a la libertad evangélica.

Y fray Elías contestó con soberbia:

-Yo sé bien lo que me preguntas, pero no te quiero contestar; vete a cumplir tus deberes.

El joven añadió:

-Mejor sabría yo contestar a esta pregunta que tú.

Entonces fray Elías, muy turbado, cerró furiosamente la puerta y se retiró. Luego comenzó a pensar en la pregunta y a dudar entre sí mismo y no lo sabía resolver, y como era vicario de la Orden y había ordenado y hecho la constitución fuera del Evangelio y de la Regla de San Francisco, de que ningún fraile comiese carne, aquella pregunta parecía dirigida expresamente contra él. Por lo que, no sabiendo por sí mismo resolver la dificultad y recordando la modestia del joven que le había dicho que sabía resolver la cuestión mejor que él, volvió a la puerta con objeto de interrogarle sobre su pregunta; pero ya se había ausentado, porque la soberbia de fray Elías le hizo indigno de que hablase con aquel ángel.

Después de esto San Francisco, a quien Dios revelaba todas las cosas, volvió de la selva y con mucha energía y voz alta reprendió a fray Elías, diciendo:

-Mal hiciste, soberbio fray Elías, alejando de nosotros al santo ángel que venía a instruirnos. En verdad te digo que temo mucho que tu soberbia no te condene a morir fuera de la Orden.

Y así sucedió después, pues fray Elías murió fuera de la Orden. En el mismo día y hora en que el ángel se había ido, apareció en la misma forma a fray Bernardo, que volvía de Santiago, cuando hallábase a la vera de un gran río. Le saludó el ángel en su propia lengua, diciéndole:

-La paz de Dios sea contigo, buen hermano.

Y maravillándose mucho fray Bernardo y considerando la belleza del joven y la lengua de su patria con que le hablaba y había hecho la salutación pacífica, le preguntó con semblante alegre:

-¿De dónde vienes, buen joven?

Y el ángel respondió:

-Vengo del lugar donde vive San Francisco; fui a hablar con él, pero no he podido porque hallábase en la selva absorto en la contemplación de las cosas divinas y no he querido estorbarle. Moran en el mismo lugar fray Maseo, fray Gil y fray Elías. Fray Maseo me ha enseñado a llamar a la puerta según lo hacen los frailes, pero fray Elías no me quiso contestar a cierta pregunta que le hice, y aunque después se arrepintió y quiso verme y oírme, no lo ha logrado.

Después de estas palabras dijo el ángel a fray Bernardo:

-¿Por qué no pasas a la otra ribera del río?

-Porque -contestó fray Bernardo- temo el peligro que veo por la profundidad de las aguas.

El ángel replicó:

-Pasemos juntos y no temas.

Y tomándole de la mano, en un abrir y cerrar de los ojos púsole a la otra parte del río. Entonces fray Bernardo conoció que aquél era un ángel de Dios y con gran reverencia y alegría dijo en alta voz:

-¡Oh, ángel bendito de Dios! Dime: ¿Cuál es tu nombre?

A lo cual contestó el ángel:

¿Por qué quieres saber mi nombre, que es maravilloso?

Dicho lo cual desapareció el ángel y dejó a fray Bernardo muy consolado: tanto, que hizo el camino con mucha alegría, considerando el día y la hora en que el ángel se le había aparecido. Llegado al lugar donde se hallaba San Francisco con los referidos compañeros, —36→ les contó por orden cuanto le había ocurrido; y todos conocieron ciertamente que aquel joven era el mismo ángel que se había aparecido el mismo día y a la misma hora a él y a los otros, y dieron gracias a Dios. Amén.

Capítulo V

De cómo el santo fray Bernardo de Asís fue enviado por San Francisco a Bolonia, donde tomó lugar

Como San Francisco y sus compañeros eran llamados y elegidos por Dios para llevar con el corazón y en las obras, y confesar con la lengua la cruz de Cristo, parecían y eran hombres crucificados, en lo referente a sus vestiduras, a su vida austera y en todas sus obras y operaciones; y más deseaban sufrir vergüenzas y oprobios por amor de Cristo, que obtener honores, reverencias y alabanzas mundanas; de manera que se alegraban de las injurias y se entristecían con las honras; y así andaban por el mundo como peregrinos y forasteros, no llevando consigo más que a Cristo crucificado; y siendo verdaderos sarmientos de la verdadera vid, que es Cristo, producían grandes y buenos frutos en las almas que ganaban para Dios. Sucedió en el principio de la religión que San Francisco mandó a fray Bernardo a Bolonia para que allí, según la gracia de Dios que le había sido concedida, alcanzase frutos para el Cielo; y fray Bernardo, después de persignarse con la señal de la Cruz, fuese y llegó a Bolonia por la santa obediencia. Y en viéndole los chiquillos en hábito tan desusado y grosero, le hicieron burla y muchas injurias como se harían a un loco; y fray Bernardo llevaba aquello con mucha paciencia y alegría por amor de Jesucristo; así que muchas veces

poníase adrede en medio de la plaza de la ciudad para ser mejor escarnecido, y sentándose, se reunían en rededor suyo muchos hombres y rapaces, y quién le tiraba de la capucha por detrás, quién por delante, quién le arrojaba polvo y piedras, quién lo empujaba de un lado a otro. Fray Bernardo lo recibía todo sin alterarse, con rostro alegre y sin cambiar de postura, ni resguardarse de nada, y durante muchos días tornaba al mismo lugar para sufrir semejantes injurias. Y como la paciencia es obra de perfección y —37→ prueba de la virtud, un sabio doctor en Leyes, viendo y considerando tanta constancia y virtud en fray Bernardo, que no se turbaba por ninguna molestia o injuria, dijo entre sí: «Imposible es que éste no sea un santo». Y acercándose a él le preguntó:

-¿Quién eres tú y por qué has venido aquí?

Fray Bernardo, por contestación, metió la mano en el seno y sacó la Regla de San Francisco, dándosela para que la leyese; y cuando la hubo leído, considerando su altísimo estado de perfección, con grandísimo estupor y admiración volviose a los compañeros y dijo:

-Verdaderamente es éste el más elevado estado de religión que jamás he oído; y como éste y sus compañeros son hombres santos entre los más santos del mundo, comete grandísimo pecado el que les injuria; antes se les debe honrar sumamente, considerando que son verdaderos amigos de Dios.

Y volviéndose a fray Bernardo, dijo:

-Si quieres tomar casa o fundar un convento donde puedas de un modo conveniente servir a Dios, por la salud de mi alma de buen grado te la doy.

Contestó fray Bernardo:

-Yo creo -mi señor- que esto os ha sido inspirado por Nuestro Señor Jesucristo y por esto la acepto con mucho gusto, para honra de Cristo.

Entonces el dicho juez, con mucha alegría y caridad llevó a fray Bernardo a su casa, y dándole posesión de aquel lugar la arregló y compuso a sus expensas, siendo en adelante el padre y defensor de fray Bernardo y compañeros. Y fray Bernardo, por su santa conversación, comenzó a ser muy honrado entre las gentes,

en tanto grado que teníase por dichoso quien lograba tocarle o verle; mas siendo él verdadero discípulo de Cristo y del humilde San Francisco, temiendo que los honores del mundo le impidiesen la paz o la salud de su alma, se salió cierto día de la ciudad y volviendo adonde estaba San Francisco le habló de esta suerte:

-Padre, ya tenemos un lugar junto a la ciudad de Bolonia; envía frailes que lo mantengan y habiten, puesto que yo no hago ningún bien con los honores que allí recibo, y porque temo que allí antes de ganar, pierda.

Entonces San Francisco, ponderando punto por punto cuanto había oído, y cómo Dios por medio de fray Bernardo había obrado, —38→ dio gracias a Dios porque así comenzaba a difundir los pobrecitos discípulos de la Cruz; y mandó algunos de sus compañeros a Bolonia y a Lombardía, donde establecieron muchos lugares.

Capítulo VI

De cómo San Francisco bendijo al santo fray Bernardo, dejándole como vicario suyo, cuando hubo de dejar la presente vida

Era fray Bernardo de tanta santidad que San Francisco le guardaba gran reverencia y lo alababa muchas veces. Cierto día, estando San Francisco en muy devota oración, le fue revelado por Dios que fray Bernardo, por permisión divina, tendría que sostener grandes batallas con los demonios; por lo que San Francisco, compadeciendo mucho a fray Bernardo, a quien amaba como a un hijo, oraba con frecuencia y con lágrimas en los ojos, pidiendo a Dios por él y recomendándolo a Jesucristo para que se dignase hacerle triunfar del demonio. Y orando San Francisco muy devotamente, Dios le habló de esta suerte: «Francisco, no temas, porque cuantas tentaciones haya de sufrir fray Bernardo son permitidas por Dios para que ejercite su virtud y se corone de méritos, y finalmente hallará victoria sobre sus enemigos, por ser

uno de los comisarios del Reino de los Cielos». Esta respuesta llenó de alegría a San Francisco, por lo cual dio muchas gracias a Dios; y de allí en adelante le profesó mayor amor y reverencia, no solamente en su vida, sino en la hora de su muerte. Porque, habiendo llegado ésta, San Francisco, a la manera de aquel santo patriarca Jacob, teniendo a su alrededor a los devotos hijos doloridos y llorosos, viendo cercana la muerte de padre tan amable, preguntó: «¿Dónde está mi primogénito? ¡Ven aquí, hijo mío, para que te bendiga mi alma antes de que muera!». Entonces fray Bernardo, en secreto, dijo a fray Elías, que a la sazón era vicario de la Orden:

-Padre, ponte donde señala la mano derecha del santo para que te bendiga.

Y colocándose fray Elías al alcance de la mano derecha, San Francisco, que había perdido mucho la vista por sus abundantes lágrimas, puso la mano derecha sobre la cabeza de fray Elías, diciendo:

-Ésta no es la cabeza de mi primogénito fray Bernardo.

—39→

Entonces fray Bernardo púsose a su lado izquierdo, y San Francisco, cruzando sus brazos a la manera de la cruz, puso la mano derecha sobre la cabeza de fray Bernardo y la izquierda sobre la cabeza de fray Elías, y dijo a fray Bernardo:

-Bendígame Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo con toda la bendición espiritual y celestial, en Cristo; ya que fuiste el primogénito elegido en esta Orden santa para dar ejemplo evangélico y seguir a Jesucristo en la pobreza evangélica, porque no solamente diste lo tuyo y lo distribuiste entera y libremente a los pobres por amor de Jesucristo, sino porque también te ofreciste tú mismo a Dios en esta Orden, en sacrificio de suavidad. Seas, pues, bendecido por Nuestro Señor Jesucristo y por mí, su pobrecillo siervo, con bendiciones eternas, andando, orando, viajando, durmiendo, viviendo y muriendo; aquél a quien tú bendigas sea bendecido; y el que tú maldigas, no quede sin castigo. Seas tú el principal de tus hermanos, y todos los frailes obedezcan a tu mandato. Recibe facultad de admitir en esta Orden

a quien tú quieras y ningún fraile tendrá superioridad sobre ti y te sea lícito ir y permanecer a donde a ti te plazca.

Y después de la muerte de San Francisco, los frailes amaban y reverenciaban a fray Bernardo como a su padre venerable. Y en llegando al trance de su muerte vinieron donde él estaba muchos frailes de diversas partes del mundo, entre los cuales estaba extático y como divinizado fray Gil, el cual viendo a fray Bernardo, con mucha alegría exclamó: ¡*Sursum corda*! Y fray Bernardo encargó secreto a un fraile que colocase a fray Gil de modo que le pudiese contemplar. Y habiendo llegado para Fray Bernardo la última hora de su vida, se hizo levantar y habló a los frailes que allí se hallaban, de la siguiente manera:

-Carísimos hermanitos: No quiero deciros muchas palabras, pero debéis considerar que el estado de la religión que yo he tenido, vosotros lo tenéis, y el que ahora tengo, vosotros lo tendréis; y eso hallo en mi alma: que en mil mundos semejantes a éste quisiera haber servido a Cristo Nuestro Señor y a vosotros, y de cualquier ofensa que haya cometido me acuso, arrepintiéndome, a mi Salvador Jesús y a vosotros. Ruégoos hermanos míos carísimos, que os améis los unos a los otros.[14]

—40→

Y después de estas buenas palabras y de dar buenas enseñanzas, cayendo de nuevo sobre el lecho, su cara quedó resplandeciente y alegre en gran manera, de modo que todos los frailes maravilláronse mucho, y con esta alegría, su alma santísima, coronada de gloria, pasó de la presente vida a la bienaventurada de los ángeles.

Capítulo VII

De cómo San Francisco pasó una Cuaresma en una isla del lago de Perusa, ayunando cuarenta días y cuarenta noches, no comiendo más de medio pan

El verdadero siervo de Cristo, San Francisco, como en ciertas cosas fuese casi otro Cristo dado al mundo para salvación de las gentes, Dios Padre quiso hacerle en muchas cosas conforme y semejante a su Hijo Unigénito, como lo demostró en el venerable colegio de los 12 compañeros, en el admirable misterio de las sagradas llagas y en el continuado ayuno de la Santa Cuaresma, la cual hacía del siguiente modo: Estando cierta vez, en día de Carnaval, junto al lago de Perusa, en casa de un su devoto, donde había pasado la noche, fue inspirado por Dios de ir a cumplir la Cuaresma en una isla del lago, por lo cual rogó San Francisco a su devoto que por amor de Cristo le llevase en su barca a una isla del lago que no estuviese habitada y que esto lo hiciese la noche del Miércoles de Ceniza, sin que nadie pudiese advertirlo; y el devoto, por el gran amor que a San Francisco tenía, atendió solícitamente su ruego y le llevó a la dicha isla. Y San Francisco no llevaba consigo más que dos panecillos. Llegaron junto a la isla, y al irse el amigo a su casa rogole San Francisco con encarecimiento que no revelase a nadie cómo estaba allí y que no volviese por él hasta el Jueves Santo. Con esta orden marchose el amigo y quedó solo San Francisco, y no habiendo allí ninguna casa donde albergarse se internó en una selva espesa en la cual muchos espinos y arbustos formaban como una covacha o cabaña, y en este sitio púsose en oración, contemplando las cosas celestiales. Allí pasó toda la Cuaresma sin beber ni comer más que la mitad de uno de aquéllos dos panecillos, como lo echó de ver su devoto amigo cuando el Jueves Santo tornó para recogerle, —41→ hallando de los dos panecillos uno entero y el otro medio. Y aun se cree que San Francisco lo comió por reverencia al ayuno de Cristo bendito, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ningún alimento material; y así con aquel medio pan alejó de sí el veneno de la vanagloria y, a ejemplo de Cristo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches.

Y en aquel lugar donde San Francisco habíase abstenido tan maravillosamente, hizo Dios por su mérito muchos milagros; por lo cual comenzaron a edificarse allí casas y habitar en ellas, de modo que en poco tiempo se hubo formado una buena y gran aldea, y allí establecieron los frailes una casa, la cual se llamó la

Casa de la Isla, y hasta el día de hoy los hombres y las mujeres de aquella aldea tienen gran reverencia y devoción al lugar, porque San Francisco pasó en él aquella Cuaresma.

Capítulo VIII

Cómo San Francisco, yendo de camino con fray León, expuso a éste las cosas que constituyen la perfecta alegría

Yendo cierta vez San Francisco desde Perusa a Santa María de los Ángeles con fray León, en tiempo de invierno, atormentándoles grandemente un frío crudísimo, llamó a fray León, que le iba un poco delante, y le habló de esta manera:

-Fray León, aun cuando los frailes menores diesen gran ejemplo de santidad y de edificación en toda la tierra, escribe y advierte que no está ahí la perfecta alegría.

Y caminando un poco más le llamó por segunda vez, diciéndole:

-¡Oh, fray León! Aunque los frailes menores diesen vista a los ciegos, curasen a los tullidos, diesen oído a los sordos, pies a los cojos, habla a los mudos y, lo que es mayor, resucitasen a los muertos de cuatro días, escribe y advierte que no se halla en esto la verdadera alegría.

Y siguiendo un poco más adelante, gritó San Francisco:

-¡Oh, fray León! ¡Ovejuela de Dios! Si los frailes menores supiesen todas las lenguas y todas las ciencias y toda la Escritura, aunque profetizasen y revelasen no solamente las cosas futuras, —42→ sino aun los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no se halla en esto la verdadera alegría.

Y siguiendo un trecho mayor, San Francisco tornó a decir:

-¡Oh, fray León! Aun cuando los frailes menores supiesen predicar de modo que convirtiesen a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no se halla en esto la perfecta alegría.

Y siguiendo un poco más, tornó a decir:

-¡Oh, fray León! ¡Ovejuela de Dios! Aunque los frailes menores hablasen con lengua de ángel y supiesen el curso de las estrellas y la virtud de todas las hierbas, y aunque les fuesen revelados todos los tesoros de la tierra y conociesen las propiedades de los pájaros y de los peces y de todos los animales y de todos los hombres, y de los árboles y de las piedras y de las raíces y de las aguas, escribe que no está en esto la alegría perfecta.

Y como continuase hablando de esta suerte unas dos millas, fray León, muy maravillado, preguntó a San Francisco:

-Padre, ruégote de parte de Dios que me digas dónde está la verdadera alegría:

Y San Francisco contestó:

-Cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, calados por el agua y helados por el frío y cubiertos de barro y afligidos por el hambre y llamemos a la puerta del lugar y el portero vendrá enfadado y nos dirá: «¿Quién sois?». Y cuando digamos nosotros: «Somos dos de vuestros hermanos». Y él contestará: «Mentís; sois dos bribones que andáis por el mundo engañando y robando las limosnas de los pobres; fuera de aquí»; y no nos abrirá y nos hará quedar fuera, en medio de la nieve, del agua y del frío y con hambre hasta que sea de noche; entonces, si a tanta injuria, a tanta crueldad y a tantos vituperios nos sostenemos pacientemente sin turbarnos y sin murmurar de él, pensando humilde y caritativamente que aquel portero verdaderamente nos conoce y que Dios te hace hablar contra nosotros, ¡oh, fray León!, en esto estará la verdadera alegría. Y si perseveramos llamando a la puerta y sale él turbado y como a bergantes inoportunos nos eche con villanías y con bofetadas, diciendo: «Largo de ahí, ladronzuelos vilísimos; idos al hospital, que aquí no comeréis vosotros ni os albergaréis», y nosotros lo sostendremos pacientemente y con alegría y con amor, fray León, escribe que en esto habrá perfecta alegría. Y si acuciados por el hambre, por el frío y por la noche volvemos a tocar y llamemos y —43→ roguemos por amor de Dios con gran llanto que nos abra y nos meta dentro, y aquél, escandalizado, diga: «Éstos son bribones inoportunos; ya les daré la paga que merecen», y sale fuera con un bastón nudoso y cogiéndonos por el capuchón nos eche al suelo

sobre la nieve y nos golpee duramente; si entonces nosotros sostenemos todas estas cosas con alegría, pensando en las penas de Cristo bendito que debemos sostener por su amor, ¡oh, fray León!, escribe aquí se hallará la perfecta alegría; pero atiende a la conclusión, fray León: sobre todas las gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está la de vencerse a sí mismo y de buen grado sostener penas, injurias, oprobios y desprecios por su amor; porque no podemos gloriarnos de los demás dones, porque no son nuestros sino de Dios; de donde dice el Apóstol: «¿Qué tienes tú que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido, ¿por qué no te glorías como si fuese tuyo?». Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción nos podemos gloriar porque esto es nuestro, y por esto dice el Apóstol: «Yo no quiero gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo».

Capítulo IX

De cómo San Francisco enseñaba a fray León la manera de contestar, y nunca pudo decir sino lo contrario de lo que San Francisco quería

Estando una vez San Francisco, en los comienzos de la Orden, con fray León en cierto lugar donde no había libros para rezar el Oficio divino, llegando la hora de Maitines, así habló San Francisco a fray León:

-Carísimo: No tenemos breviario con que podamos rezar Maitines; pero a fin de que no perdamos el tiempo, destinado a loar al Señor Dios, yo diré y tú responderás como yo te enseñaré; y ten cuidado de no cambiar las palabras del modo como yo te las enseñe. Yo diré así: «¡Oh, fray Francisco! Tú hiciste tantos males y tantos pecados en el siglo, que mereces el infierno»; y tú, fray León, contestarás: «Es cosa verdadera que tú mereces el infierno profundísimo».

—44→

Y fray León, con simplicidad de paloma, contestó:

-De buen grado, padre. Comienza, pues, en el nombre de Dios. Entonces comenzó San Francisco, diciendo:

-¡Oh, fray Francisco! Obraste tantos males y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno.

Y fray León respondió:

-Dios obrará por ti tantos bienes que irás al Paraíso.

Dijo San Francisco:

-No digas esto, fray León; sino que, cuando yo diga: «Hermano Francisco, tú has cometido tantas iniquidades contra Dios, que eres digno de ser maldecido de Dios»; contestarás así: «Verdaderamente eres digno de estar entre los réprobos».

Y fray León contestó:

-Así lo haré, padre, de buen grado.

Entonces San Francisco, con muchas lágrimas, gemidos y golpes de pecho, dijo en alta voz:

-¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! He cometido tantas iniquidades y tantos pecados contra Ti, que ciertamente soy digno de tu reprobación eterna.

Y fray León contestó:

-¡Oh, San Francisco! Dios obrará en ti de tal modo que, entre los benditos, serás singularmente bendecido.

Y san Francisco, maravillándose de que fray León contestara lo contrario de lo que le había ordenado, le reprendió, diciendo:

¿Por qué no contestas según yo te he enseñado? Yo te mando, por santa obediencia, que contestes como yo te enseñaré: Yo diré así: «Oh, fray Francisco, maldito, ¿piensas tú que Dios tendrá misericordia de ti después de haber cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, y que serás digno de alcanzar misericordia?». Entonces, tú, fray León, ovejuela, contestarás: «De ningún modo eres digno de alcanzar misericordia».

Pero cuando San Francisco dijo: «¡Oh, fray Francisco! Desdichado, etc.», fray León contestó:

Dios Padre, cuya misericordia es infinitamente mayor que tu pecado, hará contigo gran misericordia y, además, te colmará de innumerables gracias.

Cuando San Francisco oyó la respuesta, dulcemente enfadado y pacientemente turbado, dijo a fray León:

—45→

-¿Y por qué tienes la presunción de obrar contra la obediencia, puesto que tantas veces contestas lo contrario de lo que te he mandado?

Y con mucha humildad y reverencia contestó fray León:

-Dios sabe, padre mío, que cada vez he tenido voluntad de contestar como me ordenabas, pero Dios me hace hablar como le place y no como me pluguiera a mí.

De lo cual maravillose mucho San Francisco y dijo a fray León:

-Yo te ruego carísimamente que esta vez me respondas como yo te dije.

Y dijo fray León:

-Di lo que te plazca en nombre de Dios, que yo te aseguro que esta vez contestaré como quieres.

Entonces San Francisco, arrasado en llanto, dijo:

-¡Oh, miserable fray Francisco! ¿Crees tú que Dios tendrá misericordia de ti?

Fray León contestó:

-Antes bien recibirás de Dios y te exaltará y glorificará eternamente, porque el que se humilla será exaltado, y yo no puedo decir otra cosa, puesto que Dios habla por mi boca.

Y de esta suerte, en tan humilde porfía, con abundantes lágrimas y mucho consuelo espiritual, vigilaron hasta el amanecer del día.

Capítulo X

De cómo fray Maseo dijo a San Francisco, como en proverbios, que todo el mundo le iba detrás; contestando el Santo que esto era para confusión del mundo y gracia de Dios

Cierta vez, viviendo San Francisco en el lugar de la Porciúncula con fray Maseo de Marignano, hombre de gran

santidad, discreción y gracia en hablar de Dios, por lo cual San Francisco le amaba mucho, un día, volviendo San Francisco del bosque y de la oración, hallábase a la salida del mismo el dicho fray Maseo y queriendo probar cuán humilde fuese San Francisco, se hizo el encontradizo, y casi regañando, dijo:

-¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?

San Francisco le respondió:

—46→

-¿Qué es lo que quieres decir?

Fray Maseo añadió:

-Digo, ¿por qué todo el mundo viene derecho hacia ti, y todas las gentes parece que desean verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, tú no posees gran ciencia, tú no eres noble. ¿De dónde, pues, viene que todo el mundo vaya detrás de ti?

Oyéndole, San Francisco, muy alegre en su espíritu, levantó la cara al cielo y por largo rato estuvo con la mente en Dios, y después que volvió en sí se arrodilló y dio gracias y alabanzas al Señor, y luego, con gran fervor, se volvió a fray Maseo y dijo:

-¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué todo el mundo viene detrás de mí? Esto me viene de aquellos ojos del Altísimo Dios, los cuales en todas partes contemplan lo bueno y lo malo, y como estos ojos santísimos no han visto entre los pecadores ninguno más vil, ni más capaz, ni más pecador que yo, y como para llevar a cabo la obra maravillosa que piensa hacer, no ha encontrado criatura más vil sobre la tierra, por eso me ha elegido a mí para confundir la nobleza y la grandeza, y la fortaleza, y la hermosura y la sabiduría del mundo; para que se conozca que toda virtud y todo bien procede de Él y no de la criatura, y ninguna persona se puede gloriar en su presencia, y si se gloria, gloríese en el Señor, a quien pertenece toda gloria y todo honor por toda la eternidad.

Entonces fray Maseo, al oír tan humilde respuesta, dicha con gran fervor, se admiró y conoció ciertamente que San Francisco estaba fundado en verdadera humildad.

Capítulo XI

De cómo San Francisco hizo dar vueltas a fray Maseo, marchando luego a Siena

Yendo un día San Francisco por un camino con fray Maseo, iba éste un poco delante, y llegando a un paraje donde había tres caminos, por los cuales se podía ir a Florencia, a Siena o a Arezzo, fray Maseo dijo:

-Padre, ¿qué camino debemos seguir?

A lo que contestó San Francisco:

—47→

Por el que Dios quiera.

Fray Maseo replicó:

¿Y cómo podremos conocer la voluntad de Dios?

A lo que contestó San Francisco:

-Por la señal que yo te indicaré. Te mando por el mérito de la santa obediencia que en esta encrucijada, sobre el lugar que tienes los pies, des vueltas a la redonda como hacen los muchachos, y no dejes de darlas hasta que yo te mande.

Entonces fray Maseo comenzó a dar vueltas, y tantas dio que, turbándosele la cabeza, como suele suceder, vino muchas veces en tierra; pero San Francisco no le decía que parase, y quería fielmente obedecerle, volvía a levantarse y empezaba de nuevo. Por fin, cuando estaba girando con más fuerza, dijo San Francisco:

-Párate y no te muevas.

Y enseguida paró, y le preguntó San Francisco:

-¿Hacia qué parte tienes la cara?

-Hacia Siena -contestó fray Maseo.

-He aquí el camino -dijo San Francisco- por donde quiere que vayamos.

Yendo por él, fray Maseo se maravillaba de lo que San Francisco le había mandado hacer, como si fuera un chiquillo, y en presencia de las gentes que pasaban; no obstante, por reverencia, no se atrevía a decir nada al santo padre.

Al acercarse a Siena se enteraron los de aquella ciudad que el santo llegaba y le salieron al encuentro; y fue tanta la devoción del pueblo, que a él y a su compañero les llevaron a casa del obispo sin dejarles tocar con los pies en el suelo.

En aquel momento algunos hombres de Siena se estaban peleando y ya habían muerto dos de ellos. Llegando San Francisco, les predicó tan devota y santamente que los redujo a la paz, uniéndolos en estrecha amistad.

Por este motivo, el obispo de Siena, después que oyó tan santa acción obrada por San Francisco, le hospedó con muchísimo honor aquel día y aquella noche.

A la mañana siguiente, San Francisco, verdaderamente humilde, no buscando sino la gloria de Dios, se levantó muy temprano con su compañero sin saberlo el obispo, por lo cual fray Maseo murmuraba en su interior, diciéndose por el camino:

«¿Qué es lo que ha hecho este buen hombre? Me hizo dar vueltas —48→ como un muchacho, y al obispo, que tanto le ha honrado, no le ha dicho una palabra de agradecimiento». Y le parecía a fray Maseo que San Francisco no había obrado discretamente.

Pero volviendo fray Maseo en sí mismo, se reprendió muy mucho de corazón, diciendo:

-Eres muy soberbio, porque juzgas las obras divinas y te haces digno del infierno por tu indiscreta soberbia, porque en el día de ayer fray Francisco ha hecho tan santas obras, que si las hubiese hecho un ángel no hubieran sido más maravillosas; por esto, si te mandase que tirases piedras deberías hacerlo y obedecerle, porque lo que ha hecho en este camino proviene de la voluntad divina, como lo prueba el resultado de todo; porque si no hubiese apaciguado a los que combatían entre sí, no sólo hubiesen muerto muchos al filo de las espadas, sino que también muchas almas hubiera llevado el demonio; por lo cual se prueba que eres muy necio y soberbio cuando murmuras de lo que deriva manifiestamente de la voluntad de Dios.

Y todas estas cosas que fray Maseo decía en su corazón yendo delante, le fueron reveladas a San Francisco, por lo cual, acercándose éste a su compañero, le dijo:

-Afírmate en lo que estás pensando, que es bueno y útil y Dios te lo inspira; pero la primera murmuración era ciega y vana y soberbia y sugerida por el demonio.

Entonces fray Maseo entendió claramente que San Francisco conocía los secretos de su corazón y que el espíritu de la ciencia divina guiaba los actos de su santo padre.

Capítulo XII

△▽

De cómo San Francisco puso a fray Maseo en el oficio de portero, de la limosna y de la cocina. Después, a ruegos de algunos frailes, lo relevó de estos cargos

San Francisco, queriendo humillar a fray Maseo, porque eran muchos los dones y las gracias que Dios le concedía, a fin de que no tuviese vanagloria, sino que con humildad creciese de virtud en virtud, cierta vez que vivían con sus compañeros en un lugar solitario, —49→ todos ellos verdaderamente santos, dijo a fray Maseo delante de todos:

-¡Oh, fray Maseo! Todos tus compañeros tienen la gracia de predicar la palabra de Dios y de contentar al pueblo, y como yo quiero que todos podamos atender a la contemplación, he resuelto que tú hagas los oficios de la puerta y de la cocina, y cuando los demás frailes coman, tú lo harás fuera de la puerta del convento; de suerte que aquéllos que vengan al convento, antes de llamar, tú les digas alguna buena palabra de Dios y así no habrá necesidad de que ninguno salga fuera sino tú. Harás esto por el mérito de la santa obediencia.

Así fray Maseo se echó la capucha, inclinó la cabeza y recibió humildemente y ejerció desde entonces los oficios de la puerta, la limosna y la cocina. Por lo cual los compañeros, iluminados por Dios, comenzaron a sentir en su corazón gran remordimiento, considerando que fray Maseo era hombre de gran perfección como ellos o más y que sobre él cargaba todo el peso del

convento; movidos de un mismo deseo rogaron al santo padre que se dignase distribuir entre todos aquellos oficios, porque su conciencia no consentía que fray Maseo llevase tanta fatiga. Oyendo lo cual San Francisco atendió este ruego y llamando a fray Maseo, le dijo:

-Fray Maseo, tus compañeros quieren compartir los oficios que te he dado y por eso quiero que se dividan.

Fray Maseo contestó con gran humildad y mucha paciencia:

-Lo que me mandas, padre, en parte y en todo lo considero como si fuese ordenado por Dios.

Y San Francisco, viendo la caridad de sus hermanos y la humildad de fray Maseo, les hizo un sermón maravilloso de ta Santa Humildad, enseñándoles que cuanto mayores dones y gracias nos da Dios, tanto más hemos de ser humildes, porque sin humildad, ninguna virtud es aceptable por Dios. Y hecho este sermón distribuyó los oficios con grandísima caridad.

—50→

△▽

Capítulo XIII

De cómo San Francisco y fray Maseo pusieron el pan que habían recogido sobre una piedra, a la vera de una fuente, y San Francisco alabó mucho la pobreza. Después rogó a Dios y a San Pedro y San Pablo que les infundiese más amor a la santa pobreza; y de cómo les aparecieron San Pedro y San Pablo

El maravilloso siervo y seguidor de Cristo, San Francisco, para conformarse enteramente en todas las cosas a Quien, según dice el Evangelio, envió a sus discípulos, de dos en dos, por las ciudades y aldeas, para predicar sus doctrinas; a este ejemplo de Cristo, cuando San Francisco hubo reunido a sus 12 compañeros, los envió por el mundo, de dos en dos, a predicar. Y para darles el ejemplo de verdadera obediencia, él fue el primero que empezó a peregrinar, a ejemplo también de Cristo; el cual comenzó por obrar antes de enseñar. Por esto, habiendo señalado a sus

compañeros diversas partes del mundo, tomó él por compañero a fray Maseo y se puso en camino hacia el reino de Francia.

Y llegando un día a una ciudad, muy hambrientos, anduvieron, según la Regla, mendigando el pan por amor de Dios, y San Francisco fue por un barrio mientras fray Maseo iba por otro. Pero San Francisco era un hombre despreciable y pequeño de cuerpo; los que no le conocían le reputaban por un pobrecillo vil, y de aquí que no recogiese más que unos pobres mendrugos de pan seco; pero fray Maseo, como era alto y bello de cuerpo, recogió muchos y buenos pedazos, y aun panes enteros.

Después que hubieron mendigado se reunieron fuera de la villa para comer en un sitio donde había una hermosa fuente y al lado una gran piedra larga y hermosa, sobre la cual, cada uno echó toda la limosna que había recogido. Y viendo San Francisco que los pedazos de fray Maseo eran más, y también más excelentes y mayores que los suyos, dio muestras de grande alegría, y dijo:

-¡Oh, fray Maseo! No somos dignos de tan gran tesoro.

Y repitió esta frase muchas veces, hasta que fray Maseo contestó:

-Padre, ¿cómo se puede llamar tesoro donde hay tanta pobreza y faltan tantas cosas de que tenemos necesidad? Nos falta mantel, cuchara, cuchillo, platos, casa, mesa y criado o criada.

—51→

Dijo entonces San Francisco:

-Pues esto es lo que yo reputo gran tesoro, porque aquí no hay ninguna cosa preparada por la industria humana, sino dispuesto ninguna todo por la Providencia divina, como se ve claramente en el pan mendigado, en la mesa de piedra tan bella y en la fuente tan saludable y tan clara; y por eso quiero que pidamos a Dios que el tan rico tesoro de la santa pobreza, que tiene por guardador a Dios, nos lo haga amar el Señor con todo nuestro corazón.

Y dichas estas palabras hicieron oración, yantaron y se pusieron de nuevo en camino para Francia. Al pasar por una iglesia dijo San Francisco a su compañero:

-Entremos en esta iglesia a orar.

Fuese San Francisco detrás del altar y allí se puso en oración, en la cual recibió de la Divina gracia tan excesivo fervor que inflamó ardientemente su alma en el santo amor de la pobreza, y en el color de su semblante y en el mover de sus labios parecía echar llamas de amor. Y dirigiéndose, así enardecido a su compañero, le dijo:

-¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Fray Maseo, acércate a mí.

Y repitió esta frase tres veces; a la tercera vez San Francisco levantó con el aliento a fray Maseo, experimentando éste grandísimo estupor. Y contó después a sus compañeros que en aquella elevación y empuje con el aliento que recibió de San Francisco, experimentó tanta dulzura en el ánimo y tales consuelos del Espíritu Santo, que en toda su vida no los había experimentado semejantes.

Hecho esto, dijo San Francisco:

-Compañero mío, vayamos a San Pedro y San Pablo y roguémosles que nos ayuden a poseer el tesoro inestimable de la santa Pobreza, porque es tesoro tan elevado y tan divino, que no somos dignos de conocerlo en nuestros cuerpos vilísimos, conociendo que ésta es virtud celestial, por la cual todas las cosas terrenas y transitorias se desprecian y se quitan del alma todos los estorbos para que pueda libremente unirse con Dios eterno. Ésta es aquella virtud por la cual el alma, aun viviendo en la tierra, se comunica con los ángeles del Cielo; ésta es la que acompañó a Cristo en la Cruz, con la que Cristo fue sepultado, con la que Cristo resucitó y subió a los Cielos; la cual en poseyéndola en esta vida otorga a las almas que están enamoradas de ella agilidad suma para remontarse al Cielo; ella es, en fin, el arma poderosa con que se defienden la Humanidad y la Caridad. Y por esto roguemos a los santos Apóstoles —52→ de Cristo, que fueron perfectos amadores de esta perla evangélica, que nos alcancen esta gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y que por su santísima misericordia nos concedan merecer que seamos verdaderos amadores, guardadores y humildes discípulos de la preciosísima, amantísima y angélica Pobreza.

En estas pláticas llegaron a Roma y entraron en la iglesia de San Pedro, y San Francisco se puso en oración en un rincón de la

iglesia y fray Maseo en otro, y estando absortos en la oración, con muchas lágrimas y devoción, se aparecieron a San Francisco los santos Apóstoles Pedro y Pablo con gran esplendor, y le dijeron:

-Puesto que pides y deseas observar aquello que Cristo y los santos Apóstoles observaron, Nuestro Señor Jesucristo nos manda anunciarte que tu oración ha sido escuchada, y Dios te concede a ti y a los que te sigan el tesoro de la santísima Pobreza. Y ahora, de su parte, te decimos también que cualquiera que a tu ejemplo abrigue tan noble deseo puede estar seguro de alcanzar la bienaventuranza eterna, y tú y todos tus seguidores seréis benditos de Dios. Diciendo estas palabras desaparecieron, dejando a San Francisco lleno de dulcísimo consuelo. Y cuando se levantó de la oración fue en busca de su compañero y le preguntó si Dios le había revelado alguna cosa; éste contestó que no.

Entonces San Francisco le contó cómo los santos Apóstoles se le habían aparecido y qué cosas le habían revelado. Por lo cual, ambos compañeros determinaron volverse al valle de Spoleto, dejando el camino de Francia.

Capítulo XIV

De cómo estando San Francisco con sus frailes hablando de Dios, Cristo apareció en medio de ellos

Estando San Francisco, en los comienzos de su religión, con sus compañeros hablando de Cristo con todo el fervor de su espíritu, mandó a uno de ellos que en nombre de Dios abriese su boca y hablase de Dios lo que el Espíritu Santo le inspirase. Obedeciendo al mandato, el fraile habló de Dios maravillosamente; pero muy luego San Francisco le impuso silencio y mandó a otro de los frailes que hiciese lo mismo. Obedeciendo éste habló de Dios sutilmente, y —53→ San Francisco, del mismo modo, le impuso silencio y mandó a un tercero que hablase de Dios, el cual, del mismo modo, comenzó a

hablar con tanta profundidad de los misterios de Dios que claramente comprendió San Francisco que éste, como los otros dos, hablaban por inspiración del Espíritu Santo, lo cual se demostró por señal expresa, porque estando en esta plática se apareció Cristo bendito en medio de ellos bajo la forma de un joven bellísimo; los bendijo a todos y los llenó de tales dulzuras, que por largo espacio de tiempo estuvieron fuera de sí mismos, caídos como muertos, sin sentir nada de las cosas de este mundo. Y después que volvieron en sí, les dijo San Francisco:

-Hermanos míos carísimos, dad gracias a Dios que ha querido, por boca de los sencillos, revelarnos los tesoros de la sabiduría divina, porque Dios es tal que abre la boca a los mudos y la lengua de los sencillos, haciendo hablar sapientísimamente.

Capítulo XV

De cómo Santa Clara comió con San Francisco y con sus compañeros los frailes en Santa María de los Ángeles

San Francisco, cuando estaba en Asís, visitaba muchas veces a Santa Clara, dándole santos consejos. Y teniendo ella grandísimo deseo de comer una vez con él, se lo rogó en varias ocasiones, pero San Francisco no quería concederla nunca este consuelo, y conociendo sus compañeros el deseo de Santa Clara, dijeron a San Francisco:

-Padre, nos parece que esta rigidez no es conforme a la caridad divina: porque a la hermana Clara, virgen tan santa y tan amada de Dios, debías complacerla en cosa tan pequeña como es el comer contigo, especialmente considerando que ella, por tu predicación, dejó las riquezas y pompas del mundo. Y en verdad que si ella te pidiese mayor gracia que ésta se la deberías hacer como a tu planta especial.

Entonces San Francisco respondió:

-¿Os parece a vosotros que debo complacerla?

Respondieron los compañeros:

-Sí, padre; es bien que le concedas este consuelo.

Dijo entonces San Francisco:

—54→

-Pues que así os parece a vosotros, también me lo parece a mí. Pero a fin de que ella sea más consolada, quiero que tengamos esta comida en Santa María de los Ángeles; y como ella lleva mucho tiempo retirada en San Damián, se alegrará mucho de ver el convento de Santa María, adonde ella fue llevada y hecha esposa de Jesucristo; y aquí comeremos juntos en nombre de Dios.

Llegado el día convenido, Santa Clara salió del monasterio con una hermana y acompañada, además, de compañeros de San Francisco. Vino a Santa María de los Ángeles, saludó devotamente a la Virgen María delante de su altar, donde había sido tonsurada y velada, y la llevaron luego a ver el convento en tanto que llegaba la hora de comer. En este intermedio San Francisco hizo preparar la mesa sobre la desnuda tierra, como se acostumbraba hacer. Llegada la hora de la comida se sentaron juntos San Francisco y Santa Clara y uno de los compañeros de San Francisco con la compañera de Santa Clara, y luego los demás frailes se fueron acercando humildemente a la mesa. Como primera vianda San Francisco comenzó a hablar de Dios tan suave y maravillosamente que, descendiendo sobre ellos la abundancia de la Divina gracia, todos fueron arrebatados en Dios. Y estando así arrebatados, con los ojos y con las manos levantadas al cielo, los hombres de Asís y de Betona y de toda aquella comarca vieron que Santa María de los Ángeles y todo el convento y el bosque, que estaba entonces junto a la casa, ardían tan intensamente que parecía que la iglesia, el convento y la selva estaban hechos una llama, por lo cual los vecinos de Asís, con gran presteza, corrieron al lugar para apagar el fuego, creyendo verdaderamente que todo aquello ardía. Pero al llegar al sitio y no encontrar fuego alguno, entraron en el convento y vieron a San Francisco con Santa Clara y todos sus compañeros arrebatados a Dios por la contemplación y sentados en torno de la humilde mesa. Por lo que claramente entendieron que lo que ellos habían visto era fuego divino y no material, que Dios había hecho aparecer milagrosamente para significar y

demostrar el fuego del divino amor en el cual ardían las almas de aquellos santos frailes y santas monjas; por lo cual salieron de allí con el corazón consolado y lleno de santa edificación. Después de largo rato, volviendo en sí San Francisco y Santa Clara y todos los demás, sintiéronse muy confortados con el alimento espiritual y se cuidaron poco del alimento del cuerpo. Y así, terminado aquel desayuno, Santa Clara, muy acompañada, —55→ volvió a San Damián, y al verla sus hermanas se alegraron mucho, porque temían que San Francisco la hubiese enviado a fundar algún otro monasterio, como había mandado a sor Inés, su santa hermana, como abadesa para gobernar el monasterio de Monticelli, en Florencia. Y San Francisco había dicho muchas veces a Santa Clara:

-Vive preparada por si necesito mandarte a algún convento. Y ella, como hija de santa obediencia, había contestado:

-Padre, yo siempre estoy dispuesta a ir donde vos me mandéis.

Y por esto las hermanas se alegraron mucho cuando la vieron. Y Santa Clara vivió en adelante muy consolada.

Capítulo XVI

△▽

De cómo San Francisco recibió el consejo de Santa Clara y del santo fray Silvestre de predicar para convertir a mucha gente, y de cómo constituyó la Tercera Orden y predicó a los pájaros y mantuvo quietas a las golondrinas

El humilde siervo de Cristo, San Francisco, poco tiempo después de su conversión, habiendo ya reunido muchos compañeros, que entraron en la Orden, tuvo grandes pensamientos sobre lo que debía hacer; si debía emplearse solamente en la oración o predicar algunas veces, y sobre esto deseaba conocer la voluntad de Dios. Y como la santa humildad que había en él no dejaba presumir de sí ni en sus oraciones

pensó indagar la divina voluntad por medio de las oraciones de los demás. Por lo cual llamó a fray Maseo y le dijo:

-Vete a ver a la hermana Clara y dile de mi parte que, con algunas de las demás espirituales compañeras suyas ruegue devotamente al Señor que se digne manifestarme lo que es más conveniente: que yo me dedique a predicar o solamente a orar. Vete después a fray Silvestre y dile lo mismo.

Este fray Silvestre era quien, viviendo todavía en el mundo, había visto una cruz de oro salir de la boca de San Francisco, tan alta que tocaba al cielo, y tan ancha que abrazaba las extremidades del mundo; y era el tal Silvestre hombre de devoción y santidad tan sublimes que siempre Dios escuchaba sus ruegos, y lo que pedía se lo concedía, y muchas veces hablaba familiarmente con Dios; por —56→ esto San Francisco le tenía mucha devoción. Fue fray Maseo y, según el mandato de San Francisco, hizo primero el encargo a Santa Clara y después a fray silvestre, el cual, recibido que lo hubo, se puso inmediatamente en oración, y orando obtuvo la Divina respuesta y volvió donde estaba fray Maseo y le dijo:

-Esto dice Dios que digas a fray Francisco: que Él no le ha llamado solamente a este estado para sí, sino para que alcance el fruto de las almas y sean muchas las por él salvadas.

Obtenida esta respuesta, fray Maseo volvió a Santa Clara a saber lo que había conseguido de Dios, y Santa Clara le contestó que ella y sus compañeras habían logrado de Dios la misma respuesta que fray Silvestre. Con esto tornó fray Maseo a San Francisco, el cual le recibió con grandísima caridad, lavándole los pies y preparándole el desayuno y la comida; y después de comer llamó el santo a fray Maseo a la selva y allí se arrodilló delante de él, se quitó el hábito y poniendo los brazos en cruz, preguntó:

-¿Qué quiere mi Señor Jesucristo que yo haga?

Fray Maseo contestó:

-Lo mismo fray Silvestre que sor Clara me han dicho que Cristo ha contestado y revelado que su voluntad es que vayas a predicar, porque no te ha elegido para ti solo, sino también para salud de los demás.

Cuando San Francisco hubo oído esta contestación, conociendo que ésta era la voluntad de Dios, levantose y dijo con grandísimo fervor:

-¡Vayamos en nombre de Dios!

Y tomó por compañeros a fray Maseo y a fray Ángel, hombres de santidad, y caminando a impulsos del espíritu, sin escoger de antemano camino o senda, llegaron a un castillo llamado Carmano, donde San Francisco se puso a predicar, mandando a las golondrinas que cantaban que guardasen silencio en tanto que predicaba. Obedecieron las golondrinas, y él predicó tan fervorosamente que todos los hombres y mujeres de aquel castillo querían seguirle por devoción, desamparando sus hogares, pero San Francisco no quiso, diciéndoles:

-No tengáis prisa y no os vayáis, que yo ordenaré lo que debéis hacer para salud de vuestras almas.

Y entonces pensó fundar la Orden Tercera para universal salud de todos. Y, así, dejándolos muy consolados y bien dispuestos a la —57→ penitencia, se partió de allí, yendo de Carmano a Brevagna. Caminando con gran fervor levantó los ojos y vio algunos árboles al lado del camino, entre cuyo ramaje posaban gran número de avecillas. Maravillose mucho de esto San Francisco y dijo a su compañero:

-Espérame en el camino, porque voy a predicar a las avecillas.

Y se metió en el campo y comenzó a predicar a las avecillas que se posaron en el suelo. Inmediatamente las que estaban entre el ramaje vinieron hacia él y rodeándole permanecieron quietecillas mientras San Francisco les predicaba; y terminado que hubo el sermón tampoco se fueron hasta que San Francisco las bendijo. Y según después refirió fray Maseo a fray Jacobo de Massa, yendo San Francisco entre ellas tocándolas con su manto, ninguna se movía. El contenido de la predicación fue como sigue:

-Pájaros, hermanitos míos, vosotros estáis muy obligados a Dios, vuestro Criador, y siempre y en todo lugar debéis alabarle porque os ha dado vestido doblado y triplicado y libertad para ir a todas partes, y también guardó vuestro linaje en el Arca de Noé, a fin de que vuestra especie no pereciese en el mundo. También le estáis obligados por el elemento aire que os ha señalado. Además

de esto, no sembráis ni segáis y Dios os alimenta dándoos ríos y fuentes para vuestra bebida, montes y valles para vuestro refugio y árboles elevados para hacer vuestros nidos, y sabiendo que no sabéis hilar ni coser, Dios os viste a vosotros y a vuestros hijos; por todo lo cual os ama mucho vuestro Criador, supuesto que os hace tantos beneficios; por esto guardaos, pajaritos míos, de no caer en el pecado de la ingratitud, sino que alabad siempre a Dios.

Habiendo hablado San Francisco de esta suerte, las avecillas que le rodeaban comenzaron a abrir los picos, a bajar los cuellos, a extender las alitas y a inclinar reverentemente las cabezas hacia la tierra y con acciones y trinos indicaron que el santo padre les daba mucho placer; y asimismo San Francisco se alegraba y regocijaba, maravillándose de tanta multitud de pajarillos, de su bellísima variedad y de la atención y familiaridad que le habían prestado, por lo cual alababa por ello devotamente al divino Criador. Finalmente, concluido que hubo su predicación, San Francisco hizo la señal de la Cruz y dio licencia a las avecillas para que se fuesen, y remontaron el vuelo con deliciosos trinos; y según la cruz que había hecho San Francisco, dividiéronse en cuatro bandadas: una hacia levante, otra hacia poniente, la tercera hacia el mediodía y la cuarta hacia —58→ el septentrión, y cada bandada cantaba maravillosamente, en lo cual mostrábase que así como San Francisco, portaestandarte de la Cruz de Cristo, les había predicado, según la cual se desperdigaron por las cuatro partes del mundo, así también la predicación de la Cruz de Cristo, renovada por San Francisco, la extenderían él y sus frailes por todo el mundo; los cuales, a semejanza de los pajaritos, no poseyendo nada propio en el mundo, debían confiar su vida a la Divina Providencia.

Capítulo XVII

De cómo un frailecito vio a San Francisco orando de noche, y de cómo le aparecieron Jesucristo, la Virgen María y muchos santos, hablando con él

Cierto jovencito muy puro e inocente fue recibido en la Orden, viviendo San Francisco, y estaba en un pequeño convento en el cual los frailes por necesidad tenían que dormir teniendo por cama la dura tierra. Cierta vez San Francisco fuese a aquel convento y por la tarde, rezadas las Completas, se fue a dormir para poderse levantar de noche a orar, cuando los otros frailes dormían, según tenía por costumbre. El dicho jovencito entró en deseos de espiar solícitamente las obras de San Francisco para poder conocer su santidad y especialmente lo que hacía de noche cuando se levantaba. Y a fin de que el sueño no le venciese se puso aquel joven a dormir cerca de San Francisco y ató su cordón al del santo para sentirlo cuando se levantase, sin que San Francisco advirtiese nada. Pero en medio de la noche, cuando todos estaban en el primer sueño, se levantó San Francisco y encontró su cordón atado; entonces el santo, calladamente, lo desató, para que el niño no lo sintiese, y se fue a la selva que había cerca del convento y en una cueva que allí había se puso devotamente a orar. Después de un rato despertó el jovencito, y al encontrar la cuerda desatada y que San Francisco se había ido, se levantó y fue silenciosamente a buscarle. Se dirigió a la puerta del convento que conducía al bosque y hallándola abierta sospechó que San Francisco habría salido por allí para internarse en la espesura del bosque. Llevado de su deseo, llegó al lugar donde San Francisco oraba y comenzó a oír hablar, y acercándose más para ver y entender mejor lo que oía descubrió una luz milagrosa
—59→ envolviendo a San Francisco, y en ella vio a Jesucristo y a la Virgen María y a San Juan Bautista y al Evangelista y a gran multitud de ángeles que hablaban con San Francisco. Viendo y oyendo esto el jovencito cayó desmayado. Luego, acabado el misterio de aquella santa aparición, volvió San Francisco al convento, y en el camino toparon sus pies con el cuerpo del jovencito, que yacía como muerto, y por compasión lo levantó y cogiéndole en brazos se lo llevó, como el buen pastor lleva a su ovejita. Después supo el santo, por boca del mismo joven, que había presenciado la referida visión, y le mandó que no lo dijese a

nadie mientras estuviese vivo. Creció el niño en gracia de Dios y en devoción de San Francisco y fue uno de los más insignes miembros de la Orden; y sólo después de la muerte de San Francisco reveló a los frailes la referida visión.

Capítulo XVIII

Del maravilloso Capítulo que tuvo San Francisco en Santa María de los Ángeles, donde concurrieron más de 5.000 frailes

El siervo fiel de Cristo, San Francisco, tenía una vez Capítulo general en Santa María de los Ángeles, concurriendo más de 5.000 religiosos, al cual asistió también Santo Domingo, cabeza y fundamento de la Orden de Predicadores, el cual, a la sazón, caminaba de Borgoña a Roma; y oyendo hablar de la reunión del Capítulo que San Francisco celebraba en el llano de Santa María de los Ángeles, fue a verle con siete frailes de su Orden. Concurrió también al referido Capítulo un cardenal devotísimo de San Francisco, al cual éste había profetizado que llegaría a ser Papa, y así fue. Había venido el cardenal, a propósito, desde Perusa, donde estaba la Corte, a Asís; todos los días visitaba a San Francisco y a sus frailes en el Capítulo y sacaba grandísimo provecho y devoción de visitar a tan santo colegio. Y viéndoles sentados en aquella llanura, alrededor de Santa María en grupos de 40, 100, 200 ó 300 juntos, todos empleados en hablar de Dios con oraciones, gemidos, lágrimas y ejercicios de caridad, y que estaban con tanto silencio y tanta modestia que no se sentía allí ningún rumor ni movimiento, maravillándose el cardenal de muchedumbre tan ordenada, con lágrimas y con gran devoción decía:

—60→

-Verdaderamente que éste es el campo y el ejercicio de los caballeros de Dios.

No se oía entre tanta multitud ninguna palabra frívola o baja, sino que, por el contrario, en cada grupo de frailes se oraba o

recitaba el Oficio divino, o se lloraban los pecados propios o ajenos, o se trataba de la salud de las almas. Había en aquel campo cabañas o cobertizos de esteras distintas según la diversidad de provincias de los frailes que las habitaban, y por eso se llamaba aquél *Capítulo de los cobertizos, y también de las esteras*. Las camas eran el duro suelo, y el que más tenía era un poco de paja; las almohadas eran de madera o de piedra. Por esta razón era tanta la devoción de los que veían u oían y tanta la fama de su santidad, que de la corte del Papa, que estaba a la sazón en Perusa, y de otros lugares del valle de Spoleto acudían muchos condes, barones y caballeros y multitud de pueblos, de cardenales, obispos y abades y otros clérigos, para ver aquella congregación tan santa, tan numerosa y tan humilde, de modo que el mundo no había visto jamás mayor número de hombres santos reunidos; y principalmente venían a ver la cabeza y padre santísimo de aquella santa gente, el cual había robado al mundo tan bella presa y reunido un tan hermoso y devoto rebaño para seguir las huellas del verdadero pastor Jesucristo. Hallándose reunido todo el Capítulo general, el santo padre de todos y general y ministro San Francisco, con fervor de espíritu explicó la palabra de Dios y predicó en alta voz lo que el Espíritu Santo le dictaba. Por tema del sermón tomó las siguientes palabras:

-Hijos míos, grandes cosas hemos prometido a Dios; pero muchas mayores nos ha prometido Dios a nosotros, si observamos lo que hemos prometido y esperamos con certeza lo que Él nos ha prometido a nosotros. Breve es el placer del mundo, pero la pena que le sigue es perpetua; pequeñas son las penalidades de esta vida, pero es infinita la gloria de la vida futura.

Y sobre estas palabras, predicando devotísimamente, confortaba e inducía a los frailes a la obediencia y reverencia de la Santa Madre Iglesia y a la caridad paternal; a adorar a Dios por todo el pueblo, a sufrir con paciencia las adversidades del mundo, a la templanza en la prosperidad y a la limpieza y castidad angélica y a vivir en paz y concordia con los hombres y con la propia conciencia y amar y observar la santísima pobreza. Y por eso les decía:

-Yo os mando, por mérito de la santa obediencia, a todos los que estáis aquí congregados, que ninguno de vosotros

tenga cuidado ni solicitud de cosa alguna de comer o de beber, o de cuanto sea necesario al cuerpo, sino únicamente piense en orar y alabar a Dios, dejando la solicitud de vuestro cuerpo a Él, porque tiene especial cuidado de vosotros.

Y todos cuantos le oyeron recibieron este mandato con alegría de corazón, que reflejaba en la sonrisa de sus semblantes, y concluido que hubo San Francisco, todos se pusieron en oración. Santo Domingo, que se hallaba presente a todas estas cosas, se maravilló mucho del mandato de San Francisco y le juzgó indiscreto; no podía entender cómo aquella multitud se podía regir sin tener cuidado ni solicitud de las cosas necesarias al cuerpo. Pero el principal pastor, Cristo bendito, queriendo manifestar cómo se cuida de sus ovejas y el singular amor que profesa a sus pobres, inmediatamente inspiró a las gentes de Perusa, de Spoleto, de Foligno, de Spello y de Asís y de otras tierras comarcanas que llevasen de comer y de beber a aquella santa congregación. Y he aquí que de pronto vienen de todas aquellas referidas tierras hombres con jumentos, caballos y carros cargados de pan, vino, judías, caza y otros buenos alimentos de que los pobrecitos de Cristo tenían necesidad. Además de esto trajeron manteles, servilletas, platos, cubiertos y otras vasijas para el servicio de aquella multitud; y se reputaba dichoso el que podía llevar alguna cosa o servir con más solicitud a los frailes, de tal suerte que los caballeros, barones y demás gentileshombres que habían venido de espectadores, con gran humildad y devoción los querían servir por sí mismos. Por lo cual Santo Domingo, viendo aquellas cosas y conociendo verdaderamente que la Providencia Divina cuidaba de todo, humildemente reconoció que se había engañado al calificar de indiscreto el mandato de San Francisco; y yendo a buscarle, se echó a sus pies de rodillas, y humildemente le confesó su culpa, y añadió:

-Verdaderamente Dios tiene un cuidado especial de estos santos pobrecitos, y yo no lo sabía. De aquí en adelante prometo observar la evangélica y santa pobreza y maldigo en nombre de Dios a todos los frailes de mi Orden que dentro de ella presuman de tener alguna cosa propia.

De este modo Santo Domingo quedó muy edificado de la fe del santísimo Francisco y de la obediencia y pobreza de tan numeroso

y ordenado colegio, de la Providencia Divina y de la copiosa abundancia —62→ de todos sus bienes. En aquel mismo Capítulo le fue dicho a San Francisco que muchos de sus religiosos llevaban cilicio sobre la carne y argollas de hierro, por lo cual muchos enfermaban, algunos morían y bastantes se veían imposibilitados para orar. Luego, San Francisco, como padre discretísimo, mandó por santa obediencia que todos los que llevasen cilicios o argollas de hierro se los diesen, y así lo hicieron, y le fueron entregados más de 500 cilicios y muchas más argollas de los brazos y de la cintura; tantas, que formaron un gran montón, y San Francisco hizo que los dejasen allí. Acabado el Capítulo y confortados y amaestrados en todas las virtudes por San Francisco en la manera cómo habían de vivir sin pecado en este mundo pérfido, con la bendición de Dios y del santo, los frailes tornaron a sus provincias muy consolados con espirituales alegrías.

Capítulo XIX

De cómo la viña del cura de Rieti, en cuya casa oró San Francisco, con motivo de la mucha gente que corría tras él, quedó destrozada y fueron cogidas muchas uvas, y de cómo después esta viña dio milagrosamente más vino que nunca, como había prometido San Francisco, y de cómo Dios reveló a San Francisco que aquél se salvaría

Estando San Francisco una vez gravemente enfermo de los ojos, monseñor Hugolino, cardenal protector de la Orden, por el gran amor que la profesaba, le escribió que fuese a Rieti, donde había médicos muy expertos en curar las enfermedades de la vista. Tan pronto como San Francisco recibió la carta del cardenal fuese sin perder tiempo a San Damián, donde estaba Santa Clara, devotísima esposa de Cristo, para darle algún consuelo e irse enseguida a verse con el cardenal. Estando allí San Francisco, a la noche siguiente empeoró tanto de los ojos que nada veía, y como

no podía irse, Santa Clara le hizo una celdilla de cañas en la cual pudiese descansar mejor. Pero San Francisco, por el dolor de la enfermedad y por la multitud de ratones que le causaban grandísima molestia, en manera alguna podía descansar ni de día ni de noche. En tanta pena y tribulación comenzó a pensar y conocer que aquello era un —63→ castigo de Dios por sus pecados, y dando gracias a Dios con el corazón y con los labios, decía en alta voz:

-Dios mío, yo soy digno de esto y de cosas peores. Señor mío Jesucristo, Pastor bueno que a nosotros nos has mostrado tu misericordia en darnos varias penas y angustias corporales, concede gracia y virtud a esta tu ovejuela para que en ninguna enfermedad, angustia o dolor me aparte de Ti.

Y en esta oración oyó una voz del Cielo que decía:

-Francisco, contéstame: si toda la tierra fuese oro, y todos los mares, fuentes y ríos fuesen bálsamo y todos los montes y collados y rocas fuesen piedras preciosas, y tú encontrases otro tesoro más noble que estas cosas, cuando el oro es más noble que la tierra y el bálsamo más que el agua, y las piedras preciosas más que los montes y las rocas, y te fuese dado todo este tesoro en lugar de la enfermedad que padeces ¿no deberías estar muy contento y alegre?

Respondió San Francisco:

-Señor, yo soy indigno de tan precioso tesoro.

Y la voz de Dios le dijo:

-Regocíjate, Francisco, porque aquél es el tesoro de la bienaventuranza, de la cual es prenda la enfermedad que ahora padeces.

Entonces San Francisco llamó a su compañero con grandísima alegría por la gloriosa promesa recibida y dijo:

-Vayamos a ver al cardenal.

Y consolando primero a Santa Clara con buenas exhortaciones y despidiéndose de ella humildemente tomó el camino de Rieti. Y cuando estaba cerca de la ciudad fue tanta la multitud de gente que le salió al encuentro, que no quiso entrar en ella, por lo que se dirigió a una iglesia que estaba cerca de la ciudad, como a dos millas de distancia. Al saberlo los ciudadanos acudieron a dicho sitio, y fue tan numeroso el concurso, que la viña que poseía

aquella iglesia fue pisoteada, y le quitaron todo su fruto, de lo que el capellán se dolía mucho en su corazón, arrepintiéndose de haber recibido a San Francisco en su iglesia. Los pensamientos del capellán fueron revelados por Dios a San Francisco, por lo que éste le mandó llamar y le dijo:

-Carísimo padre: ¿Cuántas cargas de vino os produce esta viña en los años más abundantes?

El cura contestó:

-Doce cargas.

—64→

San Francisco añadió:

-Pues os ruego, padre, que sufráis con paciencia el que yo permanezca aquí algunos días, porque hallo en este sitio mucho descanso, y deja comer a todo el mundo de las uvas de tu viña por amor de Dios y del pobrecito que te lo ruega, y yo te prometo, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que este año te ha de producir veinte cargas.

Y esto lo hizo San Francisco por permanecer allí, donde alcanzaba muchos frutos de las gentes que venían a verle, las cuales partían de allí embriagadas del divino amor y muchas dejaban el mundo. Confiado el capellán en la promesa de San Francisco dejó libremente la viña a disposición de los que venían a verle. ¡Cosa admirable! La viña fue por completo despojada sin que apenas quedase un racimo completo; pero llegado el tiempo de la vendimia, el capellán recogió los pocos racimillos que habían quedado, los metió en el lagar, los prensó y, según la promesa de San Francisco, produjeron 20 cargas de exquisito vino. En este milagro claramente se da a entender que, así como por los méritos de San Francisco la viña despojada de uvas produjo abundante vino, en tal guisa el pueblo cristiano, estéril de virtudes por el pecado, por los méritos de San Francisco muchas veces había de lograr verdadera penitencia.

Capítulo XX

De una muy bella visión que tuvo un fraile joven, el cual abominaba tanto la capa, que estaba resuelto a colgar los hábitos

y salirse de la Orden

Un joven muy noble y delicado entró en la Orden de San Francisco, y pasados pocos días por instigación del demonio, comenzó a mirar con tanto terror el hábito que llevaba, que le parecía llevar un saco vilísimo; le causaban enfado las mangas y lo largo y áspero del hábito le parecía una carga insufrible, y creciendo el desagrado por las cosas de la religión llegó, finalmente, a pensar en dejar el hábito y tornarse al mundo. Tenía la costumbre, según le había enseñado su maestro, cuando pasaba por delante del altar del convento donde estaba reservado el cuerpo de Cristo, de arrodillarse con gran reverencia, quitarse la capucha y con los brazos cruzados inclinarse. Sucedió, pues, que la noche en que quería salir de la Orden —65→ acertó a pasar por delante del altar del convento y parándose se arrodilló e hizo la acostumbrada reverencia. Inmediatamente fue arrebatado su espíritu y le fue mostrada por Dios una visión maravillosa, porque vio delante de sí infinita multitud de santos a modo de procesión, ordenados de dos en dos, vistiendo bellísimos y preciosos trajes de paño con las caras y las manos resplandecientes como el sol, que iban cantando acompañados de ángeles, y entre estos santos había dos cuyos trajes y adornos, muy superiores a los demás, despedían tantos destellos que causaban grandísimo estupor en quien atentamente los miraba, y casi al fin de la procesión vio uno adornado de tanta gloria, que parecía más honrado que los otros. Viendo el joven tan maravillosa y extraña visión, aunque no sabía lo que aquello significase, no se atrevía a preguntar por qué estaba sumido en la admiración de tanto gozo; pero cuando ya iba a terminar la procesión, sacando fuerzas de flaqueza, se fue derecho a los últimos y con gran temor les preguntó, diciendo:

-¡Oh, carísimos, yo os ruego que tengáis la caridad de decirme qué significan las maravillas que yo he visto en esta procesión tan venerable!

Contestaron ellos:

-Has de saber, hijito, que todos nosotros somos frailes menores que venimos ahora de la gloria del Paraíso.

Y el joven novicio preguntó:

-¿Quiénes son aquellos dos que resplandecen más que los otros?

-Son -le contestaron- San Francisco y San Antonio, y el último que habrás visto tan honrado es un santo fraile que murió recientemente, el cual, porque valerosamente combatió contra las tentaciones y perseveró con nosotros hasta el fin, ahora le conducimos en triunfo a la gloria del Paraíso. Estos vestidos de paño tan bellos que llevamos los hemos recibido de Dios a cambio de la áspera túnica que con tanta paciencia y gozo hemos llevado en la religión, y la gloriosa claridad con que ahora nos ves iluminados nos ha sido dada por Dios en premio de la humilde penitencia, obediencia, castidad y santa pobreza con que le hemos servido hasta el fin. Por esto, queridísimo hijo, no te sea duro usar el sayal de la Religión, tan provechoso, porque si con el saco de San Francisco desprecias al mundo y mortificas la carne, y combates valerosamente contra el demonio, recibirás el mismo vestido que nosotros y la misma claridad de la gloria.

—66→

Dichas estas palabras, el joven volvió en sí y de tal modo confesó su culpa delante del guardián y de sus hermanos, que de allí en adelante sólo deseó la aspereza de la penitencia y de los vestidos y acabó la vida en la Orden con gran santidad.

Capítulo XXI

Del santísimo milagro que hizo San Francisco cuando convirtió el ferocísimo lobo de Agubio

A tiempo que San Francisco vivía en la ciudad de Agubio, condado del mismo nombre, apareció un lobo grandísimo, terrible y feroz, el cual no solamente devoraba a los animales, sino también a los hombres; de modo que todos los ciudadanos vivían en grandísima inquietud, porque muchas veces se acercaba a la ciudad, y todos iban armados cuando salían de sus casas como si

fuesen a la guerra, y aún así no se podían defender de él si le topaban solo; de modo y manera que el miedo al lobo llegó a tal extremo, que nadie se atrevía a salir solo fuera de su vivienda. Por lo cual San Francisco, compadecido de los hombres de aquella tierra, quiso salir fuera en busca del lobo contra el parecer de todos los ciudadanos, que se oponían a esta empresa; pero él, haciendo la señal de la santa cruz, salió fuera de la ciudad con sus compañeros, poniendo en Dios toda su confianza. Recelosos los demás de seguir más adelante, San Francisco, valerosamente, tomó el camino que dirigía a la guarida del lobo. Y he aquí que, presenciándolo muchos ciudadanos que habían acudido a contemplar el milagro, el lobo salió al encuentro de San Francisco con la boca abierta, y acercándose a él San Francisco le hizo la señal de la santa cruz, le llamó y le dijo:

-Ven acá, hermano lobo; yo te mando en nombre de Cristo que no me hagas daño a mí ni a ninguna otra persona.

¡Cosa admirable! En cuanto San Francisco hizo la señal de la cruz el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo al mandato, se acercó mansamente y como un cordero se echó a los pies de San Francisco, el cual le habló de esta suerte:

-Hermano lobo, tú has causado mucho daño en este territorio y has cometido grandes crímenes, atropellando y matando a las criaturas de Dios sin su licencia, y no solamente has matado y devorado —67→ a los animales sino que has llevado tu atrevimiento hasta matar a los hombres, hechos a imagen de Dios; por todo lo cual eres digno de la horca como ladrón y homicida pérfido; por eso toda la gente habla mal de ti y todos son enemigos tuyos; pero yo quiero, hermano lobo, poner paz entre ti y tus enemigos; si tú prometes no ofenderlos más, ellos te perdonarán las pasadas ofensas y ni los hombres ni los perros te perseguirán en adelante.

Dichas estas palabras, el lobo, con un movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y con inclinaciones de cabeza, mostraba querer aceptar y cumplir lo que San Francisco le proponía. Entonces San Francisco añadió:

-Hermano lobo, puesto que te gusta hacer y tener paz, yo te prometo darte la comida mientras vivieres, imponiendo esta obligación a los hombres de la ciudad, y así no pasarás más

hambre; porque yo sé muy bien que por el hambre has hecho tantos daños. Pero en virtud de esta gracia que te concedo, quiero, hermano lobo, que tú me prometas no hacer daño a ninguna persona humana ni tampoco a los animales. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio evidente señal de que así lo prometía. Luego San Francisco añadió:

-Hermano lobo, quiero que me hagas fe de tu promesa para que yo pueda fiarme de ti.

Y extendiendo la mano San Francisco para recibir su juramento, el lobo, mansamente, puso su mano sobre la de San Francisco, dándole señal de fe en la forma que podía. Entonces dijo San Francisco:

-Hermano lobo, yo te mando en nombre de Jesucristo que vengas conmigo sin miedo de nada, e iremos a firmar esta paz en nombre de Dios.

El lobo, obediente, se fue con él como un manso corderillo, viendo lo cual los ciudadanos de Agubio se maravillaron mucho.

Tan pronto como la novedad se supo en la ciudad, todo el mundo, hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, acudieron a la plaza a ver el lobo con San Francisco. Y estando reunido todo el pueblo, San Francisco se puso a predicar, diciendo, entre otras cosas, cómo por los pecados permite Dios tales daños y pertinencias, y que es más de temer la llama del Infierno, la cual duraría eternamente para los condenados, que no la rabia del lobo, la cual sólo puede matar el cuerpo y, ¿cuánto se debe temer la boca del Infierno —68→ cuando tanta multitud tiene miedo y temor a la boca de un pobre animal?

-Convertíos, pues, carísimos, a Dios y haced digna penitencia de vuestros pecados, que Dios os librará del lobo en el tiempo presente y en el futuro del fuego eternal.

Dicha esta plática, San Francisco añadió:

-Oíd, hermanitos míos: el hermano lobo, que está delante de vosotros, me ha prometido y dado palabra de ajustar con vosotros paces y de no ofenderos jamás en cosa ninguna si vosotros prometéis darle las cosas necesarias para su vida, y yo salgo fiador por él, de que observará fielmente este tratado de paz.

Al oír esto, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentar al lobo diariamente. Y San Francisco, delante de todo el pueblo, dijo al lobo:

-Y tú, hermano lobo, ¿prometes cumplir por tu parte el tratado de paz, no ofendiendo ni a los hombres ni a los animales ni a criatura alguna?

Y el lobo, arrodillándose, inclinando la cabeza y con suaves meneos del cuerpo, de la cola y de las orejas, demostró, en cuanto le fue posible, que estaba dispuesto, por su parte, a cumplir todo lo pactado. Entonces dijo San Francisco:

-Hermano lobo, quiero que así como diste fe de esta promesa fuera de la ciudad, del mismo modo ahora, a presencia de todo el pueblo, me reiteres la fe de la misma, para que yo esté seguro de que no me engañas y no me dejarás en mal lugar, por la fe que en nombre tuyo he prestado.

Entonces el lobo, levantando su pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. A vista de este hecho y de los demás que quedan mencionados, fue tanta la novedad del milagro y la mansedumbre del lobo, que todos comenzaron a clamar al Cielo, alabando y bendiciendo a Dios que les había mandado a San Francisco para que, con sus méritos, los librase de la boca de la bestia feroz. Después de este suceso el lobo vivió dos años en Agubio y entraba familiarmente de puerta en puerta por las casas sin hacer daño a nadie, ni ser molestado por ninguno; y era generosamente alimentado por la gente, y andando por el campo y la ciudad, nunca perro alguno le ladraba. Finalmente, después de dos años, el hermano lobo se murió de viejo, de lo cual se dolieron mucho los ciudadanos, porque viéndolo andar tan manso y tan humilde por la ciudad tenían presentes las virtudes y la santidad de San Francisco.

Capítulo XXII

△▽

De cómo San Francisco domesticó las tórtolas salvajes

Un joven cazador había cogido cierto día muchas tórtolas y llevándolas a vender se encontró con San Francisco, el cual, como tenía siempre mucha piedad de los animales mansos, se puso a mirar aquellas tórtolas con ojos llenos de compasión y dijo al joven que las llevaba:

-¡Oh, buen joven! Yo te ruego que me las des, para que estas aves tan mansas, que en la Santa Escritura se comparan a las almas santas y fieles, no vayan a dar en manos crueles que las maten.

De pronto el cazador, inspirado por Dios, dio sus tórtolas a San Francisco, y acogiéndolas él en su regazo, comenzó a decirles, dulce y cariñosamente:

-¡Oh, hermanitas mías, tórtolas inocentes, sencillas y castas! ¿Por qué os habéis dejado coger? Ahora que os he librado de la muerte quiero haceros los nidos para que deis fruto y os multipliquéis, según el mandato de Dios, vuestro Criador.

Y, en efecto, San Francisco les hizo a todas nido, y estando allí comenzaron a poner huevos y criaron sus hijuelos en presencia de los frailes, llegando a ser tan familiares que trataban con San Francisco y los demás frailes como si hubieran sido gallinas criadas a su mano, y no se fueron de allí hasta que San Francisco les dio con su bendición licencia para ausentarse.

En cuanto al joven que las había dado, le dijo San Francisco:

-Hijo mío, tú llegarás a ser fraile en esta Orden y servirás a Jesucristo.

Y así fue, porque el referido joven se hizo fraile y vivió en la Orden con gran santidad.

Capítulo XXIII

De cómo San Francisco libró al fraile que se hallaba en pecado con el demonio

Estando cierta vez San Francisco orando en el lugar de la Porciúncula, vio por divina revelación todo el convento rodeado y

asediado por los demonios a modo de numeroso ejército; pero ninguno —70→ de ellos podía entrar dentro, porque los frailes eran de tanta santidad que no daban ocasión a que se introdujese entre ellos el demonio. Pero, perseverando así, ocurrió un día que un fraile se disgustó con otro y pensó en su corazón cómo le podría acusar y vengarse de él; por cuyo motivo el demonio, viendo la puerta abierta, penetró en el convento y se puso sobre el cuello del fraile. Viendo lo cual el piadoso y solícito pastor, que con tanto afán velaba siempre por su rebaño, y viendo, además, que el lobo había entrado para devorar a su ovejuela, mandó inmediatamente llamar al referido fraile y le ordenó que desde luego descubriese el veneno del odio concebido contra el prójimo, por cuyo pecado estaba en manos del enemigo. El fraile, asustado al verse comprendido por el santo padre, descubrió allí todo el veneno y rencor que tenía en el corazón, reconoció su culpa y pidió humildemente la penitencia y el perdón con misericordia. Hecho esto, absuelto que fue del pecado y recibida la penitencia, a presencia del mismo San Francisco se alejó el demonio al instante, y el fraile, librado de esta suerte de las manos de la bestia cruel por la caridad del buen pastor, dio gracias a Dios, y volviendo corregido y amaestrado al redil del santo pastor, vivió en adelante con gran santidad.

Capítulo XXIV

De cómo San Francisco convirtió a la fe al sultán de Babilonia[15] y a la meretriz que le inducía a pecado

Movido San Francisco del celo por la fe del Crucificado, y del deseo del martirio, fuese cierta vez al otro lado del mar, con 12 de sus compañeros, con el fin de dirigirse al mismo sultán de Babilonia. Y al pasar por una comarca de sarracenos donde esperaban a los caminantes ciertos hombres crueles para coger y matar los que fueran cristianos, fueron los santos viajeros sorprendidos; pero quiso Dios que no fuesen muertos, sino

cautivos, golpeados y atados, y conducidos luego a la presencia del sultán. Y hallándose en presencia de éste, San Francisco, inspirado por el Espíritu Santo, predicó tan divinamente la fe de Cristo, que por ella estaba pronto a sufrir el martirio del fuego. Por lo que el sultán comenzó a sentir grandísima devoción hacia él, tanto por la constancia de su fe como por su —71→ desprecio del mundo que veía en él; porque ningún don quería recibir de sus manos, siendo pobrísimo, como no fuese el del martirio, que tanto ambicionaba. Desde el primer día oyole el sultán con agrado y le rogó fuese muchas veces a verle, concediéndole libremente a él y a sus compañeros que pudiesen predicar donde más les acomodase, dándoles al efecto una contraseña por la cual no pudiesen ser molestados por nadie. Habida esta licencia, San Francisco envió a sus compañeros de dos en dos por diversas partes de los sarracenos para predicarles la fe de Cristo; y él, con otro compañero, escogió una comarca donde, al llegar, se entró a un mesón para descansar. Había en este mesón una mujer bellísima de cuerpo, pero de alma sucia, y la maldita provocole a pecar. Contestole San Francisco:

-Si quieres que te dé gusto, debes tú también consentir lo que yo quiero.

Dijo ella:

-Yo acepto; vamos a la cama.

Y ella lo condujo a una habitación. Había allí un hogar con mucho fuego, y dícele San Francisco:

-Ven conmigo.

Y llevándola al hogar, con fervor de espíritu quitose el hábito y se echó encima de las ascuas esparcidas por el suelo, convidándola para que también ella fuese y, desnudándose, se echase con él en aquella cama tan mullida y hermosa. Y estando así San Francisco largo rato con alegre rostro, sin quemarse ni levemente chamuscarse, la mujer, espantada con el milagro y enternecido su corazón, no solamente se arrepintió de su pecado y mala intención, sino que también se convirtió a la fe de Cristo y llegó a tal santidad, que por ella se salvaron en aquella comarca muchas almas. Finalmente, viendo San Francisco el poco fruto que podía conseguir en aquella tierra, por divina revelación dispuso retornar con sus compañeros a tierra de cristianos, y, al

efecto, reunidos todos los frailes, volvieron a ver al sultán para darle cuenta de su partida. Entonces, al verlos, dijo el sultán:

-Francisco: de buena gana me convertiría a la fe de Cristo; pero temo hacerlo ahora, porque si mis súbditos lo saben, te matarán a ti, a mí y a todos tus compañeros; y comprendiendo que tú todavía puedes hacer mucho bien, y que yo debo resolver cosas de gran peso, no quiero procurar tu muerte, ni la mía; pero enséñame —72→ qué debo hacer para salvarme, que yo estoy dispuesto a hacer todo lo que tú me mandes.

Entonces dijo San Francisco:

-Señor: yo me voy ahora de aquí; pero cuando haya llegado a mi país y, por la gracia de Dios, vuele al Cielo después de mi muerte, según le plazca a Dios, te mandaré dos frailes, de los cuales recibirás el santísimo bautismo de Cristo y serás salvo, según el mismo Señor me ha revelado. Y en este tiempo procura vivir santamente para que cuando venga a ti la gracia de Dios, te halle preparado a la fe y devoción.

Así prometió el sultán hacerlo, y así lo hizo. Después de lo cual San Francisco volvió a su país con el venerable colegio de los 12 santos compañeros, y tras algunos años de vida corporal entregó su alma a Dios. Enfermo el sultán, esperaba que se cumpliese la promesa de San Francisco, y tenía guardias apostados en los caminos con orden que si veían dos caminantes con hábito de San Francisco los trajesen inmediatamente a su presencia. Por aquel tiempo se apareció San Francisco a dos frailes y les mandó que sin tardanza fuesen en busca del sultán y procurasen su salvación, como él le había prometido. Los cuales frailes inmediatamente se pusieron en camino y pasaron el mar, y por la referida guardia fueron conducidos a presencia del sultán, que al verles se alegró mucho y dijo:

-Ahora comprendo que Dios me ha enviado estos siervos suyos para mi salud, según la promesa que San Francisco, por revelación divina, me dejó hecha.

Instruido en la fe de Jesucristo, recibió el santo bautismo de los referidos frailes; y así regenerado, murió de aquella enfermedad y salvó su alma por los méritos y oraciones de San Francisco.

Capítulo XXV

De cómo San Francisco sanó milagrosamente a un leproso de alma y de cuerpo, y de lo que le dijo su alma subiendo al Cielo

El verdadero discípulo de Cristo, viviendo en esta vida miserable, procuraba con todas sus fuerzas seguir a Jesucristo, perfecto Maestro; de donde resultaba que muchas veces, por Divina Providencia, a quien él sanaba de cuerpo, Dios le sanaba el alma al —73→ mismo tiempo, como se refiere de Cristo. Por lo cual, no solamente servía cuidadosamente a los leprosos, por amor de Cristo, sino también ordenó a sus frailes que les sirviesen, por amor de Cristo, el cual quiso por nuestro amor ser reputado como leproso. Sucedió cierta vez, en un lugar cercano adonde vivía San Francisco, que los frailes cuidaban un hospital de leprosos y enfermos, y había en este hospital un leproso tan impaciente, tan desesperado y tan protervo, que todos creían, y así era la verdad, que se hallaba poseído del demonio; porque maltrataba de palabra y de obra a los que le servían, y, lo que es peor, tan impíamente blasfemaba de Cristo bendito y de su Santísima Madre la Virgen María; que no se hallaba quien pudiese o le quisiera servir. Porque si bien los insultos y villanías propias las soportaban los frailes pacientemente para aumentar el mérito de la paciencia, no sucedía lo mismo con las blasfemias que decía contra Cristo o su Madre, las cuales, en conciencia, no creían deber soportar, y por esto decidieron desentenderse del referido leproso. No lo quisieron hacer sin decírselo antes a San Francisco, que vivía entonces en un lugar inmediato. Se lo refirieron, en efecto, y San Francisco se fue enseguida a ver al pérfido leproso, y al estar en su presencia le saludó diciendo:

-Dios te dé su paz, hermano carísimo.

A lo que el leproso contestó:

-¿Qué paz puedo esperar de Dios, que me ha quitado toda paz y todo bien y me ha dado tantas y tan repugnantes heridas?

San Francisco contestó:

-Debes, hijo, tener paciencia, porque las enfermedades del cuerpo las da Dios en el mundo para la salud del alma, y sirven de gran mérito cuando se sufren con paciencia.

Replicó el enfermo:

-¿Y cómo puedo yo llevar con paciencia la pena continua que de noche y día me atormenta? Y no solamente por la enfermedad mía, sino también por el mal que me causan los frailes que tú me diste para que me sirviesen, pues no cumplen con su deber.

Entonces San Francisco, conociendo por revelación que este leproso estaba poseído por el espíritu maligno, se fue y puso en oración, rogando a Dios devotamente por él. Hecha la oración, volvió por él y le dijo:

-Hijo: quiero yo ser quien te sirva, ya que no estás contento de los demás.

—74→

-Me agrada -dijo el enfermo-; pero ¿qué me podrás hacer tú que los demás no hayan hecho?

Respondió San Francisco:

-Haré lo que tú quieras.

Y dijo el leproso:

-Quiero que me laves todo el cuerpo, porque yo sufro tanto, que a mí mismo no me puedo soportar.

Entonces hizo San Francisco que calentasen agua con muchas hierbas odoríficas, y comenzó a lavarlo con su mano, mientras otro fraile le echaba el agua; y por divino milagro, donde San Francisco tocaba con su santa mano desaparecía la lepra y renacía la carne perfectamente sana, y, según iba sanando la carne, comenzó a sanar el alma, por lo que, viéndose curar el leproso, comenzó a sentir gran compunción y arrepentimiento de sus pecados y a llorar amargamente; de modo que mientras su cuerpo se limpiaba por fuera, por dentro se limpiaba del pecado por la contrición y lágrimas de sus faltas.

Y en cuanto se vio completamente sano, así del cuerpo como del alma, humildemente se acusaba de sus culpas y decía llorando en alta voz:

-¡Ay de mí, que he merecido el Infierno por las villanías e injurias que he hecho y dicho a los frailes, y por la impaciencia y blasfemias que he cometido contra Dios!

Y así permaneció en amargo llanto de sus pecados, invocando la misericordia de Dios y confesando enteramente al sacerdote sus culpas. Y San Francisco, viendo tan expreso milagro que Dios había obrado por su mano, le dio gracias y se fue de allí a un país muy remoto; porque, por humildad, quería huir de toda gloria y enderezar todas sus obras a la honra y gloria de Dios y no a la propia.

Después que por la misericordia de Dios el referido leproso sanó del cuerpo y del alma, cuando hubo hecho quince días de penitencia volvió a enfermar, y fortalecido con los Divinos Sacramentos murió santamente, y su alma voló al Paraíso, apareciéndosele a San Francisco en ocasión que se hallaba orando y diciéndole:

-¿Me reconoces?

-¿Quién eres? -le dijo San Francisco.

Y contestó:

-Soy el leproso a quien Cristo bendito sanó por tus méritos, y hoy he sido conducido a la vida eterna, por lo cual doy gracias a —75→ Dios y a ti; benditos sean tu alma y tu cuerpo, y benditas sean tus palabras y tus obras, porque por ti muchas almas se salvarán en el mundo; y has de saber que no pasa día sin que los santos ángeles y demás santos del Cielo den gracias a Dios por los frutos que tú y tu Orden alcanzáis en diversas partes del mundo; aliméntate, pues, y da gracias a Dios y quédate con su bendición.

Dichas estas palabras, el alma del leproso voló al Cielo, quedando San Francisco muy consolado. A gloria de Cristo. Amén.

Capítulo XXVI

De cómo San Francisco convirtió a tres ladrones homicidas, los cuales hiciéronse frailes, y de la nobilísima visión que tuvo uno de ellos, que fue santísimo fraile

Caminando cierta vez San Francisco por el distrito del Burgo de Santo Sepulcro, al pasar por un castillo que se llamaba Monte Casale, se le acercó un joven muy amable y delicado, y le dijo:

-Padre, quisiera con toda mi alma ser contado en el número de tus frailes.

A lo que contestó San Francisco:

-Hijo mío, eres joven delicado y noble; acaso no podrás resistir nuestra austeridad y pobreza.

Y el joven replicó:

-¿Por ventura, padre, no sois vosotros hombres como yo? Pues así como vosotros resistís la penitencia, podré resistirla yo con la gracia de Dios.

Contentó mucho a San Francisco aquella respuesta, por lo cual, bendiciéndole inmediatamente, le recibió en la Orden, dándole el nombre de fray Ángel; y se condujo este joven con tanta prudencia, que de allí a poco tiempo le nombró San Francisco guardián del referido lugar de Monte Casale.

Por aquel tiempo merodeaban por aquella comarca tres famosos ladrones, que eran terror de todas las gentes por los muchos daños que causaban. Los tales ladrones vinieron un día al dicho convento de los frailes y pidieron a fray Ángel que les diese de comer, y el guardián les contestó de este modo, reprendiéndoles ásperamente:

-Vosotros, ladrones y crueles homicidas, que no os avergonzáis —76→ de robar el trabajo de los demás, ¿cómo sois tan presuntuosos y desvergonzados que queréis comer la limosna enviada para sustento de los siervos de Dios? Sois indignos de que la tierra os sustente, porque no tenéis respeto alguno ni a los hombres ni al Dios que os ha criado; idos por do vinisteis y no volváis a presentaros jamás.

Al oír esto los ladrones, muy turbados, se fueron llenos de ira. Poco después volvió San Francisco de fuera con un talego de pan y una vasija de vino que él y su compañero habían mendigado; y refiriéndole el guardián lo que le había sucedido con los ladrones, San Francisco le reprendió severamente, diciéndole que se había

portado con mucha crueldad, porque los pecadores mejor se convierten a Dios con dulzura que con ásperas reprensiones.

-Por esto, nuestro Divino Maestro Jesucristo, cuyo Evangelio nos hemos propuesto observar, dice que no tiene necesidad de médico el que está sano, sino el enfermo; que Él no había venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia; por eso muchas veces comía con ellos. Habiendo, pues, obrado tú contra la caridad y con el Santo Evangelio de Cristo, te mando por santa obediencia que inmediatamente tomes este talego de pan que yo he mendigado y esta vasija de vino y vayas solícitamente en busca de los ladrones por montes y valles hasta que los encuentres, y les ofrezcas todo este pan y vino de mi parte; y después te arrodillarás delante de ellos, y humildemente les confesarás tu crueldad y tu culpa, y les rogarás de mi parte que no hagan daño, sino que teman a Dios y no le ofendan nunca; y si ellos hacen esto, yo les prometo proveerles en sus necesidades y darles continuamente de comer y beber; y cuando hayas dicho esto, vuelve aquí humildemente.

Mientras el referido guardián fue a cumplir el mandato de San Francisco, éste se puso en oración, rogando a Dios que ablandase los corazones de los ladrones y los convirtiese a penitencia. Dio con los ladrones el obediente guardián, y les presentó el pan y el vino, y ejecutó al pie de la letra todo cuanto San Francisco le había mandado. Y como agradase a Dios esta obra, sucedió que, comiendo los ladrones la limosna de San Francisco, comenzaron a decirse uno a otro:

-¡Ay de nosotros, miserables desventurados, qué penas tan terribles nos esperan en el Infierno! Porque no solamente robamos al prójimo y le golpeamos y herimos, sino que también lo matamos; y —77→ después de tantos males y de cosas tan depravadas como hacemos, no sentimos ningún remordimiento de conciencia ni temor de Dios; en cambio, este santo fraile que ha venido a buscarnos, sólo por las tan pocas palabras que tan justamente dijo sobre nuestra malicia, se ha postrado humildemente para confesar su culpa, y además de traernos el pan y el vino, nos hace una promesa generosa su santo padre. Verdaderamente estos frailes son santos de Dios, acreedores al Paraíso celestial, y nosotros somos hijos de eterna perdición, y

merecemos las penas del Infierno, y cada día aumentamos con nuestros pecados nuestra desgracia. ¿Quién sabe si por los muchos pecados que hemos cometido podremos hallar la misericordia de Dios?

Estas y semejantes palabras dijo uno de ellos, y los otros dos dijeron a su vez:

-Ciertamente que has dicho la verdad; pero, ¿qué vamos a hacer?

-Vayamos -dijo el otro- a San Francisco, y si él nos da la esperanza de que podemos hallar la misericordia de Dios en nuestros pecados, hagamos lo que él nos mande para librar nuestras almas de las penas del Infierno.

Agradó este consejo a sus camaradas y, puestos de acuerdo los tres, se fueron a ver a San Francisco y le dijeron:

-Padre: nosotros, por los muchos pecados que hemos cometido, no esperamos poder alcanzar la misericordia de Dios; pero si tú nos das alguna esperanza de que Él nos recibirá a su gracia, estamos dispuestos a ejecutar lo que tú nos digas y a hacer penitencia contigo.

Entonces San Francisco, acogiéndoles caritativa y benignamente, los animó con muchos ejemplos y les demostró que, siendo infinita la misericordia de Dios, podían estar seguros de alcanzarla, porque aun teniendo infinitos pecados, todavía es mayor su misericordia; pues, según el Evangelio y el apóstol San Pablo, Cristo bendito vino a este mundo para redimir a los pecadores. Con estas palabras y otras exhortaciones semejantes, los tres referidos ladrones renunciaron al demonio y a sus obras, y San Francisco les recibió en la Orden, y comenzaron a hacer grandísima penitencia. Dos de ellos vivieron poco después de su conversión y se fueron al Paraíso. Sobrevivió el tercero, y reprendiéndose de sus pecados, se dio a hacer tal penitencia que por quince años continuos, además de la Cuaresma —78→ común, que hacía con los demás frailes, tres días a la semana ayunaba a pan y agua, iba siempre descalzo, sólo ponía una túnica sobre sus carnes y no dormía después de Maitines. Y por este tiempo pasó San Francisco por esta miserable vida. Habiendo llevado así el referido fraile muchos años en continua penitencia, sucedió que una noche, después de Maitines, le entró tan fuerte

tentación de sueño, que en manera alguna podía resistir y velar como acostumbraba. Por lo que, no pudiendo resistir al sueño ni orar, se fue a la cama para dormir, y tan pronto como reclinó la cabeza fue arrebatado y conducido en espíritu a la cumbre de un monte altísimo, desde el cual se descubría un profundo despeñadero lleno de piedras derrumbadas y de árboles rotos que brotaban entre ellas, por lo cual ofrecía la sima un aspecto espantoso. El ángel que conducía al fraile lo empujó y lo arrojó por aquel despeñadero, y cayéndose y levantándose, de escollo en escollo y de piedra en piedra, llegó hasta el fondo de la sima, dislocado y maltrecho, según a él le parecía.

Y echándose, así quebrantado, le dijo el conductor:

-Levántate, que aún necesitas hacer peor viaje.

A lo que contestó el fraile:

-Me pareces un hombre indiscreto y cruel. ¿No ves que me estoy muriendo por efecto de los golpes que he recibido en la caída, y aún quieres que me levante y suba?

Entonces el ángel se acercó a él, le tocó, le unió perfectamente todos los miembros y le sanó. Después le enseñó una gran llanura llena de piedras agudas y cortantes y de ortigas y de zarzas, y le dijo que por toda aquella llanura debía correr, pasando con los pies desnudos de un extremo a otro, hasta llegar a un horno ardiendo que había al fin y en el cual debía penetrar. Habiendo el fraile recorrido toda la llanura con gran angustia y pena, le dijo el ángel:

-Entra en este horno, porque así te conviene hacerlo.

A lo que contestó el fraile:

-¡Ay de mí, qué cruel guía eres, puesto que viéndome casi muerto por los sufrimientos de la llanura, ahora, para descansar, me dices que entre en este horno ardiendo!

Y, parándose, vio el fraile que había alrededor del horno muchos demonios con horcas de hierro en la mano, con las cuales, al verle vacilar, lo arrojaron dentro de un golpe. Hallándose ya en medio del horno, comenzó a mirar a todos lados, y vio a uno que había sido —79→ compadre suyo, el cual ardía por sus cuatro costados. Se acercó al fraile y le dijo:

-Desventurado compadre, ¿por qué viniste aquí?

Y él le respondió:

-Ve un poco más adelante y encontrarás a mi mujer, la comadre, la cual te dirá la causa de nuestra condenación.

Anduvo, en efecto, un poco más y vio a la dicha comadre, toda sofocada, metida en una medida de granos toda de fuego; se acercó y le preguntó:

-¡Oh comadre desventurada y mísera! ¿Por qué viniste a dar en tan cruel tormento?

Y ella contestó:

-Porque en tiempo de la gran hambre que San Francisco anunció con anticipación, mi marido y yo robábamos el trigo y la cebada, que vendíamos a medida, y por eso ardo yo ahora metida en esta medida.

Dichas estas palabras, el ángel que conducía al fraile lo sacó fuera del horno y le dijo:

-Prepárate a hacer un viaje horrible.

Quejándose, el fraile dijo:

-¡Oh, durísimo conductor, que no tienes ninguna compasión de mí! Cuando me ves salir casi quemado del horno quieres que haga aún un viaje peligroso y horrible.

Entonces el ángel le tocó y quedó de repente sano y vigoroso. Después le condujo a un puente, por el cual no se podía pasar sin gran peligro, por ser muy sutil y estrecho y muy escurridizo y sin barandillas a los lados. Pasaba por debajo un río lleno de serpientes, de dragones y de escorpiones, e iba a caer en un pozo profundísimo. A su presencia dijo el ángel:

-Pasa este puente, porque a todo trance necesitas pasarlo.

Respondió el fraile:

-¿Y cómo lo podré pasar sin que me caiga en este río tan peligroso?

A lo que contestó el ángel:

-Ven detrás de mí y pon tu pie donde yo ponga el mío, y así pasarás sin cuidado.

Pasó el fraile detrás del ángel, como éste le había enseñado, hasta que llegaron a la mitad del puente, y allí el ángel se echó a volar y se remontó a la cima de un monte altísimo que había cerca —80→ del puente, según pudo ver el fraile, que siguió atentamente el vuelo del ángel. Al verse el pobre sin guía y observando los animales terribles que con las cabezas fuera del

agua y con la boca abierta le esperaban para devorarlo si caía, le entró tanto miedo que no sabía qué hacer ni qué decir, porque no podía volver atrás ni seguir adelante. Viéndose en tanta tribulación y que no tenía otro auxilio sino el de Dios, se inclinó, se abrazó al puente, y con el corazón y con lágrimas se encomendó a Dios, que por su santísima misericordia debía socorrerle. Hecha la oración, sintió que le nacían alas, y esperó con gran alegría que le creciesen para volar del puente al lugar donde había volado el ángel. Pero al cabo de algún tiempo, por el gran deseo que tenía de pasar el puente, se echó a volar, y como no le habían crecido bastante las alas, tornó a caer en el mismo sitio; se abrazó de nuevo al puente y reiteró sus súplicas a Dios. Después de la oración volvió a sentir que le nacían alas; pero, como en la primera oración, no esperó a que le creciesen bastante, se echó a volar antes de tiempo y tornó a caer otra vez sobre el puente, y se le volvieron a quebrar las alas. Por esta razón, y viendo que la mucha prisa que tenía en volar antes de tiempo era el motivo de su caída, comenzó a decir interiormente:

-Ciertamente, si vuelvo a echar alas por la tercera vez, esperaré a que sean tan grandes que pueda volar sin peligro de caerme.

Y estando en este pensamiento volvió a sentir que le crecían alas, y esperó mucho tiempo, tanto que ya eran muy grandes, y le parecía que con el primer, segundo y tercer crecimiento de alas había esperado ciento cincuenta años. Por último, se lanzó a volar, y lo hizo con mucho esfuerzo y con tanta fortuna, que en poco tiempo se remontó al lugar donde había visto al ángel, y llamando a la puerta del palacio en el cual había entrado, el portero le preguntó:

-¿Quién eres tú que has venido aquí?

A lo que contestó:

-Soy un fraile menor.

Entonces dijo el portero:

Espera un poco que yo llame a San Francisco a ver si te conoce.

Mientras esperaba a San Francisco comenzó a admirar los maravillosos muros de este palacio, y parecían tan transparentes que dejaban ver los coros de los ángeles y lo que allí dentro se

hacía. Hallándose —81→ estupefacto en estas observaciones, vio llegar a San Francisco, a fray Bernardo, a fray Gil y a una multitud de santas y santos que habían seguido la vida suya y casi parecían innumerables. Se acercó San Francisco al portero y le dijo:

-Dejadle entrar, porque es uno de mis frailes.

Y tan pronto como hubo entrado sintió tanta consolación y tanta dulzura, que muy pronto olvidó las tribulaciones que había pasado como si no hubieran sido. Entonces San Francisco, conduciéndole dentro, le enseñó muchas cosas maravillosas y después le dijo:

-Hijo mío, te conviene volver al mundo y estar allí siete días, en los cuales te prepararás diligentemente y con gran devoción para la muerte; porque, pasado este tiempo, yo iré por ti y vendrás a este lugar bienaventurado.

Iba vestido San Francisco con un manto maravilloso, adornado de estrellas bellísimas, y sus cinco llagas eran también como cinco hermosas estrellas de tanto resplandor que con sus rayos iluminaban todo el palacio. Y fray Bernardo llevaba en la cabeza una corona de siete estrellas bellísimas, y fray Gil iba adornado con una luz maravillosa, y muchos otros santos y frailes a los cuales conoció, aunque en el mundo no los había visto nunca. Obedeciendo a San Francisco se volvió, aunque con hondo pesar, al mundo. Al llegar a este punto volvió en sí el fraile y oyó que tocaban a Prima, por lo que comprendió que no había durado la visión sino desde los Maitines a Prima, aunque a él le parecía que había durado muchos años. Refirió esta visión, y al cabo de los siete días enfermó de fiebre, y al octavo vino por él San Francisco, según la promesa, con gran multitud de gloriosos santos y llevose su alma al reino de los justos, a la vida eterna.

Capítulo XXVII

De cómo San Francisco convirtió en Bolonia a dos estudiantes que se hicieron frailes, y de cómo uno de ellos rechazó una gran tentación que tenía sobre sí

Yendo una vez San Francisco a la ciudad de Bolonia, todo el pueblo acudió a verle, y era tan grande la concurrencia, que la gente sólo con mucho trabajo podía permanecer en la gran plaza; y hallándose —82→ tan llena de hombres, de mujeres y de estudiantes, San Francisco se subió a un lugar elevado del centro y comenzó a predicar lo que el Espíritu Santo le enseñaba; y fue su predicación tan maravillosa que más bien parecía que predicaba un ángel que un hombre. Sus palabras, verdaderamente celestiales, a modo de afiladas saetas, traspasaban el corazón de los que le escuchaban, y así fue que multitud de hombres y de mujeres se convirtieron a penitencia, entre los cuales hubo dos estudiantes de la Marca de Ancona; llamábase el uno Peregrino y el otro Ricerio; ambos, por la referida predicación, fueron tocados en el corazón por la gracia divina, y acudieron a San Francisco, diciéndole que a todo trance querían dejar el mundo y ser del número de sus frailes. Luego San Francisco, conociendo por revelación que los tales estudiantes eran enviados por Dios, y que en la Orden debían hacer vida muy santa, atendiendo a su gran fervor los recibió alegremente, diciendo:

Tú, Peregrino, harás en la Orden vida de humildad; y tú, Ricerio, servirás a los frailes.

Y así fue, porque fray Peregrino no quiso vivir como clérigo, sino como lego, aunque era un gran literato y eminente canonista, y por su humildad llegó a tan gran perfección en la virtud, que fray Bernardo, primogénito de San Francisco, decía de él que era uno de los más perfectos frailes de este mundo. Finalmente, el referido fray Peregrino, lleno de virtud, pasó de esta vida a la otra obrando numerosos milagros antes y después de su muerte. Fray Ricerio sirvió devota y fielmente a los frailes, dando grande ejemplo de humildad y santidad, por lo cual se granjeó la intimidad de San Francisco, quien le revelaba muchos secretos. Fue nombrado después ministro de la Marca de Ancona, cuyo cargo desempeñó mucho tiempo con grandísima paz y prudencia. Pasado cierto tiempo, Dios permitió que fuese gravemente tentado en su alma, y, entonces él, atribulado y afligido, se mortificaba de día y de noche con ayunos, disciplinas, lágrimas y oraciones; y

como, a pesar de tan rudas penitencias, la tentación no desaparecía, algunas veces llegó a desesperarse porque se creía desamparado de Dios. Hallándose en esta desesperación, por último remedio pensó ir a ver a San Francisco, considerando que si el santo padre le mostraba buena cara y le trataba familiarmente, como solía, aún podía prometerse la misericordia de Dios; y que si sucedía lo contrario, señal sería de su completo desamparo. Fray Ricerio salió en busca de San Francisco, el cual se —83→ hallaba en el palacio del obispo de Asís gravemente enfermo; pero Dios le reveló las disposiciones de fray Ricerio y su venida. Inmediatamente San Francisco llamó a fray León y a fray Maseo y les dijo:

-Salid al encuentro de mi hijo carísimo fray Ricerio, abrazadle y saludadle de mi parte, y decidle que entre todos los frailes que hay en el mundo tengo por él singular predilección.

Fueron, en efecto, los mensajeros, y al encontrar en el camino a fray Ricerio le abrazaron y le dijeron lo que San Francisco les había ordenado; con lo cual sintió el caminante tan gran consolación y dulzura en el alma, que casi perdió el sentido, y dando gracia a Dios con todo su corazón, se dirigió al lugar donde San Francisco estaba enfermo. El cual, aunque estaba muy grave, cuando sintió llegar a fray Ricerio se levantó, salió a su encuentro, le abrazó ternísimamente y le dijo:

-Hijo mío carísimo fray Ricerio: entre todos los frailes que hay en el mundo, te amo a ti con singular predilección.

Y después de decir esto, le hizo en la frente la señal de la Cruz y le besó en ella. Después añadió:

-Hijo carísimo: Dios ha permitido esta tentación para que alcanzases mayores méritos y ganancias; pero si no quieres tener esta ganancia, no tengas la tentación.

¡Cosa maravillosa! Tan pronto como San Francisco hubo dicho estas palabras, súbitamente se desvaneció la tentación como si nunca hubiese existido, quedando fray Ricerio muy consolado.

Capítulo XXVIII

De un arrobamiento que tuvo fray Bernardo, permaneciendo sin sentido desde la madrugada hasta la hora de Nona

Dios otorga singulares gracias a los pobrecitos que, según el Evangelio, dejan el mundo por amor a Cristo, y buena prueba de ello es fray Bernardo de Quintavalle, quien tan pronto como tomó el hábito de San Francisco comenzó muchas veces a ser arrebatado en Dios en la contemplación de muchas cosas celestiales. Sucedió que, estando una vez oyendo Misa con la mente suspensa en Dios, se quedó tan absorto que al elevar el cuerpo de Cristo no se movió —84→ de la actitud en que estaba, ni se arrodilló, ni se quitó la capucha, como hacían los demás, sino que, con los ojos fijos, permaneció insensible desde la madrugada hasta la hora de Nona; y después de Nona, volviendo en sí, comenzó a correr por el convento, gritando admirado:

-¡Oh, hermanos! ¡Oh, hermanos! ¡Oh, hermanos! ¿No habrá un hombre en esta comarca tan grande, tan noble, al cual, si le fuese prometido un palacio bellísimo de oro, no le sería fácil llevar un saco lleno de estiércol para granjearse aquel tesoro tan noble?

A este tesoro tan celestial, prometido a los amadores de Dios, fue y era elevado con la mente fray Bernardo, que durante quince años seguidos anduvo siempre con la mente y con la cara levantada al Cielo; en todo este tiempo nunca sació su hambre, aunque comía un poco de lo que se le ponía delante; pues decía que de lo que el hombre no gusta no hace perfecta abstinencia, la cual consiste en privarse de las cosas que son gratas al paladar; y por este medio llegó a adquirir tanta claridad y luz de inteligencia, que muchos doctos sacerdotes acudían a él, para que les explicase cuestiones gravísimas y pasajes escabrosos de la Santa Escritura. Y todas las dificultades las esclarecía con la luz de su entendimiento. Estaba tan desligado y abstraído de las cosas terrenales, que a modo de golondrina volaba muy alto en la contemplación; por lo que algunas veces se estaba solo veinte días, y en ocasiones treinta, en la cima de un monte altísimo, contemplando las cosas celestiales. Por esto decía de él fray Egidio, que le había sido concedido un don que los demás

hombres no poseían: el de volar y sustentarse en el aire como la golondrina; por cuya gracia tan excelente, que había recibido de Dios, San Francisco se complacía hablando con él día y noche; y alguna vez fueron encontrados juntos toda la noche en éxtasis en la selva, donde muchas veces solían reunirse para hablar de Dios.

Capítulo XXIX

Cómo el demonio en forma de Crucificado apareció muchas veces a fray Rufino, diciéndole que perdía todo el bien que hacía, porque no era de los elegidos para la vida eterna. Sabiéndolo San Francisco por revelación de Dios, hizo que fray Rufino reconociese su error

Fray Rufino, uno de los más nobles caballeros de la ciudad de Asís, y compañero de San Francisco, hombre de gran santidad, fue en cierta ocasión muy combatido y tentado sobre el asunto de la predestinación, por lo cual andaba melancólico y triste, pues el demonio le había hecho creer que estaba condenado y que no era de los predestinados a la vida eterna; de lo que resultaba que perdía todo el bien que estaba haciendo en la Orden. Durando esta tentación muchos días; por vergüenza no quería manifestarlo a San Francisco, aunque no dejaba de hacer las oraciones y las abstinencias acostumbradas, por lo cual el enemigo fue añadiendo tristeza sobre tristeza y uniendo a la lucha las falsas apariencias con que exteriormente le combatía. Una vez se le apareció en forma de Crucifijo y le habló de este modo:

-¡Oh, fray Rufino! ¿Por qué te atormentas con penitencias y oraciones, si sabes ya que no eres de los predestinados a la vida eterna? Créeme que yo sé a quién he escogido y predestinado, y no creas al hijo de Pedro Bernardón cuando te diga lo contrario, pues ni él ni nadie sabe nada en este punto, sino yo, que soy Hijo de Dios; créeme y ten por cierto que eres del número de los condenados; y al hijo de Pedro Bernardón, tu padre, no he querido

hacerle de mis elegidos, ni a ti, ni a él; y aun su padre está condenado, y cualquiera que lo siga irá engañado.

Dichas estas palabras, súbitamente desapareció y fray Rufino comenzó a entristecerse de tal modo, que por la acción del Príncipe de las tinieblas fue perdiendo la fe y el amor que antes había tenido a San Francisco, y no se atrevía a decirle nada. Pero aquello que fray Rufino no descubrió al santo padre le fue revelado a éste por el Espíritu Santo; por lo que, viendo en espíritu el gran peligro en que se hallaba su hermano, mandó a fray Maseo que lo trajese a su presencia, y al intentar hacerlo, fray Rufino respondió ásperamente:

—86→

-¿Qué tengo yo que ver con fray Francisco?

Entonces fray Maseo, lleno de sabiduría divina, conociendo la falacia del demonio, dijo:

¡Oh, fray Rufino! ¿No sabes tú que fray Francisco es como un ángel de Dios, que ha iluminado tantas almas en el mundo, y por quien hemos recibido la gracia de Dios? Por eso quiero que a todo trance vengas conmigo a verle, porque veo claramente que estás engañado por el demonio.

Dicho esto, fray Rufino se puso en camino y fue a ver a San Francisco, el cual tan pronto como le vio venir comenzó a gritar:

-¡Oh, fray Rufino! ¡Pobrecillo! ¿A quién has creído?

Y llegándose a San Francisco contole fray Rufino, por su orden, toda la tentación que había tenido del demonio, exterior e interiormente; y éste le demostró claramente que el que se le había aparecido era el demonio y no Cristo, y que en manera alguna debía consentir en tales sugestiones, y que en adelante, cuando el demonio le dijese «Estás condenado», contestase: «Abre la boca y te la llenaré de estiércol». «Y tendrás por señal, añadió, de que es el diablo; porque en acabando de dar esta respuesta huirá enseguida. Sin necesidad de esto debías haber conocido que era el demonio, porque te endureció el corazón para todo bien, lo que es propio de su oficio; pero Cristo bendito jamás endurece el corazón del hombre fiel, sino por el contrario, lo enternece, según dijo por la boca del profeta: "Yo os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne"».

Viendo fray Rufino que San Francisco le explicaba circunstancialmente su tentación, compungido por sus palabras comenzó a llorar a lágrima viva y a venerar a San Francisco, y humildemente le confesó la culpa de haberle ocultado su tentación. De este modo quedó tan consolado y confortado con las exhortaciones del santo padre, que parecía renacer a mejor vida. Por último, le dijo San Francisco:

-Ve, hijo y confiésate, y no dejes de ocuparte en las oraciones acostumbradas; y ten por cierto que esta tentación te será de gran utilidad y consuelo, como en breve lo probarás.

Volviose fray Rufino a su retiro de la selva donde vivía, y hallándose una vez en oración, bañado el rostro de lágrimas de penitencia, vio venir el enemigo en figura de Cristo, según la apariencia exterior, y le dijo:

—87→

-¡Oh, fray Rufino! ¿No te he dicho que no hicieras caso al hijo de Pedro Bernardón y que no te fatigases con lágrimas y oraciones, porque estás condenado? ¿De qué te servirá atormentarte en vida si después de muerto has de condenarte?

Inmediatamente fray Rufino contestó al demonio:

-Abre la boca y te la llenaré de estiércol.

Al oír esto el demonio, muy indignado, se alejó de allí promoviendo una tempestad y conmoción tan grandes en el monte, que muchas piedras se salieron de su sitio y con espantoso estruendo rodaron hasta el llano; y fue tan grande el choque que produjeron al rodar, que hicieron arder con llamas horribles los árboles del valle. Al oír fragor tan espantoso, San Francisco y sus compañeros, muy asombrados, salieron del convento a ver qué novedad era aquélla, de la cual quedan todavía las huellas en el lugar del suceso. Entonces fray Rufino claramente comprendió que el aparecido era el demonio y que antes le había engañado. Inmediatamente se fue a ver a San Francisco, y en su presencia con la frente en el suelo, confesó muy luego su culpa. San Francisco lo reanimó con dulces palabras, y lo envió, muy consolado, a su celda, donde estando en oración devotísima se le apareció Cristo Bendito y le inflamó el alma con el fuego de su divino amor, y le dijo:

-Hiciste muy bien, hijo mío, en creer a fray Francisco, porque el que te había entristecido era el demonio; pero yo soy Cristo, tu Maestro, y para confirmarte en la verdad te prometo que mientras vivieres no sentirás más tristeza, ni melancolía.

Y dicho esto desapareció Cristo, dejándole con tanta alegría de espíritu y con la mente tan elevada, que el día y la noche la pasó en éxtasis divino. De allí en adelante fue tan confirmado en gracia y en la esperanza de su salvación, que quedó mudado en otro hombre, y se hubiera pasado los días y las noches en oración contemplando las cosas divinas si le hubieran dejado sus hermanos. Por esto decía de él San Francisco que fray Rufino había sido en vida canonizado por Cristo, de modo que así en su ausencia como delante de él, no dudaba en llamarle San Rufino, aunque estuviese todavía vivo en la tierra.

Capítulo XXX

Del hermoso sermón que predicaron, sin hábitos, en Asís, San Francisco y fray Rufino

El dicho fray Rufino, por la continua contemplación, hallábase tan absorto en Dios, que casi parecía insensible y mudo, porque rara vez hablaba; de aquí que careciese de la gracia de la facundia y del calor de la predicación; no obstante, San Francisco una vez le mandó que fuese a Asís y predicase al pueblo lo que Dios le inspirase. A lo que fray Rufino contestó:

-Reverendo padre; te ruego que me perdones y no me mandes, porque, como sabes muy bien, yo no poseo la gracia de predicar, y soy un simple y un necio.

Entonces dijo San Francisco:

-Porque no me has obedecido inmediatamente, te mando por santa obediencia que sin hábito y sólo con paños de honestidad, vayas a Asís, entres en una iglesia y prediques al pueblo.

Al oír este mandato fray Rufino se quitó el hábito, se fue a Asís y entró en una iglesia, donde después de hacer oración en el altar

se subió al púlpito y comenzó a predicar. De lo cual los chicos y los hombres comenzaron a reírse y a decir:

-¡Helo ahí, que a fuerza de hacer penitencia se ha vuelto tonto y está fuera de sí!

En este tiempo San Francisco, considerando la pronta obediencia de fray Rufino, que era de los más nobles caballeros de Asís, y del duro mandato que le había hecho, comenzó a reprenderse a sí mismo:

-¿De dónde te viene tanta soberbia, hijo de Pedro Bernardón, vil hombrecillo, que te atreves a mandar a fray Rufino, noble caballero de Asís, que vaya sin hábitos a predicar al pueblo como un estúpido? ¡Vive Dios, que experimentarás en ti lo que mandas a los demás!

E inmediatamente, con gran fervor de espíritu, se despojó del hábito y se fue a Asís, llevando consigo a fray León, que guardaba el hábito de San Francisco y el de fray Rufino. Y viéndole los ciudadanos de Asís comenzaron a burlarse de él, creyendo, como creían de fray Rufino, que se había vuelto loco con los rigores de la —89→ penitencia. Entró San Francisco en la iglesia donde estaba fray Rufino, y le oyó predicar estas palabras:

-¡Oh, carísimos, huid del mundo y dejad el pecado! ¡Pagad lo que debéis si queréis libraros del Infierno; observad los mandamientos de Dios, amando a Dios y al prójimo, si queréis ir al Cielo; haced penitencia, si queréis poseer el reino de la gloria!

Terminada la plática, San Francisco subió al púlpito y comenzó a predicar tan maravillosamente del desprecio del mundo, de la santa penitencia, de la pobreza voluntaria, del deseo del reino celestial y de las injurias y oprobios que padeció Nuestro Señor Jesucristo en su Pasión, que todos los oyentes, hombres y mujeres, en gran número, comenzaron a llorar a lágrima viva, con admirable piedad y compasión de sus corazones; y no solamente los que estaban allí, sino que en toda la ciudad de Asís fue tan grande el llanto que produjo aquel recuerdo de la pasión de Cristo, que nunca se había visto cosa semejante. Así edificado el pueblo con los actos y palabras de San Francisco y fray Rufino, San Francisco vistió el hábito a fray Rufino, y él mismo se lo puso, y de este modo volvieron al convento de la Porciúncula, alabando y glorificando a Dios porque les había concedido la gracia de

vencerse a sí mismos, de despreciarse y edificar a las ovejitas de Cristo con su buen ejemplo, demostrando lo que vale despreciar el mundo. Y en aquel día creció tanto la devoción del pueblo hacia ellos, que se reputaba dichoso quien podía tocar la orla de su hábito.

Capítulo XXXI

De cómo San Francisco penetraba los secretos de la conciencia de todos sus frailes, ordenadamente

Así como Nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio: «Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí», también el bienaventurado padre San Francisco, como buen pastor, sabía todos los méritos y virtudes de sus compañeros por divina revelación, y del mismo modo conocía sus defectos. Por lo cual proveía a todas las necesidades con el mejor remedio, humillando a los soberbios, ensalzando a los humildes, vituperando los vicios y alabando la virtud; así se ve en las admirables revelaciones que tuvo de su familia —90→ primitiva. Entre las cuales se refiere que una vez, estando en un lugar hablando de Dios, se hallaba ausente fray Rufino, por estar en contemplación en la selva; y como continuase el santo padre su plática, cuando fray Rufino salió de orar, viole San Francisco y se volvió a sus compañeros, preguntándoles:

-¿Cuál creéis vosotros que sea el alma más santa que Dios tiene en el mundo?

A lo que contestaron todos:

-Creemos que sea la tuya.

Y San Francisco añadió:

-Hermanos carísimos: yo soy el hombre más vil y más indigno que Dios ha echado a este mundo; pero ¿no veis aquél, fray Rufino, que ahora sale de la selva? Pues Dios me ha revelado que su alma es una de las más santas que hay en la tierra, y firmemente os aseguro que no dudo en llamarlo San Rufino en

vida suya, conociendo, como conozco, que tiene el alma confirmada en gracia, y santificada y canonizada en el Cielo por Nuestro Señor Jesucristo.

Y estas palabras no las decía San Francisco en presencia del referido fray Rufino. De la misma manera, San Francisco conocía los defectos de sus frailes; como conoció los de fray Elías, al cual reprendió muchas veces, por su soberbia, y predijo a fray Juan de la Capilla que llegaría a ahorcarse, y los de aquel fraile a quien el demonio apretaba la garganta cuando era corregido por su desobediencia, y los de muchos otros frailes, cuyos defectos, secretos y virtudes claramente conocía por revelación de Cristo.

Capítulo XXXII

De cómo fray Maseo pidió a Cristo la virtud de la humildad

Los primeros compañeros de San Francisco ponían esforzadamente su cuidado en ser pobres de las cosas terrenas y ricos en virtudes, por las cuales se alcanzan las riquezas celestiales y eternas. Sucedió cierto día que, estando reunidos para hablar de Dios, uno de ellos contó el ejemplo que sigue:

-Había un hombre, gran amigo de Dios, que tenía mucha gracia de vida activa y contemplativa, y con esto reunía tan excesiva y profunda humildad, que se reputaba a sí mismo grandísimo pecador; —91→ y su humildad le santificaba y confirmaba en gracia, y le hacía crecer continuamente en gracia y virtudes de Dios, y le apartaba de caer en pecado.

Oyendo fray Maseo tan maravilloso caso de humildad, y conociendo que esta virtud es tesoro de vida eterna, comenzó a sentirse lleno de amor y deseo hacia esta virtud de la humildad; por lo cual con gran fervor levantó los brazos al Cielo haciendo propósito firmísimo de no alegrarse por nada de este mundo en tanto que la referida virtud no se hubiese posesionado plenamente de su alma; y de allí en adelante se estaba casi de continuo encerrado en su celda, macerándose con oraciones, ayunos,

vigilias y lágrimas en la presencia de Dios, para alcanzar de Él esta virtud, sin la cual se reputaba digno del Infierno, y de la cual estaba dotado aquel amigo de Dios de quien se había hablado. Y hallándose fray Maseo por muchos días en esta ansiedad de espíritu, sucedió que un día entró en el bosque y con mucho fervor iba por él, llorando y suspirando, pidiendo a Dios con vehemente deseo aquella virtud divina; y como Dios oye con mucho agrado las oraciones de los contritos, estando así fray Maseo oyó una voz que le llamó dos veces:

-¡Fray Maseo! ¡Fray Maseo!

El cual, conociendo en espíritu que aquella voz era la de Cristo, contestó:

-¡Señor mío! ¡Señor mío!

Y Cristo le dijo:

-¿Qué darías tú por poseer la gracia que pides?

Fray Maseo contestó:

-Señor, daría con gusto los ojos de mi cara.

Y Cristo añadió:

-Pues quiero que poseas la gracia, y también los ojos.

Y dicho esto, la voz calló. Y fray Maseo quedó lleno de tanta gracia por la deseada virtud de la humildad y con tanta luz de Dios, que desde entonces siempre estaba muy contento, y muchas veces, cuando oraba, hacía un ruido como arrullo de paloma, repitiendo ¡hu, hu, hu!; y con cara alegre y corazón gozoso estaba así en contemplación; y con esto, haciéndose muy humilde, se reputaba el peor de todos los hombres del mundo. Preguntándole fray Jacobo de Falerone por qué en su júbilo no mudaba de tono, contestó con gran alegría que, cuando en una cosa se halla todo bien, no conviene mudar el verso.

—92→

Capítulo XXXIII

△▽

De cómo Santa Clara, por mandamiento del Papa, bendijo el pan que estaba en la mesa; después de lo cual en cada uno de los panes apareció la señal de la santa Cruz

Santa Clara, devotísima discípula de la Cruz de Cristo y noble planta de San Francisco, era de tanta santidad, que los obispos y cardenales, y también el Papa, deseaban con gran afecto verla y oírla, y muchas veces personalmente la visitaban. Entre otras, fue una vez el Padre Santo al monasterio para oírla y hablar de las cosas celestiales y divinas, y mientras estaban ocupados en diversos razonamientos hizo Santa Clara que preparasen la mesa, poniendo sobre ella el pan para que el Padre Santo lo bendijese. Por lo que, terminada la conversación espiritual, Santa Clara, arrodillándose con gran reverencia, le rogó que si lo tenía a bien, bendijese el pan puesto sobre la mesa. A lo que contestó el Padre Santo:

-Hermana Clara fidelísima: quiero que seas tú quien bendiga este pan, haciendo sobre él la santísima señal de Cristo, al cual te has entregado por completo.

Santa Clara contestó:

-Santísimo Padre, perdonadme; porque sería digna de grande reprensión si delante del Vicario de Cristo, yo, que soy tan vil mujerzuela, presumiese de dar una bendición semejante.

Y el Papa contestó:

-Para que no pueda imputarse a presunción, sino a mérito de obediencia, te mando por santa obediencia que sobre este pan hagas la señal de la Santa Cruz y lo bendigas en nombre de Dios.

Entonces Santa Clara, como verdadera hija de obediencia bendijo devotamente aquellos panes con la señal de la Santísima Cruz. Y -¡cosa admirable!- inmediatamente en los panes apareció la señal de la Cruz lindamente esculpida, y de aquellos panes, parte se comieron y parte se guardaron para testimonio del milagro. Al presenciarlo el Padre Santo, tomando de aquel Pan, dio gracias a Dios, y se partió, dejando a Santa Clara muy consolada con su bendición apostólica. Por aquel tiempo habitaba en el mismo monasterio sor Ortolana, madre de Santa Clara, y sor Inés, su hermana, —93→ ambas, como Santa Clara, llenas de virtud y del Espíritu Santo, y otras muchas monjas a las cuales San Francisco enviaba muchos enfermos para que con sus oraciones y la señal de la Santísima Cruz les volviese la salud.

Capítulo XXXIV

De cómo San Luis, rey de Francia, fue en forma de peregrino a Perusa con el fin de visitar al santo fray Egidio

Fuese San Luis, rey de Francia, en peregrinación a los más famosos santuarios del mundo; y como oyese celebrar la mucha fama de santidad de fray Egidio, que había sido uno de los primeros compañeros de San Francisco, entró en deseo de visitarle personalmente, y, en efecto, vino a Perusa, donde vivía entonces fray Egidio, y llegando a la puerta del convento de los frailes como un pobre peregrino desconocido, con pocos compañeros, preguntó con gran insistencia por fray Egidio, no diciendo al portero quién era, ni por qué lo llamaba. Fue el portero a fray Egidio y le dijo que a la puerta estaba un peregrino que preguntaba por él; y Dios le inspiró y reveló que aquél era el Rey de Francia, por lo que súbitamente, y con gran fervor, salió de su celda y corrió a la puerta, y sin más preámbulos, como si siempre se hubieran visto, con grandísima devoción se arrodillaron y se abrazaron los dos, y el abrazo fue tan familiar y cariñoso como pudiera serlo el de dos amigos íntimos; pero a todo esto no hablaban, sino que estaban abrazados en silencio, como en señal del caritativo amor que los unía. Y después de permanecer así largo rato, sin decirse palabra alguna, se separaron el uno del otro; San Luis prosiguió su viaje, y fray Egidio se volvió a su celda. Saliendo el Rey, un fraile preguntó a otro de sus compañeros quién era aquél que por tanto tiempo había estado abrazado con fray Egidio, a lo que le respondieron que era Luis rey de Francia, que había venido a ver al venerable fray Egidio.

Cundiendo la noticia entre los demás frailes, tuvieron todos grandísimo disgusto de que fray Egidio no le hubiese hablado ni una sola palabra, y reprendiéndole por esto, le dijeron:

-¡Oh, Egidio! ¿Por qué has estado tan descortés con un rey tan santo, que ha venido de Francia para verte y oírte alguna buena palabra, y tú no has sido para decirle nada?

—94→

A lo que contestó fray Egidio:

-Hermanos carísimos: no debéis maravillaros de esto, porque ni yo a él ni él a mí podíamos articular palabra; porque tan pronto como nos abrazamos, la luz de la sabiduría me manifestó y reveló su corazón y a él mi corazón; y así guardando en el corazón por obra de la divina gracia lo que yo quería decirle a él y él a mí, nos conocimos mejor que si nos hubiésemos hablado con la boca, y fue mayor el consuelo que sentimos que si con la palabra hubiéramos querido explicar lo que sentíamos en el corazón, por los defectos del humano lenguaje, el cual no puede claramente expresar los secretos misterios de Dios; hubiéramos caído más bien en desconsuelo que experimentado verdadera consolación; por esto debéis saber que el Rey se fue de aquí muy contento y maravillosamente consolado.

Capítulo XXXV

De cómo estando enferma Santa Clara fue milagrosamente llevada, la noche de Navidad, a la iglesia de San Francisco, donde oyó el Oficio

Estando una vez Santa Clara gravemente enferma, tanto que no podía moverse ni asistir al Oficio divino en la iglesia, con las demás monjas, llegó la solemnidad de la Navidad de Cristo, y todas las religiosas se fueron a Maitines; pero la santa enferma se quedó en su lecho, muy descontenta de no poder ir en compañía de las otras a la iglesia ni participar de aquel consuelo espiritual. Jesucristo, su esposo, viéndola quedarse tan desconsolada, la hizo transportar milagrosamente a la iglesia de San Francisco, para que asistiese al Oficio de Maitines y a la Misa de medianoche, y después de recibir la Santa Comunión fue restituida a su lecho.

Concluido el Oficio en San Damián, fueron las monjas a ver a Santa Clara, y le dijeron:

-¡Oh, madre nuestra, sor Clara! ¡Qué gran consuelo hemos tenido en esta Natividad de Cristo! ¡Ojalá hubieseis podido estar con nosotras!

Y Santa Clara contestó:

-Gracias y alabanzas debo dar a Nuestro Señor Jesucristo -¡oh, hermanas e hijas queridísimas!- porque en la solemnidad de esta santísima noche, aunque no haya estado con vosotras, he —95→ recibido grandísimos consuelos en mi alma. Porque debo a la solicitud de mi Padre San Francisco y a la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo el haber estado presente en la iglesia del padre Francisco, y con mis oídos corporales y mentales he oído todo el Oficio y los cantos del órgano que allí se han ejecutado, y allí mismo he recibido la santísima Comunión. Por haber recibido tales gracias alegraos y agradecedlas a Nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo XXXVI

De cómo San Francisco explicó a fray León una hermosa visión que había tenido

Cierta vez que San Francisco estaba gravemente enfermo y fray León le servía, éste, orando junto a San Francisco, fue arrebatado en éxtasis y transportado en espíritu a la vista de un río grandísimo, largo e impetuoso. Y estando a la orilla mirando lo que pasaba, vio a varios frailes cargados que entraban súbitamente en este río, los cuales también súbitamente eran arrebatados por la corriente y abogados; algunos lograban penetrar hasta la tercera parte del río, otros hasta la mitad y algunos hasta tocar la orilla contraria; pero todos, por el ímpetu de la corriente y por el peso que llevaban sobre los hombros, acababan por caer en el agua y ahogarse. Viendo esto fray León, sentía mucha piedad hacia aquellos desdichados; y cuando estaba más triste, vio venir otra gran multitud de frailes sin carga o peso,

y en los cuales resplandecía la santa pobreza; entraron éstos en el río y pasaron sin peligro alguno de una a otra orilla. Al ver esto, fray León volvió en sí. Entonces San Francisco, adivinando por la gracia de su espíritu que fray León había tenido alguna visión, le llamó y le preguntó qué era lo que había visto. Se lo refirió fray León con todos sus pormenores, y añadió San Francisco:

-Lo que tú has visto es mucha verdad. El gran río es este mundo; los frailes que se ahogaban en el río son los que no siguen la profesión evangélica, especialmente la santa pobreza; pero los que sin peligro pasaban, son aquellos frailes que, despojados de toda cosa terrenal y carnal, no poseen nada en este mundo, sino que teniendo —96→ lo necesario para vivir y vestir, están contentos por seguir a Cristo desnudo en la Cruz; y éstos llevan con alegría y voluntariamente el peso y el yugo de Cristo y de la santa obediencia; por esto pasan ágilmente de la vida temporal a la eterna.

Capítulo XXXVII

△▽

De cómo Jesucristo bendito, a ruegos de San Francisco, convirtió a un rico y gentil caballero que hízose fraile, el cual había honrado mucho y servido a San Francisco

San Francisco, siervo de Cristo, llegó al anochecer a casa de un caballero muy rico y pidió hospitalidad, la que le fue concedida a él y a sus compañeros como si fuesen ángeles de Dios, con grandísima cortesía y devoción; por lo cual San Francisco le tomó mucho amor, considerando que al entrar en la casa le había abrazado y besado cariñosamente, le había lavado los pies, enjugado y besados humildemente, llevándole luego junto al hogar para que se calentase y conducido después a una mesa muy bien abastecida, y mientras comía, servido con gran diligencia por el mismo caballero. Y cuando hubieron comido San Francisco y sus compañeros, les dijo su favorecedor:

-Aquí, padre mío, podéis disponer de todas mis cosas, y si alguno de vosotros necesita túnica, o manto o cualquiera otra cosa, podéis comprarla, que lo pagaré; sabed que estoy dispuesto a proveeros en todas vuestras necesidades, porque por la gracia de Dios poseo y abundo en toda clase de bienes temporales, y por amor de Dios, que me los ha dado, quiero favorecer en cuanto pueda a los pobrecillos suyos.

Viendo San Francisco tanta cortesía, afabilidad y generosidad, le cobró tanto amor, que después que se fueron iba diciendo a sus compañeros:

-Verdaderamente que este caballero sería bueno para nuestra religión y compañía, porque es muy reconocido a los beneficios de Dios, y muy amable y cortés con el prójimo y con los pobres. Porque habéis de saber, hermanos carísimos, que la generosidad es una de las virtudes de Dios, el cual, por nobleza e hidalguía, dispensa su sol y su lluvia a los justos y a los pecadores, y estas prendas son —97→ hermanas de la caridad, la cual aleja el odio y conserva el amor. Es tanta la virtud divina que veo en este buen hombre, que con mucho gusto le quisiera por compañero; y por esto quiero que otro día volvamos a su casa, a ver si Dios quiere tocarle en el corazón para que siga nuestra compañía y se consagre a su santo servicio, y entretanto roguemos a Dios para que le infunda en el corazón este deseo y le dé la gracia suficiente para ponerlo en ejecución.

¡Cosa admirable! Pasados unos días y hecha la oración ordenada por San Francisco, Dios puso este deseo en el corazón del caballero, y dijo San Francisco al que le acompañaba:

-Vayamos, hermano mío, a la casa del hombre noble y cortés, porque tengo cierta esperanza en Dios de que, con la cortesía que da en las cosas temporales, llegará a darse a sí mismo y será nuestro compañero.

Y fueron, en efecto. Llegados cerca de la casa, dijo San Francisco a su compañero:

-Espérame un poco, porque quiero, ante todo, rogar a Dios que nos conceda un éxito feliz en nuestro camino; que la noble prenda que pensamos arrebatar al mundo nos sea concedida por Jesucristo, aunque somos pobres y débiles, por los méritos de su santísima Pasión.

Y dicho esto se puso en oración en un lugar donde pudiese ser visto del hombre cortés, y como fuese del agrado de Dios, mirando de aquí allá vio a San Francisco estar en oración devotísimamente delante de Cristo, el cual con grandísima caridad se le había aparecido en la oración y estaba delante de él: y en este estado vio a San Francisco, levantado corporalmente sobre la tierra, por algún tiempo, por lo cual fue él tocado por Dios e inspirado para dejar el mundo; inmediatamente salió de su palacio Y con mucho fervor de espíritu corrió hacia San Francisco, y cuando llegó adonde estaba en oración, se echó a sus pies, y con grandísima insistencia y devoción le rogó que se dignase admitirle en su Orden para hacer penitencia con él. Luego San Francisco, viendo que su oración había sido escuchada por Dios, porque aquel noble caballero pedía con insistencia lo que deseaba, levantó del suelo al caballero y con mucho amor y alegría de espíritu lo abrazó y besó devotamente, dando gracias a Dios porque había traído a su compañía a un hombre de tan extraordinaria virtud, el cual decía a San Francisco:

-¿Qué quieres que yo haga, padre mío? Estoy dispuesto a seguir —98→ en todo tus mandatos, y daré a los pobres lo que poseo, y contigo buscaré a Cristo, descargado de las cosas temporales.

Y así lo hizo, según el consejo de San Francisco: distribuyó a los pobres lo que tenía, y entró en la Orden, donde vivió con gran penitencia y se distinguió mucho por la santidad de su vida y honesta conversación.

Capítulo XXXVIII

De cómo San Francisco conoció, en espíritu, que fray Elías estaba condenado y debía morir fuera de la Orden, y de cómo, a ruego de fray Elías, hizo oración a Dios y fue escuchado

Viviendo juntos en un lugar San Francisco y fray Elías, reveló Dios a San Francisco que fray Elías estaba condenado y que

apostataría de la Orden y, por último, que moriría fuera de ella. Por esto concibió San Francisco tal displicencia hacia él, que ni le hablaba ni conversaba con él; y si acontecía alguna vez que fray Elías le salía al encuentro, se desviaba del camino o se volvía atrás con el objeto de no encontrarle; por lo cual fray Elías comenzó a ver y comprender que San Francisco estaba disgustado de él, y queriendo saber la causa se dirigió un día a San Francisco para hablarle; pero como el Santo esquivase la conversación, fray Elías, con mucha cortesía, le obligó a escucharle, y comenzó a rogarle discretamente que se dignase explicarle la causa por la que esquivaba su compañía y hablar con él. San Francisco dijo:

-La causa es ésta: porque Dios me ha revelado que por tus pecados apostatarás de la Orden y morirás fuera de ella; y aún me ha revelado más: que tú estás condenado.

Oyendo esto fray Elías, dijo así:

-Padre mío reverendo: te ruego, por amor de Jesucristo, que por esto no me rechaces ni huyas de mí, sino como buen pastor, a ejemplo de Cristo, busques y recibas a la oveja que se descarría y le ayudes, y ruega a Nuestro Señor que, si es posible, revoque la sentencia de mi condenación, porque está escrito que Dios hace mudar la sentencia si el pecador se enmienda de su pecado, y yo tengo tanta confianza en tus oraciones, que si me hallase en medio del Infierno y tú rogases a Dios por mí, creo que tendría algún refrigerio; —99→ por lo que ahora te ruego que encomiendes este pecador a Dios, que vino para salvar a los pecadores, para que me reciba en su misericordia.

Y decía esto fray Elías con mucha devoción y lágrimas; por lo que San Francisco, como Padre piadosísimo, le prometió rogar a Dios por él, y así lo hizo. Y rogando a Dios devotamente, supo por revelación que sus oraciones habían sido escuchadas por Dios en cuanto a la sentencia condenatoria de fray Elías, cuya alma, por último, no sería condenada; pero que ciertamente saldría de la Orden y fuera de la Orden moriría, como así sucedió. Porque rebelándose contra la Iglesia Federico, rey de Sicilia, y siendo excomulgado por el Papa él y cuantos le daban consejo o ayuda, como fray Elías, que era reputado como uno de los hombres más sabios del mundo, llamado por el dicho rey Federico se fue con él, se hizo rebelde a la Iglesia y apostató de la Orden, fue

excomulgado por el Papa y privado del hábito de San Francisco. Y hallándose excomulgado y gravemente enfermo, lo supo un fraile lego, hombre de buena vida y costumbres, y se fue a visitarle, y entre otras cosas le dijo:

-Hermano mío carísimo: mucho me desazona verte excomulgado y fuera de la Orden y que así mueras; pero si vieses modo o camino por el cual te pueda sacar yo de este peligro, con mucho gusto lo haré sin reparar en la fatiga.

A lo que respondió fray Elías:

-Hermano mío: no veo otro camino sino que vayas a ver al Papa y le ruegues que, por amor de Dios y de San Francisco, su siervo, por cuyos consejos abandoné el mundo, me absuelva de su excomunión y me restituya el hábito de la Orden.

A lo que contestó el fraile que contento se fatigaría por su salud; y partiendo de allí se fue a echar a los pies del Papa, rogándole humildemente que se apiadase de su hermano por amor de Cristo y de San Francisco. Y quiso Dios que el Papa le concediese que volviera y, si encontraba vivo a fray Elías, le absolviese de su parte de la excomunión y le restituyese el hábito. Con lo cual, muy satisfecho, el fraile corrió a ver a fray Elías y, encontrándole vivo aún, pero en la agonía, pudo absolverle de la excomunión y devolverle el hábito; y su alma pasó de esta vida y fue salva por los méritos de San Francisco y por sus oraciones, en las que fray Elías había puesto tan grande esperanza.

Capítulo XXXIX

Del sermón maravilloso que hizo en el Consistorio el fraile menor San Antonio de Padua

El maravilloso Vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los elegidos discípulos y compañeros de San Francisco, el cual le llamaba su vicario, predicó una vez en el Consistorio delante del Papa y de algunos cardenales, a cuyo Consistorio asistían griegos, latinos, franceses, alemanes, eslavos, ingleses, y

de otras diversas naciones del mundo; e inflamado del Espíritu Santo expuso la divina palabra con tal eficacia, sutileza y claridad y devoción, que todos los que estaban presentes, aunque de diversas lenguas, claramente le entendieron en la suya respectiva, como si hubiese hablado en la de cada uno de ellos; por lo que todos estaban estupefactos, y no parecía sino que se renovaba el maravilloso milagro de los Apóstoles del día de Pentecostés; los cuales, por virtud del Espíritu Santo, hablaban en todas las lenguas, y se decían unos a otros los oyentes con gran admiración:

-¿No es de España éste que predica? ¿Y cómo oímos todos en su palabra la lengua de nuestra propia tierra?

Del mismo modo el Papa, considerando y maravillándose de la profundidad de su doctrina, dijo:

-Verdaderamente que éste es Arca del Testamento y armario de la divina Escritura.

Capítulo XL

Del milagro que obró Dios cuando San Antonio, estando en Rímini, predicó a los peces del mar

Queriendo Cristo bendito demostrar la gran santidad de su fidelísimo siervo San Antonio, cuya predicación y santa doctrina era devotamente escuchada aun por los animales irracionales, una vez, entre otras, por medio de los peces castigó la locura de los infieles herejes, como antiguamente en el Viejo Testamento, por medio de una burra, reprendió la ignorancia de Balaam.

—101→

Estando una vez San Antonio en Rímini, donde había muchos herejes, y queriéndoles convertir a la luz de la verdadera fe y al camino de la virtud, les predicó muchos días de la fe de Cristo y de la Santa Escritura; pero ellos no solamente no asentían a sus palabras, sino que, duros y obstinados, no querían oírle; por lo que San Antonio un día, por divina inspiración, se fue a la orilla del río al lado del mar, y sentándose allí entre la ribera del mar y

la del río, comenzó a decir, a modo de sermón y en nombre de Dios, a los peces:

-Oíd la palabra de Dios, peces del mar y peces del río, ya que los infieles herejes no quieren oírla...

Y tan pronto como hubo dicho esto, súbitamente acudieron a la ribera muchos peces grandes, pequeños y medianos, de modo que ni en aquel mar ni en aquel río se habían visto nunca en tanta cantidad, y tenían todos las cabezas fuera del agua y estaban todos mirando a San Antonio con grandísima paz, orden y mansedumbre. En primer lugar, cerca de la orilla, estaban los peces pequeños; después se hallaban los medianos, y más adentro, donde el agua era más profunda, estaban los mayores. Dispuestos en este orden los peces, comenzó a predicar San Antonio de esta manera:

-Peces, hermanitos míos: estáis muy obligados a dar gracias a nuestro Creador, porque os ha dado tan noble elemento para morada vuestra; según os agrade, tenéis agua dulce o salada, y podéis guareceros en muchos lugares contra los rigores de la tempestad; os ha dado un elemento claro y transparente para que podáis vivir. Dios, vuestro Criador, amable y benigno, cuando os crió, os dio el mandato de que crecieseis y os multiplicaseis, y os dio también su santa bendición; después cuando sobrevino el Diluvio Universal, todos los animales murieron, mientras a vosotros os preservó Dios de todo daño. El Señor os dio aletas para nadar como os plazca. A vosotros fue concedido, por mandamiento de Dios, guardar a Jonás profeta, y después de tres días echarlo a tierra sano y salvo. Vosotros pagasteis el censo de Nuestro Señor Jesucristo, que Él, como pobre, no tenía con qué pagar. Vosotros disteis de comer al Eterno Rey Jesucristo, antes y después de la Resurrección, por singular misterio; por todo lo cual estáis muy obligados a alabar y bendecir a Dios, que os ha hecho tantos y tales beneficios más que a ninguna otra criatura.

Al oír estas y otras palabras y consejos de San Antonio, comenzaron —102→ los peces a abrir la boca y a inclinar las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia, según su capacidad, alababan a Dios. Entonces San Antonio, viendo tanta reverencia en los peces hacia su Criador, alegrándose en espíritu, en alta voz dijo:

-Bendito sea el Eterno Dios, porque ha sido más honrado por los peces que no por los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

Y cuanto más predicaba San Antonio, tanto mayor era el número de los peces que le escuchaban, y ninguno se marchaba del lugar que tenía entre sus compañeros. Este milagro comenzó a divulgarse por la ciudad, llegando a oídos de los muchos herejes que en ella moraban; los cuales, viendo un milagro tan maravilloso y tan manifiesto, arrepentidos en su corazón, corrieron a echarse a los pies de San Antonio para oír su palabra. Entonces San Antonio comenzó a predicar de la fe católica, y lo hizo tan a maravilla, que todos aquellos herejes se convirtieron, retornando a la verdadera fe de Cristo, y todos los fieles quedaron con grandísima alegría, confortados y robustecidos por la fe. Hecho esto, San Antonio despidió a los peces con la bendición de Dios, y todos se fueron dando muestras de singular alegría, lo mismo que el pueblo. Después, durante muchos días, estuvo predicando San Antonio en Rímini, alcanzando copiosos frutos espirituales para bien de las almas.

Capítulo XLI

De cómo el venerable fray Simón libró a un fraile de una gran tentación de salirse de la Orden

En los principios de la Orden de San Francisco, y viendo el santo Patriarca, vino a ella un joven de Asís que se llamaba fray Simón, al cual adornó y dotó Dios con tanta gracia y tanta contemplación y elevación de espíritu, que toda su vida fue espejo de santidad, según yo mismo oí de los que por largo tiempo le trataron. Rarísima vez se le veía fuera de la celda, y si en alguna ocasión estaba con los frailes, siempre hablaba con ellos de Dios. No había estudiado Gramática, y, sin embargo, hablaba con tanta profundidad y elevación de Dios y del amor de Cristo, que parecían sus palabras inspiradas —103→ por el Espíritu Santo.

Estando una tarde en la selva con fray Jacobo de Masa, para hablar de Dios lo hizo tan dulcemente, embriagándose en el divino amor, que pasaron toda la noche en contemplación, y a la mañana siguiente les pareció que habían estado poquísimo tiempo, según el mismo fray Jacobo me refirió. El mismo fray Simón tenía tanta suavidad y dulzura de espíritu cuando la divina luz del amor de Dios le iluminaba, que muchas veces, cuando la sentía venir, se tendía en su lecho, porque la tranquila suavidad del Espíritu Santo requería en él no solamente el descanso del alma, sino del cuerpo; y en tales visitas divinas, muchas veces era arrebatado por Dios, y quedaba completamente insensible para las cosas corporales. Un fraile, queriendo una vez hacer experiencia de esto y ver si, en efecto, era como parecía, fue y puso un carbón ardiendo sobre su pie desnudo. Fray Simón no sintió nada y el ascua no hizo señal alguna en el pie; y eso que la tuvo por tanto tiempo, que ella misma vino a consumirse. El dicho fray Simón, cuando se sentaba a la mesa, antes de tomar la comida, corporal, tomaba para sí y daba a los demás espiritual alimento hablando de Dios. Por sus devotas pláticas se convirtió en cierta ocasión un joven de San Severino, el cual había sido en el mundo muy vanidoso y disipado, y era de noble linaje y de cuerpo muy delicado. Fray Simón, al recibir al dicho joven en la Orden, guardó su traje secular en su celda, y el referido joven vivía con fray Simón para ser instruido por él en la observancia de la Regla. Sucedió, pues, que el demonio, que se complace en malograr todo bien, le incitó con fuerte estímulo y ardiente tentación mundana, de tal modo que le parecía imposible resistir, por lo cual se fue a ver a fray Simón y le dijo:

-Devuélveme mi vestido para tornarme al siglo, porque no puedo resistir la tentación carnal.

Y fray Simón, mirándole con ojos compasivos, le dijo:

-Siéntate, hijo, un poco conmigo.

Y comenzó a hablarle de Dios de tal modo, que se desvaneció la tentación; la cual, como volviese al poco tiempo y el joven reclamase su traje, fray Simón la ahuyentaba hablándole de Dios. Esto se repitió varias veces, hasta que una noche la tentación fue mayor de lo que acostumbraba, y creyendo el joven que el mal no tenía remedio, se fue a fray Simón y le reclamó a todo trance sus

vestidos seculares, diciéndole que en manera alguna podía permanecer allí. —104→ Entonces fray Simón, según acostumbraba hacerlo, mandó al joven que se sentase junto a él, y, hablándole de Dios, el joven reclinó su cabeza sobre el pecho de fray Simón, dando muestras de profunda melancolía y tristeza. Fray Simón, compadecido del joven, levantó los ojos al cielo e hizo oración, pidiendo a Dios devotamente por él. Dios escuchó la oración de su siervo, y volviendo en sí el desgraciado joven, se sintió completamente libre de aquella tentación, como si nunca jamás la hubiese experimentado, cambiándose así el fuego de la tentación en fuego del Espíritu Santo, por haberse acercado al carbón encendido, esto es, a fray Simón, todo inflamado en amor de Dios y del prójimo; y de tal modo creció en este amor, que habiendo apresado en aquella comarca un malhechor, a quien, por sentencia del juez, debían sacar los dos ojos, el referido joven, lleno de compasión, se fue inmediatamente al juez, y en pleno tribunal, con lágrimas y devotos ruegos, pidió que a él le sacasen un ojo y otro al malhechor, para que éste no quedase privado de la vista. Por lo que viendo el juez y sus consejeros tan gran fervor de caridad en este fraile, perdonaron al uno y al otro.

También de fray Simón se sabe que estando un día en oración en una selva, saboreando los consuelos espirituales del alma, una bandada de cornejas comenzó a gritar de tal manera, que le distraían de la oración. Entonces él les mandó, en nombre de Dios, que se fuesen de allí y no volviesen nunca; y yéndose, en efecto, estas aves, de allí en adelante no se las volvió a ver ni oír en toda la comarca. Este milagro fue patente en toda la jurisdicción de Fermo, donde el convento estaba establecido.

Capítulo XLII

De los hermosos milagros que hizo Dios por medio de los santos frailes Bentoviglia, Pedro de Monticelli y Conrado de Ofrida, y de cómo fray Bentoviglia transportó a un leproso 15 millas en poquísimo tiempo; al segundo habló San Miguel, y al tercero se le apareció la Virgen María y le puso al Hijo en sus brazos

La región de la Marca de Ancona estuvo antiguamente, como cielo estrellado, adornada de santos y de frailes ejemplares que, cual astros del cielo, han iluminado y adornado la Orden de San —105→ Francisco y el resto del mundo con su ejemplo y su doctrina. Fueron notables, en primer lugar, fray Lucio Antico, el cual fue verdaderamente esplendoroso por su santidad y por la ardiente caridad que le inflamaba; su gloriosa lengua, movida por el Espíritu Santo, alcanzaba maravillosos frutos en la predicación; otro fue fray Bentoviglia, el cual fue visto por fray Maseo de San Severino levantado en el aire por largo espacio de tiempo, cuando se hallaba orando en la selva; y por este milagro, el devoto fray Maseo, siendo a la sazón párroco, dejó la parroquia y se hizo fraile menor; y fue tanta su santidad, que hizo muchos milagros en vida y en muerte, y su cuerpo descansa en Murro.

El antedicho fray Bentoviglia, hallándose una vez en Trave-Bonati sirviendo a un leproso, recibió orden de su prelado de salir e irse a otro lugar que distaba de aquél 15 millas; pero no queriendo abandonar al leproso, con gran fervor de caridad le tomó, se le puso al hombro y comenzó a andar antes de salir el sol para recorrer las 15 millas, trasladándose al lugar adonde se le había enviado, el cual se llamaba Monte Sacarino; y este viaje lo hizo con más rapidez que un águila hubiese podido hacerlo, y este divino milagro causó gran admiración y estupor en la comarca.

Otro fue fray Pedro de Monticelli, que fue visto por fray Servodeo de Urbino (a la sazón guardián en el convento antiguo de Ancona) levantado sobre el suelo cinco o seis codos junto al pie del crucifijo de la iglesia, ante cuya imagen estaba orando. Y este fray Pedro, ayunando una vez en la cuaresma de San Miguel Arcángel con gran devoción, el último día de aquella cuaresma se fue a orar a la iglesia, y fue oído por un fraile joven (que cuidadosamente se había puesto detrás del altar mayor para presenciar la oración de tan santo penitente) cuando conversaba con San Miguel Arcángel, y las palabras que decía eran éstas. Decía San Miguel:

-Fray Pedro: tú te has atormentado fielmente por mí y de muchas maneras has afligido tu cuerpo; aquí me tienes; vengo a

consolarte y a que me pidas las gracias que quieras, y yo las alcanzaré de Dios.

Respondió fray Pedro:

-Santísimo príncipe de la milicia celestial y fidelísimo celador del amor divino y piadoso protector de las almas, yo te pido esta gracia: que me alcances de Dios el perdón de mis pecados.

Replicó San Miguel:

—106→

-Pide otra gracia, porque ésta me será muy fácil alcanzarla.

Y fray Pedro no pidió ninguna otra cosa, y el Arcángel concluyó:

-Por la fe y devoción que me tienes, te he alcanzado la gracia que me has pedido y otras muchas.

Terminada la plática, que duró mucho tiempo, el Arcángel San Miguel se fue, dejando al penitente muy consolado.

Coetáneo de este santo fray Pedro, fue el santo fray Conrado de Ofrida, el cual, hallándose en la comunidad del convento de Forcino, en la Marca de Ancona, se fue un día a un bosque a meditar en Dios, y fray Pedro secretamente se fue detrás de él para observar lo que sucedía. Fray Conrado se puso en oración y comenzó a rogar devotamente a la Virgen María con gran piedad que le concediese de su bendito Hijo la gracia de sentir un poco de aquella dulzura que sintió San Simeón el día de la Purificación, cuando llevó en brazos a Jesucristo bendito. Y hecha la oración, la Virgen María le oyó, apareciéndose esta Reina del Cielo con su Hijo bendito en los brazos, con grandísima claridad que deslumbraba, y se acercó a fray Conrado y puso en sus brazos a su bendito Hijo. El fraile lo recibió devotamente, abrazándole, besándole y estrechándole contra su pecho y experimentando así las dulzuras del amor divino con inexplicable consuelo. Y fray Pedro, del mismo modo, sólo presenciando aquella escena sentía en el alma grandísima dulzura y consolación. Al apartarse la Virgen de fray Conrado, fray Pedro se volvió inmediatamente al convento para no ser visto de él; pero luego, cuando fray Conrado regresó al convento muy alegre y gozoso, le salió al encuentro fray Pedro y le dijo:

-¡Oh, criatura celestial, gran consuelo has tenido hoy!

A lo que dijo fray Conrado:

-¿Qué es lo que dices, fray Pedro? ¿Qué sabes tú lo que a mí me ha pasado?

-Yo sé, y lo sé muy bien -dijo fray Pedro-, que la Virgen María, con su bendito Hijo, te ha visitado.

Entonces fray Conrado, que como hombre verdaderamente humilde deseaba guardar el secreto de la gracia de Dios, le rogó que no se lo dijese a nadie; y desde entonces fue tan grande el amor que unió a los dos, que parecían tener en todas las cosas un mismo corazón y una misma alma.

El dicho fray Conrado una vez, en el convento de Sorolo, con —107→ sus oraciones libró a una mujer endemoniada, orando por ella todo el día y apareciéndose a su madre; pero a la mañana siguiente se ausentó de allí para no ser encontrado y honrado por todo el pueblo.

Capítulo XLIII

De cómo fray Conrado de Offida convirtió a un joven fraile que molestaba a los otros. Y de cómo el dicho fraile joven, a punto de morir, apareció a fray Conrado, rogándole que orase por él; y de cómo le libró con sus oraciones de las penas grandísimas del Purgatorio

El dicho fray Conrado de Offida, admirable celador de la pobreza evangélica y de la Regla de San Francisco, fue por su piadosa vida y por sus grandes merecimientos tan querido de Dios, que Cristo bendito le honró en vida y en muerte con muchos milagros, entre los cuales se refiere que, habiendo llegado al convento de Offida unos frailes forasteros, los hermanos le rogaron por amor de Dios que amonestase a un fraile joven que allí había, el cual se conducía tan pueril, disoluta y desordenadamente, que a los viejos y jóvenes de la comunidad perturbaba, y del divino Oficio y otras observaciones de la Regla poco o nada se ocupaba. Fray Conrado, por los ruegos de los compañeros y por compasión hacia el joven, le llamó un día a un

lugar retirado, y con fervor de caridad le dirigió tan eficaces y devotas amonestaciones, que, ayudado por la divina gracia, súbitamente se cambió de niño en prudente anciano, y fue tan obediente, benigno, solícito y devoto, tan pacífico y servicial, y para las cosas de virtud tan estudioso, que si antes toda la comunidad estaba turbada por él, después de su conversión el referido joven murió; de lo cual se dolieron mucho todos los frailes, y poco después de su muerte su alma se apareció a fray Conrado, estando devotamente en oración delante del altar de dicho convento, saludándole con tanta devoción como a su padre. Fray Conrado preguntó:

-¿Quién eres tú?

Respondió:

-Soy el alma de aquel fraile joven que murió hace pocos días. Fray Conrado replicó:

—108→

-¡Oh, hijo carísimo! ¿Qué es de ti?

A lo que contestó el aparecido:

-Por la gracia de Dios y por vuestra doctrina, bien estoy, porque no me he condenado; pero por ciertos pecados míos que no tuve bastante tiempo de purgar en el mundo, padezco ahora las penas del purgatorio; y te ruego, padre, que así como por tu piedad me socorriste cuando estaba vivo, así también ahora me socorras en mis penas, diciéndome algún *Pater Noster*, porque tu oración es muy aceptable ante la presencia de Dios. Entonces fray Conrado, accediendo benignamente a su ruego, recitó una vez por él un *Pater Noster* con un*requiem aeternam*, y dijo aquella alma:

-¡Oh, padre carísimo, cuánto bien y qué alivio siento! Ahora te ruego que lo recites otra vez.

Así lo hizo fray Conrado, y cuando lo hubo dicho, añadió el alma:

-Santo padre, cuanto más oras por mí, más aliviado me siento; por eso te ruego que no dejes de orar por mí. Entonces fray Conrado, viendo que aquella alma se aliviaba con sus oraciones, repitió cien veces el *Pater Noster*, y cuando los hubo rezado, añadió el alma:

-Te agradezco, padre carísimo, en nombre de Dios, la caridad que has tenido conmigo, porque tus oraciones me han librado de

todas las penas y me voy al reino celestial. Dicho esto, desapareció el alma. Entonces fray Conrado, para infundir alegría y valor a los frailes, les refirió por su orden toda aquella visión.

Capítulo XLIV

De cómo apareció a fray Conrado la Madre de Cristo y San Juan Evangelista, diciéndole cuál de los dos sintió mayor dolor en la Pasión de Cristo

Vivían juntos en la provincia de Ancona, en el convento de Forano, los dichos fray Conrado y fray Pedro, como dos estrellas resplandecientes de la provincia de la Marca y dos hombres celestiales; porque era tanto su amor y tan ardiente su caridad, que parecían tener un mismo corazón y una misma alma; y así fue que se ligaron los dos con este pacto: que toda consolación que de la misericordia —109→ de Dios recibiesen habían por caridad de revelársela el uno al otro.

Cerrado este pacto, sucedió que estando un día fray Pedro en oración, pensando devotísimamente en la Pasión de Cristo, y como la Madre de Dios Beatísima y San Juan Evangelista, discípulo amantísimo, y San Francisco, pintados al pie de la cruz, por su dolor mental estaban crucificados con Cristo, le entró deseo de saber cuál de aquellos tres había tenido mayor dolor por la Pasión de Cristo: si la Madre, que le había engendrado, o el discípulo, que había dormido sobre su pecho, o San Francisco, que había sido con Cristo crucificado. Y estando en esta devota meditación, se le aparecieron la Virgen María, con San Juan Evangelista y San Francisco, vestidos con hermosos trajes de gloria beatífica; pero San Francisco parecía vestido con túnica más bella que la de San Juan. Y hallándose fray Pedro asombrado de esta visión, San Juan le confortó y le dijo:

-No temas, carísimo hermano, porque hemos venido a sacarte de tu duda. Has de saber que la Madre de Cristo y yo sentimos la Pasión de Cristo más que ninguna otra criatura; pero, después de

nosotros, San Francisco tuvo mayor dolor que nadie, y por eso lo ves resplandecer en tanta gloria.

Y fray Pedro le preguntó:

-Santísimo Apóstol de Cristo, ¿por qué el vestido de San Francisco aparece más bello que el tuyo?

A lo que contestó San Juan:

-La razón es ésta: porque cuando él estuvo en el mundo, llevó sobre sus hombros un vestido más vil y despreciable que el mío.

Dichas estas palabras, San Juan dio a fray Pedro un vestido glorioso que llevaba en la mano, y le dijo:

-Toma este vestido que yo he adornado para dártelo.

Y queriendo San Juan ponerle el vestido a fray Pedro, cayó éste estupefacto en tierra y comenzó a gritar:

-¡Fray Conrado! ¡Fray Conrado, queridísimo, socórreme pronto; ven a ver cosas maravillosas!

Y al decir estas palabras, la visión santa desapareció. Cuando después llegó fray Conrado, su compañero le refirió por su orden todo lo sucedido, y juntos dieron gracias a Dios. Amén.

Capítulo XLV

De la conversión, vida y milagros y muerte del santo fray Juan de Penna

Siendo muchacho y estudiante en la provincia de la Marca fray Juan de Penna, una noche se le apareció un joven bellísimo y le llamó, diciendo:

-Juan: vete a San Esteban, donde predica uno de mis frailes menores; cree en su doctrina y atiende a sus palabras, porque yo te lo mando. Hecho esto, habrás de hacer un gran viaje, después del cual nos veremos otra vez.

Al oír esto Juan, se levantó enseguida y sintiose muy mudado en su corazón. Inmediatamente fue a San Esteban, y encontró allí gran multitud de hombres y mujeres que estaban esperando el sermón. El que debía predicar era llamado fray Felipe, uno de los

primeros frailes que habían venido a la Marca de Ancona cuando fundaron conventos en la dicha Marca. Subió el dicho fray Felipe a predicar, y predicó devotísimamente, no con palabras de sabiduría humana, sino con la virtud del espíritu de Cristo, anunciando el reino de la vida eterna. Terminada la plática, el referido joven se fue a fray Felipe y le dijo:

-Padre, si te dignas recibirme en la Orden, con mucho gusto haré penitencia y serviré en ella a Nuestro Señor Jesucristo.

Viendo fray Felipe la maravillosa inocencia del muchacho y su pronta voluntad de servir a Dios, le dijo:

-Ven conmigo un día a Recanati, que allí haré que te reciban en el Capítulo provincial que va a celebrarse. Con esto, el joven, que era purísimo, pensó que aquél sería el viaje que debía hacer según la revelación que había tenido, y que después se iría al Paraíso; esto era lo que esperaba tan pronto como fuese recibido en la Orden. Fue, pues, a Recanati, y le admitieron; pero viendo que sus pensamientos no se cumplían, al oír decir al ministro en el Capítulo que si alguno quería ir a la provincia de Provenza, por mérito de obediencia santa, le sería con mucho gusto otorgada la licencia, le entró grandísimo deseo de ir, pensando que aquél sería el gran viaje que debía de hacer antes de entrar en el Paraíso. Avergonzado, sin embargo, de decirlo, confió su pensamiento a fray Felipe, por el —111→ cual había entrado en la Orden, y le suplicó encarecidamente que le obtuviese aquella gracia de trasladarse a Provenza. Entonces fray Felipe, viendo la pureza y santidad de su intención, le alcanzó la licencia, por lo que fray Juan, con gran alegría, se puso en camino, pensando siempre que, terminado aquel viaje, se iría al Paraíso. Pero, por voluntad de Dios, estuvo allí veinticinco años con la misma esperanza y deseo, viviendo con grandísima pureza, santidad y ejemplo, creciendo siempre en virtud y gracia de Dios, y siendo muy amado de los frailes y del pueblo. Estando un día devotamente en oración, llorando y lamentándose de que no se cumplía su deseo, sino que, por el contrario, se prolongaba mucho su peregrinación en esta vida, se le apareció Cristo bendito, ante cuya presencia se regocijó su alma, y le dijo:

-Hijo mío, fray Juan, pídeme lo que quieras.

Y él contestó:

-Señor mío, yo no sé qué pedirte sino a Ti mismo, porque yo no deseo ninguna otra cosa; por eso sólo te ruego que perdones todos mis pecados y me concedas la gracia de que yo te vuelva a ver cuando me halle en gran necesidad.

A lo que dijo Jesucristo:

-Tu oración ha sido atendida.

Y dicho esto se partió, quedando fray Juan muy consolado. Por último, oyendo los frailes de la Marca la fama de su santidad, hicieron que el general le mandase por obediencia que volviese a la Marca. Con mucha alegría se puso en camino, pensando que al terminar el viaje se iría al Cielo, conforme a la promesa de Cristo. Pero devuelto a la provincia de la Marca, vivió en ella treinta años y no era conocido por ninguno de sus parientes, y todos los días esperaba de la misericordia de Dios que le cumpliese la promesa. Por este tiempo ejerció varias veces el oficio de guardián con gran discreción, y Dios obró por él muchos milagros. Y entre otros dones de que estaba adornado, tenía espíritu de profecía; así que una vez, hallándose fuera del convento, uno de sus novicios fue combatido por el demonio y tan fuertemente tentado, que consintiendo en sus malos deseos, pensó interiormente salirse de la Orden tan pronto como fray Juan volviese de fuera. Esta tentación y pensamiento conoció fray Juan por espíritu y profecía, y volviendo inmediatamente a su casa, llamó a su presencia al dicho novicio, y le dijo que quería que se confesase; pero antes de hacerlo le refirió por su orden —112→ toda la tentación, según que Dios le había revelado, y después añadió:

-Hijo: porque tú me has esperado y no has querido irte sin mi bendición, Dios te ha concedido esta gracia: que jamás salgas de esta Orden, sino que mueras en ella con la divina gracia.

Entonces el dicho novicio fue confirmado en la buena voluntad y, permaneciendo en la Orden, llegó a ser un santo fraile. Todas estas cosas me las refirió a mí fray Ugolino.

El dicho fray Juan, aunque era de ánimo alegre y tranquilo, rara vez hablaba, y era hombre de gran devoción y oración; y se cuenta que después de Maitines nunca volvía a la celda, sino que se estaba en la iglesia hasta que amanecía en oración. Una noche que después de Maitines estaba orando según su costumbre, se le apareció el Ángel de Dios, y le dijo:

-Hermano Juan: por fin ha llegado el término de tu viaje que por tanto tiempo has esperado; por eso, en nombre de Dios te encargo que pidas la gracia que quieras. Y también te anuncio que elijas lo que quieras: o un día en el purgatorio, o siete días de penas en el mundo.

Y eligiendo fray Juan con más gusto los siete días de pena en este mundo, inmediatamente fue acometido por varias enfermedades; se apoderó de él la fiebre; paralizó sus pies y manos la gota; le acometió el dolor de costado y otros muchos males; pero lo que más pena le causaba era un demonio que se le puso delante, y tenía en la mano una gran carta en la que estaban escritos todos los pecados que él jamás había cometido, y le decía:

-Por estos pecados que tú has cometido por pensamiento, palabra y obra, mereces ser hundido en lo profundo de los infiernos.

Y él no recordaba ningún bien que hubiese hecho, ni aun el haber pertenecido a la Orden ni estar en ella; sólo pensaba que se había condenado, según el demonio le decía. Por eso, cuando alguno le preguntaba cómo se sentía, contestaba:

-Mal, mal, porque estoy condenado.

Viendo esto los frailes, se admiraron y enviaron a llamar a un fraile antiguo que se llamaba fray Mateo de Monte Rubiano, el cual era un hombre muy santo y muy amigo de fray Juan. Cuando hubo llegado, se hallaba aquél en el séptimo día de tribulación; le saludó el recién venido y le preguntó cómo estaba. Respondió el enfermo que estaba mal, porque estaba condenado. Entonces dijo fray Mateo:

—113→

-¿No te acuerdas de que te has confesado muchas veces conmigo y yo te he absuelto enteramente de todos los pecados? ¿No te acuerdas, además, de que has servido siempre a Dios en esta Santa Orden por muchos años? Además de esto, ¿no te acuerdas de que la misericordia de Dios excede a todos los pecados del mundo y que Cristo bendito, Nuestro Señor, pagó para rescatarnos un precio infinito? Pensando en esto debes sentir esperanzas de que al fin de esta vida serás salvo.

Y diciendo esto, por haberse cumplido el término de su expiación, la tentación se desvaneció y vino el consuelo.

Entonces, con gran alegría, dijo fray Juan a fray Mateo:

-Veo que estás fatigado, y como la hora de mi tránsito se retarda, te ruego que te vayas a descansar.

Fray Mateo no quería dejarlo; pero al fin, cediendo a sus instancias, se marchó de allí y se fue a descansar, quedándose solo fray Juan con el hermano que le servía. En esto se apareció Cristo bendito con grandísimo esplendor y con suavísima fragancia, según le había prometido en la primera aparición que volvería a verle cuando tuviese mayor necesidad, y lo sanó perfectamente de todas sus enfermedades.

Entonces fray Juan, con las manos juntas, dio gracias a Dios de que con óptimo fin había terminado el gran viaje de la presente miserable vida. Y en manos de Cristo entregó su alma a Dios, pasando de esta vida mortal a la eterna, como tanto tiempo había deseado. Y fue enterrado dicho fray Juan en el convento de Penna de San Juan.

Capítulo XLVI

De cómo fray Pacífico, estando en oración, vio el alma de fray Humilde, su hermano, subiendo al Cielo

En la dicha provincia de la Marca, después de la muerte de San Francisco, hubo dos hermanos en la Orden, el uno llamado fray Humilde y el otro fray Pacífico, los cuales fueron hombres de gran santidad y perfección. Fray Humilde estaba en el convento de Sofiano y allí murió, y el otro estaba en la comunidad de otro convento bastante apartado. Quiso Dios que estando un día fray Pacífico en oración en un lugar solitario, fuese arrebatado en éxtasis, y —114→ vio el alma de fray Humilde subir al Cielo derechamente sin ninguna detención ni impedimento, al salir del cuerpo del mortal. Sucedió que al cabo de muchos años fray Pacífico, que sobrevivió, fue trasladado a la comunidad del convento de Sofiano. En este tiempo los frailes, a petición del señor de Brunforte, mudaron el convento a otro lugar, por lo que,

entre otras cosas, trasladaron las reliquias de los santos del convento que dejaban; y viniendo a la sepultura de fray Humilde, su hermano fray Pacífico tomó sus huesos, los lavó en buen vino, los envolvió en una toalla blanca, y con gran deferencia y devoción los besaba y los regaba con sus lágrimas; viendo lo cual los demás frailes se maravillaban mucho y no creían que fray Pacífico les daba buen ejemplo, porque siendo hombre de tanta santidad, parecía que lloraba a su hermano con amor sensual y mundano, y porque demostraba más devoción a aquellas reliquias que a las de otros frailes de no menor santidad que fray Humilde y dignas, por tanto, de igual reverencia. Conociendo fray Pacífico el pensamiento siniestro de sus hermanos, les satisfizo humildemente, diciendo:

-Hermanos míos queridísimos: no debéis maravillaros porque tribute tantos homenajes a los huesos de mi hermano, mayores que los que tributo a los demás; porque, bendito sea Dios, no hago esto, como vosotros creéis, con amor carnal, sino porque cuando mi hermano pasó de esta vida a la eterna, orando yo en lugar desierto y alejado de él, vi a su alma camino derecho del Cielo, y por eso estoy seguro de que sus huesos son santos y debieran estar en el Paraíso. Y si Dios me hubiese concedido tanta certeza respecto de los demás frailes, la misma reverencia tendría a sus huesos.

Por lo cual, los frailes, viendo tan santa y devota intención, se sintieron edificados con su ejemplo y alabaron a Dios, que tales maravillas obraba en sus santos.

Capítulo XLVII

De aquel santo fraile al cual la Madre de Cristo apareció estando enfermo, entregándole tres botecillos de medicina

En el dicho convento de Sofiano hubo antiguamente un fraile menor de tanta santidad y gracia, que todo en él parecía divino, y muchas veces era arrebatado en Dios. Estando una vez este santo

—115→ fraile elevado y absorto en la contemplación de Dios, gracia que en alto grado poseía, vinieron a él diversas clases de pajarillos y familiarmente se posaron sobre su espalda, sobre la cabeza, sobre los brazos y en las manos, y cantaban a maravilla. Era muy amante de la soledad y rara vez hablaba; pero cuando era interrogado sobre alguna cosa, respondía tan graciosa y sabiamente, que más parecía ángel que hombre; y por esto, así como por su fervorosa oración y contemplación, los frailes le tenían gran reverencia. Cuando hubo cumplido este fraile el curso de su santa vida, según la divina disposición, enfermó de muerte, sin que pudiese recibir alivio ninguno, ni quería admitir tampoco las medicinas materiales, porque toda su confianza estaba en el médico celestial, Jesucristo, y su bendita Madre; por lo cual mereció de la divina clemencia ser misericordiosamente visitado y medicinado. Sucedió, pues, que estando una vez en su lecho disponiéndose para morir con todo su corazón y con devoción humildísima, se le apareció la gloriosa Virgen María, Madre de Cristo, con grandísima multitud de ángeles y de santas vírgenes, esparciendo maravilloso resplandor, y se acercó a su lecho. El enfermo, mirándola, se sintió contento y confortado, así en el alma como en el cuerpo, y comenzó a rogar humildemente alcanzase de su divino Hijo que por sus méritos le sacase de la miserable cárcel del cuerpo. Y perseverando en este ruego con muchas lágrimas, la Virgen María, llamándole por su nombre, le dijo:

-No dudes, hijo mío, porque tu oración ha sido oída, y yo he venido para confortarte un poco hasta el momento en que dejes esta vida.

Venían al lado de la Virgen tres santas vírgenes, las cuales llevaban en la mano tres vasos con bálsamo de exquisito olor y suavidad. Entonces la gloriosa Virgen tomó y abrió uno de aquellos vasos, y toda la casa se llenó de aroma; tomó la Virgen con una cuchara de aquel bálsamo y se lo dio al enfermo, el cual tan pronto como lo hubo probado sintió tanta y tan exquisita dulzura, que su alma no parecía poder subsistir en el cuerpo, por lo que comenzó a decir:

-No puedo más, ¡oh, santísima Madre Virgen bendita!, ¡oh, médica bendita y salvadora del humano linaje!; no puedo más, no puedo soportar tanta suavidad y dulzura.

Pero la piadosa y benigna Madre, tomando nuevamente aquel bálsamo, se lo hizo tomar todo al enfermo. Vaciado el primer vasito, —116→ la Virgen tomó el segundo y metió dentro la cucharita para darle al enfermo; pero éste, lamentándose, dijo:

-¡Oh, beatísima Madre de Dios!, si mi alma casi toda se ha derretido por el ardor y suavidad del primer bálsamo, ¿cómo podré soportar el segundo? Te ruego, bendita sobre todos los santos y sobre todos los ángeles, que no me hagas probar el nuevo bálsamo.

A lo que contestó la gloriosa Virgen María:

-Es preciso, hijo mío, que pruebes un poco del contenido de este vaso.

Y dándole un poco, añadió:

-Hoy más que nunca, hijo mío, te conviene confortarte, porque pronto vendré por ti y te llevaré al reino de mi Hijo, que tú siempre has buscado y deseado.

Y dicho esto se alejó, dejando tan confortado y consolado por la dulzura de estos bálsamos al enfermo, que pudo sobrevivir bastantes días sin ningún alimento corporal. Y después de ellos, hablando alegremente con sus hermanos y resplandeciendo su rostro de júbilo y alegría, pasó de la vida temporal a la eterna.

Capítulo XLVIII

▽△

De cómo fray Jacobo de Masa vio a todos los frailes menores como en un árbol, y conoció las virtudes, méritos y vicios de cada uno de ellos

Dios había revelado a fray Jacobo de Masa muchos secretos, dándole la perfecta ciencia y conocimientos de la Escritura; porque era un hombre de tanta Santidad, que fray Egidio, fray Marcos, fray Junípero y fray Lucio decían de él que no habían conocido en el mundo varón más unido a Dios.

Yo tuve un gran deseo de verle porque, rogando a fray Juan, compañero de fray Egidio, que me declarase ciertas cosas del espíritu, me había dicho:

-Si quieres informarte bien de la vida espiritual, procura hablar con fray Jacobo de Masa, a cuyas palabras no se puede añadir ni quitar nada, pues su entendimiento ha penetrado los arcanos celestiales y sus palabras son palabras del Espíritu Santo; ni hay hombre sobre la haz de la tierra que yo tenga tantos deseos de ver.

—117→

Este fray Jacobo, en el principio del generalato de fray Juan de Parma, orando cierta vez, fue arrebatado en espíritu y permaneció tres días en éxtasis, tan insensible, que sus hermanos no sabían si estaba muerto o vivo. En este rapto le fue revelado por Dios lo que debía suceder respecto a nuestra religión. Por lo cual, oyendo esto, se acrecentó más en mí el deseo de oírle y de hablar con él. Y Dios quiso concederme esta suerte, y al verle, le dije:

-Si es verdad lo que he oído decir de ti, te ruego que no me lo ocultes. He oído que cuando estuviste tres días como muerto, entre las cosas que Dios te reveló, fue una lo que debía suceder a nuestra religión; esto es lo que ha dicho fray Mateo, ministro de la marca, a quien tú lo revelaste por obediencia.

Entonces fray Jacobo me declaró con muchísima humildad que, en efecto, era cierto lo que fray Mateo decía. Y lo que fray Mateo había dicho era lo siguiente:

-Conozco yo a un fraile a quien Dios ha revelado lo que sucederá a nuestra religión; porque fray Jacobo de Masa me ha manifestado y dicho que, después de muchas cosas que Dios le reveló sobre la Iglesia militante, vio un árbol muy bello y muy grande cuyas raíces eran de oro; los frutos, hombres, y todos, frailes menores; sus principales ramas eran diferentes según el número de provincias de la Orden, y cada rama tenía tantos frailes cuantos había en la provincia representada por ella. Y entonces supe el número de todos los frailes de la Orden y los de cada provincia, y el nombre de cada uno de ellos, y su condición, y su oficio, y su dignidad, y las gracias y culpas de todos; y vio a fray Juan de Parma en lo más alto de la rama del medio del árbol, y en los vástagos de las ramas que había alrededor de la de en medio,

que estaban los ministros de todas las provincias. Y después de esto vio a Cristo sentarse en un trono grandísimo y blanco, y llamando a San Francisco le daba un cáliz lleno de vida y lo enviaba diciéndole: «Ve y visita a tus frailes y dales de beber en este cáliz del espíritu de vida, porque el espíritu de Satanás se levantará contra ellos y los perseguirá, y muchos de ellos caerán para no levantarse». Y dio Cristo a San Francisco dos ángeles para que le acompañasen.

Luego San Francisco fue a llevar el cáliz de vida a sus frailes, y comenzó por alargárselo a fray Juan de Parma, el cual lo tomó y devotamente bebió de lo que contenía, haciéndose su cuerpo de repente tan luminoso como el sol. Después San Francisco fue alargando —118→ el cáliz a los demás, y fueron pocos los que no lo tomaron con la debida reverencia y devoción y no bebieron de aquel espíritu. Los que así lo hicieron y lo bebieron todo, súbitamente se convirtieron en otros tantos soles; pero los que lo derramaron o no lo bebieron con devoción, se pusieron tan negros, tan oscuros y tan deformes, que era cosa horrible verlos; y aquellos otros que en parte bebieron y en parte derramaron, se hicieron en parte refulgentes y en parte tenebrosos, más o menos, según la cantidad bebida o derramada.

Pero sobre todos los demás resplandecía el susodicho fray Juan, el cual había bebido completamente el cáliz de la vida, disfrutando así con mayor intensidad de la infinita gracia de la luz divina y fortaleciéndose más que ninguno contra la adversidad y la tormenta que debía levantarse contra aquel árbol hasta desgajar y conmover sus ramas. Por lo cual, el dicho fray Juan dejó la cima de la rama en que estaba y, descendiendo él solo de rama en rama, se escondió en un hueco del tronco del árbol y allí estaba muy pensativo; y fray Buenaventura, que había bebido en parte del cáliz y parte había derramado, se subió a la misma rama y en el mismo lugar en que había estado fray Juan. Y estando allí se le volvieron las uñas de las manos de hierro agudo y cortante como navajas; al sentir esto, dejó el lugar que había ocupado, y con ímpetu y furor quiso arrojarse contra el dicho fray Juan para dañarle; pero viendo esto fray Juan, gritó fuertemente y se encomendó a Cristo, que estaba sentado en el trono; y Cristo, al oírlo, llamó a San Francisco y le dio un pedernal cortante,

diciéndole a la vez: «Ve con esta piedra y córtale las uñas a fray Buenaventura, que quiere arañar a fray Juan, para que no pueda lastimarle». Entonces San Francisco fue y ejecutó lo que Cristo le había mandado. Y hecho esto, se levantó una tempestad de viento que, sacudiendo fuertemente el árbol, hizo caer a muchos frailes en tierra; y cayeron primero todos aquellos que habían derramado todo el cáliz del espíritu de la vida, y eran llevados por los demonios a lugares de angustias y de tinieblas. Pero fray Juan, junto con los otros frailes que habían bebido del cáliz, fueron transportados por los ángeles a un lugar de vida, de luz eterna y de resplandor bienaventurado. Y entendía y discernía el dicho fray Jacobo que tenía la visión, y en particular distintamente conocía los nombres, condiciones y estado de cada uno. Y fue tan violento aquel huracán contra el árbol, que le hizo caer, y el viento lo arrebató. —119→ Pero tan pronto como cesó la tempestad, de las raíces de aquel árbol, que eran de oro, salió otro árbol nuevo, que era todo de oro; de manera que las hojas, las flores y los frutos que producía eran dorados. De aquel árbol y de su altura, profundidad, aroma y virtudes más vale callar que decirlo al presente.

Capítulo XLIX

De cómo Cristo apareció a fray Juan de Auvernia

Entre otros sabios y santos frailes hijos de San Francisco, los cuales, según dice Salomón, son la gloria del padre, vivió en nuestros tiempos en la citada provincia de la Marca el venerable y santo fray Juan de Fermo, el cual, por el mucho tiempo que permaneció en el santo convento de Auvernia, donde acabó su vida, se le llamaba sencillamente fray Juan de Auvernia, y fue hombre de singular vida y de gran santidad. Este fray Juan, cuando era muchacho en el mundo, deseaba con todo su corazón hacer vida de penitencia para lavar el cuerpo y el alma de la inmundicia del pecado; y así, desde muy pequeño, comenzó a

llevar cota de malla y cilicio de hierro pegado a la carne y hacer grandísima abstinencia, y dio con esto singular ejemplo cuando vivió con los canónigos de San Pedro de Fermo, los cuales vivían espléndidamente; huía él de los regalos corporales y maceraba su cuerpo con grandes rigores y abstinencias; pero hallándose en esto contrariado por sus compañeros, los cuales le despojaban del cilicio y por diversos medios impedían su abstinencia, inspirado por Dios pensó dejar el mundo con sus amadores y ofrecerse todo en los brazos del Crucificado con el hábito del crucificado San Francisco; y así lo hizo. Y habiendo sido recibido en la Orden siendo todavía joven, y encomendado a la vigilancia del maestro de novicios, llegó a hacerse tan espiritual y devoto, que alguna vez, oyendo al dicho maestro hablar de Dios, se le derretía el corazón como la cera junto al fuego, y con gran suavidad de gracia se recreaba en el amor divino; y cuando no podía estar de rodillas, se levantaba y, como ebrio de amor, se echaba a correr por la huerta, por la selva y por la iglesia, siguiendo como la llama el impulso del espíritu que le impelía.

Con el tiempo, la divina gracia hizo crecer a este hombre angelical, de virtud en virtud y en dones celestiales, y en los raptos y éxtasis —120→ divinos, tanto, que alguna vez su mente era elevada al esplendor de los querubines, otras al ardor de los serafines, alguna al gozo de los bienaventurados, y otras a los amorosos y tiernos abrazos de Cristo, no sólo con gustos espirituales interiores, sino aun con manifiestas señales exteriores en el cuerpo; y singularmente una vez sintió con tal exceso en su corazón la llama del divino amor, que le duró el fuego más de tres años, en cuyo tiempo recibió maravillosos consuelos y visitas divinas, y muchas veces era arrebatado por Dios y parecía estar como ahogado y abrasado del amor de Cristo; lo cual sucedió en el monte santo de Auvernia. Pero como Dios tiene singular cuidado de sus hijos y les da, según los tiempos, ora consuelo, ora adversidades, según Él ve que necesita para mantenerse en la humildad y para acrisolar más y más su deseo de las cosas celestiales, plugo a la Divina Bondad, después de los tres años, privar al dicho fray Juan de los ardientes rayos del amor divino y de todo consuelo y alegría espiritual. Por lo cual fray Juan quedó sin amor de Dios, muy desconsolado, afligido y apenado.

En los momentos de su mayor angustia iba fray Juan discurriendo por el bosque de aquí para allá, llamando con voces, con llantos y con suspiros, al amantísimo Esposo de su alma, que se había alejado y huido de él, sin cuya presencia su alma no hallaba descanso ni reposo; pero ni en lugar alguno ni en nada podía recobrar al dulce Jesús, ni saborear aquellos suavísimos gustos espirituales del amor de Cristo de que antes, con tanta abundancia, había disfrutado.

Duró esta tribulación muchos días, en los cuales no dejó de llorar, ni de suspirar, ni de rogar a Dios que, por su piedad, le devolviese al amantísimo Esposo de su alma. Por último, cuando plugo a Dios dar por terminada la prueba de su paciencia y encendido su deseo, un día que fray Juan discurría por la selva todo afligido y atribulado, agobiado por la fatiga se sentó, recostando la cabeza sobre un haya: con toda la cara bañada en lágrimas, mirando al Cielo, se le apareció Jesucristo, viniendo por la misma senda que él había seguido; pero estando ya muy cerca, no le decía nada. Viéndolo fray Juan, y reconociendo claramente que era Jesucristo, inmediatamente se echó a sus pies, y con llanto copiosísimo le rogó humildemente, diciendo:

-Socórreme, Señor mío, porque sin Ti, dulcísimo Salvador, ando en tinieblas y llanto; sin Ti, mansísimo Cordero, camino —121→ entre angustias y penas; sin Ti, Hijo de Dios Altísimo, me hallo en confusión y vergüenza; sin Ti, siéntome desposeído de todo bien y ciego, porque Tú eres, mi Señor Jesucristo, la verdadera luz de las almas; sin Ti estoy perdido y condenado, porque Tú eres vida del alma y vida de la vida; sin Ti estoy estéril y árido, porque Tú eres la fuente de todos los dones y de todas las gracias; sin Ti me veo desconsolado, porque Tú eres, Jesús, nuestra redención, nuestro amor y nuestro deseo, pan confortativo y vino que alegra los corazones de los ángeles y los santos; ilumíname, Maestro misericordiosísimo y Pastor celoso e infatigable, porque yo, aunque indigno, soy ovejuela de tu rebaño.

Pero como el deseo de los varones santos, cuando Dios retarda el satisfacerlo, más y más se acrecienta en mérito y en amor, Cristo bendito se fue sin oírle ni hablarle nada, volviéndose por la misma senda que había venido. Entonces fray Juan se puso en pie

y le siguió, y deteniéndole en su camino, con santa importunidad se echó a sus pies, y gimiendo y llorando le dijo:

-¡Oh, Jesucristo dulcísimo! Ten misericordia de mí, que estoy tan atribulado; escúchame por la multitud de tus misericordias y por la verdad de tus doctrinas, y devuélveme la alegría de tu semblante y la suavidad de tu palabra, puesto que toda la tierra está llena de tu misericordia.

Y Cristo, siguiendo su camino, ni le hablaba ni le daba consuelo alguno, haciendo como una madre con su hijo cuando le hace desear el pecho y le obliga a pedirlo llorando, para que luego lo tome con más gusto. Así que fray Juan, cada vez con mayor fervor y deseo, seguía a Cristo, hasta que, por último, Jesús se volvió a él y, mirándole con semblante alegre y gracioso y abriendo sus santísimos y misericordiosos brazos, le estrechó dulcísimamente contra su seno. Y al abrir los brazos, vio fray Juan salir del sacratísimo pecho del Salvador rayos de esplendente luz, que alumbraron toda la selva y también toda su alma y su cuerpo. Entonces fray Juan se arrodilló a los pies de Cristo, y Jesús bendito, lo mismo que a la Magdalena, le dio bondadosamente a besar su pie, y fray Juan, tomándolo con suma reverencia, lo bañó con tantas lágrimas, que parecía otra Magdalena, diciendo devotamente:

-Te ruego, Señor mío, que me libres de todos mis pecados, y por los méritos de tu santísima Pasión, y con el riesgo de tu santísima Sangre preciosísima, resucites mi alma a la gracia de tu divino —122→ amor. Así podré seguir tus mandamientos, que yo amo con todo mi corazón y mi afecto, porque sin tu ayuda nadie podrá cumplirlos dignamente. Ayúdame, pues, amantísimo Hijo de Dios, porque yo te amo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas.

Y estando así fray Juan repitiendo estas súplicas a los pies de Cristo, logró ser escuchado y recibió de nuevo la gracia, esto es, la llama del divino amor, y se sintió todo consolado y renovado. Al conocer que había recobrado el don de la divina gracia, comenzó a demostrar su gratitud a Cristo bendito, abrazando y besando devotamente sus pies. Y después, levantándose para mirar al Salvador cara a cara, Cristo extendió sus manos sacratísimas y se las dio a besar; y después que fray Juan las besó, se acercó y

arrimó el pecho de Jesús y lo abrazó y besó su sacratísimo pecho; y Cristo abrazó y besó a fray Juan; y en estos abrazos y ósculos sintió fray Juan tanto aroma divino, que si todas las especies y aromas del mundo estuviesen reunidos en un punto, parecieran hediondo comparados con aquel aroma; y no sólo quedó fray Juan consolado e iluminado de aquella gracia, sino que el perfume en su alma duró muchos meses; y desde entonces de su boca, que había bebido de la divina sabiduría, en el sagrado pecho del Salvador, salían palabras maravillosas y celestiales que mudaban los corazones y alcanzaban grandísimo fruto en el alma del que las oía. Y en la senda del bosque, y a gran trecho alrededor de donde Cristo estampó las huellas de sus benditos pies, sintió fray Juan por mucho tiempo el aroma celestial y percibió el esplendor admirable de la luz divina. Y tornando en sí fray Juan después de aquel éxtasis, y desapareciendo la presencia corporal de Cristo, quedó su alma tan iluminada en las cosas divinas, que, no siendo hombre docto por el estudio humano, resolvía y aclaraba sutil y maravillosamente las más altas cuestiones de la Trinidad divina y los profundos misterios de la Santa Escritura. Y muchas veces después, hablando delante del Papa y de los cardenales, de los reyes y barones, de los maestros y de los doctores, todos se quedaban estupefactos escuchando las sublimes palabras y las profundísimas sentencias que fluían de sus labios.

—123→

Capítulo L

De cómo estando diciendo misa, el Día de Difuntos, fray Juan de Auvernia vio librarse muchas almas del Purgatorio

Diciendo misa una vez el dicho fray Juan, el día siguiente de Todos los Santos, por el alma de todos los difuntos, según ordena la Iglesia, ofreció con tanto fervor de caridad y con tanta piedad de compasión aquel altísimo Sacramento (que es, por su eficacia, el que las almas de los muertos desean, sobre todos los demás sufragios que les puedan aplicar), que parecía derretirse por la

dulzura de la piedad y por la caridad fraterna. Y sucedió que en aquella Misa, levantando devotamente el cuerpo de Cristo y ofreciéndoselo a Dios Padre, y rogándole que por amor de su bendito Hijo Jesucristo, el cual, para rescatar las almas, había muerto en la cruz, se dignase librar de las penas del purgatorio las almas de los difuntos que habían creído en Él; y vio de pronto una infinidad de almas salir del purgatorio, a modo de las innumerables chispas de fuego que salen de una gran lumbre, y las vio entrar en el Cielo, por los méritos de la Pasión de Cristo, el cual todos los días se ofrece por los vivos y por los muertos en la Hostia sacratísima, digna de ser adorada por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo LI

▽△

Del santo fraile Jacobo de Falerone, y de cómo, después de muerto, apareció a fray Juan de Auvernia

En tiempos que fray Jacobo de Falerone, hombre de gran santidad, estaba gravemente enfermo en el convento de Mogliano, de la jurisdicción de Fermo, fray Juan de Auvernia, que vivía a la sazón en el convento de la Masa, al tener noticia de su enfermedad, como le amaba con filial cariño, se puso en oración por él, rogando a Dios devotamente con oración mental que diese al referido fray Jacobo la salud del cuerpo, si era conveniente para la del alma. Y estando en tan devota oración, fue arrebatado en éxtasis, y vio en el aire un gran ejército de ángeles y de santos sobre su celda, que estaba en el bosque, con tanto esplendor, que toda la comarca se hallaba iluminada; —124→ y entre estos ángeles vio a fray Jacobo, el enfermo por quien rogaba, vestido con hábitos blancos y resplandecientes. Y vio también entre ellos al bienaventurado San Francisco, adornado con las sagradas llagas de Cristo y con mucha gloria; vio también, y reconoció, al santo fray Lucio, y a fray Mateo de Monte Rubiano, y a muchos otros frailes a los cuales no había visto nunca ni conocido en esta

vida. Y contemplando así fray Juan con gran alegría aquel bienaventurado escuadrón de santos, le fue revelado a ciencia cierta la salvación del alma del dicho fraile enfermo, y que de aquella enfermedad debía morir; pero que no iría súbitamente después de morir al Paraíso, sino que tendría que pasar algún tiempo en el purgatorio. Y de esta revelación sintió fray Juan mucha alegría, considerando la salud del alma de su amigo, porque de la muerte del cuerpo no se cuidaba nada; pero con gran dulzura de espíritu le llamaba, diciéndole:

-Fray Jacobo, dulce padre mío; fray Jacobo, dulce hermano mío; fray Jacobo, fidelísimo siervo y amigo de Dios; fray Jacobo, compañero de los ángeles y de los santos...

Y con esta certeza y alegría volvió en sí, y saliendo del convento fue a visitar al dicho fray Jacobo en Mogliano, y le encontró tan grave, que apenas podía hablar; pero le anunció la muerte del cuerpo y la gloria y la salud de su alma, según la certeza que tenía por divina revelación, lo que recibió fray Jacobo con gran alegría de su alma, que se traslucía claramente en la sonrisa de su semblante; le dio gracias por la buena nueva que le traía, y se encomendó devotamente a sus oraciones. Entonces fray Juan le recomendó encarecidamente que después de la muerte volviese a hablar con él para saber cuál era su estado, y fray Jacobo se lo prometió, si se lo consentía la voluntad de Dios. Dichas estas palabras, como se acercase la hora de su tránsito, fray Jacobo comenzó a recitar devotamente aquel versículo del salmo: *En paz y en vida eterna me dormiré y descansaré*.

Y dicho este versículo con rostro alegre, pasó de esta vida a la otra. Luego que fue enterrado, fray Juan se volvió al convento de la Masa y esperó la promesa de fray Jacobo de que volviese a él, conforme le había prometido. Pero el mismo día, hallándose en oración, se le apareció Cristo con gran compañía de ángeles y santos, entre los cuales no estaba fray Jacobo; por lo que, maravillándose fray Juan, se lo recomendó a Cristo devotamente.

—125→

Al día siguiente, orando fray Juan en la selva, se, le apareció fray Jacobo acompañado de los ángeles, todo glorioso y alegre y le dijo fray Juan:

-¡Oh, padre queridísimo! ¿Por qué no volviste a mí el día que me prometiste?

Contestó fray Jacobo:

-Porque tenía necesidad de alguna expiación; pero en la hora misma en que Cristo se te apareció y tú me recomendaste, Cristo te oyó y me libró de todas las penas, y entonces me aparecí a fray Jacobo de Masa, Santo lego, el cual servía a la mesa; vio la Hostia consagrada cuando el sacerdote la levantó, convertida y transformada en forma de un bellísimo niño, y le dije:

-Hoy con aquel Niño me voy al reino de la vida eterna, donde nadie puede llegar sin Él.

Y dichas estas palabras, fray Jacobo desapareció, subiendo al Cielo con toda aquella bienaventurada compañía de los ángeles, y fray Juan se quedó muy consolado. Murió el dicho fray Jacobo de Falerone en la vigilia de San Jaime Apóstol, en el mes de julio y en el mencionado convento de Mogliano, en el cual obró la Divina Bondad por sus méritos, después de su muerte, muchos milagros.

Capítulo LII

De la visión que tuvo fray Juan de Auvernia, en la cual conoció toda la Orden de San Francisco

El citado fray Juan de Auvernia, por haber renunciado todo placer y consuelo mundano temporal, y puesto toda su esperanza y deseo en Dios, recibía de la Divina Bondad maravillosos consuelos y revelaciones, y especialmente en las festividades de Cristo; por lo que, aproximándose una vez la de la Natividad de Cristo, en la cual esperaba ciertas consolaciones de Dios sobre la dulce humanidad de Jesús, el Espíritu Santo le infundió en el alma tan grande y excesivo amor y fervor de la caridad de Cristo, por lo que Él se humilló hasta tomar nuestra humanidad, que verdaderamente parecía querer salírsele el alma del cuerpo y arder como una hoguera; y no pudiendo sufrir tanto ardor, se angustiaba y derretía y gritaba en alta voz, pues era tan fuerte el

impulso del Espíritu Santo y tan —126→ viva la llama de su amor, que no podía menos de gritar. Cuando el fervor era más vivo, le entraba tan cierta y clara esperanza de salvación, que no podía creer que, de morir entonces, hubiera de pasar por las penas del purgatorio; y le duró este amor más de seis meses, aunque el excesivo fervor no lo tenía de continuo, sino a determinadas horas del día. Después recibió maravillosas visitas y consuelos de Dios, y más de una vez fue arrebatado en éxtasis, como pudo observar el fraile que por primera vez escribió estas cosas. Entre otras ocasiones, una noche fue elevado en Dios y vio en él todas las cosas creadas, celestiales y terrenas, y todas sus perfecciones, grados y órdenes distintos; y conoció claramente que todas las cosas criadas se refieren a su Criador, y que Dios está dentro, fuera, encima y al lado de todas las cosas criadas. Al mismo tiempo conoció un Dios en Tres Personas, y Tres Personas en un Dios, y la infinita caridad, la cual hizo al Hijo de Dios encarnarse por obedecer al Padre. Y, finalmente, conoció en aquella visión, que no hay otro camino por el cual pueda el alma dirigirse a Dios y alcanzar la vida eterna sino Cristo bendito, que es el camino, la verdad y la vida del alma. Amén.

▽△

Capítulo LIII

De cómo estando diciendo Misa fray Juan de Auvernia, cayó como muerto

Al mencionado fray Juan, en el citado convento de Mogliano, según refirieron varios frailes que estaban presentes, le sucedió una vez un caso admirable: que la primera noche después de la octava de San Lorenzo, y antes de la Asunción de Nuestra Señora, habiendo rezado Maitines con los demás frailes en la iglesia del convento, se sintió poseído de la unción de la divina gracia, y se fue al huerto a meditar en la Pasión de Cristo y a prepararse con toda su devoción para celebrar la Misa que le tocaba cantar al día siguiente. Y cuando meditaba en las palabras de la consagración

del Cuerpo de Cristo, esto es, *Hoc est Corpus meum*, y considerando la infinita caridad de Cristo, por la cual Él quiso no solamente rescatarnos con su preciosísima Sangre, sino también dejarnos para alimento del alma su Cuerpo y Sangre preciosísima, comenzó a aumentar en tanto grado su fervor y la suavidad del amor del dulce —127→ Jesús, que ya no podía soportar su alma tanta dulzura, y gritando muy fuerte, como ebrio de amor, entre sí mismo no dejaba de decir:

-*Hoc est Corpus meum*.

Porque diciendo estas palabras le parecía ver a Cristo bendito con la Virgen María y con multitud de ángeles; y al decir esto, era iluminado por el Espíritu Santo en la profundidad y elevación de los misterios de aquel venerable Sacramento. Y cuando llegó la aurora, entró en la iglesia con aquel fervor de espíritu y con aquella ansiedad, repitiendo las referidas palabras, no creyendo ser oído ni visto de nadie. Pero había en el coro algunos frailes en oración, que lo vieron y oyeron todo. Y no pudiendo en aquel fervor contenerse por la abundancia de la divina gracia, gritaba; y así permaneció hasta la hora de decir Misa, en que, preparado, se dirigió al altar. Comenzada la Misa, el amor que sentía se hizo mayor, y crecía en intensidad a medida que avanzaban las ceremonias; y temiendo que aquel fervor y sentimiento de Dios le impidiese terminar la Misa, entró en gran perplejidad sobre si debía dejar que otro la celebrase o continuar él mismo la augusta ceremonia. Pero como otra vez le había sucedido cosa semejante y el Señor había moderado aquel fervor de modo que pudiese continuar la Misa, confiando en esto, no sin gran temor continuó celebrando el sacrificio; y al llegar al prefacio de Nuestra Señora, le comenzó a crecer tanto la divina ilustración y la suavidad celestial del amor de Dios, que al llegar al *Qui Pridie*, apenas podía soportar tan gran suavidad y dulzura. Llegado, finalmente, al acto de la consagración, y dichas la mitad de las palabras sobre la Hostia, es decir, *Hoc est*, en manera ninguna podía continuar adelante, sino que volvía a repetir las mismas palabras: *Hoc est*. La causa de no poder seguir adelante era el sentir y el ver la presencia de Cristo con multitud de ángeles, cuya majestad le anonadaba, y veía que Cristo no entraba en la Hostia, y la Hostia no se transustanciaba en el Cuerpo de Cristo, si él no profería la

otra mitad de las palabras, esto es, *Corpus meum*. Y hallándose en esta ansiedad y no siguiendo adelante, el guardián y los demás hermanos y otros muchos más seglares que estaban oyendo Misa en la iglesia, se acercaron al altar y se quedaron maravillados de ver y considerar la actitud de fray Juan, por lo que muchos lloraban devotamente. Al cabo de algún tiempo, cuando por fin plugo a Dios, fray Juan profirió en alta voz:*Corpus meum*. Y súbitamente la forma de pan desapareció, y se vio en la Hostia a Jesucristo —128→ bendito encarnado y glorificado, mostrando la Humildad y la Caridad, por las cuales se encarnó en la Virgen María, y todos los días baja a las manos del sacerdote que consagra la Hostia. Al llegar a este punto de la elevación, la dulzura de fray Juan tocó a su colmo. Acababa de levantar la Hostia y el cáliz consagrado, cuando fue arrebatado de sí mismo y privado de los sentidos corporales, y hubiera caído al suelo de espaldas, si el guardián, que estaba detrás, no le hubiese sostenido. Luego, cogiéndole los frailes y seglares que estaban en la iglesia, hombres y mujeres le llevaron a la sacristía como muerto, porque tenía el cuerpo helado y las manos tan rígidas, que apenas podía moverlas o extenderlas. De este modo estuvo casi muerto hasta la hora de tercia, arrebatado en éxtasis divino. Y como yo, que me hallaba presente a todo esto, deseaba saber vivamente lo que Dios le había deparado en este tiempo, tan pronto como volvió en sí me fui a él y le rogué por caridad de Dios que me dijese todas las cosas; y como él se fiaba mucho de mí, me lo refirió todo por orden, y, entre otras cosas, me dijo que, considerando que tenía delante el Cuerpo y Sangre de Cristo, su corazón se derritió como la cera al fuego, y su carne parecía no tener huesos: de modo que casi no podía levantar los brazos ni las manos, ni hacer la señal de la cruz sobre la Hostia ni el cáliz. También me dijo que antes de ser sacerdote, Dios le había revelado que debía desmayarse celebrando Misa, y como había celebrado muchas y aquello no sucedía, pensaba que la revelación de Dios no se cumplía. Y cincuenta días antes de la Asunción de Nuestra Señora, en que sucedió el referido caso, también le había sido revelado por Dios que esto sucedería próximamente alrededor de la Asunción; pero de la última visión no se acordaba, ni de la revelación que en ella el Señor le había concedido.

Aquí termina la parte primera de Las florecillas de N. P. San Francisco, a mayor gloria de Dios. Amén.

—129→

Apéndice

Los dos siguientes capítulos hállanse en el Códice *Fiorentino* únicamente.

De cómo San Francisco apareció a fray León

Una vez, habiendo ya dejado San Francisco esta presente vida, deseó fray León ver de nuevo al dulce padre a quien amaba tan tiernamente mientras vivía, e impulsado por este deseo, rogaba a Dios con gran fervor que lo atendiese. Y así, concedido por su oración, le apareció San Francisco todo glorioso, con alas y uñas doradas, como el águila. Y estando fray León harto recreado y consolado con tan maravillosa aparición, lleno de admiración dijo:

-¿Por qué, padre mío reverendísimo, me has aparecido bajo una tan admirable figura?

Respondió San Francisco:

-Entre otras gracias que la divina piedad me ha dado y concedido, son estas alas, para que en cuanto sea invocado socorra a los devotos de esta santa religión en sus tribulaciones y necesidades, y su alma y las de mis frailes, como volando, las lleve a la suprema gloria; las uñas, tan grandes y fuertes y doradas, me son dadas contra el demonio, contra los perseguidores de mi religión, contra los frailes reprobados de esta santa Orden, para que los castigue con duros y ásperos zarpazos y amargos castigos. A loor de Cristo. Amén.

—130→

De cómo fray León tuvo en sueños una visión terrible

Vio fray León cierta vez en una visión y en sueños, que se preparaba el divino juicio. Vio a los ángeles sonando las trompas y diversos instrumentos, convocando maravillosamente a la gente en un prado. Y en una parte de la pradera fue puesta una escalera toda encarnada que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y en la otra parte de la pradera fue puesta una escalera toda blanca que desde el cielo bajaba hasta la tierra. Encima de la escalera encarnada apareció Cristo como señor ofendido e irritado. Y San Francisco hallábase unos escalones más abajo, junto a Cristo, y, bajando unos escalones más, decía y exclamaba:

-Venid, hermanos míos; venid con confianza; no temáis; venid, presentaos al Señor, que os llama.

A la voz de San Francisco y a su imprecación iban los frailes y subían por la escala encarnada con gran confianza. Y habiendo subido todos, alguno caía desde la tercera grada, alguno desde la cuarta, otros de la quinta y de la sexta; y así caían todos, de modo que ninguno quedaba arriba sobre la escala. San Francisco, movido a compasión ante la ruina de sus frailes, rogaba, como piadoso padre por sus hijos, al Juez para que los recibiese con misericordia. Y Cristo señalaba sus llagas sangrientas y a San Francisco decía:

-Esto me han hecho tus frailes.

Y poco después, estando en estos ruegos, bajaba algunas gradas y llamaba a los frailes caídos de la escala encarnada, y decía:

-Venid, sed fuertes, hijitos y frailes míos; confiad y no desesperéis, corred a la escala blanca y subid por ella, y seréis recibidos en el reino de los cielos.

Y en la cúspide apareció la gloriosa Virgen María, Madre de Jesucristo, toda piadosa y clemente, y recibía a los frailes y, sin fatiga alguna, entraban en el reino eterno.

A loor de Cristo. Amén.

Segunda parte

Rúbrica de los códices

En esta parte contemplaremos en devota consideración las gloriosas, sagradas y santas llagas de nuestro padre señor San Francisco, que recibió de Cristo en el santo monte de Auvernia, y cómo las dichas llagas fueron cinco, conforme a las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo; por lo cual este tratado constará de cinco consideraciones.

Es la *primera* del modo cómo San Francisco llegó al monte santo de Auvernia.

Es la *segunda* de la vida y conversación que tuvo con sus compañeros en el dicho santo monte.

Es la *tercera* de la aparición seráfica e impresión de los cinco estigmas sacratísimos.

Es la *cuarta* cómo San Francisco bajó al monte de Auvernia, después de haber recibido los cinco estigmas, retornando a Santa María de los Ángeles.

Es la *quinta* de ciertas apariciones y divinas revelaciones después de la muerte de San Francisco a santos frailes y a otras devotas personas de las dichas sacratísimas llagas.

A loor de Cristo. Amén.

—132→ —133→

- I -

De la primera consideración de los sagrados santos estigmas

En cuanto a la primera consideración, se ha de saber que San Francisco, teniendo la edad de cuarenta y tres años, corriendo el de 1224, inspirado en Dios se apartó del valle de Spoleto para ir a la Romaña en compañía de fray León; y haciendo camino, pasó a

pie por el castillo de Montefeltro, en el cual celebrábase entonces un gran convite y unas justas por la nueva caballería de uno de aquellos Condes de Montefeltro; y sabiendo San Francisco de esta solemnidad que tenía y que allí se habían reunido muchos gentileshombres de diferentes países, dijo a fray León:

-Subamos a esta fiesta, donde, con la ayuda de Dios, haremos algún buen fruto espiritual.

Entre los dichos gentileshombres que habían concurrido al castillo y al cortejo, había un ilustre y rico gentilhombre de Toscana, llamado *Meser* Orlando da Chiusi da Casentino, quien, por las maravillosas cosas de santidad y de los milagros de San Francisco de que había oído hablar, le tenía en mucha devoción y sentía vivísimos deseos de verle y oírle predicar. Llegó, pues, San Francisco al castillo y entró, penetrando en la plaza, donde se hallaba reunida aquella multitud de gentileshombres, y con fervor de espíritu subiose a una piedra y comenzó a predicar, tomando como tema de su sermón estas palabras de nuestro lenguaje vulgar:

Tanto è il bene ch'io aspetto
che ogni pena mi è
diletto...[16]

—134→

Y sobre este tema, por inspiración del Espíritu Santo, predicó tan devota y profundamente, probando por las diversas penas y martirios de los santos Apóstoles y de los santos Mártires, y por las penitencias de los santos Confesores y por las muchas tribulaciones y tentaciones de las santas Vírgenes y de los otros santos, que toda la gente estaba pendiente de él con los ojos y la mente, escuchándole como si hablase un ángel de Dios. Entre los que le escuchaban hallábase *Meser* Orlando, tocado del corazón por Dios, por la predicación maravillosa de San Francisco, proponiéndose hablar con el santo para ordenar su alma. Y así, terminado el sermón, Orlando llamó aparte a San Francisco y díjole:

-Padre, yo quisiera ordenar contigo la salud de mi alma.

Contestó San Francisco:

-Pláceme mucho; pero vete ahora y honra a los amigos que te han convidado a esta fiesta y come con ellos; después de comer hablaremos cuanto quieras.

Fuese, pues, *Meser* Orlando a comer, y después volvió a San Francisco y con él ordenó y dispuso lo que tenía que hacer su alma. Y al final de la conversación dijo a San Francisco:

-Tengo en Toscana un monte devotísimo llamado de Auvernia, muy solitario y muy apto para quien quisiese hacer penitencia; es lugar apartado de la gente y propio para los que quieran hacer vida solitaria; si te gusta, de buen grado te lo daré a ti y a tus compañeros para salud de mi alma.

Oyendo San Francisco tan liberal ofrecimiento de cosas que él deseaba mucho, alabando y dando gracias primero a Dios y luego a *Meser* Orlando, le dijo:

-*Meser* Orlando: cuando retornes a tu casa, te enviaré algunos de mis compañeros y les enseñarás el lugar de aquel monte, si les parece apto para la oración y la penitencia, desde ahora doy por bien aceptado vuestro caritativo ofrecimiento.

Y habiendo dicho esto San Francisco, reanudó su viaje, pero volviéndose a Santa María de los Ángeles. Y lo mismo hizo *Meser* Orlando, después de terminada la solemnidad del cortejo, retornando a su castillo, llamado Chiusi, que se hallaba a una milla de la Auvernia. Llegado San Francisco a Santa María de los Ángeles, envió a dos de sus compañeros a *Meser* Orlando, los cuales, llegando a su casa, fueron recibidos con gran caridad y alegría. Y queriendo enseñarles el monte de Auvernia, les envió con 50 hombres armados, —135→ para defenderlos de las fieras salvajes; y así los dos frailes subieron al monte y buscaron diligentemente, y al fin hallaron una parte muy devota y apta para la contemplación, donde había una pequeña llanura, eligiendo aquel lugar para su habitación y la de San Francisco. Y con la ayuda de aquellos hombres hicieron una cabañita con ramaje de los árboles, aceptando así, en nombre de Dios, y tomando posesión del monte de Auvernia y del lugar de los frailes en este monte; y partieron luego, retornando adonde estaba San Francisco. Y llegados que fueron, le contaron lo sucedido y le

explicaron el lugar elegido, aptísimo para la oración y la contemplación. Oyendo San Francisco estas noticias, se alegró muchísimo y, alabando y dando gracias a Dios, habló a sus frailes, con alegría en el semblante, del siguiente modo:

-Hijitos míos: nos preparamos para celebrar la cuaresma de San Miguel Arcángel; yo creo firmemente que es voluntad de Dios que celebremos esta cuaresma en el monte Auvernia, que por divina dispensación nos está preparado, para que, a honor y gloria de Dios y de su Madre la gloriosa Virgen María y de sus santos ángeles, nosotros con la penitencia, merezcamos de Cristo el consuelo de consagrar aquel monte bendito.

Y dicho esto, San Francisco tomó consigo a fray Maseo de Marignano de Asís, hombre de gran entendimiento y elocuencia; a fray Ángel Tancredo da Rieti, gentilhombre que había sido caballero en Rieti, y a fray León, hombre de grandísima simplicidad y pureza, por lo cual San Francisco le amaba mucho. Y con estos tres frailes San Francisco se puso en oración y se encomendó a sus compañeros, y todos lo hicieron a las oraciones de los demás frailes, y levantose luego con los tres en nombre de Jesucristo crucificado, emprendiendo la marcha para el monte Auvernia. Y dijo a fray Maseo:

-Tú, fray Maseo, serás nuestro guardián y nuestro prelado en este viaje, mientras caminemos y estemos juntos y observemos nuestras costumbres; rezaremos el Oficio, hablaremos de Dios o estaremos en silencio, y no pensaremos en adelante ni en comer, ni en beber, ni en dormir; pero cuando sea la hora de albergarnos, aceptaremos un poco de pan y permaneceremos y descansaremos en el lugar que Dios nos aparejará.

Entonces los tres compañeros bajaron la cabeza y, haciendo la señal de la cruz, fueron andando; y la primera noche llegaron a un —136→ lugar de frailes y allí se albergaron; la segunda noche, sea por el mal tiempo o porque iban muy cansados, ni llegaron a lugar alguno de frailes, ni a castillo, ni a villa alguna, y oscureciendo más la noche con el mal tiempo, se acomodaron en una iglesia abandonada y deshabitada, y allí descansaron. Y mientras dormían los compañeros, San Francisco se puso en oración; y he aquí que, a la primera vigilia de la noche, llegó una multitud ingente de demonios ferocísimos, con rumor y estrépito

grandísimo, que comenzaron a darle batalla y trabajo: el uno lo estiraba de una parte; el otro de la otra; el uno lo tiraba al suelo; el otro, hacia arriba; el uno le amenazaba; el otro le echaba en cara algo; y así, de mil diversos modos querían estorbarle en su oración; pero no podían, porque Dios se hallaba con él. Y así, cuando San Francisco hubo sostenido mucho tiempo estas batallas, comenzó a gritar:

-¡Oh, espíritus condenados! Nada podéis sino lo que Dios os permite, y yo lo sostendré todo porque no tengo más enemigo que mi propio cuerpo; y así, de parte de Dios omnipotente haced de mi cuerpo lo que Dios os permita, pues como es mi enemigo, dando trabajo a mi cuerpo me hacéis un buen servicio.

Entonces los demonios, con gran ímpetu y furia, lo arrastraron por la iglesia, molestándole más que antes. Y San Francisco comenzó entonces a gritar y a decir:

-¡Señor mío, Jesucristo! Te doy gracias por tanto honor y caridad como muestras hacia mí, lo cual es signo de grande amor, porque el Señor castiga bien a su siervo por todos sus defectos en este mundo, para que no sea castigado en el otro. Y yo me siento aparejado a sostener con alegría cualquiera pena y cuanta adversidad que Tú, Dios mío, quieras mandarme por mis pecados.

Entonces los demonios, confundidos y vencidos por su constancia y paciencia, fuéronse, y San Francisco, con fervor de espíritu, salió de la iglesia y entró en un bosque cercano y se echó para orar, y con ruegos y lágrimas y golpes de pecho buscaba a Jesucristo, esposo y amado de su alma. Y finalmente, hallándole en el secreto de su alma, ora le hablaba reverente, como a Señor; ora le contestaba como a su Juez; ora le rogaba como a Padre; ora razonaba como con un amigo. En aquella noche y en aquel bosque, sus compañeros, que se habían despertado y estaban fijos escuchando lo que hacía, le vieron y oyeron sus llantos y sus voces, rogando devotamente a la Misericordia por los pobres pecadores. Entonces fue visto y oído —137→ que se condolía en alta voz de la Pasión de Cristo, como si la viese corporalmente. Esta misma noche le vieron orar con los brazos en cruz y por espacio de mucho tiempo levantado y suspendido sobre la tierra y envuelto en una nube esplendorosa. Y en estos santos ejercicios pasaron toda la noche sin dormir, y como viesen a la mañana

siguiente que San Francisco se hallaba muy débil de cuerpo y que difícilmente podía tenerse en pie, fueron a un pobre campesino de aquellos contornos y le pidieron, por amor de Dios, su asnillo para San Francisco, su padre, el cual no podía ir a pie. Oyendo el campesino el nombre de fray Francisco, les preguntó:

-¿Por ventura sois vosotros los frailes de Asís de que tanto bien se cuenta?

Contestaron los frailes que sí, y que por él pedían el burrillo. Entonces el buen hombre, con gran devoción y solicitud, aparejó el asnillo, llevolo a San Francisco y con gran reverencia le hizo montar en él: y así anduvieron adelante, y el campesino iba con ellos, detrás del asnillo. Y después de haber caminado un trecho, dijo el villano a San Francisco.

-Dime: ¿eres tú fray Francisco de Asís?

Contestó el santo que sí.

-Ingéniate, pues -díjole el villano-, de ser tan bueno como eres tenido por la gente, la cual en ti tiene mucha fe, y yo te amonesto que no seas otra cosa de lo que la gente espera de ti.

Oyendo estas palabras San Francisco, no se indignó, y no dijo para consigo mismo: «¡Qué bestia es éste que me amonesta!», como dirían muchos soberbios que usan la capa; sino que se echó enseguida al suelo y, arrodillándose delante del campesino, le besó los pies y le dio gracias por haberse dignado advertirle tan caritativamente. Entonces el villano y los frailes, con gran devoción, le levantaron del suelo y lo subieron de nuevo al asnillo y caminaron un trecho más; y llegados que fueron a la mitad de la subida del monte, y haciendo un calor sofocante, el villano, que sentía mucha sed, comenzó a gritar: «¡Ay de mí, que me muero de sed y moriré enseguida!». Por lo cual San Francisco, bajando del asnillo, púsose en oración y estuvo con los brazos levantados hasta que entendió haber sido escuchado por Dios. Entonces dijo San Francisco al villano:

-Corre, ve hacia aquella peña, y hallarás el agua que Jesucristo ahora, por su misericordia, ha hecho salir de aquella piedra.

—138→

Corrió el villano hacia el lugar indicado y encontró una bella fuente brotando de la dura piedra por la oración de San Francisco, y bebió copiosamente y fue confortado. Y bien pareció que aquella

fuente fuese producida por Dios milagrosamente, por los ruegos de San Francisco, porque ni antes ni después viose jamás fuente de agua viva en aquel lugar ni en gran espacio. Después de esto, San Francisco, sus frailes y el villano dieron gracias a Dios por el milagro, y siguieron andando. Y llegando al propio pie del monte Auvernia, plugo a San Francisco descansar a la sombra de una encina que se hallaba y está todavía en el camino, y en esta postura, San Francisco comenzó a considerar las disposiciones del lugar y del país; y estando en esta consideración, he aquí que vino hacia él una multitud de pajarillos, trinando y batiendo las alitas, demostrando mucha fiesta y alegría, y rodeando a San Francisco de tal modo, que algunos se pusieron sobre su cabeza, otros sobre sus espaldas, otros alrededor de sus pies y otros en su falda. Viendo esto sus compañeros y el villano, y maravillándose San francisco, con alegría de su espíritu, dijo:

-Yo creo, carísimos hermanitos, que place a Nuestro Señor Jesucristo que habitemos en este monte solitario, puesto que tanta alegría demuestran nuestros hermanitos los pájaros y las avecillas.

Y dichas estas palabras, se levantaron y anduvieron más, y finalmente llegaron al lugar que sus compañeros habían elegido.

Y esto en cuanto a la primera consideración, esto es, de cómo San Francisco llegó al monte santo de Auvernia.

En loor de Cristo. Amén.

- II -

De la segunda consideración de los sagrados santos estigmas

La segunda consideración es de la conversación de San Francisco con sus compañeros en el monte de la Auvernia. Y en cuanto a ésta, es de saber: que habiendo oído *Meser* Orlando que San Francisco y sus tres compañeros habían subido al monte, sintió grandísima alegría, y al día siguiente subió con muchos de su castillo y vinieron para visitar a San Francisco, presentándole

pan y vino y las cosas necesarias para su vida y la de sus compañeros. Y llegando —139→ arriba, los halló estando en oración y, acercándose, los saludó. Entonces San Francisco se levantó y con grandísima caridad y alegría recibió a *Meser* Orlando y a los que con él iban; y hecho esto, se pusieron a hablar, y después que San Francisco le hubo dado las gracias por el monte devoto y por su visita, rogándole que le hiciese una celdita pobre al pie de un árbol corpulento que se hallaba como a tiro de piedra del lugar donde se hallaban los frailes, porque aquel sitio era muy apto para la oración. Y *Meser* Orlando la mandó construir enseguida; y hecho esto y como se acercaba la tarde y era tiempo de partir, San Francisco les predicó un poco y, después de haberles predicado, dio su bendición a *Meser* Orlando y a los demás; y después, *Meser* Orlando llamó aparte a San Francisco y a sus compañeros, y les dijo:

-Frailes míos carísimos, es mi intención que en este monte salvaje no carezcáis de nada ni tengáis necesidad alguna corporal, a fin de que os podáis dedicar mejor a la oración y a las cosas espirituales; y os digo ahora para siempre, que podéis enviar a mi casa cuanto tengáis necesidad, y sentiría mucho que no lo hicierais.

Y dicho esto, se tornó con su compañía, retornando al castillo.

Entonces San Francisco mandó a sus compañeros que se sentasen y los amaestró del modo y de la vida que debían llevar los que quieren vivir en santo ermitaje. Y entre otras cosas, impuso la observancia de la santa pobreza, diciendo:

-No aceptéis demasiado la caridad de *Meser* Orlando, no sea que ofendáis a nuestra señora *Madona Pobreza* santa. Tened por cierto que cuanto más rechacemos la pobreza, tanto más nos rechazará el mundo y padeceremos más necesidad; pero si abrazamos estrechamente la santa Pobreza, el mundo nos vendrá detrás y nos proveerá abundantemente. Dios nos ha llamado a esta santa religión para salud del mundo, y ha puesto un pacto entre el mundo y nosotros: que nosotros demos al mundo buen ejemplo y el mundo nos provea en nuestras necesidades. Perseveremos luego en la santa Pobreza, porque la pobreza es camino de perfección y ara y prenda de las eternas riquezas.

Y después de otras muchas bellas y devotas palabras y amonestaciones sobre esta materia, terminó diciendo:

-Éste es el modo de vivir que me impongo a mí y os impongo a vosotros. Y viéndome ya cercano a la muerte, deseo estar solo y recogerme con Dios y llorar en su presencia mis pecados; y fray —140→ León, cuando lo crea oportuno, me traerá un poco de pan y un poco de agua, y por ninguna razón dejaréis que se acerque a mí ningún seglar, sino que vosotros contestaréis por mí.

Y dichas estas palabras, dioles su bendición y fuese a la celdita del árbol; y los compañeros quedáronse en el lugar dicho, proponiéndose firmemente observar lo que San Francisco había ordenado. De allí a pocos días, estando San Francisco junto a la celda consideraron la disposición del monte y maravillándose de las grandes grietas y derrumbos de piedras enormes, se puso en oración, y entonces le fue revelado por Dios que habían sido hechas aquellas cosas maravillosamente, en la hora de la Pasión de Cristo, cuando, según dice el Evangelista, *las piedras se rompieron*. Y quiso Dios que esto sucediese especialmente en el monte de Auvernia, porque en él se había de renovar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo: en su alma, por amor y compasión, y en su cuerpo, por la impresión de las santas sagradas llagas. Habida que hubo San Francisco esta revelación, se encerró en su celda y se dispuso a entender el misterio de aquella revelación. Y desde aquella hora comenzó San Francisco a deleitarse en las dulzuras de la divina contemplación; por lo cual fue visto con frecuencia, por sus compañeros, elevado del suelo y arrobado fuera de sí. En estos raptos contemplativos, Dios le revelaba cosas presentes y futuras, y aun los secretos pensamientos y apetitos de los frailes, como tuvo ocasión de comprobarlo fray León, su compañero de aquel día. Pues sosteniendo fray León una grandísima tentación del demonio, no carnal, sino espiritual, deseó tener alguna frase devota escrita por la propia mano de San Francisco, pensando que si la tuviese en su mano, la tentación desaparecería en todo o en parte; y teniendo este deseo, por vergüenza o por reverencia no osaba comunicarla a San Francisco, y pensaba que su tentación desaparecería con el escrito de San Francisco, en todo o en parte; pero si no se lo dijo fray León, se lo reveló el Espíritu Santo, y así San Francisco le llamó junto a sí y, habiendo buscado pluma,

tintero y papel, escribió con su mano una lauda a Cristo, según el deseo del fraile, haciendo al final el signo de *Thau*(la cruz), y dióselo diciendo:

-Toma, carísimo hermano, esta lauda, y guárdala diligentemente hasta la muerte. Que Dios te bendiga y te guarde contra toda tentación. No te apures por tentaciones que tengas; porque si es así, he de reputarte amigo muy siervo de Dios, y más te amaré —141→ cuanto más combatido seas. Verdaderamente te digo que ninguno puede reputarse perfecto amigo de Dios, si no ha pasado por muchas tentaciones y tribulaciones.

Recibiendo fray León aquel escrito con mucha devoción y fe, súbitamente desapareció la tentación, y volviéndose al lugar, contó a sus compañeros con mucha alegría la gracia que Dios le había concedido por el escrito de San Francisco; y plegándolo y conservándolo diligentemente, con él han hecho los frailes muchos milagros. Y desde entonces en adelante, el dicho fray León, con mucha pureza y recta intención, comenzó a estudiar y considerar la vida de San Francisco, y por su pureza mereció ver muchas veces a San Francisco raptado por Dios, levantado del suelo alguna vez más de tres brazadas y alguna de cuatro, y aun a la altura del árbol; y una vez le vio tan alto y envuelto en resplandor, que apenas podía verlo. ¿Y qué hacía este simple fraile cuando San Francisco se elevaba algo del suelo? Iba suavemente hacia él, le abrazaba y besaba los pies, y con lágrimas decía: «Dios mío, ten misericordia de mí, pecador, y por los méritos de este santo hombre haz que halle tu gracia». Y una vez, entre otras, cuando se había elevado tanto del suelo que no le podía alcanzar, vio que bajaba del Cielo una cédula escrita con letras de oro que decía: «Aquí está la gracia de Dios», la cual poníase sobre la cabeza de San Francisco, y después la volvió a ver cómo retornaba al Cielo. Por el don de esta gracia de Dios que estaba en él, San Francisco no solamente era raptado por Dios en la contemplación extática, sino aun confortado con la vista angélica. Pues estando un día San Francisco pensando en su muerte y en el estado de su religión después de su vida, y diciendo: «Señor, ¿qué será después de mi muerte de tu pobrecita familia, que por tu benignidad has encomendado a mí, pecador? ¿Quién la confortará? ¿Quién rogará por ellos? ¿Quién los

corregirá?...», y otras semejantes palabras, le apareció un ángel enviado por Dios, el cual, confortándole, le dijo:

-Dígote, de parte de Dios, que la profesión de tu Orden no faltará en el mundo hasta el día del Juicio; ni existirá pecador alguno, por grande que sea, que amando a tu Orden se condene, porque hallará la misericordia de Dios; ni nadie que maliciosamente persiga la Orden vivirá mucho tiempo; y quien sea muy reo en tu Orden y no corrija su vida, no perseverará en tu Orden. Pero no te entristezcas si ves en tu Orden algunos frailes menos buenos que no observan —142→ la Regla como es preciso, ni pienses que la religión venga a menos; porque siempre habrá muchos, y muchos serán los que sigan perfectamente la vida del Evangelio de Cristo y la pureza de la Regla; y estos tales irán a la vida eterna inmediatamente después de su muerte, sin pasar por el purgatorio; y algunos la observarán, pero no perfectamente; éstos irán al Paraíso, pero pasarán por el purgatorio, y el tiempo de su purgación te será encomendado por Dios. Pero de aquéllos que no observan nada de la Regla no te cuides, dice Dios, porque tampoco se cuidará Él de ellos.

Y dichas estas palabras, partiose el ángel y San Francisco quedó confortado y consolado. Acercándose la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, busca San Francisco la oportunidad de un lugar más solitario aún para hacer la cuaresma de San Miguel, que comienza el día de la Asunción. Y por esto llama a fray León y le dice:

-Vete y ponte a la puerta del oratorio de los frailes, y cuando y yo te llame, vendrás.

Fuese fray León y púsose junto a la puerta, y San Francisco caminó un trecho y llamó fuerte. Habiéndole oído fray León, acudió, y San Francisco le dijo:

-Hijito, busquemos un lugar más secreto desde el cual no puedas oírme cuando te llame; y buscando, llegó a la parte del mediodía a un lugar muy secreto y apto para su fin; pero no se podía ir, porque entre aquella parte y donde estaba se abría un abismo de enormes escarpas; pero pusieron un leño a modo de puente y pasaron. Entonces San Francisco mandó por los demás frailes y les dijo:

-Como quiero hacer la cuaresma de San Miguel en aquel lugar solitario, os ruego que me construyáis una celdilla, de modo que aunque grite en ella, no pueda ser oído.

Y hecha que fue, dijo San Francisco:

-Ahora retornad a vuestro lugar y dejadme solo, porque quiero celebrar esta cuaresma sin ruido ni turbación de mente; que ninguno de vosotros venga, ni tampoco ningún seglar. Mas solamente tú, fray León, vendrás una vez al día con un poco de pan y de agua, y una vez a la noche, a hora de Maitines; y te llegarás a mí silenciosamente, y cuando llegues al principio del puente, me dirás: *Domine labia me aperies*, y yo te contestaré: «Ven y pasa a la celda»; y rezaremos juntos los Maitines; y si no te contesto vuélvete enseguida.

—143→

Y decía esto San Francisco porque alguna vez estaba en éxtasis con Dios, de modo que ni veía ni oía; y dicho esto, San Francisco les bendijo y ellos se volvieron a su lugar. Llegando la fiesta de la Asunción, San Francisco comenzó la cuaresma santa con gran fervor, abstinencia y aspereza, macerando su cuerpo y confortando su espíritu con fervientes oraciones, vigilias y disciplinas; y en estas oraciones crecía siempre de virtud en virtud y disponía su alma para recibir los divinos misterios y los divinos esplendores, y al cuerpo para sostener las batallas crueles de los demonios, con los cuales a veces combatía sensiblemente, y, entre otras, cierta vez, durante aquella cuaresma, saliendo San Francisco de la celda con fervor de espíritu y estando en oración en una piedra gruesa y como una tumba, al pie de la cual se abría un espantoso abismo, súbitamente vino el demonio con estrépito de tempestad y en forma terrible y con fuerza quería precipitarlo. San Francisco, no pudiendo huir, se apretó con las manos y la cara y todo el cuerpo a la roca, encomendándose a Dios y buscando con las manos dónde poder cogerse; mas como place a Dios que sus siervos no sean tentados más de lo que pueden soportar, la piedra se hundió por milagro, según la forma del cuerpo de San Francisco, recibiéndole como si fuera cera líquida; y así, ayudado de Dios, pudo más que el demonio. Y lo que el diablo no pudo hacer con San Francisco, esto es, precipitarlo, hízolo con otro fraile querido y devoto, después de la muerte del

santo; quien, reuniendo en aquel lugar varios leños para que pudiese ir sin peligro, por devoción al santo y por el milagro hecho, un día el demonio lo empujó, llevando en la cabeza un grueso leño, y lo precipitó con el leño en la cabeza; pero Dios, que había ayudado y preservado a San Francisco, por sus méritos, preservó también al fraile, su devoto; y así cayendo, se encomendó con grandísima devoción, y en alta voz se recomendó a San Francisco, y súbitamente se le apareció éste y, tomándolo en sus brazos, lo depositó sobre las piedras del abismo sin sufrir daño alguno ni lesión. Y habiendo oído sus gritos los demás frailes cuando caía y creyéndolo muerto y despedazado en los riscos salientes, tomaron un fanalillo y con mucho dolor iban por aquella parte buscando los pedazos del precipitado, con el fin de enterrarlos. Y habiendo bajado del monte, le hallaron sin ningún daño, cantando el *Tedeum laudamus* en voz alta, y contoles lo que le había sucedido. Y maravilláronse mucho los frailes, y llegando todos al lugar, cantaron devotísimamente —144→ juntos el predicho *Tedeum laudamus*, alabando y dando gracias a Dios con San Francisco por el milagro obrado en su fraile.

Prosiguiendo San Francisco la dicha cuaresma, aun sosteniendo muchos combates con el demonio, recibía, no obstante, muchas consolaciones de Dios, no solamente con las visitas angélicas, sino también con las de las avecillas salvajes; porque, durante todo el tiempo de la cuaresma, un halcón que tenía su nido cerca de la celda, cada noche, un poco antes de la hora de Maitines, bajaba y batía las alas y cantaba hasta que el santo comenzaba el rezo; y cuando San Francisco sentía lasitud por debilidad o enfermedad, el halcón entonces le despertaba más tarde. Y San Francisco tomaba mucho consuelo de esta ave, porque su solicitud ahuyentaba de él la pereza y le inducía a orar, y aun algunas veces se ponía domésticamente a estar con él.

Finalmente, en lo que toca a esta consideración segunda, estando San Francisco muy debilitado de cuerpo por la gran abstinencia, comenzó a pensar en la gloria desmesurada de los bienaventurados en la vida eterna; y con esto pidió a Dios le dejase gustar algo de esta gloria. Y estando en este pensamiento, le apareció un ángel envuelto en resplandores, el cual tenía un violín en su mano siniestra y el arco en la derecha; y ante la

admiración de San Francisco, el ángel pulsó el arco sobre el violín, y sintió el santo tanta suavidad de melodía, que suavizose su alma, quedando suspendida; de modo que manifestó después que parecía que el ángel le había sacado el alma del cuerpo.

Esto por lo que toca a la segunda consideración.

En loor de Cristo. Amén.

▽△

- III -

De la tercera consideración de los sagrados santos estigmas

Llegando a la tercera consideración, esto es, a la aparición seráfica e impresión de las sagradas santas llagas, es de considerar que, acercándose la fiesta de la Santísima Cruz del mes de septiembre, fuese una noche fray León a la hora acostumbrada al lugar, para rezar los Maitines con San Francisco; y diciendo desde el principio del puente: *Domine labia me aperies*, como San Francisco no contestase, —145→ no volvió sobre sus pasos, como San Francisco le tenía ordenado, sino que, con buena intención, pasó el puente y dirigiose a la celda, y no hallándole, creyó que se hallaría fuera en algún lugar, orando, y así, a la luz de la luna, fue buscándole; y finalmente oyó la voz de San Francisco, y acercándose, le vio de rodillas en oración, con la cara y las manos levantadas hacia el Cielo, diciendo con fervor de espíritu: «¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío? ¿Quién soy, vilísimo gusano y siervo tuyo inútil?». Y repetía estas palabras y no decía otra cosa, de lo cual maravillábase mucho fray León; y así, levantó sus ojos al Cielo y vio bajar como una nubecilla radiante, bellísima y esplendísima que púsose sobre la cabeza de San Francisco, y oyó una voz que salía de la nubecilla, dirigiéndose a San Francisco; pero fray León no entendía las palabras. Oyendo y viendo estas cosas y considerándose indigno de hallarse en aquel lugar donde se realizaba la aparición, y temiendo aún ofender a San Francisco y perturbarlo en su consideración, echose suavemente atrás y miraba desde lejos, esperando el fin de todo

aquello, y, finalmente, vio a San Francisco poniendo tres veces las manos en aquel fuego, y después de gran espacio de tiempo vio que la nube subía al Cielo. Y así fuese ya más seguro y contento de su visión a su celda. Pero San Francisco le oyó las pisadas sobre la hierba y le mandó que no huyese, sino que lo esperase. Entonces, obedeciendo, permaneció allí fray León, esperándolo con mucho miedo, tanto que después dijo a sus compañeros que hubiese preferido que la tierra lo tragase, antes que tener que esperar a San Francisco, al cual pensaba encontrar disgustado con él, pues con suma diligencia procuraba no ofender a su Paternidad, porque siempre temía que, por su culpa, San Francisco no le privase de su compañía. Pero llegando junto a él, preguntole San Francisco:

-¿Quién eres tú?

Y temblando, contestó fray León:

-Yo soy fray León, padre mío.

Y San Francisco le dijo:

-¿Por qué has venido tú aquí, fray Ovejuela? ¿No te había dicho que no me observases? Dime, por la santa obediencia, si viste u oíste algo.

Contestó fray León:

-Padre, oí que decías muchas veces: «¿Quién eres tú, Dios mío, y quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?».

—146→

Y luego, arrodillándose fray León ante San Francisco, se culpó de la desobediencia y le pidió con muchas lágrimas que le perdonase. Y después le rogó devotamente que le expusiera aquellas palabras que había oído y le dijese lo que no había entendido. Viendo San Francisco que Dios había revelado o permitido a fray León oír aquellas cosas por su mucha simplicidad y pureza, le quiso contestar como pedía. Y le dijo:

-Sepas, fray Ovejuela de Dios, que cuando yo hablaba lo que oíste, me eran manifestadas dos luces: la del propio conocimiento y la del conocimiento del Creador. Cuando yo decía: «¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío?», en la luz de la contemplación veía el abismo de la infinita bondad y sabiduría y potencia de Dios, y cuando decía: «¿Qué soy, yo?», etc., era en la luz de la contemplación con la cual veía el profundo valle lacrimoso de

vileza y miseria, y por esto añadía: «¿Quién eres tú, Señor de infinita bondad y sabiduría, para dignarte venir a visitarme a mí, que soy vil gusanillo abominable?» Y en aquella llama hallábase Dios hablándome como antiguamente habló a Moisés. Y las otras cosas que me dijo, fueron que le hiciese tres dones, a lo cual respondía: «Señor mío, bien sabes que soy todo tuyo y que no tengo más que la túnica, la cuerda y las calzas, y aun estas tres cosas son tuyas. ¿Qué puedo, pues, ofrecer a tu Majestad?». Y entonces Dios me dijo: «Busca en el seno y ofréceme lo que halles». Busqué y hallé una bola de oro, y tres veces lo hice y cada vez hallé lo mismo, y lo fui ofreciendo a Dios; y me arrodillé y le di gracias a Dios por haberme concedido algo que ofrecerle. E inmediatamente me fue dado ver y entender que las tres ofertas significaban los tres votos de la santa obediencia, la altísima pobreza y la esplendísima castidad; los cuales dones había ofrecido a Dios, y por su gracia nada me reprende la conciencia que haya hecho nada contra éstos. Y así, cuando me viste con las manos en la falda y levantarlas tres veces, era que ofrecía tres veces las bolas de oro. Esto es lo que viste y oíste. Guárdate, hermano Ovejuela, de observarme, y retorna a tu celda con la bendición de Dios y cuida solícitamente de mí; porque de aquí a pocos días hará Dios tan grandes y maravillosas cosas en esta montaña, que todo el mundo se maravillará; y hará cosas nuevas que no hizo nunca con criatura alguna en este mundo.

Y dichas estas palabras, le hizo buscar los Evangelios, porque Dios le había puesto en el ánimo que por ellos le manifestaría su
—147→ voluntad. Y traído el libro, San Francisco se puso en oración, y terminada ésta, hizo abrir tres veces el libro por mano de fray León, en nombre de la Santísima Trinidad, y plugo a la disposición divina que las tres veces señalase la Pasión de Cristo. Por lo cual entendió que así como había seguido a Cristo en los actos de su vida, así debía conformarse a Él en los dolores, aflicciones y Pasión, antes de pasar a la otra vida. Y desde aquel momento en adelante, San Francisco comenzó a gustar y a sentir más abundantemente la dulzura de la divina contemplación y de las visitas divinas. Entre las cuales tuvo una inmediata como preparación a la impresión de las cinco santas llagas, en esta forma. Estando San Francisco, la víspera de la fiesta de la

Santísima Cruz del mes de septiembre, secretamente en oración en su celda, le apareció el Ángel de Dios y le dijo de parte de Dios: «Te conforto y amonesto a que te prepares y dispongas humildemente con toda paciencia para recibir lo que Dios quiere darte y ha de hacer en ti». Contestó San Francisco: «Estoy aparejado a sostener pacientemente todo lo que quiera mi Señor»; y después de esto, el ángel partió. Al día siguiente, esto es, el de la Santísima Cruz, San Francisco, de madrugada antes del alba, se puso en oración delante de la celda, con la cara vuelta a levante, y oró en esta forma: «¡Oh, Señor mío Jesucristo!, dos gracias te ruego que me hagas antes de morir: la primera, que sienta en mi alma y en mi cuerpo, en cuanto es posible, los dolores de tu acerbísima Pasión; la segunda, que sienta en mi corazón, en cuanto es posible, el amor excesivo que tú sentiste, Hijo de Dios, sosteniendo de buen grado la Pasión por nosotros los pecadores». Y orando largo tiempo con este ruego, entendió que Dios le oiría y, en cuanto es posible a una pura criatura, le serían concedidas aquellas cosas. San Francisco, con esta promesa, comenzó a contemplar devotísimamente la Pasión de Cristo y su infinita caridad, y crecía tanto en él el fervor de la devoción, que todo se transformaba en Jesús por amor y por compasión. Y estando inflamándose de esta suerte en la contemplación, aquella misma mañana vio bajar del Cielo un serafín con seis alas resplandecientes, purpúreas y encendidas, el cual serafín velozmente llegó tan cerca de San Francisco, que éste pudo ver claramente que tenía la forma del Crucificado. Y sus alas estaban dispuestas de este modo: dos se extendían sobre su cabeza, dos batían el aire como para volar, y las otras dos cubrían el cuerpo. Viéndolo San Francisco, quedó sobrecogido; pero enseguida — 148→ sintió gran alegría y al mismo tiempo gran dolor: tenía grandísima alegría viendo el gracioso semblante de Cristo, que tan mansamente se ofrecía y le miraba; y viéndole crucificado, sentía grandísimo dolor de compasión. Y maravillábase mucho sabiendo que la enfermedad de la pasión no era compatible con la inmortalidad del espíritu seráfico. Y estando admirándose de esta suerte, le fue revelado en la visión que la Divina Providencia quería que lo entendiese bien; que no por martirio corporal, sino

por incendio mental, debía ser él transformado hasta tomar la semejanza de Jesús crucificado en una visión admirable.

Entonces parecía que todo el monte de Auvernia se inflamaba espléndidamente, iluminando con su fulgor los montes y los valles del contorno, como si fuese la luz del primer sol.

Los pastores que velaban por allí detrás de sus rebaños, sintieron gran miedo, como después contaron los frailes, como también dijeron que la llama duró por espacio de una hora sobre el monte de Auvernia, y aun más de una hora. De la misma manera, unos arrieros que dormían en unos establos cercanos despertáronse viendo entrar la luz por las ventanas, y creyendo que ya salía el sol, y debiendo ir a la Romaña, levantáronse y pusieron los arreos a sus caballerías y las cargaron; y caminando, vieron que la luz terminaba y que salía después el sol verdadero.

En esta aparición seráfica, Jesucristo, que era en ella, manifestó a San Francisco cosas muy secretas y muy elevadas, que San Francisco nunca quiso manifestar durante su vida; pero, como se verá más adelante, las reveló después de su muerte.

Las palabras que dijo San Francisco sobre la revelación, fueron éstas:

Dijo Cristo:

-¿Sabes lo que hice contigo? Tienes las llagas, que son las señales de mi pasión, para que en adelante seas mi portaestandarte. Y así como bajé al Limbo el día de mi muerte sacando las almas en virtud de estas mis llagas, así también te concedo que todos los años, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y libres, en virtud de estas tus llagas, las almas que halles de las tus tres Órdenes y aun las de aquéllos que fueron tus devotos, y las lleves al Cielo; así me serás semejante en la muerte como lo eres viviendo.

Después de mucho tiempo de secreta conversación desapareció la visión admirable, dejando en el corazón de San Francisco un excesivo —149→ ardor divino de amor, y en su carne la huella indeleble de sus clavos en sus manos y sus pies, como él las había visto en el cuerpo de Jesús crucificado aparecido en forma de serafín; de modo que aparecían las manos y los pies taladrados como de clavos cuyas cabezas se hallaban en las palmas de las manos y en las plantas de los pies, fuera de la

carne, y las puntas retorcidas se veían en el dorso de las manos y de los pies, y remachados de modo que por el agujero del remache se podía introducir fácilmente el dedo como en un anillo; las cabezas de los clavos eran redondas y negras. También en el costado derecho aparecían los bordes de una herida de lanza, roja, sin cicatrizar, sanguinolenta, por la que muchas veces salía sangre del pecho de San Francisco, bañando su camisa y sus calzas, de manera que llegaron a advertirlo sus compañeros; porque viendo que no descubría las manos ni los pies, que no podía fijar en el suelo, y como, además, hallábanse ensangrentadas la túnica y las calzas cuando se los lavaban, comprendieron claramente que tenía impresa la imagen y semejanza de Cristo crucificado. Y por más que él intentaba esconder y ocultar aquellas gloriosas llagas tan evidentemente impresas en su carne, y viendo, por otra parte, que difícilmente podía encubrirlas a sus compañeros más inmediatos, y temiendo a la vez publicar los secretos de Dios, estuvo dudando mucho si debía revelar o no la visión seráfica y la impresión de las llagas. Por fin, estimulado por la conciencia, llamó a algunos frailes de su mayor confianza y les propuso la duda en términos generales, sin indicar el hecho, pidiéndoles consejo sobre lo que le tocaba hacer. Uno de ellos, de gran santidad, llamado fray Iluminado, comprendiendo que San Francisco debía haber visto cosas maravillosas, contestó:

-Has de saber, fray Francisco, que Dios te muestra sus secretos no solamente para ti, sino también para los otros; por esto es razonable que temas hacerte digno de reprensión, si tienes oculto lo que Dios te mostró para utilidad de los demás.

Estas palabras movieron a San Francisco, y refirió con grandísimo temor en su modo y forma la dicha visión, añadiendo que Cristo le había dicho ciertas cosas que jamás manifestaría mientras viviese. Aun cuando aquellas santísimas llagas, por ser impresas por Cristo, le causaban gran alegría de corazón, no obstante eran de dolor intolerable para los sentidos corporales. Y así, obligado por la necesidad, escogió a fray León, por más puro y sencillo, y habiéndole —150→ revelado todo el hecho, le dejaba ver, tocar y vendar aquellas santas llagas y aplicarles algunos lienzos para mitigar el dolor y recoger la sangre que fluía de ellas;

y cuando estaba enfermo, permitía que le mudase los dichos lienzos con más frecuencia y aun diariamente, exceptuando desde el jueves por la mañana hasta el sábado por la mañana, porque no quería que por ningún remedio o medicina se aliviase en nada el dolor de la Pasión de Cristo, que llevaba en su cuerpo, en atención a que en este tiempo Nuestro Señor y Salvador fue preso, crucificado, muerto y sepultado por nosotros.

Sucedió alguna vez que cuando fray León le cambiaba la venda de la llaga del costado, San Francisco, por el mucho dolor que sentía, puso la mano sobre el pobre fray León, y con su contacto sentía éste tanta devoción y dulzura de corazón, que estaba a punto de desmayarse.

Finalmente, por lo que a esta consideración toca, habiendo terminado la cuaresma de San Miguel, dispuso, por revelación divina, el retorno a Santa María de los Ángeles. Por lo cual llamó a fray Maseo y a fray Ángel, y después de muchas palabras y santas instrucciones, les recomendó cuán eficazmente pudo aquel santo monte, diciéndole cómo él y fray León debían volver a Santa María de los Ángeles. Después se despidió de ellos, bendiciéndoles en nombre de Jesús crucificado, y a sus vehementes súplicas, extendió sus santísimas manos, adornadas con aquellas gloriosas llagas, permitiendo que las viesen, tocasen y besasen, dejándolos muy consolados. Y se separó de ellos, bajando de aquel santo monte. A loor de Cristo. Amén.

- IV -

De cómo *Meser* Jerónimo vio y tocó las llagas de San Francisco, antes de creer en ellas. San Francisco se despide de Asís

Por lo que toca a la cuarta consideración de las sagradas santas llagas, es de saber: que después que el verdadero amor de Cristo transformó perfectamente a San Francisco en imagen real del Crucificado, unido a Dios y habiendo cumplido la cuaresma de cuarenta días en honor de San Miguel Arcángel sobre el santo

monte —151→ de Auvernia; después de la solemnidad de San Miguel, bajó del monte el angélico hombre San Francisco con fray León y con un devoto villano, en cuyo asnillo cabalgaba por razón de los clavos de los pies y no poder caminar bien. Así que, habiendo bajado del monte, era ya divulgada por el país, por los pastores que habían visto inflamado el monte de Auvernia, teniendo a esto como un milagro obrado por Dios en San Francisco; por esto, al oír la gente que el santo pasaba, todos acudían a verlo, hombres, mujeres y niños, grandes y pequeños, y todos con viva devoción se industriaban para tocarle o besarle las manos; y no pudiendo él negarse a la devoción del pueblo, las ocultaba con las mangas y sólo daba a besar las puntas de los dedos. Mas por mucho que él quería ocultar el secreto de las llagas, especialmente en el viaje desde Auvernia hasta Santa María de los Ángeles, quiso Dios manifestar su gloria con muchos milagros, y aún después del dicho viaje, ya en vida del santo, ya después de su muerte gloriosa, descubriendo al mundo, con señales evidentes, la oculta y maravillosa virtud de las llagas, de los cuales expondremos algunos. Al acercarse San Francisco a un pueblo situado en los confines del condado de Arezzo, una mujer se le plantó delante con el hijito en sus brazos; el cual, teniendo ocho años, cuatro hacía que se hallaba hidrópico, con un vientre tan atrozmente hinchado, que estando derecho no le podían sostener sus pies. La mujer se lo presentó, rogándole que le encomendase a Dios. San Francisco se puso en oración, terminada la cual puso sus santas manos sobre el vientre del niño, y súbitamente desapareció la hinchazón, entregándole después a su madre, la cual, recibiéndole con gran alegría y llevándoselo a su casa, dio gracias a Dios y a San Francisco, enseñando de buen grado el niño a cuantos de aquellos contornos acudían para verlo.

El mismo día pasó San Francisco por el burgo del Santo Sepulcro, y antes de llegar al castillo, le salieron al encuentro las turbas de éste y de la villa cercana, y muchos de ellos iban delante de él con ramos de olivo en la mano, gritando fuerte: «¡He aquí el santo!»; y por la devoción y deseos que las gentes sentían de tocarlo, todos se aglomeraban junto a él; pero él iba tan abstraído y con la mente tan elevada en Dios por la contemplación, como una persona insensible, que era tocado, tenido y empujado, sin

que se diese cuenta de ello mientras anduvo por aquellas cercanías; pero habiendo pasado el burgo, cuando ya las turbas habían vuelto a sus —152→ casas, llegando a una casita de leprosos, situada a una milla del burgo, tornó en sí, como volviendo del otro mundo, preguntando al compañero:

-¿Cuándo llegaremos al burgo?

La experiencia enseñó a sus compañeros con cuánta frecuencia sucedía esto. Aquella tarde llegó San Francisco al lugar de los frailes de monte Casale, donde había un fraile tan cruelmente enfermo y tan horriblemente atormentado por la enfermedad, que su mal, mejor era tormento y tribulación del demonio, que enfermedad natural; porque con frecuencia se echaba al suelo con grandísimo temor echando espuma por la boca, contrayéndose los nervios de su cuerpo, distendíanse, se plegaban o se retorcían; a veces llegábase a la nuca con los talones de los pies y, arrojándose hacia arriba, caía de espaldas. Estando San Francisco en la mesa y oyendo hablar a los demás frailes del pobrecito enfermo sin remedio, tuvo compasión de él, y tomando un poco del pan que comía y bendiciéndole con el signo de la santísima Cruz con sus manos estigmatizadas, lo envió al fraile enfermo, el cual, después que lo hubo comido, se encontró curado, sin que aquella enfermedad se reprodujera más.

A la mañana siguiente, San Francisco envió a dos de aquellos frailes al santo monte de Auvernia, y con ellos el villano que había venido con él detrás del asnillo; y entrando éstos en el condado de Arezzo, creyendo que iba con ellos San Francisco, la gente se alegró muchísimo, habiendo una mujer que se moría después de tres días de parto sin poder parir, y sus familiares pensaban que si San Francisco pusiera sobre ella sus santas manos, curaría. Pero tuvieron gran tristeza viendo que San Francisco no iba con ellos; pero aun cuando faltaba San Francisco, corporalmente, no faltó su virtud, porque tampoco faltó la fe en aquellas gentes, pues pidieron a los frailes si llevaban consigo algo que hubiese tocado el cuerpo de San Francisco; piensan y buscan los frailes con toda diligencia, y al final no hallan sino una cosa tocada por las santísimas manos, y era el cabestro del asno que le había conducido; tomaron las gentes el cabestro con gran reverencia y devoción, y recomendando fervorosamente el asunto a San

Francisco, lo pusieron sobre la enferma. ¿Y qué más? La mujer se quitó enseguida el cabestro, súbitamente librada del peligro, y parió felizmente con alegría y salud.

San Francisco detúvose unos días en el referido lugar, marchando luego a la ciudad de Castello, donde, apenas llegara, —153→ acudieron muchos ciudadanos, presentándole una mujer de largo tiempo endemoniada, y le rogaron humildemente que la remediase, porque alborotaba a toda la comarca, ora con sus aullidos dolorosos, ora con crujidos crueles o con ladridos como de perro. San Francisco se puso en oración, y luego, haciendo sobre ella la señal de la santísima Cruz, mandó al demonio que la dejase, quedando la enferma sana de cuerpo y de mente. Divulgándose este milagro por el pueblo, otra mujer le presentó con mucha fe su niño, enfermo grave de una llaga cruel, rogándole devotamente que lo bendijese con sus manos; entonces San Francisco, aceptando su devoción, tomó al niño y, quitándole la venda a la llaga, lo bendijo haciendo tres veces la señal de la santa Cruz, y después le puso de nuevo la faja, devolviendo el niño a la madre; y como ya era tarde, ésta lo metió en la cama para que durmiera. A la mañana siguiente lo halló sin la faja, viendo que estaba perfectamente sano, como si nunca hubiese tenido mal alguno. En el sitio de la llaga le había crecido la carne, formando una rosa encarnada, más como testimonio del milagro que como señal de la úlcera, pues le duró toda la vida, y la miraba con frecuencia durante ella, movido por la devoción que sentía hacia San Francisco. Atendiendo a los deseos de las gentes, detúvose allí San Francisco un mes, obrando muchos milagros; después siguió el viaje a Santa María de los Ángeles con fray León y un buen hombre que le prestó su jumento. Sucedió que a causa del mal camino y del mucho frío, después de andar todo el día, no pudieron llegar a lugar de hospedaje, viéndose obligados a pasar la noche y el mal tiempo guarecidos en una covacha de un peñascal, pues la noche y la nieve se les venían encima. Estando así desabrigado y mal cubierto aquel buen hombre que prestaba el jumento, no pudiendo dormir por el mucho frío y no habiendo manera de encender fuego, comenzó a quejarse de sí mismo, con lágrimas en los ojos y casi murmurando de San Francisco que le había traído a aquel lugar. El santo, compadeciéndose de él,

extendió la mano y la puso sobre el villano; y, ¡cosa admirable!, lo mismo fue tocarle con aquella mano taladrada por el fuego seráfico, que desaparecer el frío, y tanto calor le entró, que parecía hallarse en un horno; y así, confortado de cuerpo y de alma, se adormeció y durmió toda la noche entre breñas y nieve más profunda y regaladamente que jamás había dormido en su cama. Al día siguiente siguieron el camino hacia Santa María de los Ángeles, y cuando ya se hallaban cerca, fray —154→ León vio una hermosísima cruz de oro con la imagen del Crucificado que movíase ante San Francisco; era tan resplandeciente, que iluminaba no sólo a San Francisco, sino su alrededor; y San Francisco andaba siguiéndola y duró hasta que llegaron a Santa María de los Ángeles. En llegando, fueron recibidos por los frailes con grandísima alegría y caridad, y desde entonces San Francisco moró allí la mayor parte del tiempo restante de vida. Y continuamente se extendía la fama de su santidad y milagros, a pesar de que con humildad profundísima ocultaba cuanto podía los dones y favores de Dios, llamándose gran pecador. Maravillándose de esto fray León, con suma simpleza pensaba consigo mismo: «Éste se llamaba en público gran pecador, siendo grande en la Orden y tan honrado de Dios; pero en secreto nunca se confiesa del pecado carnal, ¿será virgen?». Y comenzó a sentir grandísimo deseo de saberlo; pero no se atrevía a preguntárselo a San Francisco, y así recurrió a Dios con incesantes súplicas, llegando a alcanzar la verdad con la siguiente revelación: Vio a San Francisco en un lugar elevado y excelente al que nadie podía ir ni llegar, y fuele revelado que aquel encumbramiento significaba la excelencia de la castidad virginal del santo, que razonablemente convenía a la carne que había de ser adornada con las sagradas llagas de Cristo. Viendo San Francisco que a causa de estas llagas le iban faltando las fuerzas corporales y no podía regir la Orden, aceleró la celebración del Capítulo general y cuando lo tuvo reunido, se excusó humildísimamente, alegando la impotencia en que se hallaba de regir la Orden, y como no podía renunciar al generalato, ya que siendo impuesto por el Papa no podía dejarlo sin su expresa licencia, nombró vicario suyo a fray Cataneo, y a él y a los provinciales recomendó con mucho afecto

la Orden, con cuanta eficacia pudo. Después, confortado su espíritu, levantó sus brazos al Cielo y los ojos, diciendo:

-A ti, Señor mío, encomiendo tu familia, que hasta el presente me has tenido encargada, y que ahora, por mis enfermedades, que conoces, dulcísimo Señor mío, ya no puedo cuidar más. La recomiendo también a los ministros provinciales; ellos tendrán que darte cuenta el día del Juicio, si algún fraile se pierde por su descuido o mal ejemplo o demasiada áspera corrección.

Y hablando de esta manera, plugo a Dios que todos los frailes del Capítulo entendiesen que se refería a las llagas, al excusarse con las enfermedades, y todos lloraron de devoción. Desde entonces dejó —155→ todo su cuidado y gobierno de la Orden a su vicario y ministros provinciales, y decía:

-Ahora que por mi enfermedad he dejado el cargo de la Orden, ya no estoy obligado más que a rogar a Dios por ella y dar buen ejemplo a los frailes, y sé bien de cierto que aun cuando la enfermedad me lo impidiera, la mayor ayuda que puedo dar a la religión es pedir siempre a Dios que la gobierne, defienda y conserve.

Como se ha dicho, San Francisco se industriaba para ocultar sus llagas santísimas, andando siempre con los pies calzados y las manos vendadas; pero no pudo evitar que muchos de los frailes y de diferentes maneras se diesen cuenta de ellas, y especialmente de la del costado, que con mayor diligencia quería encubrir. Un fraile, una vez le indujo a propósito a que se quitase la túnica para sacudirle el polvo, y al quitársela, vio el referido fraile la llaga del costado, y metiendo apresuradamente la mano, le tocó con los tres dedos y conoció su extensión y su profundidad, y de este mismo modo la vio su vicario. Pero quien se aseguró más fue fray Rufino, certificando a los otros de las llagas, y en especial de la del costado. Pues debiendo lavar las calzas de San Francisco, que eran tan grandes que llegaban a cubrir la llaga del costado, siempre las hallaba ensangrentadas, reconociendo que la sangre bajaba de la llaga. Cuando miraba la sangre, San Francisco le reprendía. Frotando una parte del cuerpo de San Francisco, intencionadamente deslizó su mano y metió los dedos en la llaga del corazón, causándole tanto dolor, que hubo de gritar San Francisco:

-Dios te perdone, fray Rufino. ¿Por qué has hecho esto?

El tercero fue que cierta vez pidió insistentemente a San Francisco, con grandísimo fervor, que le diese por caridad el hábito que llevaba y recibiese, en cambio, el suyo; condescendiente siempre el caritativo padre, se quitó el hábito y se lo dio, vistiéndose el de fray Rufino; y al quitárselo vio fray Rufino claramente la llaga. Vieron también las llagas de San Francisco, fray León y otros muchos frailes, y aunque por su santidad eran hombres dignos de fe, para que no quedase lugar a duda, juraron sobre los libros santos que las habían visto claramente. Viéronlas, además, algunos cardenales que tenían familiaridad con el santo, y en reverencia de las llagas compusieron hermosos himnos, antífonas y prosas. El papa Alejandro, predicando al pueblo en presencia de muchos cardenales, uno de los cuales era fray Buenaventura, afirmó haber visto las llagas sagradas —156→ viviendo aún San Francisco. Jacoba de Sietesolios, distinguida dama de Roma, se las vio y besó muchas veces con suma reverencia después de muerto; pues, movida de divina revelación, vino desde Roma a la ciudad de Asís para hallarse a la muerte de San Francisco, y sucedió del siguiente modo: San Francisco días antes de morir, estuvo enfermo en el palacio del obispo de Asís y tenía consigo algunos frailes, y a pesar de su enfermedad, cantaba alabanzas a Cristo. Un día le dijo uno de sus compañeros:

-Padre: sabes que esta gente tiene gran fe en ti y te reputan santo, y pueden imaginarse que si tú fueras lo que ellos creen, deberías en esta enfermedad pensar en la muerte y más bien llorar que cantar, pues estás enfermo de gravedad. Mira que tu canto y lo que nos haces cantar lo oyen muchos dentro y fuera del palacio, el cual, por causa tuya, está bien custodiado por muchos hombres de armas,[17] y tal vez podían recibir mal ejemplo. Por eso creo que harías bien en marcharte de aquí y volvernos todos a Santa María de los Ángeles, porque aquí, entre seglares, no nos hallamos bien.

Contestó el santo:

-Hermano mío carísimo: sabes que hace dos años, cuando estábamos en Foligno, nos reveló el Señor a los dos el término de mi vida, que ha de acabar esta enfermedad de aquí a pocos días;

en aquella revelación, el Señor me dio la certeza del perdón de mis pecados, quedando tan colmado de alegría que no puedo llorar más; y por esto canto y cantaré a Dios que me ha concedido el bien de su gracia y me ha dado la certeza de la gloria del Paraíso. En cuanto a marchar de aquí, consiento y me agrada; y así, buscad algún medio de llevarme, porque con esta enfermedad no puedo andar.

Luego los frailes le tomaron en brazos y lo llevaron en compañía de muchos ciudadanos. Al llegar a un hospital que se hallaba en el camino, dijo el santo a los que le llevaban:

-Ponedme en tierra, vuelto a la ciudad.

Y cuando le pusieron mirando a Asís, la colmó de bendiciones, diciendo:

-¡BENDITA SEAS DE DIOS, CIUDAD SANTA, PORQUE POR TI SE SALVARÁN MUCHAS ALMAS, Y EN TI HABITARÁN MUCHOS SIERVOS —157→ DE DIOS, Y MUCHOS DE TUS HIJOS SERÁN ELEGIDOS PARA EL REINO DE LA VIDA ETERNA!

Dicho esto, se hizo conducir a Santa María de los Ángeles, y llegados que fueron, lo llevaron a la enfermería y lo dejaron descansar. Entonces San Francisco llamó junto a sí a uno de sus compañeros y le dijo:

-Carísimo fraile, Dios me ha revelado que de esta enfermedad saldré por tal día; bien ves que si Jacoba de Sietesolios, devota carísima de nuestra Orden, supiese mi muerte sin haber estado presente, lo sentiría demasiado; y por esto hazle entender que si me quiere ver con vida, venga inmediatamente.

Contestó el fraile:

-Está bien, padre mío; cierto es que teniéndote ella tan gran devoción, estaría mal que no se hallase a tu muerte.

Dijo San Francisco:

-Trae, pues, con que escribas lo que te he de dictar.

Y cuando lo hubo traído, dictó el santo:

A la señora Jacoba, sierva de Dios, fray Francisco, pobrecito de Cristo, salud y compañía del Espíritu Santo en Jesucristo, Señor nuestro.

Carísima: Sabrás que Cristo bendito me ha revelado, por gracia suya, que el fin de mi vida se halla presto. Por tanto, si quieres hallarme vivo, en viendo esta carta ven a Santa María de

los Ángeles, porque si no llegas antes de tal día, no podrás encontrarme con vida; y trae paño de cilicio con que envolver mi cuerpo y la cera necesaria para el entierro. Te ruego que traigas también de aquellas cosas de comer que solías darme cuando me hallaba enfermo en Roma.

Mientras escribía esta carta que le había dictado, le reveló Dios que ya se había puesto en camino la dama Jacoba y que traía cuanto le pedía y que ya se hallaba cerca del convento, por lo cual dijo al fraile que no escribiese más, puesto que no era necesario, y que guardase la carta; los frailes se admiraron mucho de que no quisiese terminar la carta y no la enviaron. Poco después se oyeron unos fuertes aldabonazos en el convento; San Francisco envió al portero para que abriera y al hacerlo, se halló con la nobilísima dama de Roma señora Jacoba y dos hijos suyos senadores romanos, —158→ con gran acompañamiento de hombres a caballo. Entró la dama y se fue derecho a la enfermería hasta llegar adonde estaba San Francisco, el cual, con su venida, recibió gran alegría y consuelo, y lo mismo ella viéndole con vida y hablándole. Ella le refirió que estando en oración, Dios le había revelado que él moriría en breve y que la había de llamar y pedirle aquellas cosas; por esto las había traído consigo y se las hizo presentar y le dio de comer. Cuando el santo hubo comido y se sintió confortado, se le arrodilló a sus plantas aquella dama ilustre, y tomando aquellos pies santísimos, sellados y adornados con las llagas de Cristo, los besó y bañó de lágrimas, de modo que parecía a los frailes que allí se hallaba una Magdalena a los pies de Jesucristo, y de ningún modo la podían separar de allí. Por fin, después de mucho tiempo, la llevaron aparte y la preguntaron cómo había venido provista de todas aquellas cosas que eran necesarias al santo en vida y para después de muerto; y ella contestó que, orando una noche en Roma, oyó una voz del Cielo que le dijo: «Si quieres hallar con vida a San Francisco, vete a Asís sin tardanza y lleva contigo las cosas que solías dar cuando estaba enfermo y las que necesita para su entierro». Y yo -dijo ella- lo hice así. Estuvo así esta ilustre señora hasta que San Francisco salió de esta vida y fue sepultado, y en los funerales le tributó grandísimos honores con su seguimiento y costeó todos los gastos necesarios. Luego volviose a Roma, donde poco después

murió santamente. Por devoción a San Francisco, eligió sepultura en Santa María de los Ángeles y quiso que la llevasen y enterrasen allí, como se hizo.

A la muerte de San Francisco no sólo la ilustre señora Jacoba y sus hijos y séquito vieron y besaron las gloriosas llagas, sino también muchos ciudadanos de Asís; entre ellos, un caballero muy famoso llamado *Meser* Jerónimo, el cual dudaba mucho y se abstenía de creer, tal como el apóstol Santo Tomás respecto a las llagas de Cristo; y para asegurarse de ellas y cerciorar a los otros, atrevidamente movía los clavos de las manos y de los pies delante de los frailes y seglares, y pasaba los dedos por la llaga del costado a la vista de todos. Por lo cual fue abonado testigo de las llagas y juró sobre el libro santo que eran verdaderas y que él las había visto y tocado.

Vieron además y besaron las gloriosas llagas Santa Clara y sus monjas, que estuvieron presentes al entierro.

—159→

El glorioso confesor de Cristo, San Francisco pasó de esta vida el año del Señor 1226, a cuatro de octubre, en día de sábado, y fue sepultado el domingo en el vigésimo de su conversión, o sea desde que comenzó a hacer penitencia; y era el segundo después de la impresión de las llagas; y era a los cuarenta y cinco de su nacimiento. Después fue canonizado, en 1228, por el papa Gregorio IX, el cual vino en persona a la ciudad de Asís para canonizarlo. En alabanza de Cristo. Amén.

Y baste por lo que toca a la cuarta consideración.

- V -

Última consideración de las sagradas santas llagas

La quinta y última consideración de las sagradas santas llagas es de ciertas apariciones, revelaciones y milagros, obrados por Dios después de la muerte de San Francisco, en confirmación de sus llagas y para conocimiento del día y hora en que Cristo se las

imprimió. Por lo que a esto toca, es de saber que en 1282, día 3 de octubre, fray Felipe, ministro de Toscana, por orden del ministro general fray Buenagracia, requirió por santa obediencia a fray Mateo de Castiglione Aretino, hombre de gran devoción y santidad, para que declarase lo que supiese acerca del día y la hora en que Cristo imprimió las sagradas llagas en el cuerpo de San Francisco, por tener entendido que le había sido revelado al dicho fray Mateo; obligado éste, en virtud de la santa obediencia, dijo:

-Morando de familia en el monte Auvernia el año pasado, por el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda en que se cree tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía yo devotísimamente al Señor que se dignase revelar a alguna persona, el día, hora y lugar en que las llagas fueron impresas en el cuerpo de San Francisco. Y continuando en estas súplicas más de lo que dura el primer sueño, se me apareció San Francisco con grandísimo resplandor y me dijo:

-Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?

Y añadió:

-Yo soy tu padre Francisco. ¿Me conoces bien?

-Sí, padre -contesté.

—160→

Y entonces me mostró las llagas de las manos, pies y costado, diciendo:

-Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los frailes no se cuidaron de saber en el pasado; sabe, pues, que el que se me apareció no fue un ángel, sino el mismo Jesucristo, en forma de serafín y con sus propias manos imprimió en mi cuerpo estas cinco llagas, como él las había recibido en el suyo en la Cruz; y sucedió de esta manera. La víspera de la Exaltación de la Santa Cruz vino a decirme un ángel de parte de Dios que me preparase con paciencia para recibir lo que Dios quisiese mandarme. Contesté que me hallaba dispuesto a recibir cuanto fuese de su agrado. La mañana siguiente, o sea de la Santísima Cruz que aquel año era viernes, salí de la celda de madrugada con grandísimo fervor de espíritu y fui a ponerme en oración en ese lugar que ocupas, donde muchas veces solía orar. Mientras oraba bajó por el aire, desde el Cielo, con grandísimo

ímpetu, un joven crucificado en forma de serafín, a cuyo maravilloso aspecto yo caí de rodillas humildemente y comencé a contemplar devotamente el amor sin medida de Cristo Crucificado y el desmesurado dolor de su Pasión; y aquella visión engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir en mi propio cuerpo aquella Pasión, y a su presencia todo este monte resplandecía como el sol; y así, descendiendo, vino hacia mí. Y estando delante de mí, me dijo ciertas palabras secretas que yo aún no he revelado a nadie; pero ya se acerca el tiempo en que se revelarán. Después de algún tiempo, Cristo se partió retornando al Cielo, y yo me hallé señalado con estas llagas. Vete, pues -dijo San Francisco-, y manifiesta estas cosas al ministro con toda seguridad, porque ésta fue obra de Dios y no de los hombres.

Y dichas que fueron estas palabras, San Francisco me bendijo y retornó al Cielo con multitud de jóvenes esplendísimos.

El dicho fray Mateo dijo todas estas cosas que había visto y oído, no estando durmiendo, sino en vela. Y así lo juró personalmente al dicho ministro en su celda de Florencia, cuando para esto le requirió en virtud de la santa obediencia.

—161→

▽△

De cómo un santo fraile, leyendo la *Leyenda de San Francisco* en el Capítulo de las sagradas santas llagas, en la parte en que se refiere las palabras secretas que dijo el Serafín a San Francisco, en la aparición, rogó tanto a Dios que San Francisco se las reveló

Otra vez, un fraile devoto y santo, leyendo en la *Leyenda de San Francisco* el capítulo de las sagradas santas llagas, comenzó con gran ansiedad de espíritu a pensar qué palabras pudieron ser aquéllas tan secretas que San Francisco dijo que no revelaría a nadie mientras viviese, las cuales le había dicho el serafín cuando le apareció. Y decía este santo fraile consigo mismo: «Estas palabras no las quiso decir San Francisco a nadie mientras vivió;

pero después de su muerte corporal, quizá las dirá, si es rogado devotamente».

Y desde entonces comenzó el devoto fraile a rogar a Dios y a San Francisco que les pluguiese manifestar aquellas palabras, perseverando en estas súplicas durante ocho años, siendo oído en el octavo de la siguiente manera: Un día, después de comer y de dar gracias en la iglesia, estando en esta oración rogando a Dios y a San Francisco cuan devotamente podía y con muchas lágrimas, fue llamado por otro fraile, de parte del guardián, para que lo acompañase a la ciudad para utilidad del convento. Por lo cual, no dudando que la obediencia es más meritoria que la oración, dejó la oración con toda humildad después de oír el mandato del guardián y fuese con el fraile que le había llamado. Y como agradó a Dios este acto de pronta obediencia, obtuvo más mérito que si hubiese orado largo rato. Y así caminando se encontraron en el camino con dos frailes forasteros que, al parecer, venían de lejano país; uno de ellos era joven y el otro viejo y delgado, y por causa del mal tiempo hallábanse mojados y llenos de barro; por lo cual, movido a compasión, dijo aquel fraile a su compañero:

-¡Oh, hermano mío carísimo! Si el objeto de nuestro viaje puede dilatarse un poquito, yo te ruego que lo hagas, porque esos dos frailes forasteros tienen mucha necesidad de ser recibidos caritativamente; y así, lavar los pies al fraile anciano que tiene mayor necesidad, y tú podrías lavarlos al más joven, y después iremos con el encargo del convento.

Condescendiente su compañero a la caridad de aquel fraile, volvieron adentro, recibieron con mucha caridad a los forasteros y los llevaron a la cocina para que se secasen y calentasen junto a la —162→ lumbre, donde también estaban calentándose ocho frailes. Poco después los llevaron aparte para lavarles los pies, como habían convenido, lavando el fraile devoto y obediente los pies del anciano, y al quitarle el mucho lodo que los cubría, vio en ellos las llagas, y de repente, abrazándose a ellos estrechamente, lleno de alegría y asombro, exclamó: «*O eres Cristo o San Francisco*». A estas palabras se levantaron los ocho frailes que se hallaban junto a la lumbre y acudieron, con mucho temor y reverencia, para ver aquellas llagas gloriosas. El anciano fraile,

atendiendo a los ruegos, las dejó ver claramente y tocarlas y besarlas. Y estando ellos admirados y gozosos, les dijo:

-No dudéis ni temáis, hermanos míos carísimos e hijos míos: yo soy vuestro padre fray Francisco, que por voluntad de Dios fundé tres Órdenes. Ocho años hace que este hermano que me lava los pies me está rogando, y hoy con más fervor que nunca, que le revele las palabras secretas que me dijo el serafín cuando me imprimió las llagas y que yo no quise nunca manifestar en mi vida. Hoy, por la pronta obediencia con que dejó la dulzura de la contemplación, vengo por mandato de Dios a revelárselas delante de vosotros.

Y volviéndose entonces hacia aquel fraile, le dijo así:

-Has de saber, hermano carísimo, que cuando yo sobre el monte de Auvernia estaba todo absorto en la memoria de la Pasión de Cristo, durante la aparición seráfica fui por Él así llagado en mi cuerpo, y entonces me dijo: ¿Sabes tú lo que te hice? Te he dado las señales de mi Pasión para que seas mi portaestandarte. Y como yo el día de mi muerte bajé al Limbo y en virtud de estas mis llagas libré todas las almas que en él estaban llevándolas al Paraíso, así te concedo desde ahora, para que me seas semejante en la muerte como lo eres en la vida, que todos los años, por el día de tu muerte, vayas al purgatorio y, en virtud de las llagas que te he impreso, saques de allí las almas de tus tres Órdenes de menores, monjas y terciarios, y aun las de tus devotos, y las conduzcas al Paraíso.

Dicho esto, San Francisco y su compañero desaparecieron repentinamente.

Después, muchos otros frailes lo oyeran de labios de aquellos ocho que se hallaron presentes a la aparición y a las palabras de San Francisco.

En loor de Cristo. Amén.

—163→

▽△

De cómo San Francisco, habiendo ya muerto, apareció a fray Juan estando en oración

Cierta vez, estando en oración en el monte Auvernia fray Juan del mismo nombre, que era varón de gran santidad, se le apareció San Francisco y se detuvo y habló con él largo rato, y cuando quiso partir, le dijo:

-Pídeme lo que quieras.

Dijo fray Juan:

-Padre: yo te ruego que me digas una cosa que deseo saber desde hace mucho tiempo; dime qué hacías y dónde estabas cuando te apareció el serafín.

Contestó:

-Oraba donde ahora está la capilla de Simón de Batifolle, y pedía dos gracias a Nuestro Señor Jesucristo. La primera, que me concediese en vida sentir en el cuerpo y en el alma, en cuanto fuese posible, todo aquel dolor que Él había sentido durante su acerbísima Pasión. La segunda, sentir yo en mi corazón aquel excesivo amor que abrasó el suyo en deseos de padecer tanto por nosotros pecadores. Y entonces me infundió Dios la persuasión de que me sería concedido lo uno y lo otro en cuanto es posible a una pura criatura. Y en bien me lo cumplió con la impresión de las llagas.

Preguntole si las palabras secretas que le había dicho el serafín eran como las refería aquel devoto fraile antes mencionado, que decía habérselas oído a San Francisco en presencia de ocho frailes. Y el santo contestó que, efectivamente, así eran en verdad, como aquel fraile decía. Tomando aún fray Juan una mayor confianza en vista de la que el santo se complacía en darle, le dijo:

-Padre: te ruego con el mayor encarecimiento que me dejes ver y besar tus gloriosas llagas, no porque tenga la menor duda, sino únicamente para mi consuelo, porque siempre lo he estado deseando.

Entonces San Francisco se las mostró y presentó liberalmente a fray, y así fray Juan las vio con toda claridad y se las tocó y besó. Por último, le dijo:

Padre: ¡cuánto consuelo sentiría mi alma viendo venir hacia ti a Cristo bendito y darte las señales de su santísima Pasión! Pluguiese a Dios que sintiese algo de aquella suavidad.

Dijo San Francisco:

-¿Ves estos clavos?

Contestó fray Juan:

-Sí, padre.

-Pues toca otra vez -añadió el santo- este clavo de mi mano.

Fray Juan lo tocó con gran reverencia y mucho temor, y repentinamente salió de él un olor fortísimo con un soplo de humo tenue como de incienso, que le llenó el alma y el cuerpo de suavidad en tanto grado, que permaneció en arrobo en Dios e insensible desde aquella hora, que era la de tercia, hasta la hora de vísperas. Esta visión y conversación familiar con San Francisco nunca la manifestó fray Juan sino solamente a su confesor; pero en la hora de su muerte la reveló a los demás frailes.

En alabanza de Cristo. Amén.

De un santo fraile que tuvo una admirable visión de un compañero difunto

En la provincia de Roma, un fraile muy devoto y santo tuvo esta admirable visión:

Habiendo muerto la noche antes, y enterrado a la mañana siguiente junto a la entrada del Capítulo, un fraile carísimo compañero suyo, el mismo día recogiose en un rincón del Capítulo para pedir devotamente a Dios y a San Francisco por el alma de su difunto compañero; y perseverando con ruegos y lágrimas en la oración, después de mediodía, cuando los demás frailes se habían retirado a dormir, sintió un gran ruido en el claustro. Miró con mucho miedo hacia la sepultura y vio fuego y llamas grandísimas, y en medio de ellas apareció el alma de su compañero difunto. Mirando a los lados, vio a Jesucristo que pasaba alrededor del claustro con muchos ángeles y santos, y observando muy maravillado estas cosas, vio también que cuando Cristo pasaba junto al Capítulo, San Francisco se arrodillaba con todos aquellos frailes y decía:

-Te ruego, Santísimo Padre y Señor, por la caridad sin estimación posible que demostraste al género humano en la

encarnación, que tengas misericordia de aquel fraile mío que arde en fuego.

Pero Cristo, sin contestar, pasó adelante.

—165→

Al volver por segunda vez delante de la sala del Capítulo, San Francisco se arrodilló de nuevo con sus frailes, diciendo:

-Te suplico, piadoso Padre y Señor mío, que por la excesiva caridad que mostraste al género humano muriendo en la Cruz, que tengas misericordia de aquel fraile mío.

Y Cristo siguió, del mismo modo, sin oírle. Y dando la tercera vuelta, cuando pasó por delante del Capítulo, San Francisco, como las otras veces, le mostró sus manos, pies y costado, diciendo:

-Te suplico, piadoso Padre y Señor mío, por el gran dolor y consuelo que sentí cuando imprimiste en mi carne estas santas llagas, que tengas misericordia del alma de mi hermano, que se halla en el fuego del purgatorio.

¡Cosa maravillosa! Al rogarle esta tercera vez San Francisco por sus santísimas llagas, inmediatamente detuvo sus pasos, las miró y accediendo a la súplica, le dijo:

-A ti, Francisco, te concedo el alma de tu hermano.

Indudablemente quiso con esto honrar y confirmar las gloriosas llagas de San Francisco, significando y demostrando claramente que las almas de sus frailes con ningún medio son tan fácilmente salvadas del purgatorio y llevadas al Cielo como por virtud de las llagas, conforme a lo que dijo, el mismo Cristo, a San Francisco al imprimírselas. Por esto, en cuanto hubo dicho aquellas palabras desapareció el fuego del claustro, y el fraile difunto se acercó a San Francisco, y con él y en compañía de Cristo y de toda la cohorte de bienaventurados, partió gloriosamente al Cielo. Y viéndole libre de sus penas y llevado al Cielo, sintió el fraile que rogaba por su compañero difunto muy grandísima alegría; y después refirió por orden la dicha visión a los otros frailes, y todos alabaron y dieron gracias a Dios.

En loor de Cristo. Amén.

De cómo un noble caballero devoto de San Francisco fue certificado de la muerte y de las sagradas llagas del santo

Un noble caballero de Masa de San Pedro, que tenía por nombre *Meser* Landolfo,[18] el cual era devotísimo de San Francisco y, finalmente, recibió de sus manos el hábito de la Tercera Orden, fue —166→ de la siguiente manera certificado de la muerte de San Francisco y de sus santos gloriosos estigmas:

Estando San Francisco cercano a su muerte, el demonio entró en el cuerpo de una mujer del dicho castillo, siendo cruelmente atormentada, y la hacía hablar tan docta y sutilmente, que cuantos hombres sabios y letrados acudían a disputar con ella eran vencidos. Sucedió que salió el demonio, dejándola libre durante dos días; pero al tercero la volvió a atormentar mucho más cruelmente que lo hacía antes. Oyendo contar estas cosas, fuese a verla *Meser* Landolfo, y preguntó al demonio, que se hallaba en ella, por qué razón había partido, dejándola durante dos días, y después, volviendo, la atormentaba más cruelmente que antes. Contestó el demonio:

-La dejé para reunirme con mis compañeros de estas tierras, afanosos en caer sobre el mendigo Francisco para tentarle en la hora de su muerte; pero tenía su alma rodeada y defendida por mayor número de ángeles que la llevaron al Cielo derechamente, y nosotros nos retiramos confundidos; por esto le hago pagar a esta miserable el descanso que tuvo aquellos dos días.

En vista de lo cual el dicho caballero *Meser* Landolfo lo conjuró, de parte de Dios, que dijese la verdad acerca de la santidad de San Francisco, que decía haber muerto, y de Santa Clara, que estaba viva.

Contestó el demonio:

-Quiera o no, te he de decir la verdad. Estaba tan irritado el Padre Eterno por los pecados del mundo, que parecía dispuesto a dar en breve tiempo la sentencia definitiva del exterminio de los hombres y de las mujeres, si no se enmendaban. Pero Cristo, su Hijo, intercediendo por los pecadores, prometió renovar en el pobre y mendigo Francisco su vida y Pasión, cuyo ejemplo y doctrina llevaría a muchos y en todas partes al camino de la verdad y la penitencia. Y para mostrar al mundo lo que hizo el

santo Francisco, quiso que las llagas de su Pasión, que le había impreso en vida, fuesen ahora en su muerte vistas y tocadas. De la misma manera la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y pureza virginal en una mujer, en sor Clara, de suerte que con su ejemplo arrebatase de nuestro poder muchos millares de mujeres. Y aplacado Dios Padre con estas promesas difirió la sentencia definitiva.

—167→

Deseando el caballero *Meser* Landolfo asegurarse de si el demonio, el cual es padre de la mentira, decía la verdad en todo esto y en especial acerca de la muerte de San Francisco, envió a Asís a un sirviente fiel para que se informase en Santa María de los Ángeles si San Francisco era vivo o había muerto; y en llegando el referido siervo encontró ser cierto lo declarado por el demonio, y volviéndose refirió a su señor que San Francisco, efectivamente, había muerto el día y hora que el demonio afirmaba.

En loor de Cristo. Amén.

De cómo el papa Gregorio IX, dudando sobre las llagas de San Francisco, fue esclarecido

Dejando de parte los milagros de las santas sagradas llagas de San Francisco, los cuales constan en su *Leyenda*, para conclusión de esta quinta consideración, es cosa de saber que el papa Gregorio IX, dudando algo sobre la existencia de la llaga del costado de San Francisco -como después él mismo contó-, cierta noche le apareció San Francisco, el cual, levantando su brazo derecho, descubrió la herida del costado, pidiéndole una redoma. El Papa la hizo traer, y traída que fue, San Francisco se la mandó poner debajo de la herida del costado, y le pareció al Papa que se llenaba de agua y sangre por completo, que brotaban de la dicha herida. Y desde entonces no dudó más.

Más tarde, con el Consejo de los cardenales, aprobó las llagas gloriosas de San Francisco, y sobre ello dio a los frailes privilegio

especial por Bula auténtica expedida en Viterbo el año undécimo de su pontificado.

El mismo Papa, les dio un más copioso privilegio al año siguiente.

También los papas Nicolás III y Alejandro dieron extensos privilegios, en virtud de los cuales se podía proceder contra el que negase las llagas de San Francisco, de la misma manera como contra el que se ha manifestado hereje.

Y sea suficiente cuanto dijimos con respecto a la quinta consideración de las gloriosas llagas del padre San Francisco, cuya vida nos conceda el Señor la gracia de seguir en este mundo para que, por —168→ virtud de sus santas y gloriosas llagas, merezcamos ser salvos, juntamente con Él, en la gloria del Paraíso.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

AQUÍ TERMINAN LAS FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO Y LAS CONSIDERACIONES SOBRE SUS SAGRADAS SANTAS LLAGAS

En alabanza de Cristo y del pobrecillo Francisco. Amén

Tercera parte

Comienza la vida de fray Junípero

—170→ —171→

Capítulo I

De cómo fray Junípero cortó un pie a un cerdo para dárselo a un enfermo

Fray Junípero fue uno de los selectísimos discípulos y compañeros de San Francisco; hombre de profunda humildad y de gran fervor y caridad; hablando del cual, San Francisco dijo una

vez: «Buen fraile menor será quien al mundo venciere como lo ha vencido fray Junípero».

Cierto día, estando en Santa María de los Ángeles, llevado del fuego de la caridad de Dios, visitaba a un fraile enfermo, cuando le preguntó con mucha compasión:

-¿Te puedo prestar algún servicio?

A lo cual contestó el enfermo:

-Gran consuelo habría si me trajeras una patita de cerdo.

Y dijo súbitamente fray Junípero:

-¡Déjame hacer y te la traigo enseguida!

Y cogió un cuchillo, creo que de la cocina, y con fervor de espíritu fuese a la selva donde pacían algunos cerdos, y echándose sobre uno de ellos le cortó el pie y huyó de prisa, dejando cojo al animal. Volvió al convento y lavó el pie, lo sazonó y lo coció, y con mucha diligencia y caridad presentó luego el pie del cerdo al enfermo. Y éste se lo comió a su vista con mucha consolación y avidez, con no poca alegría de fray Junípero, el cual, para hacer fiestas al enfermo, le fue contando el asalto a la piara de la selva. Entretanto, el porquero, que había visto cómo un fraile cortaba el pie, fuese a su amo y le contó la historia del asalto con todos sus pormenores. Informado el amo, fue hecho una furia al lugar de los frailes y los llama hipócritas, ladronzuelos, falsarios, malandrines y malas —172→ personas. «¿Por qué habéis cortado el pie al cerdo?». Y tanto ruido metía, que San Francisco y los demás frailes se acercaron, e ignorando lo sucedido excusábanse con toda humildad, y con el fin de aplacarle le prometían resarcirle del daño. Pero el amo no se dejaba calmar, sino que, con mucha villanía, grandes amenazas y no poca ira, dejó a los frailes, murmurando que maliciosamente le habían cortado el pie al cerdo; y fuese escandalizando, sin admitir ni excusas ni promesas. Entonces San Francisco, lleno de prudencia, pensó y dijo consigo mismo: «¿Por ventura habrá hecho esto fray Junípero, llevado de un celo indiscreto?». Y mandó llamar a fray Junípero secretamente, y le dijo:

-¿Has sido tú quien ha cortado el pie a un cerdo de la piara de la selva?

Y entonces fray Junípero, no como quien ha cometido una falta, sino con la conciencia de haber hecho una gran caridad, contestó lleno de alegría, y dijo:

-Dulce padre mío: en verdad fui yo quien ha cortado el pie; y la razón, si quieres conocerla, óyela compadeciendo: Yo fui a visitar a *tal* fraile enfermo... (y le contó por su orden todo lo acontecido); y añadió: Yo te digo que, considerando el consuelo que este fraile ha tenido y las fuerzas que ha recobrado comiendo ese pie, yo hubiese cortado el pie a 100 puercos más, como lo hice a uno, con la seguridad de que Dios tendríalo por bueno.

A lo cual San Francisco, con celo de justicia y con cierto dejo de amargura, contestó:

-¡Oh, fray Junípero! ¿Por qué has dado tan gran escándalo? Porque no sin razón aquel amo se queja y está irritado contra nosotros; y quizá a estas horas nos esté difamando por la ciudad según lo sucedido, y tendrá razón. Por lo cual, yo te mando, en virtud de la santa obediencia, que corras detrás de él hasta que lo alcances, y cuando le encuentres, échate a sus pies y le confiesas tu culpa, prometiéndole satisfacer de tal modo que no pueda tenernos odio; porque ciertamente lo hecho constituye un gran exceso.

Mucho maravillábase fray Junípero oyendo a San Francisco; y maravillábase tanto más viendo atónitos a los demás frailes, entendiendo que un acto de caridad no debía turbar a nadie; porque él tenía por nada las cosas temporales y solamente les daba algún valor cuando servían caritativamente al prójimo. Pero contestó fray Junípero:

—173→

-No dudes, padre mío, que yo pagaré enseguida y le dejaré contento. Y, por lo demás, ¿por qué he de turbarme yo sabiendo bien que el puerco a quien corté el pie es más de Dios que del amo y que he hecho una gran caridad?

Mas luego se puso a correr, llegando adonde se hallaba el hombre irritado sin medida y sin ninguna paciencia; y le contó por qué había cortado el pie al cerdo con todo fervor y alegría, como la de quien ha prestado un gran servicio; por el cual el amo aún debía estarle agradecido. El amo, vencido por la furia, dirigiose con mucha villanía a fray Junípero y le llamó fantástico, loco,

ladronzuelo y pésimo malandrín. Pero fray Junípero no daba por dichas tales palabras villanas y aún se deleitaba recibiendo injurias; y como creía que el amo no le había entendido bien, y como el hecho le parecía motivo de alegría y no de rencor, repitió de nuevo la historia y después echose a su cuello y le abrazó y le besó, diciéndole que fue hecho por caridad, convidándole a ella con tanta humildad y simplicidad, que aquel hombre echose al suelo, volviendo en sí; y después, reconociendo las injurias que había hecho a los frailes, cogió al cerdo, lo sacrificó y se lo llevó a Santa María de los Ángeles para que se lo comieran.

Y considerando San Francisco la simplicidad y la paciencia en la adversidad del dicho fray Junípero, dirigiéndose a sus compañeros y a los que le rodeaban, dijo:

-¡Quiera Dios, hermanitos míos, que tengamos de tales Juníperos[19] toda una selva!

Capítulo II

Fray Junípero da ejemplo de su gran poder contra el demonio

En el hecho siguiente aparece claramente que los demonios no podían consentir la pureza de la inocencia y la profunda humildad de fray Junípero.

Una vez, cierto endemoniado, contra costumbre, echose con mucha furia al camino, emprendiendo veloz carrera por diversas encrucijadas, y así anduvo corriendo siete millas, yendo sus padres —174→ detrás de él, hasta que le pudieron dar alcance; y entonces, con gran amargura, preguntáronle por qué hacía esto. Y contestó:

-La razón es ésta: porque fray Junípero pasaba entonces por allí y no me fue posible sostener su presencia, ni esperar que pasara, y por esto huí hacia el bosque.

Y para certificarse de la verdad, hallaron que fray Junípero, efectivamente, había pasado en aquella hora, como había dicho el

endemoniado. Por lo cual San Francisco, si no curaba los endemoniados que le eran presentados, decía:

-Si tú no sales de esta criatura, enviaré contra ti a fray Junípero; y como el diablo no podía sufrir la virtud y la humildad de este siervo de Dios, súbitamente se partía del poseso.

Capítulo III

▽△

Cómo, por entuerto del demonio, fray Junípero fue condenado a la horca

Una vez, queriendo el demonio hacer miedo a fray Junípero y darle escándalo y tribulación, fuese a un tirano cruelísimo que tenía por nombre Nicolás, el cual por aquel entonces hallábase en guerra con la ciudad de Viterbo, y le dijo:

-Señor, guardad muy bien vuestro castillo, porque en breve llegará un gran traidor enviado por los de Viterbo con el fin de asesinaros y pegar fuego a vuestro castillo. Y para que veáis que os digo la verdad, os doy las señales siguientes: Vendrá vestido como un pobrecito, con los vestidos todos rotos y despedazados, y con la capucha maltrecha echada a la espalda; y llevará consigo una cuchilla para mataros y una piedra de fuego con su mecha para incendiar el castillo; y si halláis que no es cierto cuanto os digo, obrad contra mí en justicia.

Nicolás, oyendo tales palabras, quedó pensativo y sintió gran miedo, porque aquél que le hablaba parecía ser buena persona. Y mandó que las guardias se montasen con toda diligencia, y que si llegaba a las puertas del castillo un hombre de aquellas señales, le fuese enseguida presentado.

En esto llegó solo fray Junípero, porque, por su perfección, tenía licencia de ir y estar solo como le pluguiese. Encontrose con algunos —175→ jovenzuelos, los cuales, burlándose de él, hicieron escarnio de fray Junípero. Pero él permanecía imperturbable y hasta parecía que les inducía a multiplicar las burlas. Y en llegando a la puerta del castillo y los guardias en

viéndole tan roto y casi desnudo, porque parte de los hábitos los había dado durante el camino a los pobrecitos, de modo que no parecía fraile menor, creyendo ver en él las señales dadas por el delator, fue llevado furiosamente a presencia del señor, el tirano Nicolás; y cacheado para ver si llevaba armas, hallósele la cuchilla de zapatero con que se arreglaba las sandalias, y la piedra y la mecha que solía llevar para hacer lumbre, porque, con frecuencia, habitaba en los bosques y en los desiertos. Viendo Nicolás las señales que le había dado el demonio delator, ordenó que le pusieran una estrecha soga al cuello;[20]y así se hizo, con tanta crueldad, que la cuerda le entró en la carne. Después se le puso al tormento del potro, estirando sus miembros y dejándole el cuerpo todo maltrecho, sin misericordia. Y habiéndole preguntado quién era, contestó:

-Yo soy un grandísimo pecador.

Y preguntándole si quería traicionar el castillo y entregarlo a los de Viterbo, contestó:

-Yo soy el mayor traidor del mundo e indigno de cualquier bien.

Y preguntándole si con aquella cuchilla quería matar al tirano Nicolás, contestó:

-Esto y cosas mayores haría si Dios lo permitiese.

Con esto no quiso Nicolás preguntar más; lleno de ira y sin dar tiempo a más, condenó a fray Junípero, como traidor y homicida, a ser atado a la cola de un caballo y arrastrado así hasta la horca y colgado. Fray Junípero, sin inmutarse, nada hizo a su favor, sino que, como persona que por el amor de Dios hallaba contento en las tribulaciones, manteníase alegre y risueño. Y fue puesto en ejecución el mandato del tirano, y ligado fray Junípero por los pies a la cola de un caballo, y siendo arrastrado no protestaba ni se dolía, sino que, como manso corderillo levado al matadero, permanecía en la humildad. Todo el pueblo concurrió en masa a este acto inesperado y súbito de la justicia, aprisa y con crueldad; y nadie le conocía. No obstante quiso Dios que un buen hombre que había visto —176→ cómo se apoderaron de fray Junípero y que le querían ajusticiar, corrió al lugar de los frailes menores, diciendo:

-Por Dios os ruego que vengáis enseguida, porque ha sido cogido un pobrecito y se le ha sentenciado rápidamente y es llevado a la muerte; venid al menos para que ponga el alma en vuestras manos. Venid enseguida...

El guardián, que era hombre muy piadoso, fue enseguida para subvenir a la salud espiritual del condenado; y en llegando, era tanta la muchedumbre de gente reunida para contemplar la ejecución, que no podía dar con la entrada, y estando así observando oyó una voz entre la gente que decía: «Malditos, no lo hagáis así, que me hacéis daño en las piernas». Y esta voz le hizo entrar en sospechas que fuese la de fray Junípero; y así, con fervor de espíritu, se abrió paso entre la gente, y llegando al condenado vio que no era otro que fray Junípero; y por compasión quiso quitarse la capa y recubrir con ella a fray Junípero. Y éste, con el semblante alegre y casi riendo, dijo:

-¡Oh, guardián! Tú estás gordo y te sentaría mal viéndote la gente desnudo; yo no quiero que te desnudes por mí.

Entonces el guardián, con gran llanto, rogó a los ejecutores de la justicia y a todo el pueblo, que, por piedad, esperasen un poco el cumplimiento de la sentencia, yendo él a ver al tirano para interceder a favor de fray Junípero. Consintieron todos, creyendo que el condenado fuese un pariente del guardián; y fuese éste con toda devoción al tirano Nicolás, y díjole con amargo llanto:

-Señor; estoy todo admirado y amargado, en tanto grado, que no sé cómo puede hablar mi lengua; porque creo que hoy se ha cometido en esta tierra el pecado más grande que se ha realizado en el mundo, de modo que no existe mayor desde los tiempos antiguos.

Nicolás le escuchó pacientemente y le preguntó:

-¿Cuál es este pecado y este mal que hoy se ha cometido en la tierra?

Contestó el guardián:

-Señor mío: uno de los frailes más santos que existen en nuestra Orden de San Francisco, de quien sois tan devoto, ha sido juzgado con cruel justicia, y creo que sin razón.

Dijo Nicolás:

-Decidme, guardián: ¿Quién es éste? Porque tal vez sin conocerlo he cometido esta falta.

Dijo el guardián:

-Éste a quien habías condenado a la horca es fray Junípero, compañero de San Francisco.

El tirano Nicolás quedó estupefacto, porque sabía bien cuál era la fama de santa vida que llevaba fray Junípero; y atónito y pálido, fuese con el guardián adonde se hallaba fray Junípero, y desatándolo de la cola del caballo le libró, y a la vista de todo el pueblo se echó a sus pies, y con grandísimo llanto confesó su error y la culpa de la injuria y de la villanía que había hecho al santo fraile, y añadió:

-Creo verdaderamente que los días de mi mala vida se terminan, porque he atormentado a este santo hombre sin razón alguna. Dios hará que yo muera de mala muerte, aun cuando haya cometido el hecho con ignorancia de lo que hacía.

Pero fray Junípero perdonó enseguida al tirano Nicolás de modo espontáneo; y Dios permitió que de allí a pocos días dicho tirano acabase su vida de una manera harto cruel; y partiendo luego fray Junípero, dejó muy edificado a todo aquel pueblo.

Capítulo IV

▽△

De cómo fray Junípero, por amor de Dios, daba a los pobres cuanto podía

Fray Junípero sentía tanta piedad y compasión de los pobres, que cuando veía a alguno que fuese mal vestido o casi desnudo, súbitamente se quitaba los hábitos y se los daba; ora la túnica, ora la capa, ora la capucha; de modo que el guardián tuvo que mandarle, por la virtud de la santa obediencia, que no diese los hábitos enteramente.

Sucedió por casualidad que, pasados algunos días, hallose con un pobre casi desnudo, el cual le pidió limosna por amor de Dios; y fray Junípero, movido por gran compasión, le dijo:

-Nada tengo que darte si no es mi túnica, y mi prelado, por la obediencia, me ha mandado que no la pueda entregar a nadie; pero si tú me la quitas de encima, yo no te pondré obstáculo.

No lo dijo a ningún sordo; porque el pobre le quitó la túnica al revés dejando desnudo a fray Junípero.

—178→

Y llegando fray Junípero al lugar, le preguntaron dónde estaba la túnica, y contestó:

-Una buena persona me la quitó de encima y se la llevó.

Y creciendo en él la virtud de la piedad, no sólo daba su túnica, sino también los libros, los ornamentos o el manto, y todo lo que tenía a mano, a los pobrecitos. Y por esta razón los frailes no dejaban nada a la vista, porque fray Junípero todo lo daba por amor de Dios, y a su loor.

Capítulo V

De cómo fray Junípero quitó ciertas campanillas del altar y las dio por amor de Dios

En cierta ocasión, estando fray Junípero en Asís, en altísima contemplación, durante la Natividad, ante el altar de Cristo del convento, cuyo altar adornado y arreglado guardaba por encargo del sacristán mientras éste comía, una pobrecita mujer se le adelantó pidiéndole un poquito de limosna por amor de Dios.

A la cual contestó fray Junípero:

-Espera un poco y veré si puedo darte algo de lo que hay en este altar.

El dicho altar tenía un friso dorado muy adornado y señoril con campanillas de plata de gran valor. Y dijo fray Junípero consigo mismo: «Estas campanillas están de más»; y cogiendo un cuchillo las quitó del friso y se las entregó a la pobrecita mujer, por piedad.

Después que el sacristán hubo comido dos o tres bocados, recordó las costumbres de fray Junípero y dudó que no quitase

algo del altar tan bien adornado como tenía, por celo de caridad. Y en esta sospecha abandonó la mesa y fuese a la iglesia mirando si faltaba algún ornamento; y vio cómo faltaban las campanillas del friso; por lo cual se enfadó mucho, quedando escandalizado. Viendo fray Junípero al sacristán tan enfadado, le dijo:

-No te turbes por las campanillas, porque las he dado a una pobrecita mujer que tenía grandísima necesidad; aquí no hacían nada y aún constituían una pompa mundana y vana.

Oyéndole el sacristán, recorrió toda la iglesia y fuese luego a la ciudad todo afligido para ver si encontraba a la mujer; pero ni la halló ni dio con persona alguna que la hubiese visto. Retornó, pues, —179→ al lugar, y furiosamente quitó el friso y llevolo al general, que a la sazón se hallaba en Asís, y le dijo:

-Padre general: Os pido justicia contra fray Junípero, porque me ha echado a perder este friso que era lo mejor que teníamos en la sacristía; ved cómo lo ha dejado, arrancando todas sus campanillas, diciendo que las ha dado a una pobre mujer.

Contestó el general:

-Esto no lo habrá hecho fray Junípero, sino tu locura; porque debes conocer de sobre su natural; y aún me maravillo que no lo haya entregado todo entero; pero le corregiré de esta falta.

Y llamando a Capítulo a los frailes, hizo que fray Junípero se presentase; y en presencia de todos reconvino ásperamente a fray Junípero por haber arrancado las campanillas; y tan furiosamente gritó, que quedó casi ronco. Fray Junípero no se fijó mucho en sus palabras, porque se deleitaba viéndose envilecido por los demás; pero sintiendo compasión del general por el furor que manifestaba, pensaba consigo mismo lo que tenía que decir. Y recibida la reprensión del general, fuese fray Junípero a la ciudad y mandó hacer una buena *pollenta*[21] con manteca; entretanto había llegado la noche y estaba ya muy avanzada, y llegó al convento, encendió lumbre, y con la escudilla en la mano fuese a la celda del general y llamó. El general abrió, viéndole con la candela en una mano y la escudilla en otra, y dijo asombrado:

-¿Qué es esto?

Contestole fray Junípero:

-Padre mío: cuando me reprendiste por mis defectos, noté que habías quedado ronco, fatigándote mucho; y pensando en el

remedio que te podía dar, he pensado hacer esta *pollenta* que te pondrá bien el pecho y la garganta.

Dijo el general:

-¿Y a estas horas vienes a inquietar?

Contestó fray Junípero:

-Mira que para ti la he hecho, yo te ruego que te dejes de razones y la comas, que te hará mucho bien.

El general, enfadado por lo avanzado de la hora y de la importunidad de fray Junípero, le recomendó que marchase de prisa y que a tal hora no quería comer; y le llamó con nombre vilísimo y malo.

—180→

Viendo fray Junípero que ni los ruegos ni los halagos conmovían al general, dijo:

-Padre mío: como no la quieres comer, puesto que para ti ha sido hecha, ruégote que tengas la candela y yo me la comeré.

Entonces el general, como piadosa y devota persona, atendiendo a la piedad y a la simplicidad de fray Junípero, y que todo lo había hecho llevado de su devoción, contestó:

-Bien está: puesto que tú también quieres comer, comamos los dos juntos.

Y ambos juntamente comieron aquella escudilla de *pollenta* hecha por una caridad importuna.

Y más les recreó la devoción que el yantar.

Capítulo VI

De cómo fray Junípero se mantuvo en silencio durante seis meses

Una vez fray Junípero se propuso guardar silencio durante seis meses, del siguiente modo: el primer día, por amor del Padre Celestial; el segundo día, por amor de Jesucristo su Hijo; el tercer día, por amor del Espíritu Santo; el cuarto día, en reverencia a la Santísima Virgen María; y así, por orden, cada día por amor de

algún santo, observó rigurosamente silencio durante seis meses, sin decir una sola palabra.

Capítulo VII

Ejemplo contra las tentaciones de la carne

Cierta vez estaban reunidos fray Egidio, fray Simón de Asís, fray Rufino y fray Junípero, hablando de Dios y de la salud del alma; y dijo a los demás fray Egidio:

-¿Qué hacéis vosotros, en la tentación carnal?

Dijo fray Simón:

-Yo considero la vileza y la torpeza del pecado carnal, y se me sigue una abominación grande, y así la huyo.

Dijo fray Rufino:

—181→

-Yo me echo de bruces en tierra y ruego con instancia, pidiendo clemencia a Dios y a la Madre de Jesucristo, y me siento libre.

Respondió fray Junípero:

-Cuando yo siento el estrépito de la diabólica sugestión carnal, corro enseguida y cierro la puerta de mi corazón, y para mayor seguridad de la fortaleza de mi corazón me ocupo en santas meditaciones y cristianos deseos; y de esta suerte, cuando viene la sugestión carnal y toca a la entrada del corazón, yo contesto desde dentro: «¡Largo de ahí! Porque la venta está tomada y no puede entrar más gente». Y así no quiero que entre pensamiento alguno carnal; y en viéndose vencido, se larga de mí y de cuanto me rodea.

Respondió fray Egidio:

-Fray Junípero, yo soy de tu parecer; porque contra el enemigo de la carne no se puede combatir tan fácilmente como huirle; porque dentro con el apetito carnal y fuera por los sentidos del cuerpo se deja sentir un tan fuerte enemigo, que sólo huyendo es como se le vence. Y cuando se le quiere combatir frente a frente,

sucede con frecuencia que a la fatiga de la batalla se aúna la derrota. Luego, huye del vicio y serás victorioso.

Capítulo VIII

De cómo quiso envilecerse fray Junípero, en loor de Dios

Cierta vez fray Junípero, queriéndose humillar mucho, se despojó de sus ropas, y haciendo un hatillo con ellas se lo puso a la cabeza y entró así, desnudo, en Viterbo, y fuese a la plaza pública para mayor vituperio. Y estando así desnudo, la chiquillería y los jóvenes le corrían detrás, tomándolo por loco, y le hacían mil villanías, echándole fango y piedras y empujándolo de acá para allá y de allá para acá, con palabras de mucha burla; y así fue escarnecido durante gran parte del día; y después, aún desnudo, retornó al convento. Y en viéndolo los frailes desnudo, se turbaron mucho contra él. Y mayormente cuando supieron que había andado desnudo por toda la ciudad con el hatillo sobre la cabeza, y reprendiéronle ásperamente. El uno decía: metámoslo en la cárcel; y otro: ahorquémosle; y otros: no podremos hacer justicia de tan gran escándalo —182→ que ha dado éste contra sí mismo y contra la Orden. Y fray Junípero estaba muy contento y contestaba con toda humildad:

-Tenéis razón; porque de todas estas penas soy digno y aún de muchas más.

Capítulo IX

De cómo fray Junípero, con el fin de envilecerse, jugó al columpio

Una vez que, fray Junípero fue a Roma, donde la fama de su santidad estaba muy divulgada, muchos romanos le salieron al encuentro con gran devoción. Fray Junípero, viendo tanta gente como se le iba acercando, quiso que su santidad fuese tenida como fábula y su devoción en burla. Había allí dos niños que jugaban al columpio, esto es, que habían atravesado dos leños el uno sobre el otro, y sentados, el uno acá y el otro allá, en los extremos del palo subían y bajaban. Fue fray Junípero, y apartando a uno de los niños se sentó en su lugar y siguió con el otro el juego.

Entretanto, llegó la gente, maravillándose de ver cómo jugaba fray Junípero como un chiquillo; no obstante, le saludaron con mucha devoción, y esperaron que terminase el juego para acompañarle solemnemente a la ciudad. Mientras, fray Junípero no se cuidaba poco ni mucho de sus saludos y reverencias, ni de que le esperaban, sino que seguía el divertido juego del balancín. La gente, después de esperar largo rato, comenzó a cansarse y a decir: «¿Pero qué infeliz es éste?». Algunos, conociendo sus costumbres, tomaron mayor devoción; pero todos fueron alejándose poco a poco, dejando a fray Junípero balanceándose.

Y habiendo partido todos, fray Junípero, bien consolado, porque algunos le habían tomado en burla, bajó del leño y entró solo en Roma con toda humildad y mansedumbre, y llegó así al convento de los frailes menores.

—183→

Capítulo X

▽△

De cómo fray Junípero cocinó para los frailes, por quince días, de una vez

Estando una vez fray Junípero en un lugarcito de los frailes, por cierta causa razonable tuvieron que ir de camino todos ellos, quedando solo en la casa fray Junípero. Díjole el guardián:

-Fray Junípero: salimos todos nosotros; guísanos tú algo para que recobren las fuerzas los frailes cuando vuelvan.

Contestó fray Junípero:

-De muy buena gana lo haré; dejádmelo por mi cuenta.

Y habiéndose ido todos los frailes, como se ha dicho, díjose fray Junípero: «¿Por ventura no es una solicitud superflua ésta de que un fraile esté tanto tiempo en la cocina, sin atender mucho a la oración? ¡Y por cierto que esta vez soy yo el que ha quedado para cocinar! Lo mejor será que haga tanta comida que aun cuando fuesen más los frailes, baste para quince días».

Y con toda solicitud fuese a la huerta y cogió un gran caldero, y se procuró carne fresca y seca, pollos, huevos, verduras; y metiéndolo todo en el caldero, esto es, los pollos con las plumas y los huevos sin abrir, y así las demás cosas, hizo una gran hoguera.

Estando de vuelta los frailes, uno que conocía bien la simplicidad de fray Junípero, entró en la cocina, y viendo el gran caldero, el mucho fuego, etc., se sentó, y sin decir nada fue observando a fray Junípero atareado en cocinar. Y como la lumbre era mucha y las llamas grandes y no había manera de acercarse sin quemarse, cogió fray Junípero una tabla, y con una cuerda se la ató al cuerpo muy apretada, y después iba de un caldero al otro con mucho contento. Considerando estas cosas con gran placer, el fraile que le observaba salió de la cocina, y llamando a sus compañeros, les dijo:

-Venid a la cocina, que fray Junípero prepara unas bodas.

Pero los frailes, creyendo que bromeaba, no le hicieron caso.

Entretanto, fray Junípero retiró los calderos del fuego y tocó a comer. Acudió la comunidad al refectorio, presentándose fray Junípero muy acalorado por la fatiga y por el ardor de la lumbre; y dijo a los frailes:

—184→

-Comed bien, y después iremos todos a la oración y nadie habrá de preocuparse luego de la comida, pues hice tanta que bastará para quince días.

Pero nadie comía, y fray Junípero, para animar a los compañeros, alababa su guiso y decía:

-Estas gallinas sirven para confortar el cerebro... Esta vianda conservará fresco el cuerpo. ¡Está más rica!

Pero aquel mejunje era tan repugnante que no habría en toda la ciudad de Roma un cerdo, por hambriento que estuviese, que

hubiera querido comer de aquel caldero. Los frailes estaban muy admirados considerando la devoción y la sencillez de fray Junípero. Pero el guardián, indignado por tanta simpleza y despilfarro, reprendió ásperamente a fray Junípero, el cual, echándose enseguida a sus pies, a éste y a los frailes confesó su culpa de este modo:

-Yo soy un hombre muy perverso. Si a *fulano*, que cometió tal pecado, le fueron arrancados los ojos, ¿por qué no a mí, que soy muchísimo peor? Si *zutano*, por sus defectos fue ahorcado, ¿no merezco yo mucho más por mis obras depravadas? Y ahora he sido derrochador de los bienes de Dios y de la Orden.

Y lamentándose de este modo, lleno de amargura, abandonó el refectorio, y durante todo aquel día no se atrevió a presentarse al guardián ni a los frailes; luego el guardián dijo:

-Hermanos míos carísimos: bien quisiera que este fraile todos los días disipase otros tantos bienes, si los tuviéramos, sólo para lograr el ejemplo de su edificación; porque lo que ha hecho es obra de su sencillez y caridad.

En alabanza de Dios y del pobrecillo Francisco. Amén.

Capítulo XI

▽△

De qué modo fue fray Junípero a Asís para confusión suya

En cierta ocasión, morando fray Junípero en el valle de Spoleto, y sabiendo que en la ciudad de Asís se celebraba una gran fiesta y que mucha gente iba y venía con gran devoción, le vinieron deseos de acudir a ella, y lo hizo de la siguiente manera: Se quitó los hábitos, y así atravesó la ciudad de Spoleto y dos villas más, y luego, cruzando la ciudad, llegó al convento. Al verle los frailes se escandalizaron —185→ mucho y le reprendieron duramente por haber ido de aquella manera, llamándole loco, necio y denigrador de la Orden de San Francisco; y aún hubo quien añadió que, como loco, debía ser atado. A la sazón hallábase el general en el convento e hizo llamar a todos los frailes y a fray

Junípero, y en presencia de todos dirigió a éste una áspera corrección. Después de muchas palabras de rigurosa justicia, dijo a fray Junípero:

-Tus defectos son tales y tantos, que no sé qué penitencia puedo imponerte.

Y fray Junípero, como persona que se gozaba en su propia confusión, dijo:

-Padre: permite que yo te lo diga; que así como he llegado hasta aquí sin hábitos, por penitencia me hagas seguir el mismo camino a la inversa y volver a la fiesta, de igual modo.

A gloria de Jesús y de su pobrecillo Francisco. Amén.

Capítulo XII

De un rapto que tuvo fray Junípero oyendo Misa

Estando cierta vez fray Junípero oyendo Misa con muchísima devoción, por maravillosa elevación de la mente fue arrobado durante largo espacio de tiempo, y dejándolo solo allí, lejos de donde estaban los frailes, cuando volvió a recobrar los sentidos, comenzó a exclamar fervorosamente:

-¡Oh, hermanos míos! ¿Quién hay tan noble en este mundo que no llevaría de buen grado por toda la ciudad una carga de estiércol, si le dieran un bolsillo lleno de oro? ¡Ay de mí! ¿Por qué no hemos de pasar un poquito de vergüenza para ganar la bienaventuranza del Cielo?

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

—186→

Capítulo XIII

De la tristeza que tuvo fray Junípero cuando murió su compañero fray Amazialbene

Fray Junípero tenía un compañero fraile, llamado Amazialbene, hombre de suma paciencia y obediencia, en tanto grado que si hubiese sido azotado durante un día no se habría quejado ni hubiera dicho una sola palabra en su defensa. Por esto era enviado con frecuencia donde había gente dura y áspera de trato, de la cual recibía muchas persecuciones, que soportaba pacientemente, sin queja alguna. Este fraile, según le mandaba fray Junípero, reía o lloraba. Sucedió, pues, que este fraile, llamado fray Amazialbene, como se ha dicho, murió cuando plugo a Dios, con fama de mucha santidad; y al llegar a fray Junípero la nueva de su muerte, experimentó tanta tristeza en su corazón como no había sentido nunca por cosa alguna terrenal. Y por esto demostraba exteriormente su amargura, diciendo:

-¡Ay miserable de mí que sobrevivo a tal desgracia, y todo el mundo está contristado por la muerte de mi dulce y amabilísimo fray Amazialbene!

Y luego añadía:

-Si no fuese por temor a disgustar a los frailes, iría a su sepultura y cogería su cuerpo, y de su calavera haría dos escudillas, la una para comer por su memoria y mi devoción, y la otra para beber cuando tuviese sed.

A gloria de Jesucristo y de Francisco. Amén.

Capítulo XIV

▽△

De la mano que vio fray Junípero por el aire

Estando fray Junípero en oración formando grandes propósitos, le pareció ver una mano en el aire; y oyó con sus oídos corporales una voz que le decía:

-¡Oh, fray Junípero! Sin esta mano tú no podrás hacer nada.

Al oír esta voz, fray Junípero se levantó súbitamente, y con los ojos clavados en el cielo, iba discurriendo consigo mismo por el convento diciendo en alta voz:

-¡Bien es verdad! ¡Bien es verdad!

Y muchas veces fue repitiendo las mismas palabras.

Capítulo XV

De cómo fray Junípero fue a fundar un convento[22]

Fray Germano, lector de Bratislava, escribe que oyó contar a fray Juan, compañero de San Francisco, que cierto fraile lego, llamado fray Junípero, fue enviado con otros frailes a fin de fundar un convento. Pusiéronse en camino los referidos frailes, después de elegir a fray Junípero para que les procurase lo necesario durante el viaje: y en llegando a un pueblo a la hora de comer, fray Junípero comenzó a gritar a un lado y a otro en la lengua de la Lombardía:

-¿No nos albergáis? ¿No nos recibís? ¿No nos hacéis bien? ¿No es bien empleado el viaje?

Y los compañeros avergonzáronse mucho y le reprendieron porque gritaba de aquella manera en vez de procurarles sustento; pero él les contestó:

-Dejadme gritar, ya que me habéis elegido procurador vuestro.

Los indígenas, viéndoles con el hábito desconocido y pidiendo limosna de un modo tan extraño y nunca visto, maravillábanse mucho. Por fin, uno de los del país acercose a ellos y le preguntó quiénes eran y por qué gritaban de aquella manera. A lo que contestó fray Junípero:

-Somos hombres pecadores y penitentes y tenemos que buscar lo necesario para vivir; pero no merecemos que nos reciban ni nos hospeden, ni hagan bien alguno, porque hemos ofendido a Dios con muchos pecados.

Pero aquel hombre moviose a devoción oyendo estas cosas, y los llevó a su casa, les dio de comer y los trató amabilísimamente;

y oyéndoles hablar como inspirados por el Espíritu Santo y reconociendo —188→ su ingenuidad, les encargó que siempre que pasasen fuesen a hospedarse en su casa y enviasen también a ella a los demás frailes.

Prosiguiendo fray Junípero el viaje con sus compañeros, se les adelantó el diablo en forma humana, y llegándose a un castillo por donde tenían que pasar, dijo a su dueño que lo guardase bien, porque a cierta hora vendrían cuatro hombres vestidos con traje extraño, los cuales eran muy malos y querían traicionarle. Aquel señor fijose bien en la hora y dispuso la guardia; y estando vigilando vieron los guardias que cuatro frailes se acercaban al castillo, por lo cual llamaron al señor, y cayendo luego sobre ellos los maltrataron bárbaramente; entretanto, fray Junípero ofrecía el cuello a la espada, y sus compañeros se preparaban para morir. Pero el señor, viendo la mansedumbre de los presos, dijo:

-Si éstos fuesen traidores, vendrían con armas y otros preparativos.

Con todo, antes de dejarlos marchar hizo azotar bien a fray Junípero, el cual se levantó después, le dio las gracias y se retiró de allí, marchando con los demás frailes al lugar donde debían fundar el convento. Después de algún tiempo sucedió que aquel señor vino al nuevo convento, y oyendo allí la Misa vio a fray Junípero, y acercándosele éste le preguntó dónde se hospedaba; después rogó a un amigo que le hiciese la caridad de hacerle un buen regalo, como el que se podría hacer a quien ha prestado un gran servicio. Y habiéndoselo traído, lo envió al señor que lo había hecho azotar, encargando al portador que se lo enviaba un fraile menor en recompensa de la especial amistad que en cierta ocasión le había demostrado. Diole las gracias aquel señor sin conocerle, y después de la comida fuese al convento, preguntando por el fraile que le había enviado tanta prueba de amistad.

Contestó fray Junípero:

-Yo soy quien os lo ha enviado y os estaré eternamente agradecido por lo bien que habéis domado a mi enemigo.

Contestó el señor del castillo:

-Yo siempre haré lo que os agrade, pero ¿quién es ese enemigo tuyo?

Respondió fray Junípero:

-Mi enemigo es este hermano cuerpo que tan bien me domasteis cuando me hicisteis apalear en vuestro castillo; porque desde entonces me ha sido más obediente que antes.

—189→

El señor, muy confundido oyendo estas palabras, pidió perdón y de allí en adelante cambió para con todos los frailes, quiso hospedarlos siempre en su casa y los trató como amigos muy queridos durante toda su vida.

De cómo San Francisco mandó a fray León que lavase cuatro veces cierta piedra[23]

Una vez San Francisco, estando hablando con fray León, le dijo:

-Hermano ovejuela: lava esta piedra con agua.

Y seguidamente fray León lavó la piedra con agua. Después, San Francisco, con mucha alegría y gozo, le volvió a mandar:

-Hermanito ovejuela: lava la piedra con vino.

Y fray León lo hizo conforme se le había mandado. Y por tercera vez le dijo San Francisco:

-Lávala con aceite.

Y así lo hizo fray León. Y repitió San Francisco:

-Lávala con bálsamo.

A lo cual contestó fray León:

-Dulcísimo padre mío: ¿Cómo podré hallar bálsamo en este lugar selvático?

Y dijo San Francisco:

-Has de saber, ovejita de Dios, que ésta es la piedra donde Cristo se sentó cuando, en cierta ocasión, se me apareció; y por esto te he dicho cuatro veces: «Lávala y calla»; porque Jesucristo me ha concedido cuatro gracias principales: 1.ª, que todos los que entren con buena voluntad en mi Orden y perseveren en ella, la gracia divina les concederá una buena muerte; 2.ª, que los perseguidores de esta santa religión serán duramente castigados; 3.ª, que ningún hombre perverso, si persevera en su maldad, no

perseverará en ella mucho tiempo, y 4.ª, que esta religión durará hasta el Juicio Final.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

—190→ —191→

Cuarta parte

Comienza la vida del bienaventurado fray Egidio,[24] compañero de San Francisco

—192→ —193→

Capítulo I

De cómo fray Egidio y tres compañeros fueron recibidos en la Orden de Menores

Para que los ejemplos de los santos hombres en la memoria de los devotos oyentes lleven la alegría en las transitorias dilecciones e inciten el deseo de la eterna salud; a loor de Dios y de su reverendísima Madre Señora Santa María y para utilidad de todos aquellos oyentes, diré algunas palabras de la operación obrada por el Espíritu Santo en nuestro fray Egidio; el cual, vistiendo aún hábito seglar y tocado del Espíritu Santo, comenzó a pensar consigo mismo de qué manera podría agradar a Dios solamente, en todas sus operaciones. En este tiempo San Francisco, como nuevo portaestandarte de Dios aparejado como ejemplo de vida, de humildad y de santa penitencia, dos años después de su conversión, indujo y trajo a la observancia evangélica y a la pobreza a un hombre adornado de admirable prudencia y muy rico en bienes temporales, el cual llamábase *Meser* Bernardo, y a Pedro Cattani; los cuales, por el consejo de San Francisco, distribuyeron a los pobres, por amor de Dios, todos sus tesoros temporales, tomando la gloria de la paciencia y la evangélica perfección y el

hábito de los frailes menores; y con grandísimo fervor prometieron observar la Regla, y así hiciéronlo durante todo el tiempo de su vida con entera perfección. Ocho días después de la sobredicha conversión y distribución, y vistiendo aún fray Egidio vestidos de seglar, viendo el desprecio de aquellos dos nobles caballeros de Asís, que admiraba toda la tierra, encendidos en el divino amor, al día siguiente, fiesta de San Jorge —194→ del año del Señor 1209, por mucho tiempo y como muy solícito de su salud, estuvo en la iglesia de San Gregorio, donde tenía su monasterio Santa Clara; y hecha su oración y teniendo gran deseo de ver a San Francisco, fuese hacia el hospital de los leprosos, donde habitaba aquél con fray Bernardo y fray Pedro Cattani, en un tugurio de mucha humildad.

Y habiendo llegado a un cruce de caminos y no sabiendo cuál seguir, hizo oración a Cristo, precioso guía, el cual le llevó a dicho tugurio por el camino derecho. Y pensando por qué había venido, San Francisco le salió al encuentro, viniendo de la selva adonde había ido para orar; y echose enseguida en tierra ante San Francisco, y de rodillas y humildemente le rogó que le admitiese en su compañía por el amor de Dios. Observando San Francisco el semblante devoto de fray Egidio, respondió y dijo:

-Carísimo hermanito. Dios te ha concedido grandísima gracia. ¿No se alegraría uno si el emperador viniese a Asís y quisiese nombrarle su caballero o camarero secreto? ¿Y cuán mayormente debes tú alegrarte porque Dios te ha elegido por su caballero y amadísimo servidor en la observancia de la perfección del Santo Evangelio? Está, pues, firme y constante en la vocación a que Dios te ha llamado.

Y cogiéndole de la mano, llevole consigo y le introdujo en la sobredicha casucha; y llamando a fray Bernardo, le dijo:

-*Messer Domeneddio*[25] nos ha enviado un buen fraile; alegrémonos, pues, todos en el Señor y comamos en caridad.

Y después de comer, San Francisco fuese con Egidio a Asís en busca de paño para hacer el hábito de fray Egidio. Por el camino hallaron a una pobrecilla que les pidió una limosnita por amor de Dios; y no sabiendo cómo atender a la pobrecita, San Francisco, volviéndose a fray Egidio, con semblante de ángel, le dijo:

-Por el amor de Dios, hermano carísimo, demos esta capa a la pobrecilla. Y obedeció fray Egidio al santo padre con un corazón tan pronto, que le pareció ver volar aquella limosna hasta el Cielo y a fray Egidio con ella, sintiendo en sí mismo un gozo indecible con aquel cambio. Y San Francisco, procurando el paño para hacer el hábito, recibió a fray Egidio en su Orden; el cual fue uno de los gloriosísimos religiosos que el mundo tuvo en aquellos años en la —195→ vida contemplativa. Inmediatamente después de la profesión de fray Egidio, salió con él hacia la Marca de Ancona, cantando con él y magníficamente alabando al Señor Dios del Cielo y de la tierra. Y dijo a fray Egidio:

-Hijito: nuestra religión será semejante al pescador que echa sus redes al agua y coge una multitud de peces y retiene los grandes y a los menores los devuelve al agua.

Maravillose fray Egidio de esta profecía, puesto que en la Orden solamente había tres frailes y San Francisco no predicaba públicamente al pueblo; sino que, yendo por los caminos, amonestaba y corregía a los hombres y a las mujeres, diciendo simplemente, con amor:

-Amad y temed a Dios y haced digna penitencia por vuestros pecados.

Y fray Egidio decía:

-Haced lo que os dice éste, mi padre espiritual, porque lo dice óptimamente.

▽△

Capítulo II

De cómo fray Egidio anduvo en peregrinación a Santiago de Compostela

Con la venia de San Francisco una vez, en poco tiempo, fray Egidio fue a Santiago de Compostela en Galicia y sólo una vez apaciguó su hambre, por la gran penuria que halló en todos aquellos lugares. Así que iba pidiendo limosna y no hallando a nadie que le hiciese caridad, dejose caer una tarde al pie de un

haya donde habían quedado unos granos de habas, que recogió y constituyeron su cena; y allí durmió toda la noche, porque habitaba de buen grado en los lugares solitarios, lejano de la gente, con el fin de atender mejor a las oraciones y vigilias. Y fue tan confortado por Dios con aquella cena, que si hubiese yantado muchas viandas no hubiese tenido mejor refección.

Caminando un poco más, halló en el camino a un pobrecito que le pidió limosna por Dios. Fray Egidio, siempre caritativo, no tenía más que el hábito sobre sus carnes y así cortó la capucha y se la dio al pobre por amor de Dios. Y con esto, sin capucha, anduvo veinte días continuos.

—196→

Retornado por la Lombardía, fue llamado por un hombre, acudiendo él con buena voluntad, creyendo que le iba a dar alguna limosna; pero, habiendo extendido su mano, recibió en la palma unos dados y la invitación a jugar. Fray Egidio contestó muy humildemente:

-¡Dios te perdone, hijito!

Y andando de esta suerte por el mundo, sufrió muchas burlas y las recibió siempre pacíficamente.

Capítulo III

De cómo vivía fray Egidio cuando fue a visitar el Santo Sepulcro

Fuese fray Egidio a visitar el Santo Sepulcro de Jesucristo con licencia de San Francisco, llegando al puerto de Brindis, donde tuvo que esperar largo tiempo porque no salía ningún navío. Y fray Egidio, queriendo vivir sólo a sus costas, adquirió una jarra, la llenó de agua y fue gritando por la ciudad: «¿Quién quiere agua?». Y por su trabajo recibía pan y las cosas necesarias para la vida corporal para sí mismo y para su compañero; y después pasó el mar y visitó el Santo Sepulcro de Cristo y los otros santos lugares, con grandísima devoción.

De vuelta hizo parada durante muchos días en la ciudad de Ancona; y como estaba acostumbrado a vivir de su trabajo, tejía espuertas de junco que luego vendía, pero no por dinero, sino por pan para sí y para su compañero, y por el mismo precio llevaba los muertos a la sepultura. Y cuando estos trabajos no le daban, volvía a la mesa de Jesucristo pidiendo limosna de puerta en puerta.

Y de esta suerte, con mucha fatiga y humildad pudo retornar a Santa María de los Ángeles.

▽△

Capítulo IV

De cómo fray Egidio alabó más la obediencia que la oración

Una vez hallábase un fraile en su celda haciendo oración, cuando el guardián le mandó salir, en gracia a la obediencia, a pedir limosna. Por lo cual anduvo aquél enseguida a fray Egidio, exclamando:

—197→

-Padre mío: yo estaba orando y el guardián me ha ordenado que vaya en busca del pan; y a mí me parece mejor estar en oración.

Contestó fray Egidio:

-Hijito mío: ¿Por ventura no has entendido aún qué es la oración? La verdadera oración es hacer la voluntad de su prelado; y es señal de gran soberbia que aquél que ha puesto su cuello bajo el yugo de la santa obediencia, la obstaculiza para hacer su voluntad, aun cuando crea que obra más perfectamente. El religioso verdadero obediente es semejante al caballero que cabalga en poderoso caballo por cuya virtud atraviesa intrépido el camino; y, por el contrario, el religioso inobediente y acostumbrado a rebelarse, es parecido al que, cabalgando en caballo delgado, enfermo y vicioso, con poca fatiga pronto cae muerto o es cogido por los enemigos. Dígote que si el hombre tuviese tanta devoción y elevación de mente que hablase con los ángeles, y estando hablando de esta suerte se le ordenare algo

por un superior, debe dejar enseguida el coloquio con los ángeles y obedecer a su mayor.

Capítulo V

De cómo fray Egidio vivía de su propio trabajo

Hallándose una vez fray Egidio en Roma, como conventual, según tenía por costumbre desde que entró en la Orden, quería vivir fatigándose corporalmente, de esta suerte.

De buena mañana oía Misa con mucha devoción; después se iba a la selva, que distaba de Roma ocho millas, y llevaba sobre la espalda un haz de leña que vendía por pan y otras cosas de comer. Una vez, entre otras, retornando con una carga de leña, una mujer le llamó para comprarla, y después de haber hecho el pacto sobre el medio de pagarla, se la llevó a su casa. La mujer, no obstante el pacto hecho, viendo que era religioso, le dio mucho más pan del pactado. Dijo fray Egidio:

-Buena mujer; no quiero yo que me venza el vicio de la avaricia; y así no quiero más que lo que hemos pactado.

Y no solamente no tomó lo que se le daba, sino que tan sólo quiso la mitad de lo pactado. Con lo cual tuvo aquella mujer mucha devoción.

—198→

Fray Egidio trabajaba por merced, atendiendo siempre a su honestidad; ayudaba a recoger la aceituna y a los vendimiadores a pisar la uva. Estando un día en la plaza, uno quería abatir nueces y rogaba a otros que se las abatiesen a buen precio; pero éstos se excusaban porque el lugar se hallaba harto lejos y les venía muy mal irse hasta allá. Dijo fray Egidio:

-Si tú, amigo mío, quieres darme parte de tus nueces, yo iré contigo a cogerlas; y hecho el contrato, partió; y haciendo antes la señal de la santísima Cruz, subió con gran temor a lo alto de un nogal, y después de coger las nueces le tocó tanta, que no las podía llevar consigo. Por lo cual quitose el hábito y después de

ligar las mangas y la capucha, hizo del hábito un saco, quedando desnudo en paños menores; y llenó su hábito de nueces, partió para Roma, dándolas a los pobres, con grandísima alegría, por amor de Dios.

Con frecuencia ayudaba a otros durante todo el día, después del pacto de concederle tiempo para rezar las horas canónicas y no faltar a la oración mental. Una vez que fue a buscar agua de la fuente de San Sixto para aquellos monjes, un hombre le pidió de beber. Respondió fray Egidio:

-¿Y cómo llevaré yo el cántaro vacío a los monjes?

Y el hombre, irritado, dijo a fray Egidio palabras injuriosas y villanas; y retornó fray Egidio muy triste a los monjes; pidió un vaso grande y súbitamente volviendo a la fuente lo llenó y fuese en busca del hombre, al cual halló en el camino, y dijo:

-Amigo mío; toma y bebe cuanto quieras y no te irrites. Porque me pareció a mí cosa villana llevar agua probada a los santos monjes.

Y el hombre compungido por la caridad y humildad de fray Egidio, reconoció su culpa y desde aquella hora en adelante le tuvo mucha devoción.

▽△

Capítulo VI

De cómo fray Egidio fue milagrosamente provisto, en una gran necesidad, cuando por la mucha nieve no podía ir a pedir limosna

Viviendo fray Egidio en Roma en casa de un cardenal y llegando el tiempo de la Cuaresma mayor y no teniendo aquella quietud mental que deseaba, dijo al cardenal:

—199→

-Padre mío: con vuestra licencia quiero ir, por mi paz, con mi compañero a hacer esta Cuaresma en algún lugar solitario.

Contestó el cardenal:

-¡Ea! Fraile mío carísimo, ¿dónde queréis ir? Porque la carestía es grande. Todavía no estáis muy acostumbrados. ¡Ea!

Quedad en mi corte y tendré por gracia singular haciéndoos dar lo que os haga falta por amor de Dios.

No obstante, fray Egidio quiso marcharse y fuese de Roma a una elevada montaña donde antiguamente hubo un castillo y encontrábase ahora una desierta iglesita dedicada a San Lorenzo; y allí entró con su compañero y estuvieron en oración y en muchas meditaciones, y como eran conocidos, poca reverencia y devoción se les tenía. Por esto sostenían gran penuria; y, por añadidura, sobrevino una gran nevada que duró más de un día, por lo cual no pudieron salir de la iglesia, ni recibieron cosa alguna de vivir, de modo que estuvieron de esta suerte durante tres días naturales. Viendo fray Egidio que no podía vivir de su trabajo y menos ir a pedir limosna, dijo a su compañero:

-Hermano mío carísimo: llamaremos a Nuestro Señor en voz alta para que por su piedad seamos provistos en tanta extremidad y necesidad; porque así lo hicieron alguna vez los santos monjes y la Divina Providencia les subvino en sus necesidades.

Y pusiéronse en oración a su ejemplo, rogando a Dios con todo afecto para que pusiese remedio a tanta necesidad. Y Dios, que es la suma piedad, premió la fe y la devoción y la simplicidad y el fervor de ellos, de la siguiente manera:

Un hombre, mirando de lejos la iglesita donde se hallaba fray Egidio con su compañero, inspirado por Dios, dijo para sí: «Quizá en aquella iglesia hay alguna persona que hace penitencia y por la duración de la nieve tan multiplicada no tiene quién acuda a sus necesidades y, consiguientemente puede morir de hambre». E inspirado por el Espíritu Santo, añadió: «Por cierto que quiero saber si mi imaginación es verdadera o no»; y cogió unos panes y un poco de vino y se puso en camino. Y con grandísima dificultad llegó a la predicha iglesia, donde halló a fray Egidio y a su compañero en devotísima oración. Y estaban tan combatidos por el hambre que mejor parecían hombres muertos que vivos. Tuvo gran compasión de ellos, y refrigerados y confortados, retornó a su casa; y manifestó a los vecinos la extrema necesidad de aquellos frailes y les indujo y —200→ rogó por Dios, de tal modo, que les proveyeran, que muchos, a su ejemplo, les llevaron pan y vino y otras cosas necesarias, por el amor de Dios; y durante toda aquella Cuaresma quisieron proveerlos en sus necesidades.

Y considerando fray Egidio la gran misericordia de Dios y la caridad de aquellos hombres, dijo a su compañero:

-Hermano mío carísimo: hasta ahora hemos rogado a Dios que nos provea en nuestra necesidad y hemos sido escuchados; ahora nos toca tributarle gracias y gloria, y orar por aquellos que nos han alimentado con sus limosnas y por todo el pueblo cristiano.

Y con gran fervor y devoción, tanta gracia concedió Dios a fray Egidio, que fueron muchos los que, a ejemplo suyo, dejaron este mundo ciego, e hicieron en sus casas grandísima penitencia.

Capítulo VII

Del día de la muerte del santo fray Egidio

La vigilia de San Jorge, a hora de Maitines, cumplidos los cincuenta y dos años, puesto que en las calendas había recibido el hábito de San Francisco, el alma de fray Egidio fue recibida por Dios en la gloria del Paraíso; esto es, en la fiesta de San Jorge.

Capítulo VIII

De cómo un santo varón, estando en oración, vio que el alma de fray Egidio escalaba la vida eterna

Un buen hombre, estando en oración, cuando fray Egidio pasó de esta vida, vio a su alma con una multitud de otras salidas del Purgatorio, escalando el Cielo, y a Jesucristo saliendo al encuentro de fray Egidio con muchos ángeles, y con todas aquellas almas, con gran melodía, entrar en la gloria del Paraíso.

Capítulo IX

De cómo, por los méritos de fray Egidio, el alma de un amigo de un fraile predicador fue librada de las penas del Purgatorio

Habiendo enfermado fray Egidio, de modo que a los pocos días murió, un fraile de Santo Domingo enfermó de muerte. Tenía éste un amigo fraile, y viendo que se acercaba la hora de su muerte, éste le decía al fraile enfermo:

-Hermano mío; yo quiero que, si Dios lo permite, después de la muerte me visites para conocer tu estado.

Y el enfermo prometió retornar cuando le fuese posible. Fray Egidio murió el mismo día que aquél; y después de la muerte éste apareció al hermano predicador vivo, y le dijo:

-Voluntad de Dios ha sido que observase la promesa.

Y dijo el vivo al difunto:

-¿Qué te ha sucedido?

Contestó el difunto:

-Atiende bien: el mismo día que yo fallecí, murió un santo fraile menor que se llamaba fray Egidio, a quien, por su gran santidad, concedió Jesucristo que todas las almas que se hallaban en el Purgatorio fuesen llevadas por el santo al Paraíso, entre los cuales yo me contaba, sufriendo grandísimos tormentos; y ya, por los méritos de fray Egidio, me veo libre.

Y dicho esto desapareció enseguida, y el fraile no reveló a nadie esta visión. El dicho fraile enfermó, y pensando de súbito que Dios le había castigado por no haber revelado la virtud y la gloria de fray Egidio, envió a buscar a los frailes menores, y acudieron cinco parejas de éstos; y convocados con ellos los frailes predicadores, reveló, con gran devoción, la visión predicha; y buscando con mucha diligencia, hallaron que pasaron un mismo día de esta vida.

Capítulo X

De cómo Dios había concedido su gracia a fray Egidio, y del año de su muerte

Decía de fray Egidio el fraile Buenaventura de Bagnioreggio, que Dios le había concedido una gracia especial para todos ellos que le encomendaban, con devota intención, las cosas tocantes al alma.

Durante su vida obró muchos milagros y también después de su muerte, como se lee en su leyenda.

Y pasó de esta vida a la gloria superior en los años del Señor mil doscientos cincuenta y dos, el día de San Jorge; y hállase sepultado en Perusa, en el convento de los frailes menores.

Capítulo XI

De una interesante controversia que tuvo fray Egidio con fray Gerardino[26]

Estando cierta vez en la ciudad de Perusa el santo fray Egidio, vino a visitarlo la nobilísima dama de Roma, ilustre Jacoba de Sietesolios, muy devota de los frailes menores. Mientras estaban platicando llegó un fraile muy espiritual y devoto, llamado fray Gerardino, el cual, en presencia de otros frailes, rogó a fray Egidio que le dijese alguna palabra de edificación. Condescendiente fray Egidio, dijo:

-Por aquello que el hombre puede llegar a lo que no quiere.

Entonces, para hacerle hablar más, dijo fray Gerardino:

-Maravíllome mucho, fray Egidio, de que por lo que el hombre puede, venga a lo que no quiere. Porque el hombre de por sí no —203→ puede nada, y esto lo puedo probar con varias razones. Es la primera: el poder presuponer el ser, y la operación es conforme a éste, como vemos en el fuego que calienta, porque es cálido. Pero el hombre de por sí nada es. *El que piensa que es algo, no siendo nada, se engaña*, dice el apóstol; y si es nada, síguese que nada puede. Es la segunda: porque si pudiese algo, sería o por razón del alma separada del cuerpo, o por razón del cuerpo solo, o por la de ambos unidos. Pero el alma despojada del cuerpo no puede merecer ni desmerecer; el cuerpo sin el alma, tampoco, porque está sin vida, es decir, sin forma y todo acto es forma; pues por razón del conjunto, si el alma separada del cuerpo no puede, menos podrá unida a él, porque el cuerpo corruptible agrava al alma, y si un jumento no puede andar sin carga, mucho menos ella...

Hasta una docena de argumentos propuso fray Gerardino a fray Egidio para hacerle hablar y que se explicase; y todos los presentes se maravillaban de la argumentación de fray Gerardino. Por fin, fray Egidio contestó:

-Mal hablaste, fray Gerardino, tienes que confesar la culpa por todo esto.

Fray Gerardino la confesó sonriendo, y al ver fray Egidio que no la confesaba de corazón, dijo:

-De esta manera no vale; y cuando aun el decir la culpa es sin mérito, no le queda al hombre por dónde satisfacer -y añadió-: Fray Gerardino, ¿sabes cantar?

Y habiendo respondido que sí, díjole fray Egidio:

-Pues canta conmigo.

Y en diciendo esto sacó fray Egidio de su manga una cítara como las que los muchachos suelen hacer, y empezando desde la primera cuerda y siguiendo por las demás, fue contestando en verso, deshaciendo, uno por uno, los argumentos todos de fray Gerardino. Contra el primero cantó:

Yo no hablo del ser del hombre antes de la Creación,
fray Gerardino;
porque entonces nada es y nada puede;

hablo del hombre ya creado, al que dio Dios
la voluntad para merecer obrando el bien o desmerecer
haciendo el mal.
Has dicho mal y erraste, fray Gerardino,
porque el Apóstol no habla de la nada en cuanto al ser,
ni en cuanto al
poder;
sino en cuanto al merecimiento; por esto dice:
Si caridad no tuviere, nada soy.
—204→
Del alma separada del cuerpo, ni del cuerpo muerto
hablé,
sino del hombre vivo, que consintiendo a la gracia obra
el bien,
y rebelándose contra ella, obra el mal;
y si la Escritura dice «el cuerpo que se corrompe, al
alma agrava»,
no le niega al hombre el libre albedrío.

Y siguiendo de este modo fue rebatiendo los argumentos tan sutil y devotamente que fray Gerardino confesó de nuevo su culpa, pero esta vez reconociendo que la criatura puede algo.

Y exclamó después fray Egidio:

-Ahora has dicho bien la culpa. ¿Quieres que te demuestre aún más claramente que la criatura puede algo?

Y subiendo sobre un arca, gritó:

-¡Oh, mísero condenado que yaces en el Infierno!

Y contestándose a sí mismo, haciendo la persona del condenado, con voz fuerte, terrible y espantosa, dijo entre alaridos y lamentaciones:

¡Ay! ¡Ay! ¡Desgraciado de mí!

-Dinos -preguntó fray Egidio-. ¿Por qué te has ido al Infierno?

-Porque los males que podía evitar, no los evité; y el bien que pude hacer, no hice.

-¿Qué harías, infeliz condenado, si tuvieras tiempo de penitencia?

-Poco a poco apartaría de mí a todo el mundo para librarme de las penas eternas; ¡porque el tiempo tiene fin y mi condenación jamás tendrá fin!

Luego, volviéndose fray Egidio a fray Gerardino, le dijo:

-¿Has oído cómo la criatura puede algo? Dime ahora: Si cae en el mar una gota de agua, ¿le da su nombre al mar o el mar a la gota?

Y contestó que queda absorbida la gota y su nombre, y todo se llamará mar.

En esto fray Egidio fue arrebatado en éxtasis a vista de los presentes y entendió que la naturaleza humana respecto a la divina, fue absorbida como gota en el océano infinito de la divinidad al encarnarse Nuestro Señor Jesucristo. El cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

—205→

Capítulo XII

De cómo fray Egidio hizo brotar tres lirios ante un fraile predicador que dudaba de la virginidad de María

Viviendo fray Egidio hubo un gran maestro de la Orden de Predicadores el cual padeció muchos años grandes dudas acerca de la virginidad de la Madre de Dios, pareciéndole imposible que pudiese ser, a un mismo tiempo, madre y virgen. Pero como verdadero católico se dolía mucho de sus dudas y deseaba hallar algún santo varón iluminado de Dios que le librase de ellas. Teniendo noticias de la santidad de fray Egidio y de cómo muchas veces era arrebatado en éxtasis permaneciendo en el aire, se determinó a ir en busca de él para manifestarle sus dudas. Al mismo tiempo fray Egidio, estando de noche en oración, Dios le puso de manifiesto la tentación de aquel fraile y cómo a la mañana siguiente vendría para manifestársela. Fray Egidio tomó el báculo en que solía apoyarse, porque ya era muy anciano, y salió a su encuentro. En cuanto lo vio venir, sin darle tiempo a que saludase ni dijese palabra alguna, hirió la tierra con su báculo, exclamando:

-Hermano predicador: ¡Virgen antes del parto!

Y en el sitio donde había dado con su báculo brotó súbitamente un lirio hermosísimo. Dio luego otro golpe, diciendo:

-Hermano predicador: ¡Virgen en el parto!

Y de la misma manera brotó otro lirio blanquísimo.

Y por tercera vez hirió el suelo con su báculo diciendo:

-Hermano predicador: ¡Virgen después del parto!

E inmediatamente brotó un tercer lirio blanquísimo y muy hermoso. Y habiendo dicho y sucedido estas cosas, fray Egidio huyó de aquel sitio. Entretanto el hermano predicador, sintiéndose repentinamente librado de sus dudas y tentaciones, anduvo preguntando muy maravillado si aquel fraile era fray Egidio, y le contestaron que, efectivamente, lo era. Y desde entonces le tuvo siempre grandísima devoción y lo mismo a toda la Orden.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

—206→

Capítulo XIII

▽△

Cómo fray Jacobo de Masa fue aconsejado por fray Egidio

Muy devoto era fray Jacobo de Masa, lego y santo varón que había estado con Santa Clara y con muchos de los primeros compañeros de San Francisco.

Teniendo el dicho fray Jacobo de Masa éxtasis por la gracia de Dios, quiso ser aconsejado de fray Egidio sobre la manera de conducirse con esta gracia.

Y contestole fray Egidio:

-Ni añadas, ni disminuyas, y huye de la multitud cuanto te sea posible.

A lo cual contestó fray Jacobo de Masa:

-¿Qué quieres decir con esto? Ruégote, reverendo padre, que me lo expliques.

Y fray Egidio contestó seguidamente al santo fray Jacobo de Masa:

-Cuando el entendimiento está dispuesto para ser introducido en aquella gloriosísima luz de la Divina Bondad, no añadas por presunción, ni disminuyas por negligencia y ama cuanto te sea posible la soledad para guardar la gracia.

En loor de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

—207→

Apéndice a la vida de fray Egidio[27]

▽△

De ciertas revelaciones, visiones y tentaciones que tuvo antes de su muerte

San Francisco sabía, por la gracia del Espíritu Santo, que fray Egidio era varón de Dios y de buen ejemplo, de lo cual alegrábase mucho, y le facultó para que morase donde quisiese; pero fray Egidio le contestó que no quería vivir con tanta libertad. A los siete años de su conversión le envió San Francisco a un desierto del llano de Perusa, llamado *Fabione*, donde, en razón a sus buenas obras, Dios obró con él grandes prodigios. Entre otros muchos beneficios que le hizo Dios, estando cierta noche en oración, tuvo tanta consolación divina, que parecía que Dios quería llevarse su alma para sí; su cuerpo resplandecía como el sol, y el Señor le manifestaba muchos secretos, y de tal suerte le daba fuerzas en su servicio y tuvo tanto consuelo y tan elevada contemplación, que su alma arrebatada en Dios, sentía una secreta alegría que no quería descubrir. Por lo cual decía:

-¡Bienaventurado el varón que sabe guardar y conservar las cosas secretas de Dios; porque nada hay tan oculto que no sea manifiesto y revelado queriéndolo Dios! Yo tengo miedo a mí mismo y —208→ prefiero que antes sean reveladas por otros que por mí. El enemigo de la humanidad progenie se esfuerza siempre atormentando a los santos de Dios, con permiso del Altísimo.

Poco después de estas consolaciones y en aquel mismo desierto, entrando una vez en su celda, luego de haber dicho sus oraciones, vio a Satanás, y no pudiendo sufrir su fealdad, púsose en oración, rogando con el corazón a Dios, puesto que con la lengua no podía. Y enseguida viose libre de la enojosa presencia del demonio. Pocos días después, hablando con San Francisco, le preguntó:

-¿Hay algo más doloroso que ver al demonio, que sólo durante un padrenuestro causa la muerte al hombre?

Contestó San Francisco:

-Nadie podría sufrir la vista del demonio durante el rezo de medio padrenuestro sin morir repentinamente, si Dios no le socorriera con sus auxilios.

Y oyéndole fray Egidio se convenció de esta verdad. En otra ocasión, antes de esto, estando en la iglesia de San Apolinar de la ciudad de Spoleto, donde vivían los frailes en aquel tiempo, levantose de noche y entrando en la iglesia muy de madrugada, púsose arrodillado en oración, cuando sintió sobre sí al demonio que le oprimía y molestaba. Escapando como pudo, llegó a la pila del agua bendita y persignándose con el agua se vio seguidamente libre del enemigo. Dieciocho años después de su conversión, en aquél en que pasó de esta vida al Cielo San Francisco, yendo fray Egidio y su compañero al desierto desde el obispado donde estaba el convento de los frailes, la noche siguiente a su llegada, vio en sueños a un emperador que se le mostraba con gran familiaridad, lo cual debía significar algo que le ocurriría. Entonces levantáronse y siguieron hacia el yermo, donde quería celebrar fray Egidio con su compañero la cuaresma de San Martín. Allí fray Egidio vio en visión a San Francisco, y en viéndolo le dijo:

-Quisiera que hablásemos los dos.

A lo cual contestó San Francisco:

-Me place; y no tengas pereza si quieres hablarme.

Lo cual dijo con el fin de alentarlo a prolongar su oración. Antes de Navidad, estando durante la noche orando con toda devoción apareciósele visiblemente el Señor. Fray Egidio, por el mucho olor que sentía, daba grandes voces y parecía que su naturaleza iba a desmayarse por no poder resistir a tanto goce; y como cierto fraile —209→ oyese las voces que daba a causa de aquel suave olor, empezó a temer mucho. Y llamó a su compañero, y le dijo:

-¡Ven enseguida que fray Egidio se muere!

Y acudiendo aquél le preguntó qué tenía. Y contestó fray Egidio:

-Ven, hijo; pues deseaba mucho verte.

Porque, en efecto, le amaba mucho y confiaba en él, ya que conocía sus buenas costumbres desde la infancia. Y contole detalladamente cuanto le había acontecido. Oyendo estas cosas el compañero de fray Egidio, comprendió que todo era obra divina; y como volviera después a la celda de fray Egidio y le hallase llorando y lamentándose mucho, advirtiole que no se afligiese tanto, porque en ello íbale la vida. A lo cual fray Egidio contestó:

-¿Cómo no he de llorar yo, puesto que comprendo cuán enemigo soy de Dios y cuánto Él es misericordioso y quiere concederme tan grandísimos favores que dudo mucho que pueda cumplir su santa voluntad?

Y decía estas cosas por la gracia especial que Dios le había concedido; gracia por la cual habíase renovado maravillosamente; y dijo a su compañero:

-Hasta el presente iba adonde quería y cuanto quería hacer lo efectuaba con la ayuda de mis manos; pero de ahora en adelante no será así, puesto que siento en mí mismo lo que debo hacer y se me pide mucho más de lo que puedo dar.

Y su compañero le dijo:

-El Señor da la gracia a su sirviente y con su gracia le rige: sin embargo, bueno es tener temor.

Y esta respuesta fue muy del agrado de fray Egidio. Y no es posible decir cuánto fue el placer y el desconocido y suavísimo olor de que gozó desde tres días antes de la Natividad del Señor hasta el de la Epifanía, de día y de noche; mas no continuamente, sino con intervalos, de tal manera que le parecía que no podría resistir tanta alegría y claridad como sentía.

Rogaba a Dios fervorosamente que no le impusiera tanta carga, alegando que no era a propósito para ella, pues era tonto, no tenía estudios y mucha simpleza y torpeza. Y cuanto más indigno se creía, más le aumentaba Dios su gracia y dijo, en fin, que de la misma manera como Dios infundió el Espíritu Santo a los Apóstoles, así también se hizo con él. Cierta noche, cuando fray Egidio se —210→ hallaba delante de su celda hablando con aquel su compañero de las cosas de Dios con mucha devoción, vieron un gran resplandor. Y preguntándole el compañero a fray Egidio qué era aquello, contestó:

-Déjalo pasar.

Había entonces un varón religioso y santo a quien Dios había revelado sus secretos, por lo cual un poco antes de que le sucediese aquello a fray Egidio, vio en sueños, aquel santo religioso, que un día apenas salido el sol se volvía a poner. Y como viera después a fray Egidio tan cambiado y tan maravillosamente exaltado de nuevo espíritu de gracia, le dijo que su fin sería al lado del Hijo de la Virgen. Luego fray Egidio, después de estas cosas, conservó la gracia con cuanta solicitud pudo; y decía:

-Sobre todas las gracias y virtudes, es la mayor seguir las virtudes y conservar las gracias que nos han sido dadas. Por esto se ha dicho que los Apóstoles, fuego que hubieron recibido el Espíritu Santo, tenían mucha más carga sufriendo las tribulaciones y conservando la gracia que les había sido concedida. De entonces en adelante fray Egidio estaba velando en su celda y evitaba cuidadosamente cualquier distracción; y si alguno le refería algo o le preguntaba alguna cosa, decía lo siguiente:

-No quiero saber el pecado ajeno.

Y cuando se le refería algo:

-Mira hermano: guárdate bien de mirar lo ajeno sino en cuanto te sea de utilidad o de interés; al siervo bueno y fiel, le da Dios mayores cosas y le aumenta la gracia dada de tal manera que no la puede ocultar.

Por esto mismo si alguno trataba con él de la gloria y de los goces del Paraíso, inmediatamente se extasiaba su espíritu y permanecía inmóvil sin hablar ni moverse del sitio, y así permanecía mucho tiempo, de día y de noche.

Por esto también esquivaba la compañía de los seglares y aun la de los frailes y religiosos. Acerca de esto, decía:

-Mucha mayor seguridad tiene el hombre de salvar su alma con pocos que con muchos; es decir, viviendo solitario, pensando únicamente en Dios y en su alma, porque sólo Dios creó el alma y el cuerpo y es su amigo y no los demás.

Y hablando por experiencia, decía también:

-¡Qué grande y extraordinaria excelencia el conocimiento de la —211→ propia alma! Solamente la conocen Dios y aquél a quien Él se digna revelarlo. Si San Pedro y San Pablo bajaran a este mundo y me encargaran de otros, no satisfaría a las personas que

quisieran hablarme y no las creería. Quien atiende mejor al negocio de su propia alma, hace mejor el de sus amigos. Y el hombre puede perder por su culpa muchas consolaciones y visitas de Dios, que no encontraría después jamás.

A ejemplo de lo cual ponía el de aquéllos que juegan a los dados, en los cuales, por un punto que es cosa tan pequeña, pierde un hombre; y así también, por un leve pecado, si el hombre no acierta a guardarse, pierde mucha ganancia en su alma.

Decía también San Francisco:

-Ten cuidado, no pierdas riendo lo que has ido ganando llorando.

Fray Egidio desde los primeros días de su conversión no se cuidó mucho de su cuerpo, poniendo siempre su pensamiento en Dios y en su alma, y así había hallado gracia en Dios y había sido honrado por Él con la apreciación de secretos celestiales. Y como en los tiempos de San Francisco pensaban como él algunos frailes, dirigiéndose a éstos les decía:

-Conviene guardar los secretos de Dios y su tesoro, con mucho temor y vigilancia.

Fray Egidio recomendaba el convento de Scettona y, por la misericordia de Dios y la gracia singular que le había sido mostrada en este convento, alabábalo sobre todos los demás de esta y de la otra parte del mar; y decía que al convento de Scettona debían ir los hombres con suma reverencia y gran devoción, porque él, con razón, decía estas cosas.

¡Oh, fray Egidio! ¡Varón verdaderamente santo a quien Dios ha concedido tanta gracia!

Refiriéndose a otra persona hablaba de sí mismo y decía:

-Cuenta San Pablo que fue arrebatado hasta dos veces y no sabía decir si en cuerpo o fuera de él. Dios sabe lo que yo no sé; de haberlo sabido, ciertamente lo hubiera dicho.

Viviendo fray Egidio en el convento del Santo Ángel, existente en el condado de Perusa, cierto día por la tarde, a la hora de los frailes acostumbraban retirarse después de cenar, comenzó a llamarlos con muchas voces y palabras muy ardientes; y se arrobó en su presencia hasta el canto del gallo. Y había una clarísima luz de —212→ luna. Y separándose de los demás frailes y yéndose a

su celda, de pronto apareció sobre él un resplandor tan grande que diríase haberse eclipsado la luz de la luna.

Ante este prodigio casi se desmayaron los demás frailes. Y como volviera con ellos el que poco antes se fuera, les dijo:

-¿Qué hubierais hecho, hermanitos míos, si hubieseis podido ver una cosa mucho mayor, si por tan poco como habéis visto casi os desmayáis?

Y añadió enseguida.

-Aquéllos que no ven las cosas grandes hácenseles grandes las cosas pequeñas; y como los demonios no pueden atacar con el miedo a los hombres santos, les atacan con cosas maravillosas, usando diversas artes de tentación; esto es: de vanagloria y soberbia.

En otra ocasión, hallándose en su celda, oyó a unos demonios que se decían entre sí:

-¿Por qué se afana tanto este hombre, puesto que ya es santo?

Después dijo él a un compañero suyo en quien confiaba mucho, que había oído aquellas palabras sin cuidarse para nada de ellas, porque conoció que eran una tentación del demonio. En otra ocasión, hallábase en el huerto del convento a la sombra de un olivo, cuando le preguntó el demonio:

-¿Qué escribes?

Y él contestó:

-¿Quieres que te lo diga?

Y como el demonio contestara: «Sí, dímelo», dijo fray Egidio:

-El fuego es para nosotros una unción y la contemplación una papilla.

Y otras cosas dijo en su lengua que yo no entendí, porque ignoraba todas aquellas cosas. Otra vez, reprendiendo con toda humildad y caritativamente a un hermano que se lo merecía, como éste se disgustara un poco, en llegando la noche tuvo una visión que le manifestó:

-No te enfades, hermano, por la reprensión del santo, que quien le crea, bienaventurado será.

El dicho hermano fuese muy luego a él, rogándole que le reprendiera más duramente.

Acercándose el tiempo de su muerte, a fin de que tuviera más descanso y más victorias, era entonces mucho más tentado del

adversario; —213→ y así, cierta noche, queriendo descansar después de una muy larga oración, comenzó el demonio a apretarle tan ferozmente, que no podía moverse; y como se quejara con muchas ansias, fray Graciano, que le servía, oyó sus quejidos, y acercándosele más y oyendo más claramente, comenzó a decir consigo mismo:

-Sigue adelante y ve lo que tiene; si está en oración, le dejas, y si tiene algo, le ayudas.

Y así llegó hasta la misma puerta de la celda y púsose a escuchar y viendo que tenía una gran fatiga, le preguntó cariñosamente qué le ocurría. Y contestó él:

-Ven, hermano, y mírame.

Y como no pudiese abrir la puerta, exclamó muy maravillado:

-¿Qué es esto que no puedo abrir?

Y fray Egidio le dijo:

-Entra, hermano; empuja fuertemente para que puedas abrir, porque yo estoy apoyado en la puerta y no me puedo levantar.

Por lo cual el fraile, empujando fuertemente, abrió, fuese a él y sacándolo al claustro, con toda su fuerza no podía lograr sostenerlo en pie ni enderezarlo.

Y fray Egidio dijo:

-Déjalo estar. Todos estamos en manos de Dios.

Y obedeciendo el fraile a su mandato, le dejó; y dejádole que hubo, el demonio llevóselo de aquel lugar. Y levantándose después fray Egidio y habiendo descansado un poco, dijo a su compañero estas palabras:

-¿Por qué se empeña tanto en impedir los beneficios de Dios? -y agregó-: ¡Bien hiciste, hermano mío, cuando viniste a mí. Dios te lo pague!

Dijo el otro:

-Padre: ¿Por qué no me llamabas ni me decías tu mal? Si entonces hubieses muerto, muy reprensible fuera en ti y en nosotros.

A lo cual contestó fray Egidio:

-¿Qué se te da a ti, hermano mío, si se vengan de nuestros enemigos? Porque cuanto más estorban nuestros enemigos los beneficios de Dios, tanto más son castigados en el Infierno. ¿Por ventura Dios no estuvo defendiéndome desde un principio? Y era

obra de su misericordia que permitió perseguir al pecador que se sabe nacido y concebido en pecado, y no debe maravillarnos que el demonio se esfuerce tanto en estorbar al que quisiese escalar la cumbre desde donde él cayó. Por esto muchas veces me ha atribulado y afligido mucho sin dejarme descansar en modo alguno.

También cierta noche cercana a la festividad de San Benito, hallándose el santo fray Egidio haciendo oración a Dios, el demonio le tentaba, mortificaba y molestaba mucho; por lo cual gritó, con mucho miedo, diciendo:

-¡Auxilio, hermanos! ¡Auxilio, hermanos!

A cuyas voces, fray Graciano, que se hallaba allí cerca, se levantó corriendo y yéndose tras él, comenzó a llamarle y decirle:

-No temas, padre, que yo te socorreré.

Y entrando en su celda, dijo:

-¿Qué tenías, padre?

Y él contestó:

-No te preocupes, hermano.

Y el fraile agregó:

-Déjame estar a tu lado, puesto que el demonio te causa tanto trabajo y molestia.

Pero fray Egidio dijo:

-¡Dios te lo pague, hermano! Has hecho bien en venir; pero ahora vuélvete a tu celda.

Y a la noche, después de comer, dijo:

-Esta noche voy al martirio. ¡Lo espero!

Como si dijera: «No lo rehúso». Por lo cual, estando hablando, dijo a su compañero:

-No habrá ninguna religión mejor ni tan acomodada para servir a Dios, como la de los frailes menores.

Acercándose el día de su muerte, llegándose a los frailes con mucha alegría, dijo moviendo conversación con un compañero.

-¿Qué te parece, hijo mío? Yo he hallado un gran tesoro, de tan grande y esplendoroso fulgor, que mi pobre lengua carnal no lo puede expresar:

Y añadió luego:

-¡Hijo mío! Yo me voy. ¿Qué te parece sobre mi marcha? ¿Seré bendito de Dios?

Y repetía muchas veces estas palabras y estaba tan contento y tan lleno de alegría, que, cuando las decía, parecía ebrio del Espíritu Santo.

Este fraile convidole a comer, y entonces le contestó fray Egidio:

-Yo tengo una vianda mejor.

—215→

Y el fraile, como tentándolo, contestó:

Así conviene, padre mío, que toméis buen alimento.

Pero al santo no le agradaron estas palabras, y dijo:

-No has hablado bien, hermano mío; no has dicho bien. Hubiese preferido que me hubieses dado un golpe.

Es de creer que aquella alma santa apenas se separó del cuerpo mortal iría por aquel fruto del Cielo, por aquel tesoro que tanto había deseado encontrar, desde los días de su conversión hasta aquel día, y por el cual tantísimo se había afanado. Mas aquella muerte que tanto había deseado, concediósela Dios benignísimo, según fue su voluntad; pues estando un día hablándole un hermano de que el siervo de Dios siempre debiera alentar el deseo y la sed de morir en el martirio, fray Egidio, con rostro muy suave y mirada tranquila, contestó:

Yo no quiero morir de otra muerte que de aquella que Dios Nuestro Señor quiera.

De allí a pocos días, muy cercano ya al de su muerte, comenzó a tener fiebre y a sentir mucha fatiga, mucha tos, dolores de cabeza y presión del pecho, sin que pudiera dormir, ni siquiera reposar. Y con el fin de que pudiese tener algún descanso, los frailes le llevaban al lecho.

Un día, siendo la víspera de San Jorge mártir, a la hora de rezar Maitines, habiéndole llevado los hermanos al lecho y pareciendo como que descansaba un poco, sin ningún síntoma de muerte, cerró dulcemente los ojos y los labios, y su alma santísima fue llevada al Paraíso.

Dios te condujo a San Francisco para que le siguieses, y te vistió de religiosos hábitos.

Cincuenta años después del día en que viniste a la Orden para hacer penitencia, te sacó Dios de penitencia y te ha llevado al descanso eterno.

Cierta persona, muy santa, vio en visión que el Señor, con legiones de ángeles y de santas almas, lo llevaron por el aire antes de que subiese al Cielo; y con honor, gloria y cánticos angélicos, acompañaron su alma bienaventurada.

Quinta parte

Comienzan los capítulos de cierta doctrina y dichos notables de San Eginio

—218→ —219→

Y en primer lugar...

- I -

▽△

Capítulo de los vicios y de las virtudes

La gracia de Dios y la virtud son vía y escala que llevan al Cielo; pero los vicios y los pecados son vía y escala para bajar al profundo del Infierno. Los vicios y los pecados son tóxico y veneno mortal; y las virtudes son triaca medicinal. Una gracia conduce a otra y la atrae; y el vicio no sufre ser despreciado. El entendimiento descansa y reposa en la humildad; la paciencia es su hija. Y la santa pureza del corazón ve a Dios; la verdadera devoción lo gusta. Si tú amas serás amado. Si sirves, serás servido. Si temes, serás temido. Si te portas bien con los otros, convendrá que los demás se porten bien contigo. Y bienaventurado es aquél que ama verdaderamente y no desea ser servido de nadie. Bienaventurado el que teme y no desea ser temido. Bienaventurado el que se porta bien con otro y no desea que el otro se porte bien con él. Pero estas cosas son altísimas y de gran perfección, que los necios no pueden conocer ni conquistar.

Tres cosas hay altísimas y utilísimas; y quien las consiga no podrá caer nunca. Es la primera, si sostienes de buen grado y con alegría cualquier tribulación que te ocurra, por amor de Jesucristo. Es la segunda, si te humillas cada día en cuanto hagas y en cuanto veas. Es la tercera que fielmente ames el sumo bien celestial, invisible, con todo tu corazón, al que no verás con los ojos corporales.

—220→

Las cosas más despreciadas y más vituperadas por los hombres mundanos son verdaderamente más aceptables y mejor recibidas por Dios y sus santos; y las cosas que son más honradas y amadas y agradables para los hombres mundanos, son más despreciadas y vituperadas y floridas de Dios y de sus santos.

Esta sucia inconveniencia deriva de la ignorancia y malicia humanas; porque el hombre mísero ama más las cosas que debiera odiar, y tiene en odio aquellas cosas que debería amar más.

Cierta vez preguntó fray Egidio a otro fraile, diciendo:

-Dime, carísimo: ¿Tienes el alma buena?

Contestó el fraile:

-Éste no soy yo.

Y entonces dijo fray Egidio:

-Hermano mío: Quiero que sepas que la santa contrición y la santa humildad y la santa caridad y la santa devoción y la santa alegría hacen al alma buena y bienaventurada.

▽△

- II -

Capítulo de la fe

Todas las cosas que se pueden pensar con el corazón o decir con la lengua, ver con los ojos o palpar con las manos, son casi nada con relación y comparación con las cosas que no se pueden pensar, ni decir, ni ver, ni tocar. Todos los santos y todos los sabios que han pasado, y todos los que viven la presente vida, y

cuantos vendrán detrás de nosotros, que hablaron o escribieron o hablarán o escribirán de Dios, no dicen ni podrán decir de Dios cuanto es, por comparación, un granito de mijo con respecto a la tierra y al Cielo y aun miles de miles de veces menos. Porque toda la escritura que habla balbuciendo, como la madre que balbucea con su hijo para que su hijo la entienda, ni la podría entender si la madre hablase de otra suerte.

Una vez dijo fray Egidio a un juez seglar:

-¿Crees por ventura que son grandes los dones de Dios?

Contestó el juez:

-Lo creo.

A lo cual dijo fray Egidio:

—221→

-Te quiero mostrar cómo no crees fielmente.

Y después añadió:

-¿Cuánto vale lo que posees en este mundo?

Contestó el juez:

-Vale, quizá, 1.000 liras.

Entonces fray Egidio dijo:

-¿Darías tus bienes por 10.000 liras?

Y contestó sin pereza el juez, diciendo.

-Ciertamente los daría de buen grado.

Y dijo fray Egidio:

-Cierta cosa es que todas tus posesiones de este mundo son nada con respecto a las cosas celestiales. Luego ¿por qué no das todas esas posesiones a Cristo para obtener las celestiales y eternas?

Entonces el juez, sabio con la necia sabiduría del mundo, contestó a fray Egidio pura y simplemente:

-Dios te ha llenado de sabia estulticia divina -y agregó-: ¿Crees tú, fray Egidio, que existe hombre alguno que así practique exteriormente lo que cree en su interior?

Contestó fray Egidio:

-Entiende, carísimo, que es muy cierto que todos los santos procuraron poner por obra lo que alcanzaban a comprender que fuese la voluntad de Dios según sus posibles; y lo que no podían llevar a término lo ejecutaban en cierto modo con sus deseos; de

manera que el defecto de la imposibilidad de las obras estaba compensado con los deseos del alma en practicarlas.

Y añadió:

-Si se hallase un hombre de fe perfecta, llegaría a tal estado que tendría plena certeza de su salvación. El hombre que cree con fe firme y espera en aquellos eternos, sumos y altísimos bienes ¿qué mal le puede hacer mal y qué bien, fuera de éste, le puede hacer bien en la presente vida? Al ansioso que pretende este bien sumo, ni le asustan los temporales infortunios, ni le deleitan los vanos goces. Todo lo mira con desprecio, apreciando sólo el bien que merece estimación. Por esto el pecador, si tiene fe mientras vive, no debe desesperar de su eterna salud apelando en su miseria al tribunal de la divina misericordia; porque así como no hay leño torcido, nudoso y contrahecho que no pueda allanar y trabajar el artífice, tampoco hay pecador tan grande que no pueda ser convertido por Dios y adornado con gracias singulares y muchos dones y virtudes.

- III -

Capítulo de la santa humildad

Nadie puede venir en conocimiento de Dios si no es por la virtud de la santa humildad; porque la derecha vía para subir, es ir por abajo. Todos los peligros y las grandes caídas que han sucedido en este mundo no han venido de otra cosa que de alzar la cabeza, esto es, de poner la mente en la soberbia; y esto pruébase por la caída del demonio, que fue echado de los Cielos, por la caída de nuestro primer padre, esto es, Adán, que fue echado del Paraíso por la elevación de la cabeza, esto es, por la desobediencia; y aun por el fariseo de que habla Cristo en el Evangelio, y por muchos otros ejemplos; y por lo contrario, todos los bienes que han sucedido en este mundo, todos van precedidos de la humillación de la cabeza, esto es, por la humillación del entendimiento; lo que se prueba por la beata humildísima Virgen

María, y por el publicano, y por el ladrón de la cruz y por muchísimos otros ejemplos de la Escritura. Y fuera bueno hallar algún peso grande y grave que pudiéramos tener siempre ligado al cuello, para que nos tirase hacia abajo, esto es, que nos humillase. Un fraile preguntó a fray Egidio:

-Dime, padre: ¿Cómo podremos huir de esta soberbia?

Al cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: Atiende bien que no podrás huir de la soberbia si antes no pones la boca donde tienes los pies; pero si consideras bien los beneficios de Dios, entonces conocerás que estás en deuda, y por tal debes inclinar la cabeza. Y más: si piensas bien en tus defectos y en las muchas ofensas que has hecho a Dios, enseguida tendrás ocasión de humillarte. ¡Pero, ay de aquéllos que quieren ser alabados en su malicia! Un grado de humildad tiene aquél que reconoce que busca lo contrario a su verdadero bien. Un grado de humildad, rendir las cosas a quien se debe o de quien son, sin apropiárselas; es decir, que todo bien y toda virtud que el hombre halla en sí no se los debe apropiar, sino solamente a Dios, del cual procede toda gracia y toda virtud y todo bien; mas el pecado y la pasión del alma y cualquier vicio que el hombre halla en sí, se lo debe apropiar, considerando que procede de él mismo y de su propia malicia y no de otros. ¡Bienaventurado el hombre que se conoce y se —223→ reputa vil ante Dios, y con esto delante de los hombres! Porque no será juzgado severamente en el último y terrible juicio. ¡Bienaventurado quien camina sutilmente bajo el yugo de la santa obediencia y bajo el juicio de otros, como hicieron los apóstoles antes y después de recibir el Espíritu Santo!

Y aún dijo fray Egidio:

-Quien quiera conquistar y poseer perfecta paz y quietud, conviene que repute a todo hombre como superior a sí, y conviene que siempre se considere inferior y súbdito de los demás. ¡Bienaventurado el hombre que no pretende ser visto en sus costumbres y en su hablar, ni conocido más que en aquella pura composición y simple adorno con que Dios le adornó y compuso! ¡Bienaventurado el que sabe conservar y esconder las revelaciones y las divinas consolaciones! Porque no hay cosa alguna secreta que Dios no revele cuando le place. Si hombre

alguno fuese el más perfecto y el más santo del mundo y se reputa como el pecador más miserable y el hombre más vil del mundo, en éste estará la verdadera humildad. La santa humildad no sabe hablar; y el beato temor de Dios tampoco.

Dijo fray Egidio:

-Creo que la humildad es semejante a la saeta del trueno; porque así como el rayo percute terriblemente, rompiendo, hundiendo y quemando cuanto halla a su alcance y después no se halla nada del rayo, en tal guisa, semejantemente la humildad azota y disipa, y quema, y consume toda malicia, todo vicio y pecado; y nada se encuentra después de ella. El hombre que posee la humildad, por la humildad halla gracia en Dios y perfecta paz con el prójimo.

- IV -

Capítulo del santo temor de Dios

Quien no tema, demuestra que nada tiene que perder. El santo temor de Dios ordena, gobierna y rige al alma y la lleva a la gracia. Si alguien posee alguna gracia o virtud divina, el santo temor de Dios es el que la conserva. Y quien todavía no ha alcanzado la virtud o la gracia, por el santo temor de Dios la alcanzará. El santo temor de Dios es el conductor de las divinas gracias, porque eleva al alma de do habita, haciéndola llegar a la virtud santa y a las gracias —224→ divinas. Cuantas criaturas caen en pecado, no habrían caído de haber tenido el santo temor de Dios. Pero este santo don de temor no es dado sino a los perfectos; de modo que el hombre es más perfecto cuanto más temeroso y humilde. Bienaventurado el hombre que reconoce que está en una cárcel, que tal es este mundo, y recuerda siempre que ha ofendido gravemente a su Señor. Mucho ha de temer el hombre de la soberbia que no le empuje y le haga caer del estado de gracia en que está; porque nunca el hombre puede estar seguro, teniendo acá a nuestros enemigos, que son las lisonjas de

este mundo miserable y nuestra propia carne, que, con los demonios, siempre es enemiga del alma. Precisa que el hombre tenga siempre mayor temor para que su propia malicia no le venza y engañe, que de ningún otro enemigo. Es imposible que el hombre pueda alcanzar alguna gracia o virtud divina, ni perseverar en ésta sin el temor de Dios. Quien no tuviere temor de Dios, se halla en camino de perecer, y, mayormente, de perderse en absoluto. El temor de Dios hace que el hombre obedezca humildemente e incline su cabeza bajo el yugo de la obediencia; y cuando el hombre posee mayor temor, adora con más fervor; y no es pequeño el don de la operación que le ha sido dado. Las obras virtuosas de los hombres, aunque a mí me parezcan grandes, no son computadas ni remuneradas según nuestra estimación, sino según la estimación y el beneplácito de Dios. Y Dios no mira la cantidad de las fatigas, sino la cantidad del amor y de la humildad. Y por esto la parte más segura para nosotros es la de siempre amar y temer con humildad, y no fiarse nunca de sí mismo de bien alguno, teniendo siempre por sospechosos a los pensamientos que nacen en la mente con el especioso pretexto del bien.

▽△

- V -

Capítulo de la santa paciencia

El que con firme voluntad y paciencia sufre y sostiene las tribulaciones con fervoroso amor a Dios, pronto hallará grandes gracias y virtudes y será señor de este mundo, y en el otro glorioso hallará el premio. Todo lo que obra el hombre, bueno o malo, lo obra para sí mismo. Pero no te escandalices de aquél que te injuria, sino ten paciencia humilde, doliéndote solamente su pecado, teniéndole —225→ compasión y rogando fervorosamente por él. Cuando el hombre es fuerte en sostener y padecer pacientemente injurias y tribulaciones por el amor de Dios, está tanto más cerca de Dios; y cuanto el hombre es más débil en sostener dolores y adversidades por amor de Dios, tanto

es menor ante Dios. Si alguien te alabase diciendo bien de ti, rinde la loa a Dios solo; y si alguien dice mal de ti o te vitupera, ayúdale tú diciendo mal de ti mismo. Si quieres que tu parte sea siempre mejor, estudia hacerla mala, y buena la de tu compañero, culpándote siempre a ti mismo, y alabando o al menos excusando a tu prójimo. Si alguien quiere discutir o litigar contigo, si quieres vencer, pierde y vencerás. Porque si quisieras litigar para vencer, cuando te creyeres vencedor hallarás que es mucho lo que has perdido. Hermano mío: créeme, que la vía derecha de la salvación es la vía de la perdición; y cuando somos buenos llevaderos de las tribulaciones, entonces podemos ser y somos perseguidores de los eternales consuelos.

Mucha mayor consolación y más meritoria cosa es sostener las injurias y los improperios pacientemente, sin murmuración, por el amor de Dios, que apacentar a cien pobres y ayunar cada día, continuamente. ¿Qué útil es el hombre o de qué le sirve despreciarse a sí mismo, y atribular a su cuerpo con grandes ayunos, vigilias y disciplinas, si no puede sostener una pequeña injuria de su prójimo? De la cual, por cierto, conquistaría mayor premio y mayor mérito que de todas las aflicciones que abrace el hombre por su propia voluntad; porque sostener las injurias, los vituperios del prójimo con humilde paciencia y sin murmurar, mejor entonces purga sus pecados que abriendo la fuente de las lágrimas.

¡Bienaventurado el hombre que siempre tiene ante los ojos de su mente la memoria de sus pecados y los beneficios de Dios! Porque sostendrá con paciencia cualquier tribulación o adversidad, de las cuales cabe esperar las grandes consolaciones.

El hombre verdaderamente humilde no espera de Dios premio o mérito alguno, sino que busca cómo podrá satisfacer, reconociéndose en todo su deudor. Y el bien que tiene reconoce tenerlo por la bondad de Dios únicamente y no por sus propios méritos; y toda adversidad la reconoce como castigo por sus pecados.

Un fraile preguntó a fray Egidio, diciendo:

-Padre: ¿Qué haremos si en nuestro tiempo cae sobre nosotros un turbión de males y de tribulaciones?

Contestó fray Egidio diciendo:

-Hermano mío: quiero que sepas que si el Señor ordenase a los Cielos que lloviesen piedras y saetas, no nos harían ningún daño si fuésemos lo que debemos ser; porque en siendo el hombre verdaderamente tal cual debe ser, todo mal y tribulación se le convierte en bien; y al contrario, para el hombre de mala voluntad, todos los bienes se le convierten en mal y en juicio. Si te quieres salvar y caminar hacia la gloria celestial, no huelgas considerando venganza alguna, ni justicia de criatura alguna; porque la herencia de los santos consiste en hacer siempre bien y recibir siempre mal. Si en verdad conocieras cómo y cuán gravemente has ofendido a tu Criador, conocerías que es digna y justa cosa que todas las criaturas te persigan y te den pena y tribulación; y ellas hacen venganza por lo que hiciste tú al Criador. Muy gran virtud es que el hombre se venza a sí mismo; porque el que se vence a sí mismo vence a todos sus enemigos y alcanza todo bien. Y aun fuera mayor virtud si el hombre dejase vencer a sus enemigos los hombres; porque sería señor de todos sus enemigos, esto es, de los vicios y de los demonios, del mundo y de la propia carne. Si te quieres salvar, renuncia y desprecia toda consolación que te puedan dar las cosas todas de este mundo y todas las criaturas mortales; porque con frecuencia son mayores las caídas que sobrevienen a las prosperidades y consuelos, que las que vienen con las adversidades y tribulaciones.

Una vez murmuraba un religioso de su prelado en presencia de fray Egidio por causa de una áspera obediencia que le había impuesto; al cual contestó fray Egidio:

-Carísimo mío: cuanto más murmurarás, tanto más cargarás tu peso y más duro te será sobrellevarlo; y cuanto más humildemente y más devotamente someterás tu cabeza al yugo de la santa obediencia, tanto más leve y más suave te será sobrellevar aquella obediencia. Pero me parece que no quieres ser vituperado en este mundo por el amor de Cristo, y quieres ser honrado en el otro con Cristo; no quieres ser perseguido en este mundo, ni maldecido por Cristo, y quieres en el otro ser bendito y recibido por Cristo; tú no quieres fatigarte en este mundo y quieres en el otro descansar y reposar. Hermano, hermanito: tú vas malamente engañado; porque por la vía de las vergüenzas y de los vituperios llega el

hombre al verdadero honor celestial. Y para sostener las burlas y las maldiciones con paciencia por el amor de Cristo, llega el hombre a la gloria —227→ de Cristo y bien dice un proverbio mundano: «Quien no da de lo que le duele, no recibe lo que quiere». Si es útil naturaleza la del caballo, porque aunque el caballo corra velozmente, no obstante se deja gobernar y guiar y dirigir a la derecha y a la izquierda según la voluntad del jinete, en tal guisa debe hacer el siervo de Dios, esto es: dejarse gobernar, regir, guiar y torcer según la voluntad de su superior y atan de cualquier otro por el amor de Cristo. Si quieres ser perfecto, estudia el modo de ser gentil y virtuoso, y combate con valentía los vicios, sosteniendo pacientemente toda adversidad por el amor de tu Señor atribulado, afligido, vituperado, azotado, crucificado y muerto por tu amor y no por su culpa, ni por su gloria, ni por su utilidad, sino por la tuya, por tu amor; y para hacer lo que te digo, es preciso que te venzas a ti mismo; porque no le vale al hombre inducir y atraer a las almas hacia Dios, si antes no se induce y atrae a Dios a sí mismo.

▽△

- VI -

Capítulo de la ociosidad

El hombre ocioso se pierde en este mundo y en el otro, porque no produce ningún fruto para sí ni presta ninguna utilidad a los otros. Es cosa imposible que el hombre alcance la virtud sin fatiga y solicitud. Cuando puedes estar en lugar seguro, no te pongas en lugar dudoso; en lugar seguro está quien solicita y se aflige y obra y fatiga según Dios y por Dios, y no por premio o miedo de pena, sino por Dios. El hombre que rechaza afligirse y fatigarse por Cristo, rechaza también la gloria de Cristo. Y como la solicitud es útil y nos ayuda casi siempre, la negligencia nos es contraria. Así como la ociosidad es camino que lleva al Infierno, así la santa solicitud es camino que lleva al Cielo. Muy solícito debiera ser el hombre de conquistar y conservar las virtudes y la gracia de Dios,

obrando siempre fielmente con esta virtud y esta gracia. Porque muchas veces sucede que este hombre, que no obra fielmente, que pierde el fruto por las hojas o el grano por la paja. Dios concede a algunos el fruto gratuitamente con pocas hojas, y otros hay que no dan ni frutos ni fronda. Mejor cosa me parece que sepa guardar secretamente —228→ sus bienes y gracias obtenidas de Dios, que saberlas conquistar; porque aunque el hombre sepa ganarlas, si no sabe conservarlas nunca será rico; pero algunos las conquistan poco a poco y se hacen ricos, porque saben conservar lo ganado y su tesoro. ¡Qué cantidad de agua no hubiese recogido el Tíber si no las perdiese por alguna parte! El hombre pide a Dios infinito el don, que es sin medida ni fin. Quien quiere ser amado de Dios y obtener de Él infinito mérito en modo y medida, y no quiere amar a Dios sino con fin y medida; quien quiere ser amado de Dios y obtener de Él un mérito sobre modo y sobre medida, debe amar a Dios sobre todo y sobre medida, y servirle siempre infinitamente. ¡Bienaventurado quien ama a Dios con toda su mente y con todo su corazón y siempre aflige su mente y su cuerpo por el amor de Dios, no buscando premio alguno bajo el Cielo, creyéndose siempre deudor! Si alguien fuese muy pobre y necesitado y otro le dijese: «Quiero prestarte una cosa muy preciosa por espacio de tres días; y sepas que si aciertas a emplear bien esto durante tres días, ganarás un tesoro infinito de modo que serás rico para siempre jamás», ciertamente ese pobre hombre se mostraría muy solícito en usar bien y diligentemente de aquella cosa preciosa; así dijo semejantemente que la cosa que nos presta la mano de Dios es nuestro cuerpo que el buen Dios nos presta por tres días; porque toda la vida sólo es comparable a tres días. Luego si quieres ser rico y gozar eternamente de la divina dulzura, adiéstrate en el bien obrar y usufructuar bien esto que te deja la mano de Dios, esto es, tu cuerpo, en el breve espacio de la vida. Y si no te aprestas a ganar en la vida presente, único tiempo apto, no podrás gozar nunca de la eterna riqueza ni podrás descansar en aquella quietud celestial eternamente. Si todas las posesiones del mundo fuesen de una sola persona y ésta no las trabajase, ¿qué fruto sacaría de ellas? Ciertamente no tendría ni frutos ni utilidad. Pero pudiera ocurrir que un hombre tuviese pocas posesiones, y trabajándolas bien

obtuviere mucha utilidad para sí y para los otros, y frutos en abundancia. Dice un proverbio mundano: «No pongas nunca la olla vacía al fuego, esperando en tu vecino». De tal modo Dios no quiere que ninguna gracia sea ociosa, porque el buen Dios no concede al hombre gracia alguna para que los malogre, sino para que la aproveche con buenas obras.

Decía cierto hombre vagabundo a fray Egidio:

-Padre; ruégoos que me deis algún consuelo.

—229→

-Hermano mío -contestó fray Egidio-; procura estar bien con Dios, y enseguida hallarás el consuelo de que necesitas; porque si el hombre no dispone en su alma de habitación limpia en que Dios pueda reposar, tampoco hallará lugar ni reposo ni consuelo en las criaturas. Cuando el hombre quiere obrar el mal, pocas o ninguna vez pide a los hombres consejo, y para obrar bien, muchos piden consejo y hablan harto prolijamente.

Decía en cierta ocasión fray Egidio a sus compañeros:

-Hermanitos míos: Paréceme que en estos tiempos no se halla nadie que quiera hacer las cosas manifiestamente útiles, no solamente para el alma, sino aun para el cuerpo. Creedme, hermanos; porque lo podría jurar, cuanto más el hombre esquiva y rehúye el peso y el yugo de Cristo, tanto más pesado lo hace para sí mismo y tanto más siente el peso; y, por el contrario, cuanto más ardientemente ama el hombre la tribulación y la penitencia, tanto más ligeras se le hacen para poderlas soportar. No desagrada a Dios que el hombre en este mundo se procure los bienes del cuerpo cuando se ponen al servicio del alma; porque es harto sabido que cuerpo y alma débense juntar para sufrir o gozar eternamente; esto es: para padecer en el Infierno penas y tormentos indecibles o para gozar con los santos y con los ángeles en el Paraíso gozos y consuelos inenarrables por el mérito de las buenas obras. «Porque si el hombre obrase el bien y perdonase bien sin humildad, el bien se convertiría en mal; pues de muchos se sabe que hacían buenas obras laudables, y que por falta de humildad se ha descubierto y conocido la soberbia que las amasaban. Y las obras hechas con humildad no se corrompen».

Un fraile preguntó a fray Egidio:

Padre: me parece que ahora no sabemos conocer nuestros bienes.

Contestó fray Egidio:

-Hermano mío: En verdad nadie ejecuta el arte que no ha estudiado, y por esto ninguno puede obrar el bien si antes no estudia el mérito de las buenas obras. Por esto dígote, hermanito mío, que el más noble arte que existe en el mundo es el del bien obrar. ¿Cómo se podrá saber si no se estudia? ¡Bienaventurado el hombre al cual ninguna cosa creada puede dar mala edificación! Y más bienaventurado es aquél que de todo cuanto ve y oye saca para sí mismo buena edificación.



- VII -

Capítulo del desprecio de las cosas temporales

Muchos dolores y muchas angustias tiene el hombre miserable que pone su corazón y su esperanza en las cosas terrenas, por las cuales abandona y pierde las cosas celestiales y aun a la postre perderá estas terrenales. El águila vuela muy alto; pero si tuviese algún peso ligado a sus alas, no podría volar muy alto; y así el hombre, por el peso de las cosas terrenas no puede volar alto, esto es, llegar a la perfección; pero el hombre sabio que se liga el peso de la memoria y de la muerte y del juicio en las alas del corazón, por causa del gran temor, no podría volar alto por las vanidades y las riquezas de este mundo que son causa de perdición. Vemos hoy que los hombres del mundo trabajan y se fatigan mucho, y métense en graves peligros corporales para conquistar las riquezas falaces; y después que háyanse fatigado mucho y trabajado, vendrá la muerte y dejarán lo que habían conquistado en esta vida, pues no puede fiarse de este mundo falaz que engaña al hombre que lo cree, y por esto es mentiroso. Pero quien desea y quiere ser grande y muy rico, busque y ame las riquezas y los bienes eternales, que siempre sacian y nunca fastidian ni vienen a menos. Si no queremos errar, tomemos

ejemplo de las bestias y de las avecillas que están contentas después de haber comido, ni buscan más hasta que de nuevo tienen necesidad.

Dice fray Egidio que las hormigas no gustaban tanto a San Francisco como los demás animales, por la gran solicitud que tenían de reunir riqueza de grano durante el verano para el invierno; pero decía que los pájaros le agradaban mucho más porque no reunían de un día para otro. Pero la hormiga nos da ejemplo de que no debemos estar ociosos en el tiempo del verano de esta vida presente, para que nos hallemos vacíos y sin fruto en el invierno del último y final del juicio.

—231→

▽△

- VIII -

Capítulo de la santa castidad

Nuestra mísera y frágil carne humana es parecida al cerdo, que siempre se deleita yaciendo y enfangándose en el barrizal, reputando al fango como una gran delectación. Nuestra carne es el caballero del demonio, porque resiste y combate todo lo que es según Dios y según nuestra salud.

Un fraile preguntó a fray Egidio, diciendo:

-Padre: enséñame cómo podremos guardarnos del vicio carnal.

Fray Egidio contestó:

-Hermano mío: Quien quiere mover un gran peso o una gran piedra y mudarla de sitio, debe estudiar el modo de moverla más por ingenio que por la fuerza: Y de la misma manera, si queremos vencer los vicios carnales y conquistar la virtud de la castidad, mejor la conquistaremos con la humildad y por el régimen espiritual bueno y discreto, que por la presuntuosa austeridad y fuerza de penitencia. Todo vicio oscurece y perturba la santa y resplandeciente castidad; pero la castidad es como un espejo claro que se oscurece y perturba, no solamente por el tocamiento de las cosas sucias, sino aun por el aliento del hombre. Y es cosa imposible que el hombre llegue a alguna gracia espiritual

mientras se encuentra inclinado a las concupiscencias carnales. Mas combate valientemente contra tu sensual y frágil carne, propiamente tu enemiga, que siempre te quiere contradecir, de día y de noche; cuya carne, nuestra mortal enemiga, quien la vencerá, tenga por cierto, que ha vencido y dispersado a sus enemigos, y llegará pronto a la gracia espiritual y al estado de virtud y de perfección.

Decía fray Egidio:

-Entre todas las virtudes, yo elegiría la virtud de la castidad, porque tiene en sí y por sí misma alguna perfección; y no existe virtud alguna que pueda ser sin la de la castidad.

Un fraile preguntó a fray Egidio, diciendo:

-Padre: ¿no es mayor la virtud de la caridad que la de la castidad?

-Dime, hermano -contestó fray Egidio-; ¿existe cosa más casta que la santa caridad?

Muchas veces fray Egidio cantaba este soneto:

—232→

¡Oh, santa Castidad!
¡Oh, cuán grande es tu bondad!
Verdaderamente eres preciosa
y tal y tan suave es tu olor
que quien no te ensaya
no sabe cuánto vales.
Por esto los necios
desconocen tu valor..., etc.

Un fraile preguntó a fray Egidio, diciendo:

-Padre: tú que tanto recomiendas la virtud de la castidad, ruégote que me declares qué es la castidad.

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: Yo te digo que es llamada propiamente castidad la solícita custodia y guarda de los sentidos corporales y espirituales, conservándolos para sólo Dios puros e inmaculados.

- IX -

Capítulo de las tentaciones

Las grandes gracias que el hombre recibe de Dios, no puede disfrutarlas con tranquila paz, porque sobrevienen muchas cosas contrarias, perturbaciones y adversidades contra dichas gracias. Porque el hombre, tanto como es más gracioso a Dios, tanto y más fuertemente es combatido por los demonios. Pero el hombre nunca debe cejar en el combate para poder corresponder a la gracia que de Dios ha recibido; porque cuando es más fuerte la batalla, tanto será más preciosa la corona si vence en el combate. Pero nosotros no tenemos muchas batallas, ni muchas tentaciones, ni muchos impedimentos si somos tales como corresponde en la vida espiritual. Pero es bien verdad que si el hombre caminase recta y discretamente por la vía de Dios, no hallaría fatiga ni tedio en su viaje; pero el hombre que camina por el siglo no puede rehuir las muchas fatigas, el tedio, las angustias, las tribulaciones y los dolores y, por último, la muerte.

Dijo un fraile a fray Egidio:

-Padre mío: me parece que te has contradicho; porque dijiste antes que cuando el hombre es más virtuoso y recibe más gracias de Dios, tiene mayores enemigos y más batallas en la vida espiritual; y, por el contrario, dices que el hombre que camine recta y —233→ discretamente por la vía de Dios, no sentiría fatiga ni tedio en su viaje.

A lo cual contestó fray Egidio declarando las contrariedades de los dos términos, respondiendo de esta suerte:

-Hermano mío: cierta cosa es que los demonios presentan más batallas de tentaciones contra los que tienen buena voluntad que contra los que no la tienen según Dios. Pero el hombre que va directa y fervientemente por los caminos de Dios, ¿qué fatiga y qué tedio y qué mal podrán hacerle los demonios y todas las adversidades del mundo? Porque ve ante sí un precio infinitamente mayor que no valen aquéllas. Mas te digo en verdad: aquél que estuviese abrasado en el amor divino, cuanto más combatido es por los vicios, tanto o mayor aborrecimiento de ellos

adquiere. Los pésimos demonios tienen por costumbre combatir y tentar al hombre cuando se halla en alguna enfermedad o debilidad corporal, o cuando padece algún afán, está enfriado o angustiado, o cuando tiene sed o hambre, recibe injurias y vergüenzas o daños temporales o espirituales; porque los malignos conocen que en tales horas y situaciones el hombre es más apto para recibir tentaciones; pero yo te digo que por cada tentación o vicio que vencieras, adquirirás una virtud; y aquel vicio por el cual eres combatido, en venciéndole tú, recibirás mayor gracia y mayor corona.

Un fraile pidió consejo a fray Egidio, diciendo:

-Padre: con frecuencia soy tentado de una pésima tentación, y muchas veces he rogado a Dios que me libre de ella; y no obstante, Dios no la quita; aconséjame, padre, qué debo hacer:

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: cuando más noblemente guarnece un rey a sus caballeros de nobles y fuertes armamentos, tanto más fuertemente quiere que combatan contra sus enemigos por su amor.

Un fraile preguntó:

-Padre: ¿qué remedio tomaré para ir a la oración de mejor grado y con más deseo y fervor? Porque cuando voy a la oración, me hallo duro, perezoso, árido y poco devoto.

Fray Egidio contestó, diciendo:

-Un rey tiene dos siervos: el uno cuenta con armas poderosas para vencer, y el otro no tiene armadura, y los dos quieren entrar en batalla contra los enemigos del rey. El que va armado entra en batalla y vence gloriosamente; y el desarmado dice a su señor: —234→ «Señor mío: tú ves que ando desnudo de armas; mas por tu amor quiero también entrar en batalla y combatir desarmado como estoy»; y entonces el buen rey, viendo el amor de su siervo fiel, dice a sus ministros: «Id con este mi siervo y facilitadle armas para que pueda combatir, entrando con seguridad en la batalla; y señalad todas sus armas con mi sello real, para que sea conocido como mi caballero fiel». Y así ocurre muchas veces cuando el hombre entra en oración; esto es, que se encuentra desnudo, sin devoción, perezoso y duro de ánimo; pero se esfuerza por amor de su señor para entrar en las batallas de la oración; y entonces

nuestro benignísimo Rey y Señor, viendo el esfuerzo de su caballero, le da, por manos de sus ministros los ángeles, la devoción del fervor y la buena voluntad. Alguna vez sucede esto: que el hombre comienza alguna obra grandemente fatigosa, como desbrozar y cultivar la tierra o la viña, a fin de poder obtener su fruto en su tiempo. Y muchos por la gran fatiga y por los muchos afanes que supone, se cansan y se arrepienten de la obra comenzada; pero si se esfuerzan hasta lograr el fruto, se olvidan de sus fatigas y permanecen consolados y alegres viendo el fruto de que podrán gozar; y así el hombre, manteniéndose fuerte en las tentaciones, llegará a muchos consuelos. Porque después de las tribulaciones, dice San Pablo, son dados los consuelos y las coronas de vida eterna. Y no solamente será dado el premio en el Cielo a los que resistan a las tentaciones, sino aun en esta vida, según dice el Salmista: «Señor: según la multitud de mis tentaciones y dolores, tus consuelos alegrarán mi alma»; así, que cuanto mayor es la tentación y la batalla, tanto más gloriosa será la corona.

Un fraile pidió consejo, diciendo:

-¡Oh, padre! Yo estoy tentado de pésimas tentaciones; cuando hago algún bien, enseguida estoy tentado de vanagloria; y cuando caigo en algún mal, caigo en tanta tristeza y en tanta acedía, que casi caigo en desesperación.

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: haces bien lamentándote sabiamente de tu pecado; pero yo te aconsejo que te duelas discreta y templadamente, recordando siempre que aún es mayor la misericordia de Dios que tu pecado. Pero si la misericordia de Dios recibe a penitencia al gran pecador que peca voluntariamente, cuando se arrepiente, ¿crees tú que este buen Dios abandonará entonces al pecador no —235→ voluntario si se presenta contrito y arrepentido? Aún aconséjote que no dejes nunca de obrar el bien por miedo a la vanagloria; porque si el hombre para sembrar dijese: «Yo no siembro porque tal vez si siembro vendrán los pájaros y se comerán la semilla»; porque cierta cosa es que si no siembra tampoco tendrá cosecha. Pero si siembra su semilla, aun cuando los pájaros coman parte de ella, el sembrador recoge parte mayor; y así cuando el hombre es

combatido de la vanagloria, mientras no haga el bien por vanagloria, sino peleando contra ella, te digo que no pierde el mérito del bien que hace, aun siendo tentado.

Un fraile dijo a fray Egidio:

-Padre: dícese que San Bernardo, cierta vez rezó los salmos penitenciales con tanta tranquilidad de mente y con tanta devoción, que no pensó o meditó en nada sino en la propia sentencia de los salmos.

A lo cual dijo fray Egidio:

-Hermano mío: yo reputo como mucha mayor proeza la de un señor que tenga un castillo, combatido y asediado de enemigos y que, no obstante, se defiende tan valerosamente que no logra entrar dentro su enemigo que el del caballero que está en paz y no tiene contradicción alguna.

▽△

- X -

Capítulo de la santa penitencia

El hombre debería afligirse siempre mucho y macerar su cuerpo y padecer de buen grado cualquier injuria, tribulación o angustia, dolor, vergüenza, desprecio, vituperio, adversidad o persecución por amor de nuestro buen Maestro Jesucristo, el cual nos dio ejemplo desde el día de su nacimiento hasta el de su santísima Pasión, llevando siempre sobre sí angustia, tribulación, dolor, desprecio, afán o persecución solamente por nuestra salud. Y si queremos llegar al estado de gracia es preciso caminar siempre, en cuanto es posible, siguiendo los caminos y los vestigios de nuestro buen Maestro Jesús.

Un hombre seglar preguntó a fray Egidio:

-Padre: ¿Cómo nosotros, los seglares, podremos llegar al estado de gracia?

—236→

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: el hombre debe primeramente dolerse de sus pecados con gran contrición de su corazón; y después debe confesar al sacerdote con amargura y dolor del corazón, acusándose puramente, sin atenuaciones ni excusas, y después debe cumplir plenamente la penitencia que le ha sido impuesta por el confesor; y aun débese guardar de todo vicio y de todo pecado y de la oración de pecado; y más, debe ejercitarse en las buenas obras virtuosas de Dios o a favor de su prójimo; y haciéndolo así llegará al estado de gracia y de virtud. Bienaventurado el hombre que tiene continuamente dolor de sus pecados, llorándolos de día y de noche con amargura del corazón, solamente en cuanto son ofensas hechas a Dios. Bienaventurado el hombre que tiene siempre delante de los ojos de su mente las aflicciones, las penas y los dolores de Jesucristo, y que por su amor ni quiere ni recibirá consuelo alguno temporal en este mundo de amargura tempestuosa, hasta tanto llegue a la consolación celestial de la vida eterna, donde serán siempre cumplidos sus deseos con la plenitud del goce.

- XI -

Capítulo de la santa oración

La oración es principio, medio y fin de todo bien; la oración ilumina al alma y por ella discierne el alma el bien del mal. Todo pecador debería orar cada día, continuamente, con fervor de corazón; esto es: rogar a Dios humildemente que le conceda el perfecto conocimiento de su propia miseria y de sus pecados, y de los beneficios que ha recibido o recibe de Dios. El hombre que no sabe orar ¿cómo puede conocer a Dios? Todos aquellos que se quieran salvar, si son personas de claro entendimiento, precisa que se den a la oración.

Dijo fray Egidio:

-Si hubiera un hombre que tuviese un hijo que hubiese cometido tanta maldad que estuviera condenado a muerte o

desterrado de la ciudad, haciendo grandísimas plegarias y súplicas, y ofreciendo presentes o tributos con todos sus posibles, pidiendo gracia para su hijo y valiéndose de amigos y conocidos; si esto haría el —237→ hombre para su hijo mortal, ¿cuánto más debería rogar a Dios el hombre por los buenos hombres de este mundo y por los santos, por la propia alma inmortal, cuando es echada de la celestial ciudad o es condenada a muerte por sus muchos pecados?

Un fraile dijo a fray Egidio:

-Padre: me parece que el hombre debería dolerse mucho de no poder obtener la gracia de la devoción en su oración.

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: yo te aconsejo que conviene ir poco a poco con tu dicho. Porque si poseyeses un poco de buen vino en un tonel que tuviese aún en el fondo las heces, irías con cuidado de no removerlas para no mezclar el buen vino con las heces; hasta tanto que la oración no deje parte de la concupiscencia viciosa y carnal, no recibirá el divino consuelo; porque no es clara, a los ojos de Dios, aquella oración mezclada con las heces de la carnalidad. Mas el hombre debe esforzarse cuanto pueda para huir de toda la hez de la viciosa concupiscencia, para que su oración sea limpia ante los ojos de Dios y pueda recibir la devoción y consolación divinas.

Un fraile preguntó a fray Egidio:

-Padre: ¿por qué sucede esto, que cuando el hombre adora a Dios es cuando es más tentado, combatido y trabajado que nunca?

A lo cual contestó fray Egidio:

-Cuando el hombre va a terminar alguna cuestión ante el juez, acude para exponerle sus razones y pedirle consejo y ayuda; cuando lo sabe, su adversario comparece enseguida para contradecirle y resistir a la demanda de aquel hombre, y pone empeño en echar por tierra todos sus razonamientos. De modo semejante sucede cuando el hombre acude a la oración; porque pide a Dios consejo y súbitamente comparece el demonio con sus tentaciones para hacer resistencia y contradicción y anular sus esfuerzos con industria y argumentos que impiden la oración; y todo para que su oración no sea aceptada por Dios y para que el hombre no saque de su oración ni provecho ni consuelo. Y esto es

muy claro; porque cuando nosotros hablamos de las cosas del siglo, entonces no padecemos ni tentación ni hurto de entendimiento; pero si vamos a la oración para deleitar y consolar al alma con Dios, súbitamente sentiremos que hieren la mente las saetas de las diversas tentaciones del demonio para llevarnos al desvarío y el alma no encuentra deleite ni consuelo cuando habla con Dios.

—238→

Añadió fray Egidio que el hombre que ora debe hacer como el buen caballero en la batalla; el cual siendo hostilizado o combatido de su enemigo, no huye, sino que resiste varonilmente para llegar a la victoria y consolarse y alegrarse con la gloria; si huyese del combate, estando dañado y herido, sería ciertamente confundido, avergonzado y vituperado. De modo semejante hemos de hacer nosotros; esto es: no por tentaciones hemos de abandonar la oración, sino resistirlas animosamente; porque es bienaventurado el hombre que sufre tentaciones, dice el apóstol; pues que venciendo conquista la corona de la vida eterna; pero si el hombre por causa de las tentaciones se aparta de la oración, queda confuso, vencido y destruido por su enemigo el demonio.

Un fraile dijo a fray Egidio:

-Padre: yo veo que algunos hombres reciben gracia de devoción y de lágrimas en la oración, y yo no puedo sentir ninguna de estas gracias, cuando adoro a Dios.

A lo cual dijo fray Egidio:

-Hermano mío: yo te aconsejo que trabajes fiel y humildemente en la oración; porque el fruto de la tierra no puede obtenerse sin fatiga y sin cultivo; y aun después del trabajo, no viene enseguida el deseado fruto, hasta que llegue la estación; así Dios tampoco da súbitamente estas gracias al hombre en la oración, hasta que llegue el tiempo conveniente y hasta tanto que la mente no esté purgada de todo vicio o afección carnal. Luego, hermano mío, trabaja humildemente en la oración para que Dios, el cual es bueno y gracioso, y conoce todas las cosas y discierne cuál sea la mejor, cuando llegue el tiempo y la estación, te dará benignamente los frutos del consuelo.

Otro fraile dijo a fray Egidio:

-¿Qué haces, fray Egidio? ¿Qué haces?...

-Hago el mal -contestó fray Egidio.

Y objetó el mismo fraile.

-¿Qué mal haces?

Y entonces fray Egidio, volviéndose a otro fraile, le dijo:

-Dime, hermano mío: ¿Qué crees que es más presto, Dios concediéndonos una gracia o nosotros pedirla?

Y aquel fraile contestó:

-Es cierto que Dios es más pronto en darnos su gracia que nosotros en recibirla.

—239→

Y entonces dijo fray Egidio:

-Luego, ¿hacemos el bien?

-También obramos el mal -contestó el fraile.

Y entonces fray Egidio volviéndose al primero, le dijo:

-Hermano: he aquí cómo se demuestra claramente que hacemos mal; y cómo te contesté verdad diciéndote que obraba mal.

Dijo fray Egidio:

-Muchas obras son alabadas en la escritura, como lo son las obras de misericordia y otras; pero hablando el Señor de la oración, dice así: «El Padre celestial va buscando y quiere en la tierra hombres que le adoren en espíritu y en verdad».

Y aún dice fray Egidio que los frailes son como lobos; porque pocas veces salen en público y aun esto por necesidad; y aun así procuran retornar cuanto antes a su escondite sin demorar mucho tiempo ni conversar con las gentes. Las buenas obras adornan al alma; pero, sobre todas, la oración adorna e ilumina al alma.

Un fraile compañero y muy familiar de fray Egidio, dijo:

-Padre: ¿por qué no vas alguna vez a hablar de las cosas de Dios, amaestrando y procurando la salud de las almas?

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: yo quiero satisfacer al prójimo con utilidad y sin daño de mi alma; esto es: con la oración.

Y aquel fraile dijo:

-Ve alguna vez, al menos, a visitar a tus parientes.

Y fray Egidio contestó:

¿Ignoras por ventura que el Evangelio dice: «Abandonarás a tus padres, hermanos y posesiones por mi nombre y recibirás el

ciento por uno?» -y añadió-: Un gentilhombre, cuyas riquezas alcanzaban quizá a 60.000 liras, entró en la Orden de los frailes; luego grandes cosas pertenecerán al que lo abandona todo, dando Dios el ciento por uno. Pero siendo ciegos, cuando vemos a un hombre virtuoso o en gracia de Dios, no podemos comprender su perfección por nuestra ceguera e imperfección. Pero si el hombre fuese verdaderamente espiritual, apenas querría ver a nadie; porque el verdadero espiritual desea siempre separarse de la gente y unirse con Dios por la contemplación.

Luego fray Egidio dijo a un fraile:

-Padre: quisiera mucho saber qué es contemplación.

A lo cual contestó:

—240→

-Yo ya no lo sé.

Entonces fray Egidio dijo:

-Paréceme que el grado de la contemplación está en el fuego divino y en una devoción suave del Espíritu Santo, y en un rapto o suspensión de la mente embriagada del gusto inefable de la dulzura divina; en una dulce y quieta delectación del alma que está suspendida y arrobada con grande admiración de las gloriosas cosas supremas y celestiales; y en un ardiente sentimiento de aquella gloria celestial e innarrable.

- XII -

Capítulo de la santa cautela espiritual

¡Oh, tú, siervo del rey celestial, que quieres aprender los misterios de las cautelas útiles y virtuosas de la santa doctrina espiritual! Abre bien los oídos de tu entendimiento, de tu alma, y recíbelas con deseo del corazón; conserva solícitamente en la casa de tu memoria el precioso tesoro de estas doctrinas, advertencias y cautelas espirituales, y serás defendido de los malignos y sutiles asaltos de tus enemigos materiales e inmateriales, y caminarás seguro, con humilde audacia, navegando por el mar tempestuoso

de la presente vida hasta que llegues al deseado puerto de salud. Atiende, pues, hijo mío, y entiende y advierte lo que te digo. Si quieres ver bien, quítate los ojos y hazte ciego; si quieres caminar bien, mantente firme y camina con la mente; si quieres obrar bien, átate las manos y emplea el corazón, si quieres amar bien, ódiate; si quieres ganar mucho y hacerte rico, pierde y hazte pobre; si quieres gozar y estar descansado, aflígete a ti mismo y teme y tente a ti mismo por sospechoso; si quieres verte exaltado y con grandes honores, humíllate y vitupérate a ti mismo; si quieres ser tenido en gran reverencia, despréciate a ti y haz reverencia a los que te desprecian o injurian; si quieres tener el bien, sufre el mal; si quieres ser bendecido, desea ser maldecido de la gente, y si quieres descanso verdadero y eterno, fatígate y aflígete y desea toda aflicción temporal. ¡Oh, cuánta y cuán grande sabiduría saber obrar estas cosas! Y como son grandes y altísimas, sólo a muy pocos son concedidas por Dios. Pero quien las estudiase verdaderamente bien, y las actuase, dígole que no es preciso acuda a Bolonia o a París para aprender otra teología; porque — 241→ si el hombre viviese mil años y no tuviese que hacer obra alguna ni su lengua decir palabra alguna, dígole que fuera bastante ejercitándose dentro de su corazón, trabajando interiormente en su purificación y enderezamiento y justificación de su alma y de su entendimiento. El hombre no debería querer ni ver, ni oír, ni hablar cosa alguna, sino en cuanto es de utilidad para su alma. El hombre que no se conoce es un desconocido. ¡Ay, de nosotros, si recibimos las gracias y los dones del Señor y no los sabemos conocer! Y más ¡ay, de aquéllos que ni les reciben ni los conocen ni se cuidan de conquistarlos y de haberlos! Si el hombre se conforma a la imagen de Dios y al querer divino, se transmuta; pero Dios no muda jamás.

- XIII -

Capítulo de la ciencia útil y de la ciencia inútil

El hombre que quiere saber mucho debe trabajar mucho y humillarse mucho, rebajándose a sí mismo e inclinando la cabeza hasta que el pecho vaya por tierra, y entonces el Señor le dará mucha ciencia y mucha sabiduría. La suma sabiduría consiste en obrar siempre bien, virtuosamente, guardándose mucho de todo defecto y de toda ocasión de defecto, y considerar siempre los juicios de Dios.

Cierta vez dijo fray Egidio a uno que quería ir a la escuela para aprender la ciencia.

-Hermano mío: ¿Por qué quieres ir a la escuela? Yo te hago saber que la suma de toda ciencia consiste en temer y amar, y estas dos cosas te bastan; porque tanta sabiduría necesita el hombre, como necesita para obrar y no más. No te muestres demasiado solícito por utilidad de los otros, sino siempre estúdiate y solicita y obra aquellas cosas que te son útiles a ti mismo; porque muchas veces sucede que queremos saber mucho para ayudar a los otros, y poca para ayudarnos a nosotros mismos; y yo digo que la palabra de Dios no es del decidor ni del oyente, sino del que obra. Algunos que no supieron notar esto, entraron en el agua para ayudar a los que se ahogaban y sucedió que se ahogaron con ellos. Si tú no procuras bien la salud de tu alma ¿cómo puedes procurar la de tu prójimo? Y si tú no obras el bien en tus propias acciones ¿cómo harás —242→ para que los otros obren el bien? Porque no es de creer que tú ames más las almas ajenas que la tuya propia. Los predicadores de la palabra de Dios deben ser bandera, candela y espejo del pueblo. Bienaventurado el hombre que de tal manera guía a los demás por los caminos de la salud, que no cesa de andar por este camino. Bienaventurado el hombre que de tal modo incita a los demás a correr, que él tampoco cesa de correr. Y más bienaventurado aquél que de tal modo ayuda a los otros a ganar y enriquecerse, que tampoco deja de enriquecerse a sí mismo. Creo que el buen predicador más se amonesta y se predica a sí mismo que a los demás. Me parece que el hombre que quiere convertir y atraer las almas de los pecadores al camino de Dios, debe siempre estar en el temor de no ser pervertido por ellos y atraído al camino de los vicios, y del demonio y del Infierno.

- XIV -

Capítulo del bien hablar y del mal hablar

El hombre que habla buenas y útiles palabras para las almas, es verdaderamente como la boca del Espíritu Santo; y, al contrario, el hombre que habla malas palabras e inútiles a las almas, es ciertamente boca del demonio. Cuando alguna vez los hombres buenos y espirituales se reúnen para hablar entre sí, debieran hablar siempre de las bellezas y de las virtudes, para apacentarse de virtudes, deleitándose en ellas; porque deleitándose y paciéndose de virtudes, más se estimularán mutuamente; y ejercitándose en ellas, adquirirán mayor amor a las mismas; y por aquel amor y aquel ejercicio, subirán al más fervoroso amor a Dios y al más elevado estado del alma; por cuya razón les serían concedidos por Dios más dones y más gracias divinas. Cuando más tentado está el hombre, tanto más necesidad tiene de hablar de las virtudes y suavemente el hombre es conducido y dispuesto al bien obrar de las santas virtudes y ¿qué podría decir del bien que producen las virtudes? Porque es tan y tan grande, que no podemos hablar dignamente de su gran excelencia, admirable infinita; y aun ¿qué diremos del mal y de la pena eterna que procede de los vicios? Porque el mal es tan grande y tan profundo el abismo, que para nosotros es imposible e incomprensible pensarlo y hablar de él. Yo no reputo que sea mayor —243→ virtud saber hablar bien que saber callar bien; y opino que precisa que el hombre tenga el cuello largo como las grullas, para que, cuando quiera hablar, su palabra hubiese de pasar por muchos nudos antes de llegar a la boca; es decir: cuando el hombre quisiese hablar, tuviese necesidad de pensar y volver a pensar y examinar y discernir muy bien el cómo, el porqué, el tiempo, el modo, las condiciones de sus oyentes y su propio efecto y la intención de su motivo.

- XV -

Capítulo de la buena perseverancia

¿De qué sirve al hombre ayunar mucho y orar y hacer limosna y afligirse a sí mismo con gran sentimiento de las cosas celestiales, si no llega al puerto de salud, es decir, de la buena y firme perseverancia? Alguna vez ocurre lo siguiente: que aparece en el mar alguna nave muy bella, grande, fuerte, nueva y llena de muchas riquezas; y sucede que por efecto de alguna tempestad o impericia del gobernador, perece y se sumerge aquella nave y se anega miserablemente, no llegando al deseado puerto... Luego, ¿de qué le sirven su belleza, bondad y riquezas si todo queda sumergido para siempre en el piélago del mar? Y también sucede alguna vez que una navecilla aparece en el mar, pequeña, vieja y escasamente llena de mercancía, que teniendo un buen gobernador discreto, pasa la tempestad y se defiende del profundo piélago del mar y llega al puerto deseado. Y lo mismo sucede a los hombres en el tempestuoso mar del mundo.

Y decía, además, fray Egidio:

-El hombre siempre debe temer. Aun cuando se halle en la prosperidad o en otros estados o en gran dignidad o en gran perfección de estamento, si no es buen gobernador, esto es, si no actúa con discreto regimiento, puede peligrar y hundirse en el piélago de los vicios; para evitarlo le precisa la perseverancia de que hablaba el apóstol. No quien comienza, sino quien hasta el fin persevera obtendrá la corona. Cuando nace un árbol, no se hace grande de súbito; y como no se hace grande enseguida, tampoco enseguida da fruto, y cuando lo da, no llega a la boca de su dueño porque los frutos demasiado prematuros caen a tierra, se echan a perder y son comidos —244→ de los animales; pero perseverando hasta la debida estación, el dueño del árbol recoge la mayor parte de sus frutos.

Aún dijo fray Egidio:

-¿De qué me serviría gustar durante cien años el reino de los Cielos, si no persevero y no llego al fin?

Y aún añadió:

-Yo reputo que existen dos cosas, que son grandísimas gracias y dones de Dios y que se pueden conquistar en esta vida: esto es, la perseverancia con amor en el servicio de Dios, y el guardarme siempre de no caer en pecado.

- XVI -

▽△

Capítulo de la verdadera religión

Decía fray Egidio, hablando de sí mismo:

-Yo prefiero una poca gracia de Dios estando en religión que muchas y extraordinarias gracias viviendo en el mundo; porque en el siglo existen muchos impedimentos y peligros y menos remedios y ayuda que en la religión.

Y también dijo fray Egidio:

-Yo creo que el hombre pecador teme más por su bien que no su daño y su mal; porque teme entrar en religión y hacer penitencia; pero no teme ofender a Dios y a su alma, permaneciendo en el siglo, duro y obstinado en el fangal fastidioso de sus pecados, esperando su última condenación eterna.

Un hombre seglar preguntó a fray Egidio, diciendo:

-Padre: ¿qué me aconsejas que haga? ¿Que entre en religión o permanezca en el mundo haciendo buenas obras?

A lo cual fray Egidio contestó:

-Hermano mío: muy cierta cosa es que si algún hombre conociese que existe un gran tesoro oculto en el campo común, no pediría consejo a nadie para entender si le conviene o no ir por él y llevárselo y esconderlo en su casa. ¡Cuánto más debería el hombre estudiarse y darse prisa con gran eficacia y solicitud en buscar aquel tesoro celestial que se encuentra en las religiones y congregaciones espirituales, sin necesidad de consejos!

—245→

Y aquel seglar, habiendo oído esta respuesta, distribuyó enseguida sus bienes a los pobres y así, despojado de todo, entró en religión.

Decía fray Egidio:

-Muchos hombres entran en religión, pero no ponen en práctica muchas de las cosas que pertenecen al estado perfecto de la santa religión; éstos se parecen a aquel necio que vistiose las armas de Orlando, sin saber pelear, ni aun vestírselas. No todo hombre sabe cabalgar un caballo huraño y malicioso; y si lo cabalga a lo mejor no sabe siempre guardarse de la caída, cuando el caballo galopa o es malicioso.

Aún dijo fray Egidio:

-No reputo como un gran hecho el entrar en la corte del rey; ni reputo como gran cosa saber conservar alguna gracia o beneficio del rey; lo difícil y grande es permanecer en la corte, saber habitarla y conversar, perseverando según le conviene. El estado de la corte del gran Rey celestial es la santa religión, donde no hay fatiga en la entrada y en el recibir algunos dones y gracias de Dios; pero grande hecho es saber vivir bien y conservar y perseverar en ella discretamente hasta el día de la muerte.

Y aún dijo fray Egidio:

-Mejor quisiera estar en el estado secular y continuamente esperar y desear con devoción entrar en religión, antes que vestir el hábito en la santa religión, sin ejercitarme en obras espirituales y perseverando en la pereza y en la negligencia. Porque el hombre religioso debe siempre esforzarse en vivir bien y virtuosamente, sabiendo que no puede vivir en otro estado fuera del de su profesión.

Una vez dijo fray Egidio:

-Creo que la religión de los frailes menores fue verdaderamente ordenada por Dios para utilidad y gran edificación de las gentes. Pero ¡ay de nosotros, hermanos, si no somos lo que debemos ser! Cierta cosa es que en esta vida no se hallarían hombres más afortunados que nosotros; porque es santo el que sigue al santo y es verdaderamente bueno, en el camino de la bondad, y es rico con la verdadera riqueza; porque la religión de los frailes menores, mejor que ninguna otra religión, sigue las pisadas y las andanzas de lo mejor, de lo más rico y de lo más

santo que jamás ha sido ni será, esto es: de Nuestro Señor Jesucristo.

- XVII -

Capítulo de la santa obediencia

Cuando más constreñido se halla el religioso bajo el yugo de la santa obediencia, por el amor de Dios, tanto mayor fruto de sí mismo dará a Dios; y cuanto más sujeto se hallare a su superior para honor de Dios, tanto más limpio y libre se verá de sus pecados. El religioso verdaderamente obediente es semejante al caballero bien armado, con buen caballo, que pasa y rompe seguramente las filas de sus adversarios sin temor, porque ninguno de ellos le puede ofender. Pero el que obedece con murmuración y con violencia, es semejante al caballero desarmado y jinete en el mal caballo; el cual entrando en batalla será abatido por sus enemigos y herido y preso, y quizá encarcelado y condenado a muerte. El religioso que quiere vivir según el arbitrio de su propia voluntad, demuestra que quiere edificarse una habitación en lo profundo del Infierno. Cuando el buey mete su cabeza bajo el yugo, entonces trabaja bien la tierra que rendirá el fruto de su tiempo; pero cuando el buey se vuelve vagabundo, la tierra queda sin cultivo y selvática y no rinde su fruto... Y así el religioso que somete su cabeza al yugo de la obediencia, mucho fruto rinde al Señor Dios en tiempo oportuno; pero el que no obedece de buen grado a su superior, permanece estéril y selvático y sin fruto de su profesión. Los hombres sabios y magnánimos se someten prontamente, sin dudar, y poner su cabeza bajo el yugo de la santa obediencia; pero los estultos y pusilánimes pretenden sacar la cabeza fuera del yugo, y después ya no obedecen a criatura alguna. Mayor perfección reputo que halla el siervo de Dios obedeciendo puramente a su prelado por reverencia y amor de Dios, que no fuera obedeciendo propiamente a Dios, si Dios le ordenase; porque el que es obediente a un

vicario del Señor, da a entender que es todavía más obediente al Señor mismo si le mandase. Aun creo que si alguno hubiese prometido obediencia a otro, estando hablando con los ángeles, y aquél le llamase, debe correr a la obediencia por el amor de Dios. Quien ha puesto su cabeza bajo el yugo de la obediencia santa y después saca la cabeza queriendo una mayor perfección, dígole que esto no es perfecto, sino —247→ grandísima soberbia de su alma. La obediencia es el camino de todo bien y de toda virtud; y la desobediencia es camino de todo mal y de todo vicio.

- XVIII -

Capítulo de la memoria de la muerte

Si el hombre tuviese siempre ante sus ojos la memoria de su muerte, y el último juicio eternal y de las penas y martirios de las almas condenadas, cierta cosa es que nunca tendría ganas de pecar y de ofender a Dios. Y si fuese posible que algún hombre hubiese vivido desde el principio hasta la hora presente y en todo este tiempo hubiese sostenido adversidades, tribulaciones, penas, aflicciones y dolores; y este hombre muriese y fuese su alma a buscar el premio eterno del bien celestial, ¿le haría daño todo aquel mal sufrido? Y de un modo semejante: si el hombre en todo el tiempo dicho hubiese gozado de todo bien y deleite, placer y consuelo del mundo y después muriendo su alma fuese a las penas eternas del Infierno ¿de qué le serviría todo aquel bien de que gozó en el mundo?

Un hombre vagabundo dijo a fray Egidio:

-Yo te digo que vivirla contento mucho tiempo en este mundo, teniendo grandes riquezas y viviendo en la abundancia y verme muy honrado.

A lo cual contestó fray Egidio:

-Hermano mío: aunque fueses señor de todo el mundo y vivieses mil años en todo deleite, delicia y placer y consolación, dime: ¿Qué mérito o qué premio esperarías de tu mísera carne a

la cual quisieras servir y agradar tanto? En verdad te digo, que el hombre que vive bien, según Dios, y que se guarda de ofender a Dios, ciertamente este hombre recibirá de Dios sumo bien e infinito premio eternal y gran abundancia y gran riqueza y grande honor, y vida larga, eterna, en la perpetua gloria celestial; a la cual nos conduzca este buen Dios Señor y Rey nuestro Jesucristo; en loor de ese Jesucristo, y del pobrecito Francisco. Amén.

—248→ —249→

Apéndices al libro de las florecillas

- I -

Epístola de fray Maseo a los frailes, dándoles cuenta de la despedida de San Francisco al monte Auvernia[28]

¡Jesús y María, Esperanza mía!

Fray Maseo, pecador, indigno siervo de Jesucristo, compañero de fray Francisco de Asís, varón gratísimo a Dios; a todos los hermanos e hijos del gran Patriarca Francisco, Alférez de Cristo, paz y salud.

Determinado que estuvo el gran patriarca a dar el último adiós a este sagrado monte el 30 de septiembre de 1224, día de San Jerónimo, habiéndole enviado el conde Orlando de Chiusi un jumento en que pudiese cabalgar, pues no podía fijar los pies en tierra por tenerlos llagados y agujereados con clavos, después de oír Misa de madrugada, según su costumbre, en Santa María de los Ángeles, llamó a todos al oratorio y les mandó por santa

obediencia que viviesen —250→ en mutua caridad, que se aplicasen en la oración y que siempre cuidasen de aquel lugar, haciendo allí los oficios, noche y día. Recomendó asimismo todo el sagrado monte, exhortando a sus frailes presentes y futuros a no permitir nunca que sea profanado, sino antes bien que procurasen que fuese respetado y reverenciado; y dio su bendición a cuantos lo habiten y a todos los que lo respeten y reverencien.

Y, al contrario, dijo:

-Sean confundidos los que no fuesen respetuosos con este lugar y cuenten con el merecido castigo de Dios.

Y a mí me dijo:

-Has de saber, fray Maseo, que es mi intención que moren en este monte religiosos temerosos de Dios y de los mejores que haya en mi Orden; y así, mis superiores cuiden de enviar los mejores a este monte. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! -fray Maseo-. ¡No diré más!

Luego me ordenó e intimó a mí, fray Maseo, y a fray Ángel, a fray Silvestre y a fray Iluminado, que tuviésemos especial cuidado del lugar en que sucedió aquella cosa tan maravillosa de la impresión de las llagas. Después de esto dijo:

-Adiós, adiós, adiós, fray Maseo.

Y volviéndose a fray Ángel, dijo:

-Adiós, adiós...

Y lo mismo a fray Silvestre y a fray Iluminado. Y añadió luego:

-Quedaos en paz, hijos míos carísimos. Adiós. Yo me separo de vosotros con la persona, pero os dejo mi corazón. Yo me marcho con fray Ovejuela de Dios y me voy a Santa María de los Ángeles y no volveré más aquí. Me marcho. Adiós, adiós a todos. Adiós monte Auvernia; adiós monte de Ángeles. Adiós, carísimo hermano halcón; gracias por la caridad que tuviste conmigo. Adiós, peñasco Spicco, porque ya no te veré más. Adiós, Roca que me recibiste en tu seno dejando burlado al demonio. Ya no nos veremos más. ¡Adiós, Santa María de los Ángeles; te encomiendo estos hijos míos, oh, Madre del Verbo Eterno!

Mientras que nuestro padre amadísimo decía estas palabras, nuestros ojos eran como fuentes de lágrimas; por lo cual él también marchó llorando, llevándose consigo nuestros corazones y nosotros quedamos huérfanos con la muerte del tal padre.

Yo, fray Maseo, lo escribí con lágrimas.

¡Dios nos bendiga!

—251→

- II -

De cómo San Francisco y fray Bernardo pidieron limosna[29]

Poco después de la fundación de la Orden, fue un día San Francisco a la ciudad a pedir limosna con fray Bernardo, el primogénito de sus frailes.

Acosados por el hambre los pobrecillos de Cristo y sintiendo cada vez más vivamente la necesidad de comer, dijo el santo padre a su compañero:

-Carísimo: esperémonos aquí cuando volvamos de pedir limosna por amor de Dios.

Con este acuerdo se separaron y recorrieron muchas calles y plazas, llamando a las puertas de las casas y entrando en ellas confiadamente pidieron limosna y les fue dada con reverencia.

Mas el devoto fray Bernardo, quebrantado por la mucha fatiga, no guardaba nada, sino que comía, apenas se los daban, los mendruguillos de pan y demás restos de viandas que le ofrecían. De modo que cuando volvió al lugar convenido no había reservado ni llevaba nada.

Luego llegó el padre San Francisco trayendo la limosna que había recogido y enseñábala a su compañero con alegría, diciendo:

-Mira, hermano mío, cuánta limosna que me ha dado la Divina Providencia. Saca lo que has recogido tú y comamos juntos en el nombre de Dios.

Fray Bernardo, muy humillado y tembloroso, se echó a los pies del piadoso padre, diciendo:

-Padre mío: confieso mi culpa. No he traído nada de las limosnas que recogí, sino que he ido comiendo cuanto me dieron, porque casi me moría de hambre.

Oyéndole San Francisco, lloró de alegría y le abrazó, diciendo:

-¡Oh, hijo dulcísimo! En verdad eres tú más dichoso que yo porque eres un perfecto observador del santo Evangelio, puesto que no has acumulado ni guardado cosa alguna para el día de mañana, sino que todo tu pensamiento lo pusiste en el Señor.

En alabanza de Cristo. Amén.

—252→ —253→

El Cántico del sol

—254→ —255→

Prenota

Tomás de Celano llamó más propiamente a este himno *Cántico de las criaturas*, y desde entonces es conocido por ambos títulos.

Por algún tiempo se negó a San Francisco la paternidad de estas suavísimas estrofas; pero después de las investigaciones críticas especialmente de L'Affo, D'Ancona, Monaci, Gaspary, Hasse, Teza, Bartoli, Mestica, Falocci-Pulignani, Sabatier, etc. (larguísima es la bibliografía), definitivamente se atribuye al *Poverello d'Ascesi* su paternidad.

No se sabe si el original fue escrito en latín o en dialecto italianoumbro; de todos modos, la edición o versión italiana fue enseguida popularísima, y si se dan variantes más o menos notables entre los códices conservados, débense, sin duda, al afán de copiarlo. No han faltado autores que supusieran que la primera redacción del *Cantico del Sole*, fuese en catalán de Provenza; lo cierto es que allí cundieron también las copias o versiones provenzales, si bien hay que considerar que la Orden de San Francisco fundó conventos en Cataluña desde sus primeros tiempos.

Después del cotejo crítico de los antiguos códices, ofrécese impecable el hermoso himno en lenguaje umbro del siglo XIII.

Il Cantico del Sole es el poema del alma cristiana, selectamente cristiana, de San Francisco de Asís; es el verdadero *peana* cristiano compuesto en loor del Creador; es la

expresión de la sincera alegría cristiana del alma que ve a Dios en todas partes y su imagen en cada una de las criaturas. En un abrazo suavísimo, es una síntesis de amor al Universo y por el Universo a Dios; es una identificación —256→ o una feliz semejanza al canto bíblico de Daniel[30] y al salvo 148 de David.[31]

Ernesto Renan,[32] dijo, hablando del *Cantico del Sole*, que, aun no siendo *le plus beau morceau de poésie religieuse depuis les Évangiles*, no obstante es *la plus complète expression du sentiment religieux moderne*. Es la poesía lírica admirable porque es un cántico de sinceridad y surge de los labios de San Francisco de Asís, límpido y fragante.

come la ninfea del grembo delle acque

al decir del ilustre Padovan.[33]

—257→

Cántico del sol o de las criaturas

de nuestro seráfico padre San Francisco

Versión del original contenido en códice L. II, m. 6, *Miscelánea franciscana*, del siglo XIV, existente en Asís.

Hállase transcrito literalmente por Miguel Falocci Pulignani, con la misma gráfica primitiva, en el ya raro opúsculo *Il Cantico del Sole* (Foligno, 1888). Padovan reproduce dicho texto, con la misma gráfica, en su obra *I Fioretti di San Francesco e Il Cantico del Sole* (Milán, 1927, págs. 388 y siguientes).

—258→ —259→

El Cántico del sol

San Francisco amaba a todas las criaturas y muy afectuosamente al Sol y al Fuego.

Y decía:

-Al amanecer, cuando sale el Sol, todos los hombres han de alabar a Dios que lo creó para utilidad nuestra y porque el Sol nos alumbra el día. Y a la tarde, cuando anochece, todos le deberían alabar por el hermano Fuego que de noche nos alumbra.

-Pues todos somos como ciegos y el Señor nos ilumina por medio de estos dos bellos hermanos nuestros.

-Por esto debemos alabar mucho al Criador por éstas y las demás criaturas de las cuales nos servimos.

Cuéntase también que aun en el mismo lecho de muerte cantaba San Francisco las alabanzas que había compuesto en honor de Dios Nuestro Señor, y aún rogaba a sus compañeros que las cantasen para olvidarse de lo acerbo de los dolores.

Y decía que el Sol es la más hermosa de las criaturas y el más amable de nuestros hermanos irracionales, porque es la criatura que más se asemeja a Dios, a Quien en la Sagrada Escritura se designa con el nombre de *Sol de Justicia*, que todo lo esclarece.

Y así dice que quiso San Francisco de Asís llamar *Cántico del Hermano Sol*, al poema de alabanzas que él mismo compuso.

Ofrecemos la traducción literal del *Cántico*, teniendo a la vista la copia exacta, con su gráfica peculiar, del códice italianoumbro, de Asís.

—260→

¡Altísimo, Omnipotente, Buen Señor! Tuyas son las alabanzas y la gloria y el honor y toda bendición.

Cántico del Hermano Sol

¡Altísimo, Omnipotente, Buen Señor!
Tuyas son las alabanzas y la gloria y el honor
y toda bendición.

A ti solamente, ¡Oh Altísimo!, corresponden;
y hombre alguno es digno
de pronunciar tu nombre.

Loado seas, Señor Mío,

por todas las criaturas,
especialmente por mi señor Hermano el Sol;
pues por él haces el día y nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor;
y de Ti. Altísimo, lleva la significación.
Loado seas, Señor mío, por el Hermano Viento
y por el Aire
y la Nube,
por la Hermana Luna y las Estrellas;
en el cielo las has formado
esclarecidas, preciosas y bellas.
Loado seas, Señor mío, por el Hermano Viento
y por el Aire y el Nublado
y el Sereno y todo tiempo
según el cual das a las criaturas su sustento.

Loado seas, Señor mío, por la hermana Agua,
la cual es muy útil
y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, Señor mío, por el Hermano Fuego,
por el cual alumbras la noche;
y es él bello y alegre
y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por la Hermana
nuestra Madre Tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce frutos diversos,
con coloridas flores y hierba.

Loado seas, Señor mío, por aquéllos
que por tu amor perdonan
y sostienen enfermedad y tribulación.
Bienaventurados los que se sostienen en paz;
porque, por Ti, ¡oh Altísimo!,
han de ser coronados.
han de ser coronados

Loado seas, Señor mío, por nuestra Hermana
la muerte corporal,
de la cual hombre alguno
podrá escapar.

Y ¡ay de aquellos que morirán en pecado mortal!
Y Bienaventurados aquéllos
a quienes encontrará haciendo tu santísima voluntad
que la muerte segunda no les hará daño.

¡Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias
y servidle con grande humildad!